

Tracy
Chevalier

El último
refugio



se

Lectulandia

El último refugio, de Tracy Chevalier, autora de otras novelas de narrativa histórica como *El maestro de la inocencia* o *La joven de la perla*, cuenta la aventura de una joven inglesa que en 1850 se ve de pronto desplazada a un pequeño pueblo de América donde tendrá que buscar sentido a su vida luchando contra los elementos y contra las circunstancias históricas.

Un aspecto notable y que cabe destacar de la obra es la delicadeza y finura con que se trenza la historia real de EE. UU. con las historias personales de los personajes novelescos.

Lectulandia

Tracy Chevalier

El último refugio

ePub r1.0

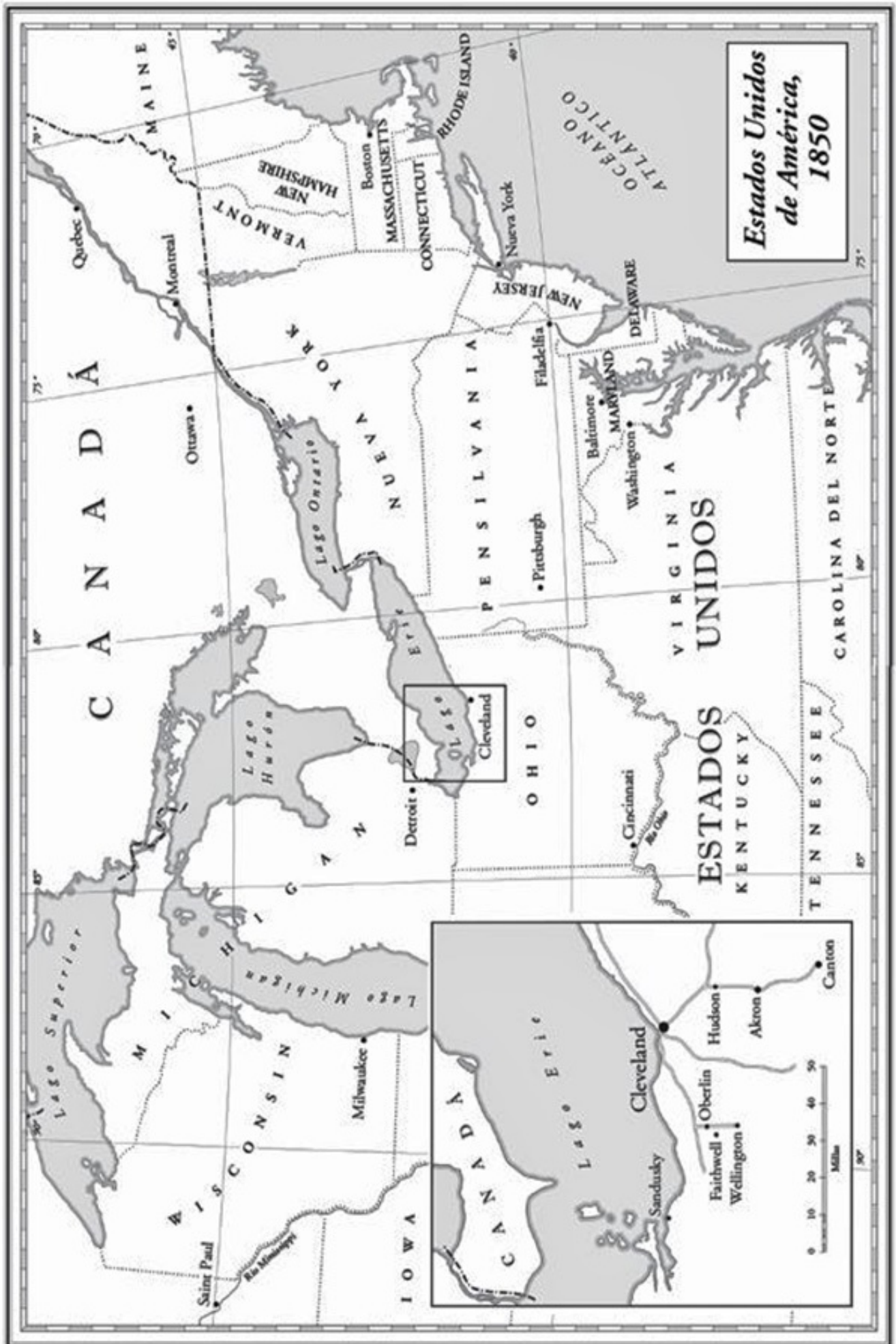
German25 10.12.17

Título original: *The Last Runaway*
Tracy Chevalier, 2013
Traducción: Flora Casas
Diseño de cubierta: Nora Grosse

Editor digital: German25
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Dedico este libro al Campamento Cuáquero de Catoctin y al Oberlin College, dos lugares que moldearon y encauzaron mi personalidad cuando era más joven.



Horizonte



No podía volver. Cuando Honor Bright anunció de repente a su familia que acompañaría a su hermana Grace a América, cuando se puso a revisar sus enseres y a guardar únicamente lo imprescindible, cuando regaló todas sus colchas, se despidió de sus tíos y de sus tías, repartió besos entre sus primos, sobrinos y sobrinas, entró en la diligencia que se las llevaría de Bridport y subió del brazo con Grace por la rampa del barco en Bristol, tenía una idea fija: Siempre puedo volver. Sin embargo, bajo esas mudas palabras acechaba la sospecha de que en el momento en que sus pies abandonaran suelo inglés, su vida cambiaría para siempre.

Al menos la posibilidad de regresar aligeró su vida cotidiana durante las semanas anteriores a su marcha, como la pizca de azúcar que se añade a escondidas a una salsa para moderar la acidez. Le permitió mantener la calma y no llorar como su amiga Bidy cuando Honor le regaló la colcha que acababa de terminar, de retazos en forma de rombos marrones, amarillos y crema que formaban una estrella de Belén de ocho puntas, con arpas y el ribete de plumas por el que se la conocía. La comunidad le había regalado una colcha firmada –cada cuadrado estaba hecho y firmado por un amigo o familiar–, y no le quedaba sitio para las dos en el baúl. La colcha firmada no estaba tan bien acabada como la suya, pero por supuesto tenía que llevársela. «Es mejor que te la quedes tú, para que me recuerdes –insistió cuando su llorosa amiga intentó devolverle la colcha con la estrella de Belén–. Ya haré otras en Ohio».

Dejando a un lado los pensamientos sobre el viaje en sí mismo, Honor trató de centrarse en su final, en la casa de tablones que su futuro cuñado le había descrito a Grace en sus cartas desde Ohio. «Es una casa sólida, aunque no de piedra como tú estás acostumbrada –decía en ellas Adam Cox–. La mayoría de las casas aquí son de madera. Sólo cuando una familia está establecida y casi segura de que no volverá a mudarse construye una casa de ladrillo. Está situada al final de Main Street, en la linde del pueblo. Faithwell es aún pequeño, con quince familias de amigos, pero crecerá, si Dios quiere. La tienda de mi hermano está en Oberlin, un pueblo más grande a tres millas de aquí. Ambos esperamos trasladarla cuando Faithwell haya crecido lo suficiente para albergar una pañería. Aquí lo llaman “tienda de confecciones”. Hay muchas palabras nuevas que aprender en América».

Honor no se imaginaba viviendo en una casa de madera, que se quema rápidamente, se combe con facilidad, cruje y no da la sensación de durabilidad del ladrillo o la piedra.

Aunque trataba de limitar sus preocupaciones a la idea de vivir en una casa de madera, no podía evitar que sus pensamientos volaran hacia la travesía en el *Adventurer*, el barco en el que cruzarían el Atlántico. Estaba acostumbrada a los barcos, como cualquier residente de Bridport. A veces acompañaba a su padre al puerto cuando llegaba un cargamento de cáñamo. Incluso había subido a bordo de un barco y había visto a los marineros arriando velas, enrollando cabos y fregando cubiertas, pero nunca había navegado. En una ocasión, cuando tenía diez años, su padre llevó a todos los hermanos a pasar el día en la cercana población de Eype, y se

montaron en una barca de remos. A Grace le encantó estar en el agua y no paró de chillar, reírse y fingir que se caía por la borda. Pero Honor se aferró al costado del bote, tratando de no parecer asustada por el balanceo ni la curiosa y desagradable sensación de no poder mantener el equilibrio. No le quitó ojo a su madre, que paseaba inquieta por la playa con su vestido oscuro y la capota blanca, esperando a que sus hijos regresaran sanos y salvos. Evitó volver a subirse a un bote.



Honor había oído hablar de las malas travesías pero esperaba soportar la suya como cualquier otra adversidad, con paciencia y firmeza. Sin embargo, no estaba hecha para la mar, y quizá debería haberse dado cuenta tras su experiencia con el agua en el bote de remos. Después de zarpar de Bristol se quedó en cubierta con Grace y otros pasajeros, contemplando la costa de Somerset y el norte de Devon que se desplegaba ante ellos. Para los demás pasajeros la inestabilidad era una novedad divertida, pero ella se sentía cada vez más indispuesta y respondía a los bamboleos del barco con la frente arrugada, los hombros rígidos y una pesadez de estómago como si se hubiera tragado un pedazo de hierro. Se contuvo cuanto pudo, pero cuando el *Adventurer* pasaba a la altura de la isla de Lundy, su estómago al fin cedió y vomitó convulsamente en la cubierta. Un marinero se echó a reír. «¡Devolviendo y apenas hemos salido del canal de Bristol! Espere a que lleguemos a mar abierto. ¡Entonces se enterará de lo que es vomitar!», dijo en tono fanfarrón.

Honor vomitaba encima de Grace, en las mantas, en el suelo de su minúsculo camarote, en una palangana esmaltada. Devolvía aunque no le quedaba nada dentro; como un mago, su cuerpo sacaba algo de la nada, y después de cada acceso se sentía igual de mal. Cuando llegaron al Atlántico y el barco empezó con el continuo subir y bajar por el oleaje, siguió vomitando. Grace también se puso enferma, como muchos otros pasajeros, durante unos días, hasta que se acostumbraron al nuevo ritmo del barco. Honor no logró habituarse; las náuseas no la abandonaron durante el mes que duró la travesía.

Si Grace no estaba mareada, cuidaba de Honor; enjuagaba las sábanas, vaciaba la palangana, le llevaba caldo y galletas, le leía la Biblia o los pocos libros que se habían llevado: *Mansfield Park*, *La vieja tienda de curiosidades*, *Martin Chuzzlewit*... Para distraerla le hablaba de América, tratando de que pensara en lo que tenían por delante en lugar de la lóbreguez del momento presente. «¿Qué preferirías ver, un oso o un lobo? –le preguntaba, y ella misma contestaba a su pregunta–: Yo creo que un oso, porque los lobos son como perros grandotes, pero un oso sólo se parece a un oso. Y en qué preferirías viajar, ¿en barco de vapor o en tren?».

Ante la sola idea de otro barco, Honor soltaba un gemido. «Sí, en tren –concedía Grace–. Ojalá hubiera tren desde Nueva York hasta Ohio. Algún día lo habrá. Pero

fíjate, Honor: ¡dentro de poco estaremos en Nueva York!».

Honor hacía una mueca, pensando que ojalá también ella pudiera ver esa mudanza como Grace, como una gran aventura. Su hermana siempre había sido la más inquieta de los hermanos Bright, la que siempre estaba dispuesta a acompañar a su padre en sus viajes a Bristol, Portsmouth o Londres. Incluso había accedido a casarse con un hombre mayor y más aburrido por la perspectiva que suponía de una vida lejos de Bridport. Grace conocía a la familia Cox, de cinco hermanos, desde que se marcharon de Exeter hacía varios años para abrir una pañería, pero sólo empezó a mostrar interés por Adam cuando él decidió emigrar a Ohio. Matthew, uno de los hermanos, ya estaba allí, si bien había caído enfermo y su esposa había escrito pidiendo que algún hermano fuera a ayudar en el negocio. Adam se trasladó a América, y desde entonces Grace y él se habían carteadado con regularidad, y a base de discretas indirectas Grace consiguió que él le pidiera que fuera su esposa y se mudara a Ohio, donde llevarían la tienda junto con Matthew y Abigail.

A la familia Bright le sorprendió la elección de Grace; Honor pensaba que se casaría con alguien más alegre. Pero a Grace le fascinaba hasta tal punto la idea de vivir en Estados Unidos que no parecía importarle el carácter reservado de su futuro esposo.

Aunque paciente y tal vez sintiéndose culpable por someter a su hermana a tantas semanas de mareos, incluso a Grace empezó a molestarle la persistente enfermedad de Honor. Al cabo de unos días dejó de insistirle para que comiera, ya que Honor no retenía nada más de unos minutos. Empezó a dejarla sola en el camarote para pasear por la cubierta o sentarse a coser y charlar con las demás mujeres que iban a bordo.

Honor acompañó a Grace a una asamblea para la Adoración Divina organizada por unos cuantos amigos que viajaban a bordo; aunque sentada en silencio con ellos en un pequeño camarote no pudo librarse de sus pensamientos lo suficiente y dejar la mente vacía, temerosa de que si lo hacía perdería el poco autocontrol que tenía y vomitaría delante de todos; de hecho, al poco tiempo el balanceo del barco y su estómago revuelto la obligaron a salir del camarote.

En el transcurso de la travesía plagada de dificultades entre Bristol y Nueva York, a veces, enroscada como una gamba en la estrecha litera o doblada sobre el orinal, Honor pensaba en su madre andando sobre los guijarros de la playa de Eype con su capota blanca y se preguntaba por qué había abandonado la seguridad de la casa de sus padres.

Sabía por qué: se lo había pedido Grace, con la esperanza de que una nueva vida aliviara su pena. A Honor le habían dado calabazas, y aunque de espíritu menos aventurero, la perspectiva de seguir viviendo en una comunidad que la compadecía la empujó a seguir a su hermana. Nunca se había sentido a disgusto en Bridport, pero en cuanto Samuel la liberó de su compromiso con él, tuvo tantas ganas de marcharse como Grace.

Toda su ropa desprendía un terrible hedor a rancio que no desaparecía por mucho

que se lavara. Honor evitaba a los demás pasajeros, incluso a su hermana; no soportaba la mezcla de asco y lástima reflejada en sus caras. Encontró un hueco entre dos barriles en la cubierta de sotavento, donde se acurrucaba fuera de la vista de los atareados marineros y los pasajeros curiosos, lo suficientemente cerca de la barandilla para correr hasta allí a devolver en el agua sin llamar la atención. Se quedaba en cubierta incluso con lluvia y frío; la prefería al minúsculo camarote con un duro tablero por cama y el mal olor de sus mantas. Sin embargo, era indiferente al paisaje, el cielo y el mar inmensos, tan distintos de las colinas y los setos vivos de Dorset, nítidos y verdes. Mientras que a los demás les fascinaban y les entretenían las nubes de tormenta, los arcoíris y la luz del sol que transformaba el agua en plata, los bancos de delfines que seguían al barco, la cola de una ballena que avistaban repentinamente, para Honor la monotonía y las náuseas mataban todo interés por tales maravillas de la naturaleza.

Cuando no estaba apoyada en la barandilla trataba de olvidarse de su estómago revuelto y dolorido cosiendo. Como regalo para el viaje su madre le había cortado cientos de hexágonos de tela amarilla y crema y plantillas de papel para coser rosetas. Esperaba terminar una colcha del jardín de la abuela durante la travesía, pero el bamboleo en cubierta le impedía mantener un ritmo constante para dar las puntadas impecables y minúsculas que eran su sello. Incluso la sencilla tarea de hilvanar los hexágonos en las plantillas –lo primero que Honor había aprendido de costura cuando era pequeña– exigía más concentración de la que permitía el movimiento del mar. Muy pronto comprendió que cualquier tela con la que trabajase quedaría contaminada por las náuseas, o el recuerdo de las náuseas, que venía a ser lo mismo. Tras varios días intentando coser las rosetas, Honor esperó el momento en que no hubiera nadie cerca y tiró los hexágonos por la borda; si volvía a ver ese paño se pondría mala. Era un escándalo desperdiciar una tela tan valiosa; sabía que debería habérsela dado a Grace o a otras mujeres, pero la avergonzaban el olor que desprendía y su propia debilidad. Al contemplar cómo revoloteaban los pedacitos de tela y desaparecían en el agua, notó que se le aliviaba el estómago, pero sólo unos instantes.

—Mire al horizonte –le ordenó un día un marinero que había visto sus arcadas—. Levante la frente y mantenga la vista fija a donde nos dirigimos. No haga caso a las sacudidas y los golpes, al meneo y el bamboleo. Mire lo que no se mueve. Así se le asentará el estómago.

Honor asintió con la cabeza, aunque sabía que no le funcionaría, porque ya lo había intentado. Lo cierto es que había intentado todo lo que le aconsejaban: jengibre, una bolsa de agua caliente en los pies, una bolsa de hielo en el cuello. Observó con el rabillo del ojo al marinero, porque nunca había visto de cerca a un hombre negro. En Bridport no vivía ninguno, y en una ocasión, en Bristol, vio pasar a un cochero negro, pero el hombre desapareció antes de que le diera tiempo a fijarse en los detalles. Honor observó la piel del marinero, del color de una castaña, si bien rugosa y curtida por el viento, no lisa y brillante. Le hizo pensar en una manzana madura que ha

adquirido un rojo intenso en el árbol mientras sus vecinas siguen verde claro. Tenía un acento inidentificable; podía haber sido de cualquier parte.

El marinero también la observaba. Quizá no hubiera visto a muchos cuáqueros, o sintiera curiosidad por saber cómo era el aspecto de Honor cuando las náuseas no le descomponían la cara. Normalmente tenía la frente lisa, en la que destacaban unas cejas como alas sobre los grandes ojos grises, pero el mareo continuo dibujaba arrugas donde antes no las había y le robaba su serena belleza.

—El cielo es tan grande que me da miedo —dijo, y se quedó sorprendida al oírse hablar.

—Más le vale acostumbrarse. A donde va usted es todo muy grande. ¿Por qué va América? ¿A por marido? ¿No le parecen bien los ingleses?

Pues no, pensó Honor.

—Acompaña a mi hermana —respondió—. Va a casarse en Ohio.

—¡Ohio! —exclamó el marinero con desdén—. Quédese en la costa, muchacha. No vaya a ningún sitio en el que no se huela el mar, es lo que yo digo. Se quedará encerrada en los bosques esos. Vaya, otra vez. —Retrocedió cuando Honor volvió a inclinarse sobre la barandilla.

El capitán del *Adventurer* dijo que era la travesía del Atlántico más tranquila y rápida que había hecho el barco. Saberlo sólo contribuyó a que Honor sufriera aún más. Tras treinta días en el mar, bajó a los muelles de Nueva York tambaleante, esquelética, con la sensación de haber vomitado hasta la primera papilla y de haberse quedado vacía. Comprobó horrorizada que la tierra corcoveaba y se bamboleaba tanto como la cubierta del barco, y devolvió una última vez.

Comprendió entonces que si no podía aguantar el viaje más fácil que podía ofrecerle Dios, jamás sería capaz de volver a Inglaterra. Mientras Grace se arrodillaba y daba gracias a Dios por haber llegado a América, Honor se echó a llorar, por Inglaterra y su antigua vida. Un mar infranqueable se extendía entre ella y su hogar. No podía regresar.

Mansion House Hotel
Hudson, Ohio
26 del quinto mes de 1850

Queridos padre y madre, William y George:

Con la más profunda aflicción he de decirles que hoy ha fallecido nuestra querida Grace. Dios se la ha llevado muy joven, cuando estaba a punto de empezar su nueva vida en América.

Escribo en un hotel de Hudson, Ohio, donde permaneció Grace durante las últimas etapas de su enfermedad. El médico dijo que era fiebre amarilla, al parecer más común en América que en Inglaterra. No puedo sino aceptar su diagnóstico, pues desconozco la enfermedad y sus síntomas. Tras la dolorosa defunción de mi hermana, puedo asegurar que Dorset tiene suerte de verse libre de tal horror.

Ya les he escrito sobre el viaje hasta Nueva York, y espero que hayan recibido mis cartas desde allí y desde Filadelfia. No siempre confío en que las cartas que entrego lleguen a su destino. En Nueva York cambiamos los planes para el viaje y decidimos ir en diligencia a Filadelfia y cruzar Pensilvania hasta Ohio en lugar de en varios barcos por los ríos y canales de Nueva York hasta el lago Erie y después hasta Cleveland. Aunque muchas personas me habían asegurado que esos barcos son muy distintos de los marítimos, no pude hacerme a la idea de volver a estar en el agua. Ahora me temo que mi falta de valor resultara fatal para Grace, pues quizá no habría contraído la fiebre si hubiéramos ido en barco. He de vivir con esta culpa, con su perdón y la comprensión de Dios.

Aparte de unos ligeros mareos, Grace estuvo muy bien durante toda la travesía y hasta Filadelfia, donde nos alojaron unos amigos una semana para recuperarnos del viaje. Mientras estuvimos allí asistimos a la asamblea de Arch Street. No me había imaginado que pudiera ser tan grande; debía de haber unos quinientos amigos en la habitación, veinte veces el tamaño de la de Bridport. Me alegro de que Grace pudiera asistir a una asamblea así una vez en su vida.

En Pensilvania, en el camino hasta Ohio hay establecida una red de casas de amigos donde alojarse. En todos los sitios, en ciudades grandes como Harrisburg y Pittsburgh y también en otros asentamientos más pequeños, nos recibieron bien, incluso cuando Grace empezó a mostrar síntomas de la fiebre amarilla, a los dos días de salir de Harrisburg. Empieza con fiebre, escalofríos y náuseas, que pueden ser signos de cualquier enfermedad, así que al principio no nos preocupamos demasiado, salvo por la incomodidad de Grace en las diversas diligencias en las que atravesamos Pensilvania.

Nos quedamos unos días en Pittsburgh, donde pareció reponerse bastante y se empeñó en que continuásemos. Lamento haberle hecho caso y no haberme fiado de mi intuición, que me decía que necesitaba reposar, pero las dos estábamos deseando llegar a Faithwell. Desgraciadamente, le volvió la fiebre al cabo de un día, esta vez acompañada por el vómito negro y el tinte amarillo de la piel que ahora sé que confirma la fiebre amarilla. Con gran dificultad logré convencer a los cocheros para que no nos dejaran en la cuneta y pudiéramos continuar hasta Hudson. Lamento decir que tuve que gritarles, aunque no sea natural en un amigo hacer semejante cosa. Los demás pasajeros no permitían que nos sentáramos dentro por temor al contagio, y los cocheros nos obligaron a encaramarnos encima de la diligencia, con el equipaje. Era peligroso, pero Grace iba recostada sobre mí y yo la sujetaba con fuerza para que no se cayera.

En Hudson duró tan sólo una noche, hasta que Dios la acogió en su seno. Durante la mayor parte del tiempo estuvo delirando, pero unas horas antes de morir recobró la lucidez y pudo manifestar su amor por todos y cada uno de ustedes. Yo hubiera preferido llevarla a que descansara en Faithwell, entre amigos, pero hoy la han enterrado en Hudson, pues todo el mundo teme la propagación de la infección.

Como me hallo tan cerca de Faithwell, estoy decidida a continuar. Se encuentra a poco más de cuarenta y cinco millas de Hudson, que no es una gran distancia tras las quinientas que recorrimos desde Nueva York y los miles de millas por mar. Me apena que Grace haya estado tan cerca de su nuevo hogar y que no vaya a verlo. No sé qué haré cuando llegue allí. Adam Cox aún no conoce la triste noticia.

Grace sufrió mucho y lo sobrellevó con valentía, pero ahora descansa en paz con Dios. Sé que algún día

volveremos a verla, y eso me sirve de consuelo.
Vuestra hija y hermana, que os quiere,

HONOR BRIGHT

Colcha



A Honor le sorprendía tener que depender tanto de desconocidos para que le dieran cobijo y comida, la llevaran de un sitio a otro e incluso enterraran a sus muertos. No había viajado mucho por Inglaterra; aparte de cortos viajes a pueblos vecinos, sólo había ido una vez a Exeter, a la Asamblea Anual de Amigos, y otra a Bristol, porque su padre tenía un asunto que resolver allí. Estaba acostumbrada a conocer a la mayoría de las personas con las que se relacionaba y a no tener que presentarse ni dar explicaciones sobre sí misma. No era muy habladora; prefería el silencio, pues le brindaba la oportunidad de observar las cosas y de pensar. Grace había sido la más alegre y charlatana de la familia, y muchas veces hablaba en nombre de Honor, de modo que ella no tenía que hacerlo. Sin su hermana, se vio obligada a hablar más, a describir sus circunstancias una y otra vez a los desconocidos que se hicieron cargo de ella desde que la primera diligencia las dejó en un hotel de Hudson.

Una vez enterrada Grace, Honor no sabía si enviar recado a Adam Cox y esperarlo o intentar ir a Faithwell por sus propios medios. Pero descubrió que los norteamericanos tenían sentido práctico, que eran personas de recursos, y que el posadero ya había encontrado a alguien que podía llevarla. Un hombre de edad llamado Thomas estaba de visita en Hudson pero vivía cerca de Wellington, una ciudad a unas siete millas al sur de Faithwell. Se ofreció a llevar a Honor a la vuelta, y desde allí ella encontraría a alguien que la condujera a casa de Adam Cox, o se pondría en contacto con él para que fuera a buscarla. «Eso sí, tenemos que salir temprano, porque quiero llegar a casa en el día», le dijo Thomas.

Partieron hacia Wellington cuando aún estaba oscuro, el baúl de Honor a resguardo en el carro, detrás de ellos. Pesaba mucho por la ropa de Grace, ya que Honor había dejado el baúl de su hermana para aligerar la carga de Thomas. También se había visto obligada a dejar la colcha que había confeccionado especialmente para la boda de Grace: una sola pieza de tela blanca, con un delicado medallón en forma de rosa en el centro rodeado por complicados ribetes geométricos y el espacio entre medias ocupado por rombos dobles. Había hecho todo el acolchado ella sola y estaba contenta con el resultado. Pero el posadero se había empeñado en que utilizaran su propia ropa de cama, y después el médico le dijo que había que quemar la colcha junto con toda la ropa que hubiera llevado Grace, para no propagar la fiebre.

Antes de preparar un fardo con la ropa para quemar, Honor desobedeció al médico; sacó las tijeras y cortó un pedazo de tela del vestido de color castaño de Grace. Algún día lo emplearía en una colcha. Y si estaba infectado y ella se moría, sería la voluntad de Dios.

Aunque no había llorado cuando su hermana murió –Grace se encontraba en tal estado que Honor le rogaba a Dios que se la llevara–, cuando entregó la ropa y la colcha se escondió en su habitación y rompió a llorar.

A Thomas parecía gustarle el silencio tanto como a Honor; no hizo preguntas, y por primera vez desde que había tocado tierra en Estados Unidos, Honor fue capaz de contemplar lo que la rodeaba sin que la distrajeran otros pasajeros ni la preocupación

por su hermana. Aunque enfrente tenían la oscuridad, al poco rato empezó a alzarse el sol a sus espaldas, tiñendo los bosques con una luz tenue. El canto de los pájaros fue creciendo hasta un parloteo frenético, con unos sonidos desconocidos para Honor. También le sorprendió el plumaje de vivos colores, sobre todo el de un ave escarlata con cresta y la cara negra y el de una azul con alas de rayas blancas y negras, cuyos estridentes graznidos espantaban a otros pájaros más pequeños y menos vistosos. Le habría gustado preguntarle a Thomas qué eran, pero no quería molestarlo. Su acompañante iba sentado tan inmóvil que cualquiera habría pensado que estaba dormido de no haber sido porque cada pocas millas daba un par de patadas y sacudía las riendas, como para recordarle a la yegua, gorda y gris, que él estaba allí. El animal no era rápido, pero sí seguro.

Circulaban por un camino mucho más pequeño que ninguno de los que había conocido Honor al pasar por New Jersey y Pensilvania. Allí Grace y ella habían seguido rutas muy transitadas, con caminos anchos rodeados de casas y pueblos, así como posadas para cambiar de caballos, comer y dormir. Por donde iban era más bien un sendero de barro seco y lleno de surcos que atravesaba densos bosques. Había escasos claros y pocas casas; prácticamente sólo árboles. Tras varias millas por la misma espesura sin ninguna señal humana, Honor empezó a plantearse por qué existiría semejante camino. En su país, la mayoría de los caminos tenían un destino claro. En éste, el destino estaba mucho más lejos y era menos evidente.

Pero no debía comparar Ohio con Dorset. No serviría de nada.

De vez en cuando pasaban ante una casa como tallada en el bosque, al borde del sendero, y Honor soltaba el aire, respiraba hondo y contenía la respiración mientras el bosque volvía a cerrarse sobre ellos una vez más. No es que las casas fueran gran cosa; muchas de ellas eran poco más que cabañas de troncos, rodeadas de tocones. En algunos casos había un chico fuera cortando leña, o una mujer tendiendo una colcha para airearla, o una muchacha escardando un huerto. Se quedaban mirándolos a ella y a Thomas, y no respondían cuando éste levantaba una mano para saludarlos. A él no parecía importarles.

Tras una hora de viaje descendieron hasta un valle de poca profundidad por donde corría un río cruzado por un puente.

—El Cuyahoga —murmuró Thomas—. Un nombre indio.

Honor no le prestaba atención, ni miraba el río. Miraba fijamente encima de su cabeza, porque el puente recto, de madera, por el que iban traqueteando, tenía tejado. Thomas debió de notar su desconcierto.

—Un puente cubierto —dijo—. ¿No había visto ninguno así? —Honor negó con la cabeza—. Así no le cae la nieve encima, y el puente no se hiela.

Los puentes de la infancia de Honor que cruzaban ríos y arroyos eran de piedra y curvados. No había pensado que algo tan básico como un puente pudiera ser tan distinto en Estados Unidos.

Pararon al cabo de unas horas para darle agua y avena a la yegua y comer las

gachas de maíz frías que les gustaba desayunar a los lugareños. Después Thomas se internó en el bosque. Mientras tanto Honor se quedó junto al carro, observando los árboles al otro lado del camino. También le resultaban desconocidos. Incluso los árboles que conocía de antes, como los robles y los castaños, parecían diferentes; las hojas de los robles más puntiagudas y menos rizadas, las de los castaños no con la forma de abanico a la que estaba acostumbrada. Le daba la impresión de que el sotobosque era extraño, denso y primitivo, a propósito para mantener alejada a la gente.

Al volver, Thomas señaló los árboles con la cabeza.

—Necesitará aliviarse.

—Sí, yo...

Honor estuvo a punto de negarse, pero algo en la actitud de Thomas dejó bien a las claras que debía obedecerlo, como a un abuelo. Además, no podía reconocer que los bosques de Ohio la asustaban. Tarde o temprano tendría que acostumbrarse a ellos.

Se apartó del camino y se adentró entre los árboles, pisando con sumo cuidado las hojas muertas, las piedras recubiertas de musgo y las ramas caídas. La rodeó un intenso olor a tierra, a helechos y descomposición, y también un continuo susurrar, al que trató de no hacer caso, razonando que debían de ser ratones, ardillas grises o los pequeños roedores de cola peluda y lomo con rayas blancas y negras que por lo visto se llamaban ardillas listadas. Había oído que los bosques albergaban lobos, puercoespines, mofetas, comadrejas, mapaches y otros animales que no existían en Inglaterra. A la mayoría no los reconocería ni al verlos, lo que en cierto modo la asustaba todavía más. Al parecer, también había muchas serpientes. Su única esperanza era que no hubiera ninguna en esa parte del bosque en esa mañana concreta. Cuando estaba a unos treinta pies del camino, respiró hondo y se obligó a darse la vuelta para situarse de cara al carro y de espaldas a la profusión de árboles entre los que era posible que se ocultaran animales. Encontró un sitio resguardado de la vista de Thomas, se levantó las faldas y se puso en cuclillas.

Todo estaba en silencio salvo por el susurro del viento entre las hojas y el canto de los pájaros. Honor oyó a Thomas abrir el asiento abatible en el que habían ido sentados, donde debía de haber sitio para guardar cosas. Lo oyó hablar en voz baja, seguramente a la yegua, diciéndole que no había lobos ni panteras al acecho, lo que también tranquilizó a Honor. El animal respondió con un pequeño relincho.

Honor se levantó y se arregló las faldas. No podía aliviarse; sentirse tan expuesta en medio del bosque la ponía demasiado nerviosa. Miró a su alrededor. Se encontraba muy lejos de casa, y además sola, pensó. Se estremeció y volvió a toda prisa a la seguridad del carro.

En cuanto se subió al asiento, Thomas dio dos patadas, y reanudaron el camino. El desayuno parecía haber espabilado al anciano. Aunque seguía sin hablar, se puso a tararear algo que Honor no reconoció, tal vez un himno. Al cabo de un rato el tarareo,

el traqueteo del carro y el tintineo de la brida, el viento, los pájaros..., todo ese cúmulo de sonidos la adormecieron, y también el sendero que se extendía ante ellos hasta donde alcanzaba la vista y los árboles que susurraban a su paso. No llegó a dormirse, pero sí a ese estado de meditación que conocía de las asambleas. Era como una asamblea de dos, con Thomas a su lado, aunque los amigos no solían tararear. Cerró los ojos y dejó que su cuerpo se balanceara de una forma natural, aprovechando el rítmico movimiento del carro. Serena y a gusto al fin, se sumió en sí misma, a la espera de la luz interior.

Durante la asamblea para la Adoración cualquier cosa la distraía. A veces no paraba de pensar en un calambre en una pierna, o se acordaba de que se había olvidado de hacerle un recado a su madre, o se fijaba en una manchita en la capota blanca de la mujer que tenía al lado. Serenar la mente requería disciplina. Ella encontraba a veces una especie de paz, pero resultaba más difícil la verdadera profundidad de la luz interior, la sensación de que Dios la acompañaba, y no esperaba encontrarla en medio de los bosques de Ohio con un viejo tarareando himnos a su lado.

No obstante, allí sentada en un carro que la llevaba hacia el oeste empezó a sentir una presencia, como si no estuviera sola. Thomas estaba con ella, por supuesto, pero era algo más que eso; era como un zumbido en el aire, la convicción de que tenía compañía en el viaje hacia las profundidades de Ohio. Nunca había experimentado esa sensación de una forma tan palpable, y por primera vez en toda una vida de asambleas sintió el impulso de hablar.

Abrió la boca y lo oyó inmediatamente, una especie de chirrido detrás de ellos, a lo lejos. Pasados unos momentos distinguió el ritmo del fuerte golpeteo de los cascos de un caballo.

—Viene alguien —dijo, las primeras palabras que le dirigía a Thomas en todo el día. No era lo que tenía intención de decir.

Thomas volvió la cabeza y prestó oídos con ojos inexpresivos hasta que también oyó el ruido. Entonces su mirada pareció avivarse, reflejando algo que Honor no supo interpretar. La miró como si quisiera confesarle algo, pero Honor no podía saber qué. Ella también miró hacia atrás. Había aparecido un punto en el camino. Thomas dio tres patadas.

—Hábleme de su hermana —dijo.

—¿Cómo?

—Que me hable de su hermana, la que murió. ¿Cómo se llamaba?

Honor frunció el ceño. No quería hablar de su hermana en ese momento, con la aparición de alguien más y una nueva tensión en el aire. Pero como Thomas no le había hecho demasiadas preguntas durante el viaje, accedió.

—Grace. Era dos años mayor que yo.

—¿Iba a casarse con alguien de Faithwell?

El sonido era ya distinguible: un caballo al galope, con gruesas herraduras que

producían un ruido sordo inconfundible.

—Es... es un inglés, Adam Cox. De nuestro pueblo. Emigró a Ohio para ayudar a su hermano a llevar una tienda en Oberlin.

—¿Qué clase de tienda?

—Una pañería.

Ante la perplejidad de Thomas, Honor recordó una carta de Adam: «tienda de confecciones».

La expresión de Thomas se animó.

—¿La tienda de confecciones Cox? La conozco. En Main Street, al sur de College. Uno de ellos ha estado enfermo. —Volvió a dar tres patadas.

Honor miró otra vez hacia atrás. Ya se veía al jinete, un hombre, a lomos de un caballo bayo.

—¿Por qué vino usted con su hermana?

—Pues...

Honor no pudo contestar. No quería explicarle lo de Samuel a un desconocido.

—¿Y qué va a hacer ahora que está aquí sin ella?

—No... no lo sé.

Las preguntas de Thomas eran directas e incisivas, la última como una aguja clavándose en un forúnculo, que estalló, y Honor se echó a llorar.

Thomas movió la cabeza.

—Perdone, señorita —susurró—. A lo mejor vamos a necesitar esas lágrimas dentro de poco.

El jinete los alcanzó, se situó junto al carro, y Thomas frenó la yegua gris. El caballo del recién llegado relinchó, aunque la hembra se mantuvo firme, sin mostrar el menor interés por su nuevo acompañante.

Honor se secó los ojos y miró brevemente al hombre antes de colocar las manos sobre el regazo y clavar la mirada en ellas. Incluso sentado sobre el caballo saltaba a la vista que el hombre era muy alto, con la piel correosa y morena de quien se pasa la vida al aire libre. Unos ojos marrón claro destacaban en la cara cuadrada, curtida. Habría sido guapo si su expresión hubiera sido más cálida, pero tenía una mirada tan cortante que a Honor la recorrió un escalofrío. De pronto tomó conciencia de lo aislados que estaban en ese camino, y dudaba de que Thomas llevara una pistola como la que destacaba en la cadera del hombre.

Si Thomas pensaba algo parecido, no dio indicios de ello.

—Buenas tardes, Donovan —le dijo al recién llegado.

El hombre sonrió, pero con ese gesto no se le alteró el rostro.

—Conque el viejo Thomas y una chica cuáquera, ¿no es eso? —Extendió un brazo y tiró del borde de la capota de Honor. Ella apartó la cabeza y él se echó a reír—. Era para comprobarlo. Ya le puede decir a los demás cuáqueros que conozca que no se molesten en vestir a los negros con su ropa. Me conozco el truco. Es muy viejo.

Se quitó el baqueteado sombrero e inclinó la cabeza ante Honor, que se quedó

mirándolo perpleja, porque sus palabras no tenían sentido para ella.

—No tienes que quitarte el sombrero delante de los cuáqueros. No creen en esas cosas —dijo Thomas.

El hombre soltó un resoplido.

—No me voy a olvidar de los buenos modales sólo porque una chica cuáquera piense de otra manera. No le importa que me quite el sombrero ante usted, ¿verdad, señorita?

Honor agachó la cabeza.

—¿Lo ve? No le importa.

El hombre se estiró. Bajo el chaleco marrón, la camisa blanca, sin cuello, tenía manchas de sudor.

—¿Podemos ayudarte en algo? —le preguntó Thomas—. Porque si no, tenemos que seguir. Nos queda mucho camino por delante.

—Tienen prisa, ¿eh? ¿Adónde van?

—Voy a llevar a esta joven a Wellington —respondió Thomas—. Ha venido a Ohio desde Inglaterra, pero ha perdido a su hermana en Hudson, por la fiebre amarilla. Verás por sus lágrimas que está de duelo.

—¿Es de Inglaterra? —preguntó Donovan. Honor asintió con la cabeza—. Pues diga algo. Me gusta el acento. —Honor vaciló, pero el hombre insistió—. Vamos, diga algo. ¿Qué pasa? ¿Es demasiado orgullosa para hablar conmigo? Diga: «¿Qué tal, Donovan?».

En lugar de continuar callada, arriesgándose a que si aquel hombre seguía insistiendo acabara por enfadarse, Honor lo miró a los ojos, que tenían una expresión divertida, y dijo:

—¿Qué tal está, señor Donovan?

Donovan soltó una risotada.

—¿Que cómo estoy? Bien, bien, gracias. Hacía años que no me llamaban señor Donovan. Qué gracia me hacen los cuáqueros. ¿Y usted cómo se llama, muchacha?

—Honor Bright.

—¿Piensa hacer honor a su nombre, Honor Bright?

—Un poco de amabilidad con una muchacha que acaba de enterrar a su hermana en tierra extraña —terció Thomas.

—¿Qué hay ahí?

El tono de voz de Donovan cambió bruscamente al señalar el baúl de Honor en la trasera del carro.

—Las cosas de la señorita Bright.

—Voy a echar un vistazo. Ese baúl tiene el tamaño ideal para esconder a un negro.

Thomas frunció el ceño.

—No está bien que un hombre mire en el baúl de una joven. La señorita Bright te dirá lo que lleva. ¿O es que no sabes que los cuáqueros no mienten?

Donovan miró expectante a Honor. Ella movió la cabeza, perpleja. Aún se estaba recuperando de que Donovan le hubiese tirado de la capota y apenas era capaz de seguir la conversación de los dos hombres.

De repente, con una rapidez increíble, Donovan saltó del caballo al carro. Honor sintió una punzada de miedo en las entrañas, porque Donovan era mucho más grande, rápido y fuerte que Thomas y ella. Cuando descubrió que el baúl estaba cerrado, el miedo la empujó a darle la llave, que llevaba colgada al cuello con una cinta verde desde el principio del viaje.

Donovan levantó la tapa del baúl y sacó la colcha que Honor se había traído consigo. Pensó que la apartaría, pero Donovan la sacudió y la colocó en la trasera del carro.

—¿Esto qué es? —preguntó, mirándola con los ojos entrecerrados. Nunca había visto una colcha con cosas escritas.

—Es una colcha firmada —le respondió Honor—. Los amigos y familiares hicieron cuadrados con su firma. Fue un regalo por mi viaje a América. De despedida.

Cada cuadrado estaba formado por otros cuadrados y triángulos más pequeños, marrones, verdes y de color crema, con un retazo blanco en el centro con la firma de quien lo había hecho. Pensada en principio para Grace, cuando Honor decidió en el último momento irse también a Estados Unidos distribuyeron de nuevo los nombres de manera que el de Honor quedara en el cuadrado del centro, los de los familiares en los de alrededor y los de los amigos al lado de éstos. Con un sencillo motivo de rombos, no era especialmente bonita, porque la labor variaba según la destreza de cada cual y no seguía el diseño que hubiera elegido Honor, pero jamás podría dársela a nadie; la habían hecho para ella, para que recordase a su comunidad.

Donovan se acuclilló en la trasera del carro y se quedó tanto rato examinando la colcha que Honor empezó a preguntarse si ella habría hecho algo fuera de lugar. Miró a Thomas, que seguía impertérrito.

—Mi madre hacía cobertores —dijo al fin Donovan, pasando los dedos por un nombre, Rachel Bright, una tía de Honor—. Pero nada parecido a esto. Los suyos tenían una estrella grande en el centro con muchos rombos pequeños.

—Ese dibujo se llama estrella de Belén.

—¿Ah, sí?

Donovan la miró; sus ojos marrones se habían suavizado un poco.

—Yo he trabajado con ese diseño —añadió Honor, pensando en la colcha que le había regalado a Bidy—. No es fácil, porque encajar las puntas de los rombos cuesta mucho. Y hay que coser con mucha precisión. Su madre debía de ser muy habilidosa con la aguja.

Donovan asintió con la cabeza, cogió la colcha y volvió a meterla en el baúl. Lo cerró con llave y bajó del carro de un salto.

—Pueden marcharse.

Sin pronunciar palabra, Thomas restalló las riendas y la yegua gris volvió a la

vida inmediatamente. Poco después Donovan cabalgaba junto a ellos.

—¿Va a quedarse en Wellington?

—No —contestó Honor—. En Faithwell, cerca de Oberlin. El prometido de mi hermana está allí.

—¡Oberlin! —gruñó Donovan, y acto seguido clavó los talones en los costados del caballo, que salió disparado.

Honor sintió alivio, porque no sabía si habría soportado a Donovan a su lado durante todo el trayecto hasta Wellington.

El golpeteo de los cascos del caballo continuó en el aire, cada vez más tenue, durante un rato, hasta que se apagó por completo.

—Bueno, ya está —dijo Thomas en voz baja. Dio dos patadas y volvió a chasquear las riendas sobre el lomo de la yegua. Pero no tarareó durante el resto del viaje.

Tras recorrer varias millas Honor cayó en la cuenta de que Donovan no le había devuelto la llave del baúl.

Sombrería de Belle Mills
Main Street
Wellington, Ohio
30 de mayo de 1850

Estimado señor Cox:

La hermana de su prometida, Honor Bright, está aquí conmigo. Lamento decirle que su futura esposa ha fallecido. De fiebre amarilla.

Honor necesita descansar aquí unos días, de modo que venga usted a recogerla este domingo por la tarde, por favor.

Atentamente,

BELLE MILLS

Sombreros



Honor había dormido en tantas camas al llegar a Wellington que cuando se despertó ese día no sabía dónde se encontraba. Su vestido y su chal estaban colgados de una silla, pero no recordaba haberse desvestido ni haber puesto las prendas allí. Se incorporó, con la certeza de que no era temprano, como ella solía despertarse. Llevaba un camisón de algodón desconocido, que le quedaba largo, y la tapaba una colcha ligera.

Dondequiera que estuviese, no cabía duda de que era Norteamérica. La luz era distinta, más amarilla e intensa, y parecía perforar el aire para calentarla. Iba a ser un día de mucho calor, aunque de momento hacía fresco y se agradecía la colcha. Honor le pasó la mano por encima. A diferencia de la mayoría de las colchas norteamericanas que había visto hasta entonces, ésta no estaba hecha de aplicaciones ni de cuadrados cosidos juntos, sino de retazos propiamente dichos, al modo del patchwork inglés, y bien confeccionada, de modo que a pesar de que la tela se había desteñido, no tenía desgarrones ni costuras sueltas. El diseño era de rombos naranjas, amarillos y rojos que formaban una estrella de Belén como la de la colcha de Bidy y la que había descrito Donovan en las que hacía su madre. Honor se estremeció al recordar su encuentro con aquel hombre el día anterior.

A pesar de que era amplia y con espacio suficiente para la cama en la que había dormido, la habitación parecía más un almacén que un dormitorio. Había rollos de tela blanca, aunque también a cuadros y con estampados de flores. Por los cajones abiertos de varias cómodas asomaban guantes, cintas, encajes y plumas teñidas de vivos colores. En un rincón, dominando la habitación, se amontonaban en precario equilibrio pedazos de madera lisa de forma ovalada y cilíndrica, y extrañas tiras, unas de madera y otras de un material blanco y duro, como ruedas o rosquillas, que Honor no reconoció. Los trozos de madera le recordaban la forma de cabezas. Cuando Thomas la dejó el día anterior, ya de noche, entró en un establecimiento. En aquel momento se sentía demasiado cansada para fijarse, pero de pronto lo comprendió: se hallaba en el almacén de una sombrerería.

Las cuáqueras no llevaban sombreros; únicamente capotas y cofias sencillas, que solían confeccionar ellas mismas. Honor sólo había estado una vez en una sombrerería de Bridport, para comprar cinta. No obstante, muchas veces se había asomado al escaparate para contemplar admirada las últimas creaciones expuestas en los estantes. Esa tienda era un espacio muy arreglado, femenino, con el suelo de madera pintado de azul huevo de pato y largas estanterías en las paredes, llenas de sombreros.

Encima de la cómoda rebosante de adornos había una jarra de porcelana ornamentada con rosas de color rosa y una palangana a juego, iguales que las que había visto en varias casas de Pensilvania. Se lavó, se vistió y se atusó el pelo oscuro; al ponerse la cofia se dio cuenta de que le faltaba la capota. Antes de bajar miró por la ventana, que daba a una calle muy transitada por personas, caballos y carros. Sintió alivio al volver a ver seres humanos después de pasar un día entero recorriendo un

camino solitario entre bosques.

Bajó las escaleras en silencio y entró en una cocinita con chimenea y fogones, una mesa, sillas y un aparador con unos cuantos platos. Daba la impresión de que apenas la usaban, de que allí no se cocinaba mucho. La puerta trasera estaba abierta y dejaba entrar una brisa que continuaba hasta el salón. Honor la siguió y llegó al centro de la casa.

En muchos aspectos la tienda era como la sombrerería de Bridport: sombreros en las estanterías que cubrían las paredes, sombreros y capotas en mesas por toda la estancia, vitrinas a los lados con guantes, peinetas y agujetas. Había un espejo grande en una pared y dos ventanas en la fachada que proporcionaban ventilación y luz. El suelo de madera no estaba pintado, sino liso y brillante por las pisadas de las clientas. En una mesa de trabajo de un rincón había sombreros en diversas etapas de confección: capas de paja acopladas a pedazos de madera tallados, secándose para adquirir la forma del sombrero; alas de sombrero ovaladas, listas para sus respectivas copas; sombreros adornados con cintas, un montón de flores de seda a la espera de que las colocaran entre una maraña de cintas y alambre. La mesa estaba desordenada, pues el orden se encontraba en los sombreros acabados.

En otros aspectos la habitación era completamente distinta, como tantas cosas le parecían distintas a Honor en Estados Unidos. Si la tienda de Bridport seguía un orden predeterminado, la sombrerería de Wellington daba la sensación de haberse ordenado por casualidad. Algunas estanterías se encontraban atestadas de sombreros; otras, vacías. Había luz, pero las ventanas estaban llenas de polvo. Aunque el suelo parecía bien barrido, Honor sospechó que los rincones albergaban pelusas. Era como si el establecimiento hubiera aparecido de repente, mientras que Honor sabía que ya su bisabuela compraba cintas sencillas en la sombrerería de Bridport.

Los sombreros y las capotas también le parecían raros. Si bien no era experta en adornos porque no los llevaba, le sorprendieron algunas cosas. Un sombrero de paja de copa plana con un ramillete enorme de flores hechas de tela escocesa. Otro sombrero de copa plana ribeteado con una cascada de cintas de colores atadas con encaje. Una capota campestre de copa muy profunda parecida a la suya, orillada de plumas blancas en lugar de los frunces normales. Ella no podría ponerse ninguno de aquellos sombreros, ya que los cuáqueros seguían unas normas de sencillez tanto en la vestimenta como en la conducta. Y aunque hubiera podido, no sabía si habría querido.

Sin embargo, los sombreros debían de venderse, puesto que la tienda estaba llena de mujeres y chicas alrededor de las mesas, curioseando entre gorros con adornos y sombreros de paja, sacando cintas ya cortadas y flores de tela de unas cestas, riendo, charlando y gritando.

Pasados unos momentos se fijó en una mujer que estaba detrás de un mostrador, contemplando la habitación con aire de entendida. Era la dueña, con la que Honor había estado apenas unos minutos la noche anterior. Al ver a Honor inclinó la cabeza.

No se parecía en nada a como se imaginaba a una sombrerera: alta y delgada, de cara huesuda y expresión escéptica. Tenía los ojos de color avellana, un poco saltones, el blanco algo amarillento. A Honor le extrañó que una sombrerera llevara un gorro blanco tan sencillo, del que sobresalían unos mechones de pelo rubio que le caían sobre la frente. El vestido marrón claro le colgaba desde los hombros y dejaba al descubierto las clavículas. Le recordó a los espantapájaros colgados de un armazón de madera en los jardines de Dorset. El contraste entre su desaliño y los frívolos artículos que vendía la hizo sonreír.

—¿De qué se ríe, Honor Bright?

Honor se sobresaltó. Donovan había entrado en la tienda; sus fuertes pisadas dejaron en silencio a las clientas, que se apartaron al unísono.

Honor no se movió. Como no quería jaleos, se limitó a decir:

—Buenos días, señor Donovan.

Donovan posó sus ojos en ella.

—Pasaba por aquí, la he visto y me he dicho: «¿Por qué demonios habrá dejado el viejo Thomas a una chica cuáquera en la tienda de Belle Mills, si no puede ponerse esos sombreros?».

—Donovan, no seas tan grosero con nuestra invitada o tendrá que volver a Inglaterra y contar lo maleducados que son los hombres norteamericanos. —Belle Mills había salido de detrás del mostrador y se dirigió a Honor—. Es usted inglesa, ¿no, señorita Bright? Me di cuenta por la labor del escote de su vestido, muy fina. Sencilla y útil, una de esas cosas que sólo a una inglesa podrían ocurrírsele. Jamás había visto unos detalles tan sorprendentes, y mucho menos en una cuáquera. ¿Lo diseñó usted o lo copió de algún sitio?

—Lo hice yo.

Honor bajó la vista hacia el pedazo de tela en forma de uve que bordeaba el escote de su vestido verde oscuro. No tenía el blanco impoluto de cuando salió de Inglaterra, pero es que en Norteamérica nada estaba tan limpio como en su país.

—Oiga, ¿se ha traído alguna revista inglesa? *Ladies' Cabinet of Fashion* o *Illustrated London News*?

Honor negó con la cabeza.

—Qué lástima. Me gustaría copiarles los sombreros. Por cierto, si está pensando en dónde estará su capota, la tengo aquí. —Belle Mills señaló una estantería detrás de ella. Había colocado la capota de Honor, verde pálido, con la copa y el ala formando una línea horizontal, en una de las hormas para sombreros—. Había que darle un repaso. La he cepillado y la he rociado con agua de almidón. Dentro de una hora volverá a tener la misma forma. ¿La compró para el viaje?

—Me la hizo mi madre.

Belle asintió.

—Muy buena mano. ¿Usted cose así de bien?

Mejor, pensó Honor, pero no lo dijo.

—Ella me enseñó.

—Quizá podría echarme una mano mientras esté aquí. Normalmente no tengo tanto trabajo después de las compras de Pascua, pero la cosa se ha animado de repente y todo el mundo quiere un sombrero nuevo o un adorno nuevo.

Honor asintió con la cabeza, confusa. No tenía pensado quedarse en Wellington, sino ir enseguida a Faithwell. Estaba a poco más de siete millas y confiaba en encontrar a otro granjero que la llevara en su carro, o enviar a un chico con un recado para Adam Cox para que fuera a recogerla. Sin embargo, pensar en verlo tan pronto le daba pánico; no sabía si la recibiría con tanto cariño sin Grace a su lado.

Donovan interrumpió sus pensamientos.

—Por Dios bendito, ¿de esto se pasan el día hablando las chicas? ¿De vestidos y sombreros?

Las clientas se habían tranquilizado con la conversación de Belle y siguieron curioseando entre las mercancías, pero al oír el tono de Donovan, tan fuera de lugar en una sombrerería, volvieron a quedarse quietas.

—Nadie te ha pedido que vengas aquí —contraatacó Belle—. Márchate. Estás asustando a las clientas.

—¿Se va a quedar aquí, Honor Bright? —preguntó Donovan—. No me lo había dicho. Creí que iba a Wellington.

—No te metas en sus asuntos —replicó Belle—. El viejo Thomas me dijo que estuviste molestándola en el camino. La pobre Honor no ha tenido tiempo ni de respirar y ya ha conocido a lo más bajo de la sociedad de Ohio.

Donovan, con los ojos clavados en Honor, no le prestó atención a Belle.

—Bueno, supongo que la veré por Wellington, Honor Bright.

—Señor Donovan, ¿podría devolverme mi llave, por favor?

—Sólo si me llama Donovan. No soporto lo de señor.

—De acuerdo..., Donovan. Me gustaría que me devolviera la llave, por favor.

—Cómo no, preciosa. —Donovan movió una mano, pero se detuvo—. Vaya, lo siento, Honor Bright, creo que la he perdido. —Le sostuvo la mirada de modo que Honor supiera que estaba mintiendo pero no pudiera acusarlo de nada. Ya no tenía una expresión precavida, sino atenta, de curiosidad. A Honor se le revolvió el estómago con una mezcla de miedo y excitación, una sensación tan impropia que se sonrojó.

Donovan sonrió. Levantó el ala del sombrero, dirigiéndose a todas las presentes, y dio media vuelta. Cuando llegó a la puerta Honor vio por detrás de su cuello una delgada cinta verde oscuro.

En cuanto se hubo marchado Donovan, las mujeres se pusieron a cotorrear como gallinas revueltas al ver un zorro.

—Vaya, vaya, Honor Bright. Parece que ya ha hecho una conquista —comentó Belle—. Aunque le aseguro que no es buena compañía. Bueno, debe de estar muerta de hambre. Anoche no comió nada, y seguro que en el camino tomó poca cosa.

Señoras –dijo, alzando la voz–, váyanse a casa a preparar la mesa. Yo tengo que dar de comer a esta viajera, que está agotada. Si quieren comprar algo, vuelvan dentro de un par de horas. Señora Bradley, su sombrero estará listo mañana. Y el suyo también, señorita Adams. Ahora que dispongo de una buena costurera, me pondré al día.

Honor observó a las mujeres salir obedientemente y sintió una agobiante confusión. Su vida parecía estar en manos de extraños, adónde iba y dónde y cuánto tiempo se quedaba, qué comía e incluso qué cosía. Al parecer ahora tendría que hacer sombreros para una mujer a la que acababa de conocer. Le escocían los ojos por las lágrimas.

Belle Mills debió de darse cuenta, pero no pronunció una palabra. Colgó el cartel de CERRADO en la puerta, se fue a la cocina, y echó una gruesa loncha de jamón y varios huevos en una sartén.

—Venga, a comer –ordenó minutos más tarde, poniendo dos platos en la mesa. Saltaba a la vista que no dedicaba mucho tiempo a cocinar–. Mire, ahí hay pan de maíz y mantequilla. Sírvase.

Honor se quedó mirando el jamón grasiento, los huevos salpicados de grasa, el indigesto pan de maíz que había acompañado todas sus comidas en Estados Unidos. No creía que pudiera comérselo, pero como Belle estaba observándola, cortó un minúsculo triángulo de jamón y se lo metió en la boca. Lo dulce y lo salado al mismo tiempo la sorprendieron, y se le abrió una puertecita en el estómago. Se puso a comer despacio, incluso el pan de maíz del que estaba tan harta.

Belle asintió con la cabeza.

—Ya decía yo. Si es que estaba muy pálida. ¿Cuándo salió de Inglaterra?

—Hace ocho semanas.

—¿Y cuándo murió su hermana?

Honor tuvo que pensar.

—Hace cuatro días.

Le daba la impresión de que habían pasado meses, y muchas millas. Las cuarenta y cinco que mediaban entre Hudson y Wellington la habían adentrado en un mundo completamente distinto, más que el resto del viaje.

—No me extraña que esté tan demacrada, cielo. Thomas me dijo que seguiría usted hasta Faithwell, a casa del prometido de su hermana. –Honor asintió con la cabeza–. Le he enviado recado de que está aquí, para que venga a recogerla el domingo por la tarde. Me imaginé que necesitaría unos días para recuperarse. Si quiere, puede ayudarme con la costura. Así se ganará el sustento.

Honor no recordaba qué día era.

—Muy bien –accedió sin pensar, aliviada por que Belle se encargara de todo.

—Pues vamos a ver qué tal se le da la aguja. ¿Tiene sus cosas o prefiere usar las mías?

—Tengo costurero, pero en el baúl, que está cerrado.

—Maldito sea ese Donovan. Bueno, a lo mejor lo puedo abrir con un martillo y

un escoplo, si no le importa que rompa el candado, claro. No tenemos muchas opciones. –Honor asintió–. Mientras friega los platos, voy a ver qué puedo hacer con el baúl. –Belle examinó la mesa, el plato limpio de Honor y el suyo, prácticamente intacto. Recogió este último y lo dejó en el aparador, tapado con una servilleta. Después se fue al piso de arriba.

Mientras Honor fregaba la sartén, minutos más tarde, oyó unos golpes y después un grito triunfal.

—Los candados ingleses no son mejores que los norteamericanos –anunció Belle bajando las escaleras–. Lo he roto. Vaya a recoger sus cosas. Ya acabo yo con esto.

Cuando Honor bajó con su costurero, Belle estaba sacando a rastras una mecedora por la puerta trasera.

—Vamos a sentarnos en el porche de atrás, para aprovechar la brisa. ¿Quiere la mecedora o una silla normal?

—Voy a traer una silla normal.

Desde su llegada a Estados Unidos Honor había visto mecedoras por todas partes; eran mucho más corrientes que en Inglaterra. La sensación al sentarse le recordaba demasiado al barco, y además necesitaba estabilidad y calma para coser.

Cuando cogió una silla de la cocina observó que el plato de comida que Belle había dejado en el aparador había desaparecido.



La sombrerería estaba al final de una hilera de edificios, entre los que se contaban una tienda de comestibles, otra de arneses para caballos, una confitería y una botica. Los jardines traseros de esos establecimientos estaban desaprovechados, si bien en uno de ellos había un huerto y en otro ropa tendida. En el de Belle no había nada, salvo un montón de maderos y una cabra atada entre la maleza. «No se acerque al bosque. Hay serpientes. Y a la cabra, ni caso. Es de los vecinos, y muy mala», le dijo Belle. También había un retrete y una leñera que ocupaba todo un costado de la casa, pero saltaba a la vista que Belle dedicaba todas sus energías a la tienda.

Honor se sentó y abrió el costurero para preparar sus utensilios. Al menos ese ritual era algo familiar. El costurero había pertenecido a su abuela, que, cuando empezó a perder vista, se lo regaló a la nieta que mejor cosía. De madera de nogal, la tapa tenía un almohadillado con un bordado de lirios de los valles en verde, amarillo y blanco. Era una imagen que Honor conocía desde la infancia; podía recrearla mentalmente a la perfección con los ojos cerrados, como tantas veces había hecho para distraerse durante sus mareos en la travesía. La bandeja de arriba contenía un alfilerero que había hecho Grace, con bordado de lirios de los valles parecido al de la tapa; un enhebrador de alambre; un dedal de porcelana, regalo de su madre, con ornamentación de rosas amarillas; un acerico con cuentecitas que le había hecho Bidy; varios paquetes de alfileres envueltos en papel verde; una latita con un pedazo

de cera de abeja que usaba para el hilo de las colchas, y las pequeñas tijeras de su abuela, con el mango de esmalte verde y amarillo y una funda de cuero blando.

Belle Mills se inclinó para inspeccionar.

—Qué bonito. ¿Qué es esto?

Cogió unos pedazos de metal de diferentes formas: hexágonos, rombos, cuadrados, triángulos.

—Plantillas para cortar retales para colchas. Me las hizo mi padre.

—Así que colchera, ¿eh?

Honor asintió con la cabeza.

—¿Qué hay debajo?

Honor levantó la bandeja y aparecieron una serie de carretes de hilos de colores, cada cual encajado en su sitio.

Belle hizo un gesto de aprobación, y de entre los carretes sacó un dedalito de plata.

—¿No quiere ponerlo arriba con las demás cosas?

—No.

Samuel le había regalado el dedal cuando lo que sentían el uno por el otro llegó a la madurez. Ya no lo utilizaba, pero no podía desprenderse de él.

Belle enarcó las cejas. Como Honor no dio más explicaciones, dejó caer el dedal entre los carretes, deshaciendo el orden perfecto.

—Muy bien, Honor Bright —dijo con una risita—. Todo el mundo tiene derecho a mantener sus secretos. Bueno, vamos a empezar. ¿Ha cosido en paja?

Honor negó con la cabeza.

—Nunca he hecho sombreros. Sólo capotas.

—Seguro que sólo tiene dos capotas, una de invierno y otra de verano. A los cuáqueros no les va la ropa fina, ¿no? Bueno, vamos a empezar con tela. Hay que rematar una capota de verano para la señora Bradley. Es fácil; no lleva armazón de paja, sólo de cuerda. La mayoría de las mujeres se las hacen ellas mismas, pero la señora Bradley es muy suya y está convencida de que no tiene por qué coger una aguja. ¿Cree usted que se las apañará? Aquí está el hilo. He usado una aguja del seis.

Le tendió a Honor una capota blanda, cortada e hilvanada, que sólo había que coser; tenía un diseño sencillo, una especie de papalina alargada y ancha para proteger el cuello del sol. La tela era azul claro con cuadros y rayas finos amarillos y blancos, un estilo con el que Honor no estaba familiarizada; ninguna inglesa estaría dispuesta a llevar tal cantidad de tela ondeándole alrededor del cuello, pero en Ohio el sol era más fuerte, y quizá hiciera falta esa protección. En todo caso, resultaría fácil de coser.

Honor cogió un carrete de hilo y el enhebrador y enhebró con celeridad seis agujas; después las dejó preparadas en el acerico. La atenta mirada de Belle la cohibía, aunque al menos en el ámbito de la costura se sentía segura de lo que hacía. Se puso a coser la copa al ala, reforzándola con un pespunte doble y recogiendo la

tela en pequeños plisados. Era una modista rápida y precisa, si bien en aquella capota iba más despacio, para hacer exactamente lo que quería Belle.

Belle estaba sentada a su lado, en la mecedora, cosiendo seda de color crema en el ala de paja de forma ovalada de una capota. De vez en cuando miraba a Honor y su trabajo.

—Ya veo que no tengo que preocuparme por usted —comentó cuando Honor terminó la capota para el sol—. Pero fíjese en los frunces que estoy haciendo para que la tela quede lisa alrededor del ala. Así, ¿lo ve? ¿Cree que puede hacerlo? Venga, inténtelo. Con esto... Es una aguja de sombrerería, la mejor para la paja.

En cuanto Honor cosió lo suficiente para convencer a Belle, ésta se levantó y se estiró.

—En fin, es una suerte que haya venido usted. Cuando acabe con ese trabajo, puede empezar con esto. —Dio unos golpecitos a un montón de capotas en diversas fases de confección que estaban en una mesa—. Después les pondré los adornos. Si tiene alguna duda, estaré en la tienda. Tengo que abrirla por la tarde.

Hacía más calor, con el sol ya alto en el cielo y el porche con menos sombra. Honor no había pasado mucho tiempo a solas desde su llegada a Estados Unidos, y se alegraba de estar tranquilamente sentada en una tarde soleada de primavera con un trabajo que le resultaba familiar pero sin que se le exigiese nada más. Le habría gustado contemplar un jardín orlado de diversas flores como las que tenía plantadas su madre: lupinos, espuelas de caballero, aguileñas, arañuelas y nomeolvides. No sabía si esas flores crecían en Norteamérica, ni si los norteamericanos cultivaban esa clase de jardín. Sospechaba que no; no era algo práctico, sobre todo allí, donde la sociedad aún intentaba dominar la naturaleza a golpe de hacha y todas las energías se concentraban en la supervivencia, no en la decoración. Eso sí, pensó al examinar el montón de sombreros que le había dejado Belle: las mujeres de Ohio se permitían ciertas frivolidades en el tocado, y los sombreros eran de telas a cuadros y flores de vivos colores.

Terminó la capota de color crema y cogió otra, de tela verde claro salpicada de minúsculas margaritas y un ala que al doblarse dejaba al descubierto otro color, en este caso marrón claro. Honor habría puesto un rosa, pero no pensaba sugerirlo. Mientras trabajaba en la segunda capota, se impuso el ritmo constante y familiar de la costura, con su repetición meditativa, abriendo la puerta a sus pensamientos casi como en las asambleas para la Adoración. Empezó a notar que se le relajaban los hombros, que se aliviaba un poco la tensión que acumulaba desde su partida de Inglaterra. Al acabar la hebra de hilo, apoyó las manos en la capota que tenía en el regazo y cerró los ojos. Esa calma y la soledad le brindaron espacio para pensar: en Samuel cuando le dijo que amaba a otra, y en su decisión de irse de Dorset; en la muerte de su hermana, que la había dejado sola en una tierra extraña. Al final se echó a llorar, con dolorosos sollozos que le recordaron las arcadas que había sufrido a bordo del *Adventurer*.

Sin embargo, el alivio del llanto no duró mucho. Aún con la respiración entrecortada, la invadió una sensación parecida a la que había sentido en el camino entre Hudson y Wellington, la de no estar sola. Miró hacia atrás, pero Belle no estaba en la puerta de la cocina; Honor oyó su voz en la tienda. Tampoco vio a nadie en los patios de los vecinos. De repente oyó en la leñera a un lado de la casa, detrás de ella, el ruido de un tronco desprendiéndose del montón de leña.

Será un perro, pensó, secándose los ojos con una manga; o uno de esos animales que nosotros no tenemos, una comadreja, un mapache o un puercoespín. No obstante, sabía que no era fácil que derribaran un tronco. También sabía, aunque no el porqué, que la presencia que notaba en ese momento, como la que había notado en el camino, era humana.

Honor nunca se había considerado una persona valiente. Hasta su llegada a América, jamás había puesto a prueba realmente su valor, y resistió la tentación de ir a buscar a Belle. Dejó la capota, se levantó de la silla y bajó de puntillas la escalera. Sabía que vacilar no serviría de nada. Respiró hondo, contuvo la respiración y se acercó al cobertizo a echar un vistazo.

La luz apenas se adentraba en la leñera; después la penumbra dejaba paso a la oscuridad. Honor no vio nada hasta que sus ojos se adaptaron, y de repente distinguió un montón de leña a la derecha, muy bien colocado, y a la izquierda, un estrecho hueco junto a la pared. En ese hueco había un hombre negro. Honor volvió a respirar hondo, asustada, y soltó de golpe todo el aire que había acumulado. Se quedó mirándolo. Era de complexión y estatura medias, pelo crespo y anchas mejillas. Iba descalzo, con la ropa raída y rota. Eso fue lo único que Honor pudo o supo apreciar, porque no estaba lo suficientemente familiarizada con los rasgos negros para ser capaz de juzgarlos, compararlos y describirlos. No sabía si aquel hombre estaba asustado, enfadado o resignado. Sólo veía que era negro. No sabía si debía hablar ni qué decir, así que retrocedió, salió al porche y volvió a guardar las cosas en el costurero. Amontonó los sombreros encima, lo recogió todo y lo llevó adentro.

Belle no pareció sorprendida al verla.

—¿Ya da el sol ahí fuera? —dijo mientras le probaba un sombrero a una cliente, subiendo el ala antes de clavar una agujeta. Las dos examinaron el efecto en el espejo—. Así está mejor, ¿no? Le queda bien.

—No sé yo —replicó la mujer—. Un poco tacaña con las violetas.

—¿Usted cree? Puedo hacerle unas cuantas más, ahora que tengo ayudante. ¿A centavo cada una le parece bien? —Belle le guiñó un ojo a Honor—. ¿Ha terminado la capota de la señorita Adams? ¿Sí? Estupendo. Puede trabajar en ese rincón, junto a la ventana. Es donde hay mejor luz.

Antes de que Honor pudiera hablar, Belle se puso a discutir con la cliente lo de las violetas.



Honor estuvo trabajando en las capotas toda la tarde, y poco a poco dejaron de temblarle las manos. Pasado un rato incluso llegó a plantearse si el hombre que había visto no serían imaginaciones suyas. Quizá con el calor, la luz y su reciente trauma hubiera confundido un mapache o un perro con un hombre. Decidió no contarle nada a Belle.

En la tienda no paraban de entrar clientas; todas miraban a Honor como una curiosidad digna de comentarios, aunque las preguntas se las hacían a Belle, no a ella. «Belle, ¿por qué hay una cuáquera en su ventana?» «¿De dónde es?» «¿Adónde va?» «¿Qué está haciendo aquí?» Belle contestaba una y otra vez. Al final del día todas las mujeres de Wellington debían de saber que Honor era de Inglaterra, que iba camino de Faithwell pero se quedaría unos días con Belle y la estaba ayudando con la costura. Honor incluso sirvió de promoción para la tienda. «Tiene muy buena mano, mucho mejor que yo. Si hoy encarga una capota, la pongo a coser. Le durará toda la vida, porque sus puntadas son muy resistentes, o hasta que se harte usted de ella y quiera una nueva. Entonces se arrepentirá de haber comprado una capota confeccionada por Honor Bright. No se estropeará, así que no tendrá excusa para comprar otra».

Más tarde, cuando la luz empezó a desvanecerse, Belle dio por terminada la jornada y se llevó a Honor de paseo por Wellington. Había poco más que unas cuantas tiendas y casas alrededor de un cruce de caminos; sus escasas calles eran anchas y estaban trazadas siguiendo una red de norte a sur y de este a oeste. Habían ensanchado la calle principal, de modo que la plaza rectangular se encontraba rodeada por el ayuntamiento, una iglesia, un hotel y varias tiendas, la de Belle entre otras. Entre las tiendas de las calles adyacentes había varios comercios pequeños de alimentación y otros artículos, un herrero, un zapatero, un ebanista, una fábrica de ladrillos y un constructor de carruajes. La mayoría de ellos eran de madera y de dos plantas, con marquesina y grandes escaparates donde se exhibían las mercancías. Habían construido una escuela, y estaban a punto de terminar una estación de ferrocarril que empezaría a llegar a Wellington ese mismo verano. «Este pueblo estará atestado cuando el tren pase por aquí –aseguró Belle–. Será bueno para el negocio, para los sombreros».

Mientras paseaban Honor tuvo la incómoda sensación que ya había experimentado en otras ciudades norteamericanas hasta llegar a Ohio: que estaban construidas a toda prisa y podían ser destruidas con igual rapidez por un incendio o el clima extremo del que había oído hablar, los huracanes, tornados y las ventiscas. Quizá las fachadas de las tiendas eran relativamente nuevas, pero ya habían sufrido los rigores del sol y la nieve. La calle estaba seca y húmeda al mismo tiempo, polvorienta y embarrada.

Adondequiera que fuesen, la calle y los tablones tendidos sobre el barro estaban salpicados de escupitajos. Cuando llegaron a Nueva York, Honor y Grace se quedaron atónitas ante la frecuencia con que escupían los hombres, siempre con las

mejillas abultadas por el tabaco que no paraban de mascar. Les extrañó asimismo que nadie pareciera notarlo ni darle importancia.

Belle saludaba con la cabeza a los transeúntes y se paraba de vez en cuando a intercambiar unas palabras con las mujeres. La mayoría de ellas llevaban capotas de diario, pero algunas lucían sombreros que Honor reconoció como obra de Belle, con sus curiosas combinaciones de adornos. La sombrerera se lo confirmó.

—Algunas se hacen las capotas ellas mismas, pero todos los sombreros son míos. Se ven más los domingos, en la iglesia. No se atreverían a ponerse un sombrero de las tiendas de Oberlin, porque saben que después yo no las atendería. Oberlin está muy bien, pero lo suyo es comprarlo en tu pueblo, ¿no?

Belle llevaba un sombrero de paja con una ancha cinta alrededor del ala y adornos de flores también de paja.

En una esquina de la plaza estaba el hotel. Para un pueblo, era increíblemente suntuoso: un edificio alargado de dos plantas con doble balconada en toda la fachada, en ambas plantas, sujeta por varios pares de columnas blancas.

—El hotel Wadsworth —dijo Belle—. El único sitio donde es posible tomarse una copa... Claro que eso no le interesará mucho a usted, porque los cuáqueros no prueban el alcohol, ¿no? —Honor negó con la cabeza—. Bueno, yo me tomo mis whiskies en casa. Por eso.

Belle señaló con la cabeza un extremo del hotel que estaba enfrente de la sombrerería, al otro lado de la plaza. En el porche había un grupo de hombres apoltronados en sillas con botellas al lado. Entre ellos estaba Donovan, con los pies apoyados en una mesa. Al ver a Belle y Honor levantó la botella y bebió un trago.

—Mire qué simpático.

Belle siguió andando, y al pasar junto al último par de columnas, Honor se fijó en un cartel pegado en una de ellas. Lo que le llamó la atención no fue lo que rezaba: RECOMPENSA DE 150 DÓLARES, en letras enormes, sino la silueta de un hombre corriendo con un hatillo al hombro. Se paró a examinarlo.



RECOMPENSA de
150 \$

**Fugado de la granja propiedad del abajo firmante,
cerca de Clarksburg, Virginia, el 15 de mayo de 1850,**

un hombre negro llamado
JONAS.

**De unos 30 años, 5 pies 8 pulgadas de estatura,
complexión recia. Color intermedio, pómulos anchos,
nariz africana. Pelo abundante, con raya a un lado.**

**Zurdo. Listo y abierto. Daré la mencionada recompensa
a quien lo lleve a la cárcel para que yo pueda recuperarlo,
dondequiera que lo encuentren.**

H. Browne

Oficina de Correos de Clarksburg 26 de mayo de 1850

La descripción era sumamente detallada. Honor pensó en el hombre que había visto en la leñera. Ahora que había palabras para concretar su aspecto, adjetivos como recio, africano y listo, se lo imaginó con claridad: sus ojos calculadores observándola, los fuertes hombros... y el pelo abundante, con raya a un lado.

Donovan la estaba mirando.

—Siga —dijo Belle entre dientes, tomándola del brazo y doblando la esquina de Mechanics Street.

Cuando ya no podían oírlas, Honor le preguntó:

—¿Ha puesto Donovan ese cartel?

—Sí. Es cazador de esclavos. Ya se había dado cuenta, ¿no?

Honor asintió con la cabeza, aunque no sabía que lo que hacía Donovan tuviera nombre.

—Hay cazadores de esclavos por todo Ohio, que vienen de Kentucky y Virginia para devolver los negros a sus amos. Lo cierto es que por aquí pasan muchos fugitivos camino de Canadá. De hecho, por Ohio pasa mucha gente en una u otra dirección. Es posible verlo en los cruces de caminos, maldita sea. De este a oeste, colonos en busca de más tierras. De sur a norte, esclavos fugitivos en busca de la libertad. Es curioso, pero nadie quiere ir al sur o el este. Son el norte y el oeste los que ofrecen alguna posibilidad.

—¿Por qué no se quedan los negros en Ohio? Yo creía que aquí no había esclavitud.

—Algunos se quedan en Ohio. Hay negros libres en Oberlin, pero donde la libertad está garantizada es en Canadá. Es un país distinto, con leyes distintas, y los cazadores de esclavos no tienen allí ningún poder. Sin embargo, es usted quien le interesa a Donovan. Resulta curioso, porque normalmente mira con malos ojos a los cuáqueros. Le gusta citar a un político que dijo que los cuáqueros no defenderían el país si hubiera guerra, pero que en tiempos de paz les encanta meterse donde no les llaman. No obstante, más vale no despertar su interés, ya que en ese caso no resulta fácil librarse de él. También irá a molestarla a Faithwell. Es un cabezota y un cabrón. Si lo sabré yo... —Ante la mirada inquisitiva de Honor, Belle sonrió y añadió—: Es mi hermano. —Soltó una risita ante el cambio de expresión de Honor—. De dos padres distintos, así que no nos parecemos mucho. Nos criamos en Kentucky, aunque nuestra madre era inglesa, de Lincolnshire.

Una pieza que empezaba a encajar.

—¿Entonces ella hizo la colcha de mi cama?

—Sí. Donovan siempre está intentando quitármela. Es un cabrón de mucho cuidado. Hemos seguido caminos muy diferentes, ¿verdad? Pero ambos nos hemos venido al norte. Bueno, será mejor que volvamos. —Belle se detuvo frente a Honor—. Mire, cielo, sé que ha visto cosas raras en mi casa, pero será mejor que finja no enterarse. Así, si Donovan le pregunta, no tendrá que mentir. Porque se supone que los cuáqueros no mienten, ¿no? —Honor meneó la cabeza. Belle volvió a tomarla del brazo y se dirigieron otra vez a la sombrerería—. Dios santo, cuánto me alegro de no ser cuáquera. Ni whisky, ni colores, ni plumas, ni mentiras. ¿Qué más?

—Ni palabrotas —añadió Honor. Belle estalló en carcajadas, y Honor sonrió—. Nos llamamos «los raros», porque sabemos que a los demás debemos de parecérsele.

Belle seguía riéndose, pero se calló al llegar al bar del hotel. Donovan ya no estaba allí.



Honor se pasó los dos días siguientes cosiendo, por la mañana en el rincón junto a la ventana de la tienda y por la tarde en el porche de atrás.

Belle la puso a trabajar otra vez con capotas, a rematar varias que iban a recoger

unas clientas ese día. Ribeteó una con encaje, otra con una doble hilera de volantes, y a continuación cosió ramilletes de pensamientos al armazón de una capota verde y le colocó cintas anchas de color verde claro para atárselas bajo la barbilla.

—¿Puede hacer más flores de éstas si le doy los pétalos? —le preguntó Belle cuando Honor hubo terminado.

Honor asintió; aunque nunca había hecho flores, ya que las cuáqueras no las llevaban, sabía que no resultarían más difíciles que algunas de las complicadas labores de patchwork que había realizado para las colchas.

Belle le dio una caja llena de pétalos y hojas.

—Anoche corté los pétalos, después de que usted se acostara. Y tan ricamente, yo con mi whisky y mis tijeras.

Le enseñó a Honor a confeccionar pensamientos, y después violetas, rosas, tréboles y velo de novia con pedacitos de encaje. Honor pensó que ojalá estuviera allí Grace para ver las cosas que hacía, creaciones cada vez con más colorido y dificultad.

Las clientas de Belle seguían haciendo comentarios sobre la presencia de Honor, incluso las que habían estado en la tienda el día anterior y ya habían hablado de ella. «¡Pero fijaos en la chica cuáquera, con todas esas flores! —decían—. ¡Es curiosísimo! ¡Va usted a cambiarla, Belle! ¡Vaya que sí!».

No obstante, Honor era sólo una distracción pasajera, sobre la que quizá después reflexionaran. Una vez hechos los comentarios, las clientas se dedicaban a tareas más importantes, como examinar los últimos artículos e intentar hacer una buena compra. Mientras se probaban los sombreros y capotas expuestos cuestionaban los diseños de Belle y criticaban la forma y los adornos para rebajar el precio. Como Belle estaba asimismo decidida a mantener los precios, solía haber discusiones.

A Honor la ponía nerviosa el regateo, porque significaba que el valor de algo podía cambiar dependiendo de lo mucho que alguien quisiera comprarlo o venderlo. La falta de un precio fijo contribuía a que los sombreros de Belle tuvieran un carácter transitorio. Los cuáqueros no regateaban; fijaban el precio que consideraban justo por los materiales y la mano de obra. Cada producto tenía un valor intrínseco, ya se tratara de una zanahoria, una herradura o una colcha, y eso no cambiaba simplemente porque hubiera mucha gente que necesitara algo en concreto. Honor conocía comerciantes de Bridport que regateaban, pero no cuando ella iba a sus tiendas o sus puestos del mercado. El regateo que ella había presenciado era algo improvisado, a veces incluso tímido, como si quienes participaban en él lo hicieran en broma, porque era lo que todo el mundo esperaba que hicieran. En Ohio parecía más implacable, como si ambas partes se empeñaran en tener razón y la otra no sólo no la tuviera, sino que fuera moralmente sospechosa. Algunas mujeres que iban a la tienda se indignaban tanto al discutir con Belle que Honor se preguntaba si volverían por allí.

Sin embargo, a Belle parecía entretenerla el regateo y no importarle cuando, cada dos por tres, llegaba a un punto muerto y el sombrero no se vendía.

—Ya volverán —decía—. ¿Adónde van a ir, si soy la única sombrerera del pueblo?

Y a pesar de no conseguir una rebaja, muchas mujeres hacían pedidos. Belle rara vez les tomaba medidas; a la mayoría ya las conocía y era capaz de calibrarlas de una sola ojeada.

—Veinte pulgadas la mayoría de ellas —le decía a Honor—. Las cabezas alemanas son un poco más grandes, pero las demás son muy parecidas, por mucho o poco que tengan aquí arriba.

Su elección de formas y adornos para los sombreros era muchas veces inusual, aunque la mayoría de las clientas aceptaban su criterio y discutían por el precio, no por el estilo. Por lo que pudo ver Honor con las clientas que iban a recoger sus sombreros, Belle solía tener razón al elegir para ellas colores y estilos distintos a los que normalmente llevaban.

—Los sombreros se pueden quedar anticuados —le dijo a una mujer a la que acababa de convencer para que comprase un sombrero teñido de verde con adornos de paja doblada y recogida de tal modo que imitaban espigas de trigo—. Siempre gusta sorprender con algo nuevo, para que la gente la vea a una distinta. Una mujer que siempre lleve una capota azul con adorno de encaje acabará pareciéndose a la capota, incluso cuando no la lleve puesta. Le hacen falta unas flores cerca de los ojos, o una cinta roja, o un ala que le enmarque la cara.

La mujer contempló con tal descaro el sencillo gorro de Honor que ésta agachó la cabeza.

—Pero usted lleva lo mismo todos los días, Belle —señaló.

Belle se dio unos golpecitos en el gorro, casi tan sencillo como el de Honor, pero con un volante suelto en el borde y un cordón detrás que cuando se estiraba formaba un pequeño plisado en la tela.

—No está bien que yo lleve nada demasiado fino en la tienda —dijo Belle—. No quiero competir con mis clientas. Ustedes son las que tienen que lucirse. Yo me pongo mis sombreros para salir, y así me sirven de propaganda.

A pesar de los regateos, de los adornos frívolos, la sensación de que era un pasatiempo para las mujeres de Wellington que llevaban sombrero, a Honor le gustaba trabajar para Belle. Hiciera lo que hiciese, al menos se mantenía ocupada, sin tiempo para pensar en los traumas del pasado, la incertidumbre en la que vivía o lo que le depararía el futuro.

Mientras trabajaba junto a la ventana abierta, Honor oyó en un par de ocasiones las herraduras del caballo de Donovan y lo vio pasar por delante de la tienda. Una tarde se detuvo en el bar del hotel, al otro lado de la plaza, y se apoyó en la barandilla, con los ojos clavados en la sombrerería y en ella, o eso le pareció a Honor. Se echó hacia atrás en la silla, pero no pudo evitar la mirada de Donovan, y enseguida se fue al porche trasero para librarse del examen.

Belle le había dado otro montón de capotas, si bien antes de ponerse a trabajar Honor se quedó unos minutos sin hacer nada, aguzando el oído. No había ruidos en la leñera, aunque notaba que había alguien allí. Ahora que sabía quién era e incluso

podía describirlo y ponerle nombre, estaba menos asustada. Al fin y al cabo, era él quien quizá la temería a ella.

Belle había hablado de los esclavos como de algo cotidiano, pero para Honor la idea era nueva y chocante. Los amigos de Bridport comentaban la vergüenza de la esclavitud en Estados Unidos, aunque simplemente con indignación; nadie había visto un esclavo. Honor no podía creerse que hubiera uno escondido a quince pies de ella.

Cogió una capota gris tan sencilla que casi podría haberla llevado una cuáquera. El forro era de un amarillo prímula pálido, y tenía que coserle unas cintas de color mostaza y añadirle un cordón amarillo a la papalina de la nuca para apretar la tela y formar una pequeña gorguera. A pesar de que al principio Honor tenía sus dudas sobre la combinación de colores, cuando la hubo acabado tuvo que reconocer que el amarillo realzaba el gris aunque era lo bastante pálido para que la capota no resultara chillona, si bien ella no hubiera elegido un color tan redundante para las cintas. Belle tenía gustos heterodoxos, pero sabía sacarles partido.

Durante unos momentos de tranquilidad en la tienda Belle salió con una taza de latón con agua. Apoyada en la barandilla mientras Honor bebía, miró al jardín entornando los ojos.

—Hay una serpiente tomando el sol cerca de la leñera —anunció—. Una víbora cobriza. ¿Tenéis víboras cobrizas en Inglaterra? ¿No? Pues no te acerques a ellas. Más vale que no te piquen, porque es mortal, y no es una muerte agradable. —Desapareció dentro de la tienda y volvió con una escopeta. Sin perder tiempo apuntó a la serpiente y disparó. Honor se asustó, cerró los ojos con fuerza y se le cayó la taza. Cuando se atrevió a volver a abrirlos vio el cuerpo descabezado de la serpiente en la hierba, a unos metros de los tablones—. Ya está —dijo Belle con satisfacción—. Pero seguramente hay un nido. Traeré unos chicos para que las maten todas. No quiero que se metan serpientes en la leñera.

Honor pensó en el hombre que estaba escondido allí, agazapado desde hacía casi tres días en medio del calor y la oscuridad; habría oído el disparo. Se preguntó por qué lo escondía Belle. Cuando dejaron de pitarle los oídos dijo:

—Me ha dicho que Kentucky es un estado esclavista. ¿Tenía esclavos su familia? Era la pregunta más directa que se atrevía a formular.

Belle la miró con sus ojos amarillentos, apoyándose en la barandilla del porche, con la escopeta en la mano, el vestido colgándole del cuerpo. A Honor se le pasó por la cabeza que la sombrerera debía de tener alguna enfermedad para estar tan delgada y con tan mal color.

—Nuestra familia era demasiado pobre para tener esclavos. Por eso Donovan se dedica a cazarlos. Los blancos pobres odian a los negros más que nadie.

—¿Por qué?

—Piensan que los de color realizan los trabajos que deberían hacer ellos y rebajan los precios. Lo cierto es que a los negros se los valora más. El dueño de una

plantación es capaz de pagar mil dólares por un hombre de color, pero un blanco pobre no vale nada.

—Pero usted no los odia.

Belle le dirigió una leve sonrisa.

—No, cielo. Yo no los odio.

Sonó la campanilla de la tienda, anunciando la llegada de una clienta.

—A propósito, Donovan se ha marchado. Los sábados por la noche bebe hasta reventar en el bar de Wack, en Oberlin. Eso seguro. Supongo que hoy saldrá temprano, así que, si quiere, puedes dejar de esconderse de él.

Sombrería de Belle Mills
Main Street
Wellington, Ohio
1 del sexto mes de 1850

Queridísima Biddy:

Me apena tener que decirte que Dios se ha llevado a Grace hace seis días a causa de la fiebre amarilla. No entraré en detalles; mis padres pueden dejarte leer la carta que les escribí. Ojalá estuvieras aquí conmigo, tomándome de la mano y consolándome.

Creo que te sorprendería ver dónde estoy en este momento. Estoy sentada en el porche trasero de la sombrería de Belle Mills, en Wellington, Ohio. El porche se encuentra orientado hacia el oeste y estoy viendo ponerse el sol sobre un pedacito de tierra al final del cual centellean los raíles del ferrocarril. Cuando esté acabado llegará hasta Columbus por el sur y hasta Cleveland por el norte. Los residentes de Wellington están entusiasmados, como lo estaríamos nosotros si el ferrocarril en Inglaterra se prolongase hasta Bridport.

Belle es una de las muchas personas desconocidas que se ha apiadado de mí y me ha ayudado. Incluso ha sido más bondadosa que los demás. Su tienda está sólo a unas siete millas de la casa de Adam Cox; sin embargo, cuando llegué no me despachó en cuanto pudo a Faithwell. Sin hacerme preguntas, se dio cuenta de que necesitaba reposo para recuperarme tras la muerte de Grace y me ha dejado quedarme con ella unos días. A cambio, la ayudo a coser, algo que me gusta porque es una actividad conocida y puedo sentirme útil en lugar de depender por completo de los demás, o de mi cartera.

Aún sigo aturdida por la pérdida de Grace hace tan pocos días. El tiempo y el espacio me han jugado malas pasadas: la travesía por mar se me hizo eterna, aunque apenas duró un mes, y ya me siento muy lejos de Hudson, donde está enterrada Grace, si bien llevo en Wellington solamente tres días. Para alguien que ha llevado una vida tan ordenada y sin sorpresas, me han ocurrido muchas cosas en muy poco tiempo. Sospecho que Norteamérica seguirá sorprendiéndome.

Ya me siento confundida por sus habitantes, porque son muy distintos de los ingleses. Más escandalosos, para empezar, y expresan su opinión de una manera a la que no estoy acostumbrada. A pesar de que conocen a los cuáqueros, me consideran una rareza. Las clientas de la tienda de Belle lo han dicho con toda franqueza y con tal llaneza que resulta molesto. Sabes que soy muy callada, pero con los norteamericanos aún lo soy más.

Sin embargo, tienen sus secretos. Por ejemplo, estoy casi segura de que a quince pies escasos de donde te estoy escribiendo hay un esclavo fugitivo escondido. También empiezo a sospechar que venía oculto en el carro en el que me trajeron a Wellington. De todos modos, no me atrevo a averiguarlo, porque lo están buscando, y sabes que no puedo mentir si me preguntan. En casa resultaba fácil ser sincera y abierta. Raras veces tuve que ocultaros algo a mi familia o a ti. Sólo el asunto con Samuel me costó un poco de trabajo. No obstante, ahora tengo que tomar precauciones. No quiero mentir con descaro, aunque aquí supone un gran esfuerzo ser fiel a los principios.

Al menos puedo sincerarme contigo, mi querida amiga. Tengo que reconocer que la llegada de Adam Cox mañana me pone nerviosa. Vino a Ohio esperando que se reuniera con él solamente su futura esposa, pero ahora tiene que cargar conmigo, sin Grace. Desde luego, los conozco a Matthew y a él desde que los Cox se mudaron a Bridport, pero son mayores y no he tenido con ellos una relación estrecha. A partir de ahora serán las únicas caras conocidas entre extraños.

No les cuentes nada de esto a mis padres, por favor, porque no quiero que se preocupen por mí. No creo que sea insincero ocultar mis emociones; no son hechos reales, y sin duda cambiarán. La próxima vez que te escriba tal vez te cuente que me siento a gusto en Faithwell y que me alegro de vivir allí. Hasta entonces, tenme presente en tus pensamientos y tus oraciones, mi querida Biddy.

Tu fiel amiga,

HONOR BRIGHT

Silencio



El domingo Honor se despertó temprano. Adam Cox no iría a recogerla hasta la tarde, tras la asamblea para la Adoración en Faithwell, pero la inquietud la mantuvo despierta en la cama, escuchando el desconocido coro de pájaros norteamericanos, pasando los dedos por el contorno de la estrella de Belén del centro de la colcha y esperando los cambios que la aguardaban.

A pesar de haber trasnochado bastante en compañía de una botella, Belle también se levantó temprano. Mientras desayunaban –más huevos con jamón, además de una especie de gachas de maíz machacado y blanco, con las que, según dijo Belle, se había criado ella en Kentucky–, Honor se preguntó si la sombrerera iría a la iglesia. Sin embargo, Belle no hizo ademán de salir; después de recoger la cocina se sentó en el porche de atrás a leer el *Cleveland Plain Dealer* que se había dejado una clienta el día anterior. Honor vaciló, pero al final sacó su Biblia del baúl y se instaló junto a Belle.

En cuanto se sentó se dio cuenta de que el hombre del cobertizo se había marchado. Se había producido un sutil cambio en el ambiente y en Belle, que parecía más relajada y miró el libro que Honor tenía sobre las piernas.

—Yo no voy mucho a la iglesia –comentó—. El sacerdote y yo no estamos de acuerdo en la mayoría de las cosas. Pero si quiere, la llevo. Puede elegir entre congregacionistas, presbiterianos o metodistas. Yo iría a los congregacionistas. Cantan mejor. Los he oído desde fuera.

—No hace falta.

Belle se meció en el balancín mientras Honor abría la Biblia tratando de recordar qué era lo último que había leído, con su hermana en el lecho de muerte, hacía ya una eternidad. Leyó algunos pasajes sueltos, pero no pudo concentrarse en las palabras.

Belle se mecía más rápido.

—Hay algo que me gustaría saber de los cuáqueros –dijo, bajando el periódico.

Honor levantó la vista.

—Se quedan sentados en silencio, ¿no? Ni himnos, ni rezos, ni predicador que les haga pensar. ¿Eso por qué?

—Escuchamos.

—¿Qué?

—A Dios.

—¿No se puede oír a Dios en un sermón o un himno?

Honor recordó haber estado a las puertas de la iglesia de Saint Mary en Bridport, enfrente de la casa de asambleas. Los fieles estaban cantando, y durante unos momentos sintió envidia.

—Te distraes menos con el silencio –respondió—. El silencio prolongado permite oír de verdad lo que se encuentra en lo más profundo. Lo llamamos espera expectante.

—¿Y no se piensa en lo que se va a comer o en lo que ha dicho una persona de alguien? Yo pensaría en el siguiente sombrero que voy a hacer.

Honor sonrió.

—A veces pienso en la colcha en la que estoy trabajando. Se tarda en librar la mente de los pensamientos cotidianos. Ayuda el estar esperando con otros y cerrar los ojos. —Trató de encontrar las palabras para explicar lo que sentía en la asamblea—. Cuando la mente de una persona está limpia se vuelve hacia el interior y se sumerge en una profunda calma. Siente paz, y también el apoyo de lo que llamamos el espíritu interior, o la luz interior. —Se interrumpió—. Aún no lo he sentido en Estados Unidos.

—¿Ha ido a muchas asambleas aquí?

—Sólo a una. Fuimos Grace y yo, en Filadelfia. No era... igual que en Inglaterra.

—¿El silencio no es igual en todas partes?

—Hay varias clases de silencio, algunas más profundas y productivas que otras. En Filadelfia me distraje y no encontré la paz que buscaba ese día.

—Yo creía que los cuáqueros de Filadelfia eran de lo mejorcito, cuáqueros de primera categoría.

—Nosotros no pensamos así, pero... —Honor vaciló. No quería criticar a los amigos ante personas que no eran cuáqueras, aunque como ya había empezado, debía continuar—. Arch Street es una asamblea grande, porque en Filadelfia hay muchos amigos, y cuando Grace y yo entramos en la sala, no quedaban muchos bancos libres. Nos sentamos en uno que estaba vacío y nos pidieron que nos cambiáramos, ya que era la banca negra.

—¿Y eso qué es?

—Para los miembros negros.

Belle enarcó las cejas.

—¿Hay cuáqueros de color?

—Sí. Yo no lo sabía. Ese día no asistió ninguno a la asamblea, y el banco siguió vacío, mientras que los demás se llenaron y resultaban muy incómodos. —Belle no pronunció palabra; se quedó esperando—. Me extrañó que los amigos separasen así a los miembros negros.

—Y eso fue lo que la apartó de Dios ese día.

—Quizá.

—Honor Bright, es usted delicada como una flor —refunfuñó Belle—. ¿Se cree que porque los cuáqueros digan que todos somos iguales a los ojos de Dios lo somos los unos a los ojos de los otros? —Honor agachó la cabeza. Belle se encogió de hombros y volvió a coger el periódico—. En fin, a mí que me den un buen himno. Mejor que el silencio, desde luego.

Luego se puso a tararear, meciéndose al ritmo de la melodía sencilla y repetitiva.

Más tarde Belle pidió a los hijos de los vecinos que bajaran el baúl de Honor para que estuviera listo cuando llegara Adam Cox. Después de comer se sentaron juntas en la tienda a esperarlo. Aunque las demás tiendas también estaban cerradas, la gente paseaba por la calle, mirando los escaparates.

—Gracias por su ayuda —dijo Belle mientras esperaban—. Ahora ya me he puesto

al día. No tendré tanto trabajo hasta septiembre, cuando me traigan las capotas de invierno para que les ponga adornos nuevos.

—Le estoy muy agradecida por haberme acogido.

Belle hizo un gesto con la mano.

—No ha sido nada, cielo. Es curioso, porque no suelo buscar compañía, pero con usted todo va bien. Para empezar, no habla mucho. ¿Son todos los cuáqueros tan callados?

—Mi hermana no lo era. —Honor se apretó las manos para que no le temblaran.

—En fin —dijo Belle tras una pausa—, puede venir cuando quiera. La próxima vez le enseñaré a hacer sombreros. Ah, tengo una cosa para usted. —Fue detrás del mostrador y bajó de una estantería la capota gris y amarilla en la que había trabajado Honor el día anterior—. Una nueva vida necesita una capota nueva. Y esta necesita un poco de aventura. —Como Honor no la cogía, Belle se la puso en las manos—. Es lo mínimo que puedo hacer, en pago por su trabajo. Y seguro que le sienta bien. Vamos, pruébesela.

Honor se quitó su capota sin mucho entusiasmo. Aunque le gustaba el gris perla de la copa, no creía que fuera a sentarle bien el borde amarillo. Sin embargo, al mirarse en el espejo de la pared se llevó una sorpresa al ver que Belle tenía razón. El borde amarillo formaba una especie de suave aureola que le iluminaba la cara.

—¿Lo ve? —dijo Belle con aire satisfecho—. Irá a Faithwell elegante y hasta un poco más moderna. Y esto es un pedazo amarillo que ha quedado. No es suficiente para un forro, así que a mí no me servirá de mucho, pero sé que a las colcheras les gustan los retales.



Aun reconociendo que era una tontería, al principio Honor pensó que tal vez Adam Cox estaba tan frío con ella porque no le gustaba la capota nueva.

Al oír aproximarse un carro por el norte, Honor y Belle salieron a la puerta a recibirlo, Honor con retortijones de estómago. Aunque temía tener que repasar con él los detalles de la muerte de Grace, ser testigo de su dolor y reavivar el suyo, al mismo tiempo estaba deseando ver una cara conocida. Cuando Adam se detuvo ante la tienda parsimoniosamente, Honor se precipitó hacia él impaciente, pero se quedó parada ante la rígida expresión de Adam, que parecía muy lejano, sin interés, incapaz de mirarla a los ojos. No obstante, Honor dijo:

—Me alegro de verle, Adam.

Adam Cox bajó del carro. A Honor siempre le había extrañado que Grace hubiera decidido casarse con él. Alto, con los hombros encorvados típicos del tendero, barba, vestimenta sobria y sombrero de ala ancha, saludó con la cabeza cuando se acercaba al porche, pero no abrazó a Honor como haría un familiar. Parecía incómodo, y antes de pronunciar ni media palabra, Honor supo que sería un reencuentro difícil. No

existía vínculo alguno entre ellos, ni de sangre ni afectivo, sólo las circunstancias y el recuerdo de Grace. Honor notó que se le saltaban las lágrimas y se esforzó por dominarlas.

—Yo también me alegro de verla, Honor —dijo Adam. Pero no parecía alegrarse.

—Le agradezco que haya venido a buscarme. —A Honor se le entrecortó la voz.

Belle los observaba con los brazos cruzados sobre el pecho, formándose una opinión sobre Adam Cox. Pero fue educada.

—Siento mucho la muerte de su futura esposa, señor Cox —dijo—. Dios nos da una vida muy dura, desde luego. Cuide de Honor. Ha pasado por un infierno. —Adam se quedó mirándola—. Eso sí, cosiendo no hay nadie como ella en todo el pueblo —añadió—. La he puesto a trabajar a base de bien. Bueno, Honor, supongo que ya no la verá mucho. Faithwell está más cerca de Oberlin que de aquí, así que irá allí a hacer sus compras. Tenga cuidado con los de Oberlin; lo juzgan todo y les encanta decir lo que piensan. Si se cansa de aquello, vuelva. Siempre habrá trabajo para usted. Pero bueno, ¿qué es esto?

Honor estaba llorando. Belle la rodeó con sus brazos y la estrechó contra su cuerpo huesudo. Para ser una mujer tan delgada, tenía mucha fuerza.



El camino desde Wellington hacia el norte era más ancho y firme que la ruta que habían seguido Honor y Thomas desde Hudson. Habían talado más árboles, de modo que el bosque resultaba menos opresivo, y por todo el camino se veían granjas y sembrados de maíz y avena, así como prados con vacas pastando. Sin embargo, para ser domingo estaba poco transitado.

Poco después de recorrer una milla, Honor empezó a comprender un poco mejor la turbación de Adam Cox, que le contó lacónicamente que su hermano Matthew había muerto hacía tres semanas a causa de la tisis que lo había empujado a él a ir a Ohio para ayudarlo en el negocio.

—Lo siento mucho —dijo Honor.

—Ya lo esperábamos, pero no quería angustiar a Grace con el diagnóstico en mis cartas.

—¿Cómo le va a la viuda de Matthew?

—Abigail se ha resignado a la voluntad del Señor. Tiene un carácter fuerte y saldrá adelante. Pero hábleme de Grace.

Honor le hizo un resumen de la enfermedad y la muerte de su hermana. A continuación volvieron a guardar silencio, tan denso que Honor notó el peso de preguntas sin formular y comentarios sin expresar. Tenía la certeza de que, por encima de todo, él se preguntaba: «¿Qué tengo yo que ver con la hermana si la esposa ha muerto?». Por supuesto, Adam Cox era un hombre honrado y honorable y aceptaría responsabilizarse de quien habría sido su cuñada. Pero no iba a resultarles

fácil a ninguno de los dos.

Adam miró a Honor de reojo.

—Esa capota, ¿es nueva?

Sorprendida de que mostrara interés por su vestimenta, Honor respondió tartamudeando:

—Es... es un regalo... de Belle.

—Ya. No la ha hecho usted.

—¿Tiene algo de malo?

—No, malo no. Es distinto de lo que lleva normalmente..., de lo que llevaría una amiga. Pero no, no tiene nada de malo. —Su acento de Dorset sonaba raro tan lejos de Inglaterra. Adam se aclaró la garganta—. Abigail, la viuda de Matthew, no la esperaba. Ni yo tampoco, la verdad. No sabíamos que iba a venir a Ohio hasta que me escribió la sombrerera el otro día diciéndome que usted estaba con ella.

—¿No recibió usted la carta de Grace? Le escribió en cuanto yo decidí acompañarla. La envió enseguida, un día después.

Honor fue añadiendo datos, como si con eso fuera a aparecer la carta.

—Honor, las cartas no siempre llegan, o llegan tarde, a veces después de la persona que anuncian. Y cuando llega la carta la noticia es de hace meses. Ha escrito usted a sus padres contándoles lo de Grace, ¿no?

—Por supuesto.

—No se enterarán de su muerte hasta dentro de seis semanas como poco. Mientras tanto usted recibirá cartas preguntándole por ella. Debe estar preparada para eso, por triste que sea. El intervalo entre las cartas puede ser angustioso. Las cosas cambian antes de que los afectados se den realmente cuenta.

Honor no le prestaba toda su atención, porque entre sus palabras se había colado el sonido que esperaba oír desde que salieron de Wellington: las desiguales pisadas de los cascos del caballo de Donovan aproximándose por detrás.

Donovan se puso al lado del carro, apestando a whisky y tabaco.

—Honor Bright, no pensaría marcharse del pueblo sin despedirse, ¿eh? —dijo—. No sería de buena educación. No estaría nada bien.

Adam Cox tiró de las riendas para detener el carro.

—Hola, amigo. ¿Conoce a Honor?

—Es el señor Donovan, Adam —intervino Honor—. Lo conocí de camino a Wellington. —No añadió que era el hermano de Belle, porque no habría contribuido a mejorar la opinión de Adam sobre la sombrerera.

—Ya. Le agradezco su amabilidad con Honor en estos momentos tan difíciles.

Donovan se rió entre dientes.

—No, si Honor es todo un personaje en el pueblo, ¿a que sí, preciosa?

Adam torció el gesto ante la grosería de Donovan, pero no conocía otro modo de obrar que la sinceridad.

—Voy a llevarla a vivir a Faithwell. Si ha terminado, seguiremos nuestro camino.

Levantó las riendas, expectante.

—Vaya. ¿Va a casarse con ella ahora que ya no está la hermana?

Honor y Adam se separaron dando un respingo. Honor empezó a sentirse mal.

—Tengo la responsabilidad de cuidar de Honor —replicó Adam—. Es como una hermana para mí, y vivirá con mi cuñada y conmigo como un miembro más de la familia.

Donovan enarcó las cejas.

—¿Dos cuñadas y ninguna esposa? Pues qué cómodo va a estar.

—Ya está bien, Donovan. —El tono brusco de Honor resultó casi tan sorprendente como que abandonara el «señor». Adam los miró atónito.

—Conque sacando las uñas, ¿eh? Vale, vale, mil perdones. —Donovan hizo una media reverencia en la silla y después desmontó—. Bueno, voy a echar un vistazo a ese carro. Venga, abajo.

—¿Qué motivo tiene para registrar nuestras cosas? —le preguntó Adam, ruborizándose—. No tenemos nada que ocultar.

—Déjelo, Adam —susurró Honor mientras bajaba—. Es mejor así.

Adam se quedó en el asiento.

—Nadie tiene derecho a registrar las pertenencias de otro sin una razón.

La violencia fue tan repentina que a Honor se le cortó la respiración. Adam estaba en el asiento, encorvado pero desafiante, y al momento siguiente tumbado en el polvo del camino, gritando y agarrándose la muñeca mientras la nariz le sangraba a borbotones. Honor se arrodilló a su lado; le sujetó la cabeza en el regazo y le limpió la sangre con un pañuelo.

Mientras tanto Donovan abría de nuevo su baúl, manoseaba el contenido y lo desperdigaba por la trasera del carro. En esta ocasión no hizo ningún comentario sobre la colcha firmada. Después levantó el asiento y revolvió lo que había dentro. Dándose por satisfecho, saltó al suelo y los miró.

—¿Dónde está el negro, Honor? Sabe que a mí no puede mentirme, cuáquera.

Honor levantó la vista.

—No lo sé —contestó con sinceridad.

Donovan le sostuvo la mirada unos momentos. Aunque cansados debido a la juerga del sábado por la noche, sus ojos mantenían la chispa del interés, y a Honor le resultaban hipnotizantes, porque en el iris marrón claro había motitas negras como pedacitos de corteza de árbol. Aún llevaba su llave alrededor del cuello; Honor distinguió el contorno bajo la camisa.

—De acuerdo. No sé por qué, pero la creo. Eso sí, no se le ocurra mentirme jamás. No voy a perderla de vista. Pronto le haré una visita en Faithwell. —Saltó a su caballo bayo—. El sombrero de mi hermana le sienta bien, Honor Bright. Los colores son de una manta que teníamos cuando éramos pequeños. —Chasqueó la lengua y el caballo salió al galope.

Honor pensó que ojalá no le dijera cosas así.

Se acercaba otro carro. Honor ayudó a Adam a ponerse en pie para que no tuviera que pasar también por el bochorno de que lo vieran en el suelo unos desconocidos. Adam se sujetaba la muñeca.

—¿Está rota o es un esguince? —le preguntó Honor.

—Creo que un esguince, gracias a Dios. Sólo hay que venderla. —Adam movió la cabeza al ver las pertenencias de Honor tiradas por el carro—. ¿Qué creía que iba a encontrar? Sabe que no llevamos tabaco, ni alcohol, ni nada de valor.

Miró con expresión de desconcierto a Honor, que había recogido el sombrero de Adam del borde del camino y le estaba sacudiendo el polvo. Se lo dio.

—Está buscando a un esclavo fugitivo.

Adam se quedó mirándola hasta que tuvo que apartarse para dejar pasar al otro carro. Honor le vendó la muñeca con uno de sus pañuelos para el cuello, y Adam no pronunció una palabra hasta que volvieron a sentarse y a encaminarse hacia Faithwell. Entonces se aclaró la garganta.

—Parece que está aprendiendo rápidamente las costumbres de los norteamericanos.

No parecía hacerle mucha gracia.

Faithwell, Ohio
5 del sexto mes de 1850

Queridos madre y padre:

El viaje de Bridport a Faithwell ha resultado muy largo. Lo mejor de mi llegada no ha sido descansar en una cama que sabía que no tenía que abandonar al día siguiente, sino saber que me esperaba una carta de ustedes. Adam Cox me ha dicho que llevaba aquí dos semanas. ¿Cómo es posible que haya llegado tanto tiempo antes que yo si hizo el mismo recorrido? Lloré al ver su letra, madre. A pesar de que la había escrito una semana después de que me marchara, disfruté con cada noticia, porque hizo que me sintiera como si todavía estuviera en casa, participando en los acontecimientos cotidianos de la comunidad. Tuve que recordar mirando la fecha de la carta que las palabras y las cosas que describen ustedes se refieren a hace dos meses. Tanto retraso me desconcierta mucho.

Lamento tener que decirles que Matthew Cox ha fallecido; la tisis que padecía se lo llevó hace cuatro semanas, lo que significa que la casa de la que he pasado a formar parte en Faithwell es muy distinta de lo previsto. En lugar de dos matrimonios y yo somos solamente tres personas, con vínculos muy frágiles entre nosotros. Es una situación delicada, pero aún es pronto y espero adaptarme mejor y no sentirme como una extraña. Adam y Abigail, la viuda de Matthew, me han acogido bien, aunque la muerte de Grace ha supuesto un terrible golpe para Adam, que por supuesto estaba deseando casarse e instalar a su esposa en una nueva vida en Ohio. Mi aparición también fue una sorpresa, porque no había recibido la carta que anunciaba mi decisión de acompañar a Grace a Estados Unidos.

Muchas veces pienso sin querer en cómo habría salido adelante Grace, en cómo habría limado las asperezas de las circunstancias con su risa y buen humor. Intento emularla, pero no me resulta fácil.

La casa de Adam en Faithwell –o tal vez debería decir la casa de Abigail, puesto que era suya y de Matthew– es muy diferente a lo que estoy acostumbrada. Cuando estoy en ella me da la impresión de que el aire ha cambiado, que no es el mismo que respiraba y en el que me movía en Inglaterra, sino una sustancia distinta. ¿Puede producir un edificio ese efecto? Es una casa nueva, construida hace unos tres años, de tablones rústicos de pino que huelen a resina. La madera me hace pensar en una casa de muñecas; le falta la solidez de la piedra que daba esa sensación de seguridad a nuestra casa de East Street. Cruje continuamente, porque la madera responde al viento y la humedad del aire (aquí hay mucha humedad, y dicen que será peor en pleno verano). Excepto mi dormitorio, es espaciosa, porque si algo tiene Norteamérica es mucha tierra donde construir. Tiene dos plantas, y todo el mundo se entera de cuándo subes o bajas, porque el suelo cruje mucho. En la planta de abajo están la salita, la cocina y lo que aquí llaman la enfermería, una habitación al lado de la cocina donde se queda quien está enfermo en un momento dado para que lo cuiden. Al parecer los norteamericanos tienen fiebre con tanta frecuencia que necesitan una habitación especial, algo preocupante, en vista de lo que le ocurrió a Grace.

Arriba hay tres dormitorios: el más grande, que Abigail compartía con su esposo; otro de tamaño mediano, que Adam esperaba compartir con Grace, y una habitación minúscula, que habría sido para el niño, si hubiera llegado. De momento a mí me han instalado allí; es una solución provisional, pero no sé cómo podría ser más permanente. Aunque hay sitio para poco más que una cama, no me importa. Cuando cierro la puerta, es mía. Los muebles son suficientes, si bien como muchas otras casas norteamericanas en las que he estado, también dan una sensación de provisionalidad, como si los hubieran puesto todos juntos hasta que haya tiempo para hacer algo más permanente. En las sillas siempre me siento con mucho cuidado, por miedo a que se rompan. Las patas de la mesa muchas veces tienen astillas, porque no las han lijado y acabado como es debido. La mayoría de los muebles son de madera de arce o fresno, y echo mucho de menos la intemporalidad de nuestro mobiliario de roble.

En principio la cocina no es muy diferente de la de East Street: chimenea, fogón, una mesa alargada con sillas, un aparador para los cacharros y la vajilla, la despensa, que aquí llaman fresquera. Y sin embargo, todo parece muy distinto a la cocina de East Street. En parte es porque Abigail no es tan organizada como usted, madre. No tiene «un sitio para cada cosa y cada cosa en su sitio», como usted me enseñó. Pone la leña a tontas y a locas, de modo que no acaba de secarse; deja la escoba delante del cubo del agua sucia en lugar de en un rincón; no retira

las migas, y hay ratones; deja los platos de cualquier manera en el aparador en lugar de colocarlos como es debido... Además, el fogón y la chimenea funcionan con leña, no con carbón, así que la cocina huele a humo de madera en lugar de tener el aroma a tierra del carbón al quemarse. No tenemos que limpiar el polvo del carbón, pero las cenizas de la madera pueden dar los mismos problemas, sobre todo cuando Abigail se muestra torpe.

Es una lástima que Abigail y yo no empezáramos con buen pie. La primera comida que sirvió tras mi llegada fue una empanada de carne, con la carne correosa y la masa dura. Por supuesto, no dije nada y me la comí como pude, pero Abigail estaba avergonzada, y todavía más cuando a la mañana siguiente me dio leche agria. Espero servirle de ayuda con el tiempo, valiéndome de la persuasión y la amabilidad.

Ya me he atrevido a salir un poco al pueblo, aunque «pueblo» quizá sea una palabra demasiado pretenciosa para una hilera de edificios alrededor de un sendero lleno de baches. Bridport debe de ser cien veces más grande. Hay un colmado o tienda de comestibles, una herrería, la casa de asambleas y diez casas con granjas alrededor. La comunidad está compuesta por unas quince familias, la mayoría de las cuales se han trasladado de Carolina del Norte para alejarse de la esclavitud, que está profundamente arraigada en la sociedad. Todavía no he ido a ninguna asamblea aquí, pero las personas que he conocido son amables, si bien demasiado preocupadas por sus asuntos, como parecen estar tantos norteamericanos. No se ejercitan en el arte de la conversación de la misma manera que los ingleses; por el contrario, hablan lisa y llanamente hasta el punto de la grosería. Quizá esto cambie cuando conozca mejor a la comunidad.

A continuación de la casa el sendero sigue por el bosque, salvo donde han talado los árboles para los sembrados. Hasta que vine a Norteamérica no tenía idea de lo difícil que es arrancar tierras de labranza a los bosques. Hay tocones por todas partes. En Inglaterra hay orden, y da la sensación de que Dios ha puesto los árboles en su sitio y los prados en el suyo y de que los sembrados siempre han estado ahí, que no ha habido que hacerlos. Miro el bosque desde la ventana de mi habitacioncita y me da la impresión de que va acercándose poco a poco al pueblo y de que las hachas lo mantendrán a raya sólo una temporada. Ustedes saben que me gustan los árboles desde siempre, pero aquí son tan abundantes, tan avasalladores, que más que acogedores resultan amenazantes.

La tienda tiene un surtido muy escaso, sólo artículos cotidianos. Para todo lo demás tenemos que ir a Oberlin, a unas tres millas. Es mucho más grande, con una población de dos mil habitantes, además de un instituto universitario con muchos alumnos. Todavía no he ido, aunque la tienda de Adam está allí y él va casi todos los días. Si Faithwell crece lo suficiente le gustaría trasladar la tienda y vender sobre todo a los amigos, pero eso podría tardar. Me ha dicho que puedo ayudarlo en la tienda cuando haya mucho ajetreo, y a mí me gustaría ser útil.

La vida cotidiana aquí parece más inestable que en Inglaterra. Lo que no había en Bridport seguro que lo encontrabas en Dorchester o Weymouth. En las ciudades norteamericanas que he conocido hasta llegar aquí, y sobre todo en Faithwell, me he dado cuenta de que tenemos que ser autosuficientes, que no podemos depender de los demás porque no siempre hay personas con las que puedas contar. La mayoría de ellas cultivan sus verduras, como hacíamos nosotros, si bien nadie te vende lechugas si las tuyas se las comen los conejos, como pasó con las de Abigail; aquí tienes que pasarte sin ellas. En muchas casas también cuentan con una vaca. Abigail y Adam no tienen, pero sí gallinas. Compramos leche y queso en una de las granjas cercanas.

He descrito de manera sucinta cómo es Faithwell. Aún no he encontrado mi sitio aquí, pero con la ayuda de Dios y el apoyo de los amigos, espero encontrarlo. Por favor, quédense tranquilos, porque he llegado sana y salva y me tratan bien. Tengo una cama, suficiente comida y estoy rodeada de personas amables. Dios sigue conmigo. Por todas estas cosas estoy agradecida y no tengo motivo de queja, aunque pienso en ustedes con mucha frecuencia. A pesar de que hace demasiado calor, he puesto la colcha firmada a los pies de la cama, y al empezar y acabar el día acaricio las firmas de todos aquéllos a los que quiero.

Con todo cariño, su hija,

HONOR BRIGHT

Aplicaciones



No podía quedarse. Honor lo supo a la media hora de llegar a casa de Adam y Abigail en Faithwell. No era la cocina caótica, con los platos de la cena amontonados en el fregadero, ni el barro del vestíbulo sin limpiar, ni el almuerzo incomible, ni los humos de unos fogones que no tiraban bien. Tampoco los excrementos de ratón que descubría en la despensa, ni los jirones de telaraña que revoloteaban por los rincones, ni la minúscula habitación que le enseñó Adam en la que no cabía más que una cama, de modo que su baúl tuvo que quedarse en el recibidor. Ninguno de esos hechos habría sido suficiente para desanimarla.

No podía quedarse porque saltaba a la vista que Abigail no la quería en aquella casa. Alta, de frente despejada y ojos oscuros y descarados, tenía los hombros anchos y las muñecas y los tobillos gruesos. La primera vez que vio a Honor le dio un abrazo, pero sin afecto. A la defensiva tras la intragable comida que había servido, dio una serie de excusas mientras le enseñaba la casa. «Cuidado, no vaya a tropezar con esa alfombra. Hay que clavarla bien, ¿verdad, Adam?» «Esta lámpara no suele humear... Estaba tan nerviosa con su inesperada llegada que no me ha dado tiempo de arreglarla como es debido». «Habría barrido, pero sabía que traería polvo del viaje, y el baúl también, y no quería barrer dos veces». Abigail tenía la habilidad de hacer que los defectos de la casa parecieran deberse a todos menos a ella, y Honor empezó a sentirse culpable por estar allí.

De niña le habían enseñado que todo el mundo llevaba dentro de sí su parte de luz, y aunque la cantidad variaba, todos debían tratar de vivir a la altura de la parte que les había correspondido. Le parecía que la parte de Abigail era muy pequeña y que no estaba a la altura. Desde luego, había cuidado y perdido hacía poco a su marido, y se le podía perdonar que fuera tan reservada, pero Honor sospechaba que la hostilidad formaba parte de su carácter.

Adam Cox ni siquiera intentó defender a Honor ni hacer que se sintiera a gusto; se encerró más en sí mismo, sobrio y discreto, aturdido por la doble pérdida de su hermano y su prometida, pensaba Honor. Aunque el noviazgo se había desarrollado prácticamente por carta, debía de estar deseando recibir a una esposa alegre y hermosa, y ahora tenía que conformarse con la hermana calladita y la cuñada de trato difícil.

Sólo se animó un día cuando se sentaron en el porche delantero después de cenar y Abigail sacó a colación la decisión de Honor de ir a Ohio.

—Adam me ha hablado de la familia de Grace —dijo Abigail, balanceándose con vigor en la mecedora, sin nada en las manos porque estaba demasiado oscuro para coser—. Me ha dicho que usted iba a casarse. ¿Por qué ha venido entonces?

Adam se incorporó, como si hubiera esperado a que Abigail sacara a relucir el delicado asunto.

—Sí, Honor. ¿Qué pasó con Samuel? Yo creía que estaba comprometida con él.

Honor torció el gesto, aunque sabía que tarde o temprano tendría que responder a esa pregunta, y trató de hacerlo con el menor número de palabras posible.

—Conoció a otra persona.

—¿A quién? —preguntó Adam frunciendo el ceño.

—Una... una mujer de Exeter.

—Pero yo soy de allí y conozco a la mayoría de los amigos. ¿Quién es?

A Honor se le había hecho un nudo en la garganta y tragó saliva.

—No es de los amigos.

—¿Cómo? ¿Se ha casado fuera de la fe? —preguntó Abigail poco menos que a gritos.

—Sí.

—Entonces supongo que lo han expulsado de la asamblea de Bridport —comentó Adam.

—Sí. Se ha ido a vivir a Exeter y se ha convertido al anglicanismo.

Eso era lo más duro. Honor casi podía aceptar la idea de que Samuel ya no la quisiera, pero que hubiese abandonado voluntariamente la fe, que constituía el fundamento de su vida, suponía un golpe del que no creía que pudiera recuperarse. Eso, la vergüenza que asomaba a los ojos de los padres de Samuel cada vez que se encontraba por casualidad con ellos y la lástima en los ojos de los demás la empujaron a aceptar la proposición de emigrar que le hizo Grace.

Al pensar en todo eso se dio cuenta de que tenía las manos agarrotadas en el regazo. Respiró hondo e intentó relajar los dedos, pero los nudillos seguían blancos al verse obligada a pensar en Samuel.

Abigail meneó la cabeza.

—Es terrible.

Casi parecía contenta, pero de repente frunció el ceño, como recordando que eran esas circunstancias lo que le habían traído a la invitada indeseada. La dureza y crueldad de la mirada de reojo que le lanzó hizo que Honor se sintiera de nuevo culpable.

Aunque hacía calor, esa noche se arropó con la colcha firmada en la minúscula habitación, en busca de consuelo.



Más adelante Honor tuvo que reconocer que no había sabido disimular el disgusto ante su nuevo hogar y que quizá Abigail se había ofendido. El aire desangelado y provisional de la casa se extendía al pueblo de Faithwell. Al llegar con Adam desde Wellington, Honor pensó que las casas desperdigadas simplemente anunciaban un poblado más amplio. A la mañana siguiente, cuando fue con Abigail a dar un paseo, descubrió que no era así. A pesar de que llovía y el sendero que pasaba ante la puerta estaba embarrado, Abigail se empeñó en salir, como si temiera quedarse a solas con Honor, pues Adam se había ido temprano a la tienda de Oberlin. Cuando Honor propuso que esperasen a que escampara, Abigail siguió poniéndose la capota con mal

gesto. «Según tengo entendido, en Inglaterra llueve todo el tiempo –contraatacó, apretándose la cinta bajo la barbilla–. Debería usted estar acostumbrada. No irá a ponerse ese sombrero gris y amarillo, ¿verdad? Es demasiado elegante para Faithwell».

Honor ya había decidido guardar la capota de Belle; no sabía si encontraría la circunstancia adecuada para ponérsela. Pensó que Grace sí lo habría conseguido.

Fue detrás de Abigail, saltando sobre los tablones que habían tendido para sortear el lodo, aunque también estaban embarrados. Pasaron ante unas cuantas casas, de construcción parecida a la de Adam y Abigail, pero no había nadie fuera. La tienda estaba asimismo vacía, aparte del propietario. Saludó a Honor con amabilidad, con la expresión abierta y honrada de los amigos a la que estaba acostumbrada en Inglaterra. La tienda era pequeña y con productos básicos, ocupada sobre todo por barriles de harina de trigo, harina de maíz, azúcar de caña y melaza. También había unas cuantas estanterías con productos variados como velas, cordones de zapatos, un taco de papel de escribir, un paño de cocina, un cepillo de mano, como si hubiera pasado por allí un buhonero que hubiese convencido al tendero de que necesitaba uno de cada por si alguien se lo pedía algún día.

Honor mantuvo una sonrisa tensa mientras miraba a su alrededor, tratando de disimular lo que estaba pensando: que esos barriles y estanterías representaban las limitaciones de su nueva vida. Un cubo de metal, un paquete de agujas, un frasco de vinagre; aquellos objetos, tristes y solitarios en las estanterías, era cuanto se podía esperar de Faithwell. No había otra habitación llena de dulces o telas bonitas, ni otra hilera de tiendas a la vuelta de la esquina de una calle sin barro, ni suelos de color azul huevo de pato. En las cartas a Grace, Adam no le contaba mentiras, aunque sí pintaba Faithwell como un pueblo próspero. «Es pequeño, pero está creciendo. Estoy seguro de que progresará», decía. Quizá Honor debería haber prestado más atención al detalle del verbo en futuro.

Al volver a la casa trató de ayudar a Abigail: fregó platos y cacerolas, sacudió las alfombrillas ovaladas que había por todas partes, fue a buscar leña para el fogón y sacó ceniza para tirarla al retrete («letrina», murmuró). Antes de emprender cada tarea pedía instrucciones para no ofender a Abigail haciendo las cosas de una manera distinta y dar a entender que su anfitriona se equivocaba. Abigail era la clase de mujer que pensaba así.

Honor cometió el gran error al barrer la cocina y la despensa.

—¿Tienen ustedes gato? —preguntó al ver que entre el polvo y la suciedad se acumulaban excrementos de ratón, pensando que sería una discreta sugerencia para resolver el problema de los roedores.

Abigail soltó el cuchillo con el que estaba pelando patatas.

—¡No! Me hacen estornudar.

Entró en la despensa y volvió con un tarro de polvo rojo. Lo metió en un fuelle y lo repartió por los rincones, con movimientos bruscos, suspirando.

Honor trató de no mirar, pero la venció la curiosidad y cogió el tarro.

—¿Qué es esto?

—Pimienta roja. Para los bichos. ¿En Inglaterra no la usan?

—No. Nosotros teníamos una gata.

Honor no añadió que la gata, una calicó llamada Lizzy, era buena cazadora de ratones. Se sentaba al lado de Honor mientras ella cosía y se ponía a ronronear. A Honor empezaron a escocerle los ojos al pensar en su vieja gata, y siguió barriendo para que Abigail no viera sus lágrimas.

Por la tarde, cuando volvió Adam, Honor oyó a Abigail hablándole en susurros en el porche. Por el tono comprendió lo que decía sin necesidad de prestar oídos: que ella no podía quedarse allí. Pero ¿adónde iría?



La tarde siguiente, cuando decidió que ya habían dedicado suficiente tiempo a las tareas del hogar, Abigail se sentó en la mecedora, en el porche delantero, con la colcha en la que estaba trabajando y un tazón de cerezas nuevas del cerezo que había detrás de la casa. Honor las había recogido para que no se las comieran los arrendajos. Se sentó junto a ella con su costurero. No trabajaba en una colcha desde la travesía en el *Adventurer*; a partir de entonces el viaje había sido demasiado inconexo, y en casa de Belle se dedicó a coser capotas.

Aunque había tirado al mar todos los hexágonos que le había cortado su madre, conservaba algunos pedacitos de tela; unos cuantos ya los había parcheado y tenía otros hilvanados alrededor de las plantillas, listos para coserlos. La mayoría de las mujeres que hacían colchas tenían labor empezada y sólo esperaban el momento adecuado para retomarla. Honor revisó las rosetas y estrellas que tenía confeccionadas, sin saber muy bien qué podía hacer con ellas. Las formas y los colores –rosetas marrones y verdes sacadas de viejos vestidos de Grace y suyos, una estrella de Belén recién empezada en diferentes tonos de amarillo– le recordaron a Dorset y le parecieron fuera de lugar a la brillante luz del sol de Norteamérica. No creía que pudiera sacar nada de todo aquello que sirviera de complemento a la vida de Ohio, y tampoco se sentía preparada para ponerse a hacer un nuevo diseño con lápiz y papel; era demasiado pronto, y necesitaba aclararse las ideas e inspiración.

Echó un vistazo a la colcha de Abigail; si hubiera estado con su madre, con Grace o su amiga Bidy, se habría ofrecido a ayudarlas si no le apetecía trabajar en la suya, pero no se atrevía a preguntárselo a Abigail, que sin duda se tomaría a mal el ofrecimiento. Además, no se veía haciendo una colcha con ese estilo: una aplicación de flores rojas y hojas verdes desbordando de un jarrón también rojo, cosida sobre fondo blanco. A Honor siempre le había gustado más la labor de retazos que la de aplicaciones, porque pensaba que coser pedazos de tela encima de grandes cuadrados de género era en cierto modo hacer trampa, un sistema muy simple en comparación

con la tarea mucho más complicada de agrupar centenares de retalitos, combinando los colores de tal manera que el conjunto se unificaba formando un bonito diseño de tonos degradados. Mientras que a algunas personas les desesperaban la rígida geometría y la precisión que requería el patchwork, a Honor le encantaba el reto que suponía. Desde su llegada a Estados Unidos había visto esas colchas de aplicaciones –por lo general en rojo y blanco, en algunos casos también con verde– por todas partes, en posadas y casas de huéspedes, tendidas a orear en cuerdas y en las barandillas de los porches. Eran de colores luminosos, vivos, sencillos. Algunas estaban primorosamente confeccionadas, con un diseño a base de plumas, uvas o parras, en algunos casos acolchadas, de modo que quedaban en relieve. Pero por lo general no eran de su gusto.

El sistema de ensambladura de otras colchas en Estados Unidos le resultaba más interesante. Consistía en una docena de bloques o más formados por cuadrados y triángulos dispuestos en patrones con nombres como garra de oso, llave inglesa, ganso volador y espantamoscas. A pesar de ser más exigentes que las colchas de aplicaciones, a Honor le resultaban demasiado sencillas y prefería sus plantillas.

No obstante, en algo tenía que entretenerse, como cortar unas cuantas piezas que pudiera utilizar más adelante, con las ideas claras y más tiempo. Se puso a enhebrar agujas. Había clavado cinco agujas ya enhebradas en el alfilerero cuando notó la mirada de Abigail.

—¿Qué hace? ¿Para qué quiere tantas agujas?

—Si están preparadas no tengo que pararme cada vez que se me acaba el hilo.

A Belle Mills no le había extrañado lo de las agujas, pero Belle era modista.

—Vaya, qué eficiente –dijo Abigail en un tono que daba a entender que la eficacia no era algo deseable.

Honor prendió con alfileres dos hexágonos en verde y marrón ya sujetos a las plantillas e hilvanó con hilo blanco, su color favorito para telas de todos los colores. Se detuvo al final de la hilera para encajar otro hexágono, metió el hilo bajo la tela y se puso a coser por los dos lados.

Abigail volvió a quedarse mirándola.

—¿Cómo es posible que cosa tan rápido?

—Es que pongo el hilo corto.

Honor se había fijado en que Abigail ponía una hebra de la longitud de su brazo.

Abigail cogió una de las rosetas que había hecho Honor.

—Pero mire qué puntadas –dijo, tirando de las costuras–. Todas iguales. No veía unas puntadas tan bien hechas desde que era pequeña, en Pensilvania. Una vecina nuestra cosía así de bien. –Arrugó los pétalos–. ¿Qué tiene dentro? ¿Papel?

—Sí. ¿No ha hecho colchas con plantillas de papel?

—No.

—En Inglaterra cosemos la tela alrededor de moldes de papel con el fin de que mantengan la forma, porque si no, al coserlos juntos para hacer la colcha no encajan.

¿Ve?

Honor le dio a Abigail unos hexágonos de papel.

—¡Pero el cobertor crujió!

—Los quitamos después de coser todas las piezas.

A Honor le encantaba sacar las plantillas al acabar una pieza, cuando el motivo ornamental que se había mantenido rígido y en su sitio gracias al papel se ponía blando y cómodo.

Abigail miraba las plantillas con curiosidad.

—«Diez libras de harina» —leyó—. «Una pastilla de cuajo» «Yo no quería... Lejos de Dorches... Volveré pronto...».

Honor se quedó de piedra. Desde las primeras palabras, sabía que estaban escritas por Samuel; era una breve nota dirigida a ella para decirle que visitaría a unos parientes de Exeter y que volvería al cabo de una semana. En su momento no le dio mayor importancia, hasta el punto de que sacrificó la carta para utilizar los pedazos como plantillas, aunque después adquirió más trascendencia, pues Samuel había conocido en Exeter a la mujer con la que acabaría casándose.

Honor le acercó su costurero a Abigail para que volviera a guardar las plantillas, pero Abigail siguió leyendo tranquilamente las palabras escritas en los trozos de papel mientras Honor esperaba. Al final los dejó caer sin miramientos.

—Pues yo prefiero la aplicación —dijo, alisando su cuadrado en rojo, verde y blanco—. Te queda un cobertor sencillo y bonito.

Honor observó las puntadas, deshilachadas y de distinto tamaño. No le extrañó que la costura de Abigail fuera tan irregular, ya que para que las puntadas fueran iguales la modista debía mantener una postura estable. Abigail tenía la costumbre de encorvarse sobre la labor, con los dedos engarfiados y el hilo enredado; daba unas puntadas, dejaba la tarea y se ponía a mirar las casas que había cerca de la tienda, o se levantaba a beber un vaso de agua. Honor conocía bien a esa clase de mujeres inquietas; las había incluso entre las cuáqueras, porque había enseñado a coser a varias en Bridport. Ella atribuía su buen hacer en la costura a los largos ratos de silencio en las asambleas; con ellos había logrado equilibrio en sus pensamientos y un pulso firme, que quedaban reflejados en sus puntadas. Pero al parecer ese silencio no ejercía el mismo efecto sobre todo el mundo.

No intentó enseñarle nada a Abigail, cómo sujetar la aguja, por ejemplo, ni le aconsejó que se sentara erguida y se pusiera dedal para no pincharse los dedos y manchar de sangre la tela blanca, ni a hacer un pespunte doble en lugar de rematar con un nudo. Le bastaba con sentarse a su lado y trabajar codo con codo, con un ritmo que Honor conocía de toda la vida.

—Cuando las demás vean cómo cose usted, le pedirán que les haga colchas en la próxima fiesta.



Honor fue conociendo poco a poco a otros residentes de Faithwell. Le presentaban a quienes pasaban por allí cuando estaban sentados en el porche delantero. Abigail la llevó a la granja al oeste del pueblo donde vendían leche y queso, y Honor conoció a los granjeros y a unos cuantos clientes. El quinto día llovía tanto que Abigail aseguró que no pensaba asistir a la asamblea con semejante tiempo, de modo que hasta la asamblea del primer día Honor no conoció a toda la comunidad.

La casa de asambleas de Faithwell consistía en una habitación cuadrada y luminosa con paredes encaladas y ventanas en todas ellas. Era más o menos del mismo tamaño que la de Bridport, pero para la mitad de miembros, de modo que no daba la sensación de agobio que conocía Honor. Los bancos a los cuatro lados, uno de ellos reservado para los mayores, los miembros de más edad que orientaban a toda la comunidad, estaban situados hacia dentro. En el centro había una estufa apagada, con una tubería zigzagueante que llegaba hasta una abertura en el techo.

Honor contaba los días que faltaban para la asamblea, porque no asistía a ninguna desde Filadelfia y ansiaba la sensación de paz que normalmente le daba. Una asamblea siempre tardaba un buen rato en quedarse tranquila y en silencio, como una habitación hasta que se asienta el polvo que se ha levantado. La gente se movía en sus asientos para encontrar la postura más cómoda, susurraba y tosía; su inquietud física reflejaba el estado de su mente, aún activa con las preocupaciones cotidianas. Sin embargo, iban apartando uno a uno los pensamientos sobre los negocios, los sembrados, las comidas, los agravios, y se centraban en la luz interior, la manifestación de Dios en el interior de cada cual. Aunque una asamblea empezara en calma, el silencio cambiaba de manera gradual, de modo que llegaba un momento en que el aire mismo parecía espesarse y condensarse, y aunque no había ninguna señal externa, saltaba a la vista que colectivamente la asamblea empezaba a concentrarse en algo mucho más profundo y poderoso. Era entonces cuando Honor se adentraba en sí misma. Cuando encontraba el lugar que buscaba, podía quedarse allí largo rato, y verlo también en los rostros de expresión franca de los amigos.

De vez en cuando alguno de los presentes sentía la necesidad de hablar y dar testimonio, como si sirviera de vehículo de Dios. Hablaban de manera reflexiva, en ocasiones citando pasajes de la Biblia. Aunque cualquiera que lo deseara podía tomar la palabra, eran los mayores quienes hablaban con más frecuencia. Honor nunca había hablado; no podía describir con palabras las emociones que experimentaba en las asambleas, e intentarlo lo habría estropeado todo.

Pero, a pesar de que la asamblea de Faithwell se parecía en cuanto a la forma a las de Inglaterra, Honor, sentada tranquila y silenciosa, vio que no era capaz de serenar su mente. El espacio era diferente, y también la luz, el aire y los olores, y las múltiples caras nuevas. Además, estaban los grillos, los saltamontes y lo que Abigail llamaba chicharras, insectos más ruidosos e insistentes que los que Honor había oído en Inglaterra. El sonsonete de zumbidos y chirridos formaba un muro de ruido que difícilmente podía desoírse.

Todo contribuía a la distracción, aunque Honor ya había estado en asambleas con amigos desconocidos, en Exeter y Bristol, y había logrado experimentar el mismo silencio que en Bridport. Sin embargo, en Faithwell era consciente de estar en un lugar que supuestamente debía considerar su hogar y justo por eso no podía relajarse ni liberar su mente. Cuando el silencio empezó a intensificarse, no pudo conectar con el recogimiento común y seguir a los demás. Por el contrario, se puso a pensar en los últimos días de Grace, tan terribles; en Abigail, sentada a su lado; en Adam, en el banco de los hombres, al otro lado; en el tenso ambiente de la casa y las miradas que intercambiaban los dos y que ella fingía no ver; en el hombre negro escondido en la leñera de Belle; en la piel amarillenta y los sorprendentes sombreros de Belle; en Donovan hurgando en su baúl y mirándola con ojos encendidos. Días después de la llegada de Honor, Donovan había pasado a caballo por Faithwell mientras Abigail y ella tendían la ropa; aminoró el paso y se quitó el sombrero. Abigail se quedó horrorizada.

Honor no era tan nerviosa como Abigail, que no paraba de cruzar y descruzar los tobillos, sonarse la nariz y limpiarse el sudor del cuello. Ella siempre se quedaba muy quieta en las asambleas; incluso podía pasarse dos horas sentada sin cambiar de postura. Pero se notaba cuando alguien no participaba del silencio, aunque no se moviera. Quizá a Abigail le molestara la falta de concentración de Honor. Cerró los ojos y volvió a intentarlo. Como no le funcionó, abrió los ojos y buscó una cara que la motivara. Siempre había alguna en todas las asambleas, alguien, con frecuencia una mujer, con una expresión tan atenta y expectante que establecía un liderazgo silencioso, incluso en un grupo que actuaba por consenso. Observar a esas personas resultaba casi doloroso, porque parecía una violación de su comunión íntima con Dios. Sin embargo, suponían un buen recordatorio de la actitud abierta que debían adoptar los amigos en la asamblea.

En Faithwell, Honor encontró esa cara en el banco de los mayores, perpendicular al que ella ocupaba. Era una mujer de edad, con el pelo blanco asomando bajo la capota y los ojos brillantes fijos en un punto distante fuera de la habitación, probablemente sólo en su cabeza. Las cejas arqueadas le daban una expresión de franqueza y perplejidad, y la línea natural de su boca se extendía en una media sonrisa acentuada por las mejillas redondas. Honor no paraba de lanzarle miradas y tuvo que obligarse a bajar los ojos para no quedarse mirándola fijamente. Imponente, la cara de aquella mujer no era amable. Era una persona a la que podías admirar y respetar más que amar, y a Honor no le permitió concentrarse como esperaba.

Al fin un hombre se levantó para citar unos pasajes de las Escrituras, y al menos Honor tuvo algo en que pensar, si bien no encontró un camino para su comunión con Dios.

Tras la asamblea la presentaron a muchas personas, pero le costó trabajo recordar la larga lista de apellidos corrientes, como Carpenter, Wilson, Perkins, Taylor o Mason. Sólo destacaban unos cuantos: Goodbody, Greengrass, Haymaker. Reconoció

a estos últimos; eran los granjeros a quienes les compraban la leche, y Judith Haymaker, la mujer de la cara imponente sentada en el banco de los mayores. Una vez acabada la asamblea tenía una expresión menos seria, pero la mirada de aquellos ojos azul claro bajo las cejas arqueadas era tan intensa que a Honor le resultaba difícil sostenérsela más de un par de segundos. La acompañaba su hija Dorcas; más o menos de la edad de Honor, sonrió obediente cuando la presentaron, si bien con aire de indiferencia ante una posible nueva amiga. Y aunque la comunidad de Faithwell le mostró cortesía, no le hicieron muchas preguntas a Honor. No es que a ella le apeteciera –no tenía ganas de repetir una y otra vez la historia de la muerte de Grace–, pero a sus nuevos vecinos parecían interesarles únicamente sus propios asuntos.

Judith Haymaker señaló con la cabeza a un joven que estaba entre los demás.

—Mi hijo, Jack.

Como si hubiera oído su nombre desde lejos, el chico miró hacia allí y clavó los ojos en los de Honor como no lo había hecho ningún otro hombre. Su revuelto pelo castaño tenía mechones rubios, como hebras de heno, y la media sonrisa de su madre, pero más cálida.

Vaya, pensó Honor, y al desviar la mirada se encontró con los ojos azul claro de Dorcas Haymaker, que no tenía la sonrisa perpetua de su familia, sino una nariz rotunda como una zanahoria y un gesto ceñudo que a Honor le recordó a Abigail. Honor bajó la vista. ¿Resultaría igualmente difícil hablar con todas las mujeres norteamericanas?

No. Rezó una pequeña oración de agradecimiento por Belle Mills.

Faithwell, Ohio
14 del sexto mes de 1850

Queridísima Bidy:

Te escribo esta carta en el porche delantero de la casa de Adam y Abigail en Faithwell. Una de las ventajas de las casas norteamericanas es que la mayoría de ellas tienen porche donde sentarte a tomar el poco fresco que corre y al mismo tiempo protegerte del sol. Aquí hace calor, mucho más que en Dorset, y me han dicho que el mes que viene será peor. No es sólo el calor lo que te fatiga, sino la inevitable humedad que hace que te sientas en una nube de vapor. Tengo el vestido empapado, el pelo encrespado y a veces me cuesta respirar. Con semejante calor resulta difícil reunir fuerzas para trabajar. Ojalá estuvieras a mi lado, para hablar, coser y reírnos. Así sería más llevadero este lugar tan extraño, como lo sería si Grace estuviera aquí. Si viviera, habría transformado nuestra vida en la aventura que prometía el barco que nos trajo a Estados Unidos. Sin ella, es más bien como si me estuvieran sometiendo a una dura prueba. Ojalá pudiera contarte que me estoy adaptando a mi nueva vida en Ohio. Sé que eso es lo que deseas para mí, y yo para mí misma. Pero Bidy, tengo que reconocer que si no fuera por el insufrible viaje para volver a Bridport, compraría de inmediato un asiento en la diligencia desde Cleveland. Aquí hay pocas cosas que me retengan.

No me gustaría parecer desagradecida. Adam Cox me ha acogido bien, aunque no dice nada sobre cómo voy a encajar en esta casa sin Grace, que habría sido la razón natural para mi presencia aquí. Tal vez no sepa qué pensar, y mucho me temo que Abigail pensará por él.

Sin embargo, tengo que intentar ser justa. Abigail también me ha acogido bien, a su manera. Cuando llegué me echó los brazos al cuello, como les gusta hacer a las norteamericanas. Yo tuve que quedarme muy quieta, asustada. Después se puso a llorar y a decir que cuánto sentía lo de Grace y que le gustaría que fuéramos como hermanas, pero desde entonces no ha sido muy fraternal. A veces incluso la he sorprendido mirándome de una forma nada cariñosa, aunque ella intenta disimular preguntándome cómo me encuentro, ofreciéndome una taza de té o tosiendo muy fuerte y sin motivo. Bajo cuanto hace y dice hay un espíritu inflexible, férreo. Cualesquiera que fueran los planes que tenía para la llegada de Grace, que haya venido yo en su lugar los ha trastornado, y a Abigail no le gusta que le cambien los planes.

Tiene que ser difícil que un extraño se venga a vivir inesperadamente a tu casa, sobre todo si la casa es tan caótica como la de Abigail. Parece que no sigue ningún orden en el trabajo; yo aún no he descubierto cuál es el día de la colada, por ejemplo, ni qué día hace el pan. Lo que más me llama la atención es que la cocina no es el centro de la casa, un sitio acogedor y cálido. Cuando yo trabajaba con madre en la cocina de East Street siempre había una sensación de claridad, de luz, calor y alegre actividad. En una cocina así no podías sentirte desgraciada, aunque hubiera cosas por las que entristecerse. Por el contrario, la cocina de Abigail es oscura y todo parece embarullado y pasajero. Resulta difícil sentirse a gusto en un lugar tan incómodo. Me gustaría fregar hasta el último rincón, airearlo y hacer sitio para cada cosa de modo que pudiera poner cada cosa en su sitio. He intentado poner un poco de orden con mucho tacto, para no ofender a Abigail, pero no he conseguido mucho. Aunque no hacía ningún comentario sobre mis barridos y fregados, cuando yo colocaba la vajilla en el aparador, a la mañana siguiente me encontraba los platos y los tazones otra vez amontonados sin orden ni concierto. Hace las cosas con tal estrépito y tales golpes que me canso sólo con oírla.

Quizá comprendas mejor cómo es Abigail si te digo que para hacer las colchas prefiere coser por dentro de la costura, ocultando las malas puntadas entre los bloques. ¡No creo que ni tú ni yo hayamos recurrido a esa técnica desde que éramos niñas!

No obstante, no debo ser cruel. Abigail también ha vivido sus desgracias. Perdió a su marido, que luchó mucho tiempo contra la tisis, y llevaban casados tres años cuando Matthew murió, pero no tuvieron hijos. Debe de causarle una honda pena, aunque naturalmente no hemos hablado de eso.

Quizá sea yo, que me siento inquieta desde que me marché de casa, e incluso antes, con franqueza, porque el cambio de actitud de Samuel alteró mi vida entera, y veo todo lo que me rodea a esa luz. Formamos un extraño trío, Abigail, Adam y yo, porque sólo nos mantiene unidos el sentido del deber, y de una forma indirecta. Eso es

lo que en realidad da esa sensación de provisionalidad a la casa, lo precario de mi situación. Tras veinte años viviendo arropada por la seguridad de la familia, es extraño y terrible sentir que vas a la deriva.

Faithwell es un sitio minúsculo, sin comodidades. Sé que Adam no mentía a propósito en sus cartas, pero llamarlo «pueblo» es sin duda una exageración. Presumen de que esta zona de Ohio está despejada y poblada, mucho más que hace diez años, pero a mí me da la impresión de algo fronterizo, con unas cuantas casas arrebatadas al bosque. Te quedarías pasmada ante lo que aquí llaman «tienda de comestibles», un establecimiento con unos cuantos estantes casi vacíos y poco donde elegir, en un sendero por el que una diligencia no puede pasar. Incluso los carros se quedan muchas veces atascados en el barro o pegan tales sacudidas que prefieres ir andando.

Al menos la casa de asambleas es agradable, y los amigos, amables. No sé por qué, pero aún no he sido capaz de sentirme a gusto en la asamblea, lo que supone una gran decepción para mí, pues normalmente me conforta mucho el silencio colectivo y ahora me vendría muy bien la espera expectante con los demás. Sé que tengo que ser paciente y que volverá a abrirseme un camino.

Todavía no he conocido a las demás familias ni a distinguir con quién podría tener amistad. Aquí la mayoría de las mujeres son muy espontáneas, en la conversación, la forma de vestir e incluso la forma de andar, como patos y sin ninguna gracia. Supongo que estarás sonriendo. Al menos te alegrarás de saber que aquí no tienes ninguna rival que pueda ocupar tu lugar como mi mejor amiga.

Pero no debo seguir criticando mi nuevo país. Voy a despedirme con algo que te hará sonreír: ¡en Ohio a las colchas las llaman cobertores!

Tu fiel amiga,

HONOR BRIGHT

Dientes de león



A las dos semanas de su llegada, Adam Cox le pidió a Honor que lo ayudara en la tienda de Oberlin un sexto día, ya que Abigail, que solía ayudarlo en caso de necesidad, no se encontraba bien. En los sextos días había mucho ajeteo en los pueblos, y las tiendas de Oberlin permanecían abiertas hasta tarde para los agricultores que llegaban del campo. A Honor le apetecía la perspectiva de ir a un pueblo más grande, porque el aislamiento de Faithwell se le hacía muy cuesta arriba. También se alegraba de poder pasar un rato sin Abigail, que se mostraba cada día más hostil.

Adam normalmente iba a la tienda a caballo, o andando si tenía tiempo, aunque para llevar a Honor le prestaron una calesa. Justo cuando pasaban frente a la tienda de comestibles salió Judith Haymaker con un saco de harina. Honor confiaba en que no tuviera suficiente buena vista para distinguir la capota gris y amarilla que llevaba. No había tocado el regalo de Belle Mills desde su llegada a Faithwell, pero pensó que para trabajar en la tienda de Adam sería adecuada, más elegante que la capota de diario aunque no ostentosa. Por supuesto, no debería importar lo que llevara, siempre y cuando fuera decoroso y estuviera limpio. No debería preocuparle, pero sí le preocupaba el borde interior amarillo pálido que realzaba su rostro sobre el gris del resto del sombrero, y también las pulgadas de tela blanca que orlaban el cuello de sus vestidos, detalles que hacían que se sintiera más definida. Sin embargo, sospechaba que a Judith Haymaker no le parecería bien. Adam había enarcado las cejas al verla con la capota, si bien no había dicho nada.

Adam saludó con la cabeza a su vecina, y Judith Haymaker le devolvió el saludo, pero por lo demás los vio pasar sin moverse.

Al este de Faithwell se espesaban los árboles, y Honor tragó saliva varias veces para sofocar el creciente pánico. Se preguntó si llegaría a acostumbrarse a la monotonía de los bosques de Ohio. Ante ellos echaba de menos el mar, no navegar, sino la orilla, la ruptura definitiva con la tierra y el horizonte amplio y prometedor.

A pesar de todo, cuando tomaron el camino del norte hacia Oberlin se relajó un poco, porque el paisaje estaba más despejado y se suavizaba la presión del bosque, con granjas y maizales. En el camino había suficiente sol para que crecieran plantas silvestres, como achicoria, perifollo verde y rudbeckia. También estaba más transitado, calesas, carros y caballos que iban en su misma dirección o que se cruzaban con ellos en la dirección opuesta, hacia Wellington.

—¿Por qué van todos los caminos de norte a sur o de este a oeste? —preguntó Honor, que estaba dándole vueltas a esa uniformidad desde el día que fue con Thomas desde Hudson hasta Wellington. En Inglaterra los caminos seguían el contorno del paisaje, que no se ajustaba rígidamente a los puntos cardinales.

Adam se rió entre dientes.

—Porque pueden. Esta parte de Ohio es muy llana, así que los caminos no tienen que dar rodeos. Salvo una curva cerrada a la altura del río Black, a unas cuantas millas al sur, este camino va recto desde Oberlin hasta Wellington durante nueve

millas. Los pueblos están separados por una distancia más o menos igual, unas cinco millas, en las dos direcciones, como una red.

—Excepto Faithwell.

—Sí, nosotros somos un caso aparte —reconoció Adam.

—¿Por qué construyeron los pueblos de manera tan sistemática?

—Quizá los agrimensores de este territorio intentaron poner orden en unas tierras que pensaban que no podían controlar. —Adam hizo una pausa—. Es muy distinto de Dorset. —Era la primera vez que Honor le oía comparar Ohio con Inglaterra desde que vivía con él.



Antes de parar ante la tienda, Adam le enseñó Oberlin a Honor desde la calesa. Era un pueblo bonito, más importante que Faithwell y dos veces del tamaño de Wellington. Los edificios parecían más sólidos y duraderos; algunos de ellos incluso eran de ladrillo. En el centro del pueblo, cuatro calles formaban los lados de una plaza, que se había construido talando todos los árboles. En la mitad de la plaza había centros de enseñanza; el resto era un parque trazado en diagonales con robles y olmos jóvenes. A Honor le alegró ver árboles ordenados, que le resultaban familiares y tan distintos de los bosques densos y enmarañados de los alrededores de Faithwell.

En dos de las calles que conformaban la plaza se levantaban otros edificios de la universidad. Honor vio desde la calesa a los jóvenes yendo de un lado para otro, apresurados y serios. Entre ellos había negros, y también mujeres.

—¿Son todos estudiantes?

Adam asintió con la cabeza.

—Oberlin se fundó sobre principios de igualdad parecidos a los de los amigos. En realidad empezó siendo una comunidad religiosa, con estrictas normas de conducta. No se vende ni alcohol ni tabaco.

—O sea que no escupen.

—Pues sí. No escupen. —Adam soltó una risita—. Sorprendente, ¿no? Pero lo más curioso es que te acostumbras. Yo ya no me fijo en los escupitajos cuando voy a Cleveland.

La mayor parte de los comercios de Oberlin estaban en Main Street; comparado con Faithwell, la variedad impresionó a Honor: tiendas de alimentación, dos carnicerías, una zapatería, una barbería, un dentista, dos librerías, una sombrerería e incluso un taller de daguerrotipia. Las calles eran mejores que las de Faithwell, más anchas y con menos rodadas, aunque también propensas a embarrarse cuando llovía. Había tabloncillos para los peatones ante los establecimientos.

La tienda de confecciones Cox, en Main Street, era modesta en comparación con la que llevaban los hermanos de Adam en Bridport, en la que había rollos de tela en armarios abiertos desde el suelo hasta el techo y una escalera con guías correderas

para alcanzar la mercancía. Tenía mayor superficie pero menos existencias, expuestas sobre mesas en el centro del establecimiento. El hermano de Adam no había conseguido que la tienda fuera un negocio próspero antes de enfermar. En el transcurso del siguiente año Adam le había dado un ligero impulso. Quizá fueran la rectitud y los principios de la ciudad los que habían empujado a cuáqueros como Matthew y Adam a poner una tienda allí, pero esos mismos principios eran la causa de su limitado éxito. Además de las restricciones en la dieta y la conducta, a los primeros colonos de Oberlin se les disuadía de llevar ropa confeccionada con tejidos caros. Aunque la población original se había diluido entre colonos más recientes y con principios menos estrictos, seguía habiendo pocos compradores para los suaves terciopelos y los brillantes satenes, más rentables, que la familia Cox les vendía a clientes no cuáqueros en Bridport. En realidad, casi todo lo que vendía Adam podría habérselo puesto Honor. Llena de telas a cuadros y cretonas, que los clientes norteamericanos llamaban calicó, y con poco damasco o fustán para cortinas, lo más vistoso de la tienda eran los montones de recortes que Adam guardaba para confeccionar colchas. En ese terreno no había restricciones para nadie, cuáquero o no, si bien los rojos y verdes vivos de las colchas de Ohio no se veían jamás en su vestimenta.

Adam no se despegó de Honor durante la primera hora para enseñarle a medir la tela con las marcas en el borde de la mesa, hacer un pequeño corte y rasgarla siguiendo la trama, envolverla en papel de embalar y atarla con un cordel. Honor había comprado tela suficientes veces para conocer el método, que no difería del de Bridport. Al menos algunas cosas eran iguales en los dos países. En cuanto Adam tuvo la certeza de que Honor sabía qué tenía que hacer la dejó sola para que atendiera a los clientes mientras él se encargaba del dinero y de vigilar a un chico que había contratado para que afilara tijeras y agujas, una iniciativa reciente que esperaba que aumentara las posibilidades de la tienda.

Honor se alegró de relacionarse con otras personas. Si bien vivir en una comunidad de amigos era algo que conocía, pasar con las mismas personas un día tras otro empezó a agobiarla con sus limitaciones tras pocas semanas y deseaba un poco de variedad. En su país estaba acostumbrada a la mezcla de cuáqueros y no cuáqueros, y con el trasiego de los barcos siempre había algo diferente que ver y caras desconocidas que observar. En la tienda de Adam examinó la ropa de la gente y aguzó el oído en sus conversaciones sobre política, el tiempo, las cosechas o las tonterías que habían hecho los estudiantes de Oberlin. Contempló a los chicos corriendo con sus aros y sonrió a una niña que arrastraba un perro de juguete atado con una cuerda. Sujetó a un bebé mientras una cliente extendía un rollo de tela y ayudó a una señora mayor a ir hasta la calesa que la esperaba en College Street. Esos intercambios hicieron que se sintiera importante, no un estorbo como en casa de Abigail.

Entre los continuos clientes entraron varias mujeres negras a comprar tela, agujas

o alfileres o a que les afilaran tijeras. Honor trató de no mirarlas fijamente, pero no pudo evitarlo; parecían aves exóticas que habían perdido el rumbo y aterrizado entre gorriones. Todas le parecían iguales, con la piel morena como madera de roble pulida, pómulos marcados, nariz ancha y ojos oscuros y serios. Y todas actuaban de una forma semejante. Tras mirar un momento a Honor se dirigían a Adam, lo esperaban si estaba atendiendo a alguien y a continuación le pedían un artículo o le daban las tijeras o las agujas para que las afilara el chico. Era como si hubieran llegado a la conclusión de que Adam era de fiar y no tuvieran que abordarla a ella. Con las ideas claras sobre lo que querían, elegían con celeridad, pagaban y se marchaban; a Adam le decían poco, y a Honor, nada. Desde luego, no le habrían pedido que les sujetara al niño unos momentos.

Cuando hubo un rato de calma en la tienda, Honor salió a dar un paseíto para librarse del calor, y unas casas más allá de la tienda descubrió una confitería en la que había varios grupos de mujeres negras charlando y riendo. Detrás del mostrador, un hombre también negro, evidentemente el dueño, despachaba caramelos de menta y granizados. Honor no se esperaba que los negros regentaran sus propios negocios. Donovan tenía razón: Oberlin era radical.

Como cuáquera, Honor estaba acostumbrada a sentirse distinta, y en Estados Unidos era una extraña casi en todas partes. Sabía que las mujeres negras debían de sentirse más cómodas juntas, como le ocurría a ella con otros cuáqueros. Por muy abiertas de mente que sean, las personas suelen buscar la compañía de sus iguales. Y los negros tenían motivos para recelar de los blancos en un sitio en el que en una sola familia podía haber dos personas tan diferentes como Donovan y Belle Mills. Pero al ver a las mujeres tan a gusto, como no lo estaban en la tienda de Cox, sintió pena. Incluso los excluidos me excluyen, pensó.

Un poco más tarde, mientras doblaba una tela, oyó a alguien aclarándose la garganta a su lado.

—Perdone, señorita. ¿Cuánto cuesta la yarda de eso?

Junto a ella vio a una mujer negra que miraba con atención el género que tenía entre las manos, algodón de color crema con diminutos rombos de color teja. Era tan menuda como Honor, pero mayor, con las mejillas suaves, brillantes y entrecruzadas de arrugas como las palmas de las manos. Llevaba gafas y un sombrero de paja adornado con flores de dientes de león mustias por el calor.

Honor miró hacia donde estaba Adam, que había desaparecido en la trastienda.

—Ahora mismo lo miro —respondió Honor, contenta de que le hubieran preguntado a ella. Cada pieza de tela estaba enrollada alrededor de un pedazo de madera plano, en uno de cuyos extremos Adam había apuntado el precio—. Cincuenta centavos.

La mujer hizo una mueca.

—Justito, pero me llega. —Sacó un cuello de encaje amarillento por el paso del tiempo pero precioso y lo puso encima de la tela, alisándolo con unos largos dedos

acabados en unas uñas ovaladas y pálidas—. ¿Va bien con esto?

Más que una pregunta era una afirmación, y Honor no sabía si debía contestar. El cuello combinaba bastante bien con la tela, aunque habría sido preferible algo más delicado, como la seda. Sin embargo, pensó que no debía sugerirlo, pues la seda era mucho más cara.

—¿Es para usted? —le preguntó.

La mujer negó con la cabeza.

—Para mi hija, que se casa. Necesita algo para ponérselo después, a diario o para ir a la iglesia.

Es como cualquier mujer, pensó Honor. Preocupada por que su hija vaya elegante pero que tenga un vestido práctico.

—Entonces ha elegido bien —dijo—. ¿Cuántas yardas quiere?

—Seis. No, cinco, por favor. La chica es muy poquita cosa.

Honor midió y cortó la tela con manos temblorosas y más cuidado que había puesto al atender a ninguna clienta ese día. Mientras la envolvía y la ataba con bramante, pensó: Es la primera vez que ayudo a una persona negra.

Al notar una mirada clavada en ella levantó la vista. La mujer estaba examinando el borde amarillo de su capota.

—¿De dónde ha sacado ese sombrero? No será de Oberlin, ¿no?

—No. De la sombrerería de Belle Mills, en Wellington.

Ya le habían preguntado por la capota varias mujeres, que se llevaron una desilusión al saber que tendrían que ir nada menos que hasta Wellington. En los ojos de la mujer relampagueó una expresión de reconocimiento y le dirigió a Honor una mirada de una firmeza que no disimularon sus gafas. Quizá estuviera a punto de decir algo cuando Adam salió de la trastienda.

—Hola, señora Reed. ¿Ha podido ayudarla Honor?

Los ojos de la señora Reed desaparecieron tras un destello de las gafas cuando se volvió hacia Adam.

—Pues sí. ¿Y Abigail?

—No se encuentra bien esta mañana, por desgracia.

—Vaya, hombre. —La señora Reed apretó los labios y le dio a Adam el dinero de la compra. Dio a entender con su actitud que tenía mucho que decir pero que se lo callaba, cerrando la boca con fuerza y dejando escapar algunos pensamientos con los ojos. Recogió su paquete de la mesa—. Gracias. Que pasen un buen día. —Dio media vuelta y se marchó sin añadir palabra.

Honor dobló la tela y la guardó, desanimada. Saltaba a la vista que aquel encuentro había significado mucho menos para la señora Reed que para ella.

Faithwell, Ohio
5 del séptimo mes de 1850

Queridos padres:

Esta mañana me ha llenado de gozo recibir su carta, la primera desde la que me esperaba a mi llegada a Faithwell. Mientras la leía podía oír sus voces e imaginarme a madre sentada a la mesa del rincón escribiéndola y mirando de vez en cuando por la ventana mientras reflexionaba sobre las noticias que iba a contarme.

Mi alegría solamente se ha visto empañada por el dolor de leer la nota dirigida a Grace. Mientras escribo esto, ustedes, toda la comunidad, aún no sabe que ha muerto, y produce una extraña sensación que una noticia de tal importancia sufra un retraso de casi dos meses. Cuando reciban la presente, quizá hayan ocurrido otros sucesos que desconocen, del mismo modo que otros acontecimientos tal vez se han adelantado a las noticias que he recibido por su carta. Espero y ruego que nuestras vidas no estén tan llenas de tragedias que nuestras cartas se queden desfasadas antes de llegar a sus destinatarios.

Desde la última vez que les escribí he conocido poco a poco a los demás residentes de Faithwell y ayudado a Abigail con más provecho que al principio. Ya no intento reorganizar la casa, porque cualquier cosa que yo proponga se lo toma como una crítica. Y no es esa mi intención, por supuesto; sólo intento contribuir al buen funcionamiento de la casa. Pero Abigail es muy sensible. Adam se niega a intervenir, salvo para pedirme que respete el derecho de Abigail a organizar las cosas como le parezca, puesto que ella es la señora de la casa. Así que he tenido que ceder.

Sin embargo, he conseguido auténticas mejoras en otro sentido. A Abigail no le gusta trabajar en la huerta; hace un calor insoportable, con el sol mucho más fuerte que en Inglaterra y el aire agobiante, como estancado. Podría pensarse que como nació en Estados Unidos y está acostumbrada a los veranos de aquí toleraría mejor el calor que yo, pero lo cierto es que se le pone la cara tan colorada y se queja tan amargamente que me da lástima. Además, la continua pelea con los animales y los insectos la fatiga. Cuando me ofrecí a trabajar en la huerta, Abigail pareció agradecida por primera vez desde mi llegada. Sólo por eso vale la pena el calor.

Cultivamos muchas de las verduras que hay en su huerto, madre: patatas, judías, zanahorias, lechugas, tomates... Pero son distintas a lo que estoy acostumbrada, aunque las variedades deberían de ser las mismas. Las patatas son más grandes y con más ojos. Las zanahorias son más finas y alargadas, pero igual de sabrosas. Las judías tienen la piel más lisa, y las lechugas crecen mucho más rápido.

Gran parte de la huerta está dedicada al maíz. Mientras que en Inglaterra se cultiva para el ganado, aquí parece ser el alimento básico, más que el trigo o la avena. Crece por todas partes, y aunque todavía no ha madurado lo suficiente para comerlo crudo, me han asegurado que es tierno y dulce. No obstante, he comido muchos alimentos elaborados con harina de maíz. Demasiados, pienso a veces. Abigail se empeña en hacer ella la comida, si bien me permite que yo lave, friegue y corte. Todo parece basarse en el maíz, desde las gachas que tanto les gustan para desayunar, pasando por el pan con que se acompaña la comida y el rebozado para el escaso pescado frito hasta los bizcochos para el café. Por supuesto, no me quejo y agradezco lo que me sirven en el plato. Lo que pasa es que con ese regusto dulce todo empieza a saberme igual.

En la huerta tengo mucho que hacer. Abigail y Adam la empezaron bien, pero con el calor del verano hay que regarla a menudo. Las malas hierbas parecen crecer más rápidas y abundantes que los sembrados. Para colmo, están los ciervos y los conejos, los pájaros, los caracoles, las babosas, los saltamontes y otros insectos a los que no estoy acostumbrada. Los conejos son especialmente listos y excavan debajo de las cercas (estoy segura de que los conejos norteamericanos son más hábiles que los ingleses), hasta el extremo de que casi siento la tentación de dormir en la huerta para espantarlos. Ahora que Abigail me ha cargado con esa responsabilidad, es muy crítica con mis métodos, aunque no propone nada útil. Puede resultar muy desagradable. Por suerte, el maíz no requiere muchos cuidados. Me alegro, porque cada vez que paso por los surcos espanto unas cuantas serpientes. Nunca había visto tantas, y tengo que sofocar los gritos. La mayoría de ellas son inofensivas, si bien algunas son venenosas y tengo que andar con cautela.

Por aquí dicen que el maíz llegará «a la altura de la rodilla» el Cuatro de Julio. El nuestro me llega mucho más

arriba de la rodilla, y yo pensaba que estaba creciendo excepcionalmente bien hasta que me dijeron que se referían a la rodilla cuando vas a caballo. Hay tantas palabras y expresiones que no comprendo que a veces pienso si el inglés americano no será un idioma tan extranjero como el francés.

Ayer fue el Cuatro de Julio. Un asunto que a los norteamericanos les llega a lo más hondo es su independencia de Gran Bretaña. Se sienten muy orgullosos de ser un país distinto. Yo no sabía qué ocurriría, aunque había oído que habría celebraciones en muchos sitios. Sin embargo, ni en Faithwell ni en Oberlin celebraron nada, porque habría supuesto apoyar la Declaración de Independencia, un documento que, según he sabido, no considera a los negros ciudadanos iguales. Por el contrario, algunos amigos de Faithwell fuimos al parque de la Universidad de Oberlin a escuchar discursos antiesclavistas y nos llevamos la merienda, más por necesidad que por celebrar nada. Por lo general los habitantes del norte de Ohio se oponen a la esclavitud, y Oberlin tiene fama de ser la ciudad más ardientemente antiesclavista de la región.

Cosa rara, no hizo demasiado calor y se estaba a gusto con la ligera brisa. Hubo un despliegue prodigioso de comida, repartida en tablas montadas sobre caballetes. Los norteamericanos se toman muy en serio las meriendas campestres. Mientras que en nuestro país llevamos unas modestas provisiones, aquí se considera importante presentar y consumir la mayor cantidad de comida posible. Yo no pensaba que los amigos de Faithwell fueran a alardear de nada, ya que en cuanto a vestimenta y conducta son tan sobrios como en Bridport. Pero llevaron mucho más de lo que podíamos comer, y se esmeraron sobre todo con los platos al horno. Al parecer, a los de Oberlin les ocurre otro tanto, como pude comprobar cuando Abigail y yo paseamos por la plaza. Jamás había visto tantas empanadas y bizcochos.

Me llamó la atención un pequeño grupo de negros que también estaban de merienda. Aunque en el viaje hasta Ohio sólo había pasado por estados en los que la esclavitud está prohibida, me había topado con unos cuantos negros, la mayoría de los cuales trabajaban en los muelles, las diligencias o en las cocinas y los establos de las posadas. Nunca los había visto en su tiempo de ocio. Aquí tuve la oportunidad de observarlos –con el rabillo del ojo, porque no quería mirarlos con descaro–, y descubrí que no son tan distintos de los demás. Desde luego, su comida era igualmente abundante, aunque quizá con una elaboración diferente; muchos negros de Ohio proceden del Sur, donde, según tengo entendido, tienen una cocina más contundente. Las mujeres llevaban una ropa con más adornos que las cuáqueras, si bien de factura menos fina. Los hombres vestían traje negro y sombrero de paja. Los niños eran revoltosos y jugaban con balones, molinetes y cometas, como los niños blancos, pero no se juntaban con ellos.

Los discursos fueron largos, y tengo que reconocer que no entendí gran parte de lo que dijeron. No era sólo por el acento norteamericano, que varía de un sitio a otro y muchas veces resulta incomprensible. Da la impresión de que incluso quienes se oponen a la esclavitud difieren en cuanto al método para ponerle fin, y algunos abogan por la emancipación inmediata mientras que otros sostienen que una medida tan drástica perjudicaría a la economía y que hay que concederles la libertad de manera progresiva. También hablaron de que en el Congreso – el equivalente en Estados Unidos de nuestro Parlamento, creo– se está debatiendo una ley sobre los esclavos fugitivos, y los hombres que hablaron se acaloraron mucho, hasta el punto de que a veces se rebajaron al insulto personal contra los políticos, con palabras desconocidas para mí. Sin embargo, sus discursos me dieron mucho que pensar.

El herrero de Faithwell recitó con sencillez y voz grave un poema que fue muy bien acogido por la multitud. Al preguntar más tarde, descubrí que era un poema de Whittier, «Estrofas para los tiempos». Anoté algunos versos que me gustaría recordar:

*... guiados por las leyes de nuestro país,
que la verdad y el bien y el que sufre
sean nuestra lucha por la causa de la libertad;
pueden los cristianos, los hombres libres pueden.*

Cuando oscureció los estudiantes colgaron de los árboles lámparas de papel, y unos violinistas tocaron canciones que yo no conocía. Fue hermoso, y me sentí muy a gusto, quizá la primera vez desde que salí de Inglaterra.

Solamente una cosa estropeó el día. Yo estaba buscando algo de comer que no llevara maíz cuando por casualidad oí a Judith Haymaker, una granjera que nos vende leche y queso y una de las personas mayores de la asamblea de Faithwell, diciéndole a Adam: «Un hombre viviendo con dos mujeres jóvenes que no son ni su hermana, ni su esposa ni su hija es una situación insostenible». No oí la respuesta de Adam, si bien tenía una expresión muy seria.

Me gustaría poder contarles que sus palabras me dejaron atónita, pero no es así. Judith Haymaker expresó en voz alta el pensamiento que no deja de asediarme desde que llegué a Faithwell. Ni Adam ni Abigail hablan de

ello, aunque a veces hay mucha tensión, y sé que proviene de lo insólito de nuestra situación. No obstante, les ruego que no se preocupen por mí. Quizá les sirva de consuelo saber que cuando lean esta carta habremos encontrado una solución satisfactoria para todos.

Su hija que les quiere,

HONOR BRIGHT

Bosques



El primer día después del Cuatro de Julio, Honor recibió una visita. Estaba sentada en el porche con Abigail y Adam, adormilada y un poco mareada tras la comida del domingo, que acababa de terminar y en la que había desempeñado un papel importante el jamón demasiado grasiento y salado. Honor jamás había consumido tanta carne de cerdo. Le apetecía comer cordero y pescado, sabores delicados y sencillos.

—¡Tengo que arreglar cuentas con usted, Honor Bright!

Honor abrió los ojos sobresaltada. Una calesa ligera se había detenido enfrente de la casa, y Belle Mills sujetaba las riendas. Las tiró sobre la cerca de estacas blancas y bajó de un salto.

—Me está mandando demasiadas señoras de Oberlin que me dicen: «Quiero la capota gris y amarilla que lleva la chica cuáquera». ¿Cómo voy a terminar todos los pedidos sin su ayuda? —Belle saludó con la cabeza a Abigail y Adam—. Usted debe de ser Abigail. A Adam ya lo conozco. Soy Belle Mills, la sombrerera de Wellington. No sé qué les habrá contado Honor de mí... Seguramente nada. No es muy habladora, ¿verdad? Bueno, ¿me va a dejar aquí al sol? Hace un calor tremendo.

Honor se puso en pie y esperó a que Abigail, en calidad de señora de la casa, invitara a Belle a entrar, pero Abigail tenía la vista clavada en el sombrero de Belle: de paja, con ala ancha adornada con una tira de encaje blanco sobre una cinta roja y un racimo de cerezas de seda prendido a un lado.

Honor se desentendió de Abigail y saludó a Belle.

—Cuánto me alegro de verla. Por favor, venga a sentarse con nosotros.

Belle subió al porche y se desplomó en la mecedora que le ofreció Adam.

—Ah, qué bien, después del traqueteo de ese sendero —dijo, quitándose los guantes de encaje.

Honor no la había visto con guantes en Wellington, ni siquiera cuando salían de paseo. Los que llevaba eran muy delicados y le quedaban raros, sobre todo cuando al quitárselos aparecieron sus manos grandes de dedos cuadrados. Los guantes y el sombrero desentonaban con su cuerpo delgado y sus anchos hombros, tan distintos de las curvas y las redondeces que estaban de moda. Si las mujeres debían parecer palomas en aquellos tiempos, Belle recordaba más bien a un gavián.

—Abigail, quizá a nuestra invitada le apetezca algo de beber —sugirió Adam.

—¡Ah! —exclamó Abigail y entró en la casa de manera apresurada, avergonzada de que hubieran tenido que recordárselo.

—Vaya, vaya. Pues no había estado yo por aquí —dijo Belle, mirando a su alrededor—. ¿Eso de ahí es Faithwell? —Señaló la tienda con la cabeza.

—Hay unas cuantas granjas por aquí cerca, pero nada más —contestó Adam—. Eso sí, está creciendo. Vienen nuevas familias continuamente.

—Claro. Y serán todos cuáqueros, ¿no? No me puedo imaginar a nadie más dispuesto a ir por ese sendero. ¿Qué pasa cuando llueve? Porque el camino de Wellington a Oberlin se pone imposible de barro.

Cuando volvió a aparecer Abigail con cuatro vasos, una botella con un líquido oscuro y una jarra de agua, Belle inclinó la cabeza.

—Refresco de zarzamora, ¿no? Estoy impresionada. Ha conseguido guardar un poco del último verano. Yo me lo habría acabado en octubre. —Abigail estaba sirviendo y se detuvo, como si no pudiera hacer eso y pensar al mismo tiempo—. No se preocupe, cielo, que es un cumplido —añadió Belle—. Hay que ser buena ama de casa para guardar lo mejor y poder ofrecérselo a las visitas. —Se volvió hacia Honor—. Pensaba que tal vez les veríamos en Wellington el Cuatro de Julio, pero supongo que les quedaba un poco lejos, ¿no?

—Nosotros no celebramos el Cuatro de Julio —replicó Adam.

—¿Ah, no? ¿Y eso? ¿A los cuáqueros no les gusta divertirse?

—No deseamos conmemorar un documento que no considera ciudadanos de Norteamérica a todas las personas.

—Fuimos a Oberlin a oír discursos en contra de la esclavitud —terció Honor.

—Claro. Tendría que haber caído en la cuenta de que a los cuáqueros les entretiene más oír a los abolicionistas que pegar tiros al aire. A mí sí me gustan las armas. ¿Cómo va el negocio en Oberlin?

—Bien —contestó Adam—. Pero me gustaría tener más clientes.

—Supongo que no venderá mucho satén o terciopelo, ¿no?

—Pues no mucho.

Belle se rió entre dientes.

—Es que los de Oberlin no son muy aficionados a los caprichos, ¿no cree? Allí no podría ser sombrerera. No podría hacer nada más fino que la capota de Honor. —Belle miró brevemente los discretos vestidos de Honor y Abigail, la camisa sin cuello y los tirantes de Adam—. ¿Quién le surte de género en Cleveland?

Mientras Abigail terminaba de servir el refresco y Honor lo repartía, Belle habló con Adam de negocios con una soltura envidiable. Pero claro, gran parte de su trabajo consistía en hablar con la gente. Belle sabía combinar como nadie un sincero interés con el humor y el desenfado.

—Tiene un acento parecido al de Honor —observó Belle—. ¿Son los dos del mismo sitio?

Adam respondió afirmativamente, y Belle les hizo a ambos una pregunta tras otra sobre Bridport. Mientras hablaban de su ciudad natal Abigail se puso a balancearse cada vez más deprisa hasta que se paró con brusquedad y se levantó de un salto.

—¿Le apetece un poco más de refresco? —interrumpió.

—Claro que sí, gracias. —Belle le tendió el vaso y le guiñó un ojo a Honor mientras Abigail volvía a llenárselo—. Y usted, Abigail, ¿de dónde es?

—De Pensilvania.

—¿Lo ven? Si cada uno somos de un sitio distinto... Así es Ohio.

—¿Dónde estaba su casa? —preguntó Adam.

—En Kentucky... ¿No se me nota por el acento? Me vine aquí porque mi marido

se fue a Cleveland, a hacer negocios con barcos de vapor en el lago Erie. Pensé que Cleveland sería más interesante que ese agujero en Kentucky. Y sí lo era, en cierto modo.

—¡Ha estado casada! —exclamó Honor.

—Y sigo casada. El muy granuja se largó, alentado por mi hermano, lamento decir. Nunca hicieron buenas migas. No tengo ni idea de por dónde andará, pero no era una buena persona, y yo era tonta, pero ya me habría gustado ser yo quien lo echara y no dejarlo en manos de Donovan. El muy cabrón... —Belle guardó unos segundos de silencio—. Perdón por la palabrota. En fin, mejor que se marchara. El ferrocarril empezó a sustituir enseguida a los barcos de vapor. En Cleveland aprendí a hacer sombreros, que es el único negocio que puede llevar una mujer sola. Después me vine a Wellington y abrí la tienda. Pensé en Oberlin, pero allí no les gustan las plumas, ni el color, y a mí, sí —añadió y apuró su vaso—. Bueno, Honor, ¿va a enseñarme Faithwell? Me apetece estirar las piernas. Y póngase la capota. Quiero verla en acción.

Aún confusa por la idea de que Belle Mills estuviera casada, Honor fue corriendo a recoger su capota. No era lo que le habría gustado ponerse para dar un paseo por Faithwell, aunque no podía decirle que no a quien se la había hecho.

Belle se cogió del brazo de Honor mientras paseaban en dirección oeste por el sendero lleno de baches, saludando con una inclinación de cabeza a las familias reunidas en los porches de sus casas. Todos se quedaban mirando a Belle y su sombrero y a Honor y su capota. A Belle no parecía importarle.

—¿La ha molestado Donovan desde que está aquí? —le preguntó.

—Ha pasado unas cuantas veces a caballo, pero no se ha parado.

Honor no añadió que la sonrisa burlona y el saludo con la mano de Donovan hicieron torcer el gesto a Abigail y Adam.

—Me alegro, pero no espere que eso dure. No se resiste a la tentación de prestarle atención a las personas que no quieren sus atenciones.

Pasaron ante la herrería y después ante la tienda de comestibles. Belle miró con curiosidad por las ventanas, aunque el establecimiento estaba cerrado.

—No hay mucho donde elegir, ¿no? —dijo—. ¿Cuántas familias viven aquí?

—Quince, incluyendo las de las granjas cercanas.

—Madre mía, como el agujero de Kentucky del que salí yo. Sé cómo es. ¿Cómo la sacaremos de esa casa?

—¿Qué quiere decir?

Belle se detuvo y sacudió a Honor por el codo.

—Vamos, no pensará quedarse con esos dos, ¿no? Con las miradas que le lanza Abigail... ¿Se ha fijado en lo nerviosa que se ha puesto cuando Adam y usted hablaban de Inglaterra? Por un momento he pensado que arrancararía los arcos de la mecedora. Cada vez que se sentía excluida de la conversación la interrumpía.

—Pero... —Honor se calló.

Los ojos de color avellana de Belle sonreían.

—Tiene celos de usted. No me diga que no se da cuenta. O a lo mejor es usted demasiado buena para eso. No, quiere a Adam para ella sola, y no le gusta que se cruce en su camino otra mujer, una mujer más simpática, más guapa, mejor costurera, sin duda, y seguramente mejor ama de casa. Pero qué demonios, si creo que incluso estaba celosa de mí, hasta que saqué a relucir lo del marido.

Cuando empezaron a caminar otra vez, Honor le repitió a Belle lo que le había dicho Judith Haymaker a Adam sobre su irregular situación familiar.

Belle resopló.

—No me extraña. También se hacen comentarios sobre ello en Wellington, y eso que no somos tan estrictos como los cuáqueros.

—Ésta es su granja, adonde venimos a por la leche —dijo Honor en voz baja—. Y allí está Judith Haymaker.

La mujer estaba sentada con sus dos hijos en el porche de una casa grande y blanca con postigos verdes, lo suficientemente apartada del sendero para que Honor y Belle pudieran saludar con la mano sin verse obligadas a acercarse a decir hola. Jack Haymaker hizo una inclinación de cabeza; Dorcas se quedó mirándolas; Judith siguió meciéndose. Honor notó tres pares de ojos clavados en su capota mientras seguían andando por el sendero, con el huerto de árboles frutales de los Haymaker a la derecha. Las cerezas estaban en su punto; los melocotones y las ciruelas aún no habían acabado de madurar.

Es la segunda vez que Judith Haymaker ve esta capota, pensó Honor. Y tenemos que pasar por delante de ellos al volver.

—Parece que llevan bien la granja —observó Belle—. Y también tienen buenos animales.

Señaló con la cabeza las vacas marrones que pastaban detrás del establo. Honor ni se había fijado en ellas.

Llegaron al extremo del huerto de frutales, donde empezaba otra vez el bosque y el camino se reducía a un sendero entrecruzado de raíces que serpenteaba por una espesura en la que Honor no había osado adentrarse. Para ella era el oeste, salvaje, desconocido e inhóspito. Ni siquiera Belle, que no parecía asustarse de nada, propuso que continuaran. Los árboles eran sobre todo arces y hayas, y aquí y allá se veían olmos, fresnos y robles, con hojas alargadas y lisas, no de bordes ondulados como las que conocía Honor. Incluso un árbol tan sólido y estable como el roble en Norteamérica se transformaba en algo extraño. Mientras se asomaba al bosque en penumbra salió huyendo un mapache, bamboleando el lomo jorobado. Hasta que trepó a la rama más alta de un arce no se sintió seguro, y entonces volvió su cara enmascarada hacia las dos mujeres. A Grace le habría encantado ver un mapache, pensó Honor.

—No sé qué hacer, Belle —dijo.

Belle estaba arreglando las cerezas de su sombrero.

—¿Con qué?

—Vivir aquí así, en esa casa.

—Ya. Voy a preguntarle una cosa. ¿Quiere casarse con Adam Cox?

—¡No!

—Pues entonces tendrá que empezar a buscar. ¿Hay otro hombre en Faithwell que le guste?

Honor recordó la insistente mirada de Jack Haymaker, y después la sonrisa burlona de Donovan, con su llave colgando de una cinta alrededor del cuello oscuro de sudor.

—Es muy sencillo, Honor Bright. Tiene que tomar una decisión. O vuelve a Inglaterra o se queda aquí. Si se queda, tendrá que encontrar a un hombre con quien casarse. ¿Qué prefiere? —Honor se estremeció, y Belle se echó a reír—. No es fácil encontrar un hombre soportable. Vamos, cielo. —Tomó a Honor del brazo—. Vamos a desfilas otra vez delante de los Haymaker para lucir nuestros tocados. Si se pone nerviosa, fíjese en las caléndulas delante del jardín. ¡Las tienen plantadas en hileras!

Faithwell, Ohio
11 del séptimo mes de 1850

Queridísima Biddy:

Me alegró muchísimo recibir ayer tu carta con todas las noticias de casa, aunque sean de hace seis semanas. Al leerla casi sentí que estaba contigo, paseando por calles conocidas y parándonos a hablar con los amigos. Tenía especiales deseos de leer sobre tu visita a Sherborne y las personas que conociste allí. Ojalá hubiera podido ir yo también.

Estoy sentada al fresco de la tarde en el porche, mi sitio favorito para coser y escribir. Adam y Abigail se han quedado dentro, porque dicen que con la humedad saldrán los mosquitos. No me importa que me piquen con tal de estar unos momentos sola. Antes ha habido tormenta, como casi todas las tardes durante el verano. Aquí las tormentas son mucho más fuertes y dan más miedo que las pocas que tenemos en Bridport, que descargan unos cuantos relámpagos y normalmente se quedan en el mar y no resultan amenazantes para nosotros. Aquí se producen de repente, y el cielo azul se pone negro en pocos minutos. Llueve a cántaros y a veces la lluvia va acompañada de granizo, que si dura mucho destroza los sembrados. Los caminos se embarran en cuestión de segundos. Una tarde de la semana pasada el cielo se puso verde; según Abigail era señal de que se acercaba un tornado. Tuvimos que meternos debajo de la mesa, aunque no estoy muy segura de que nos hubiera servido de gran protección si hubiese llegado el tornado. Según tengo entendido, puede lanzar una casa por los aires y destruirla por completo.

Pero cuando pasa la tormenta el aire se queda limpio y deliciosamente fresco. Había oído hablar del calor de Ohio, aunque no creía que pudiera llegar a tales extremos. A veces es tan implacable y agobiante, incluso por la noche, que apenas soy capaz de moverme. Así que hoy me he alegrado de que hubiera tormenta.

Tengo noticias sorprendentes: hoy han leído las amonestaciones de Adam y Abigail, en la asamblea del quinto día. Van a casarse dentro de diez días. Yo pensaba que las amonestaciones se leían en un período de tres semanas para que la comunidad tuviera tiempo de considerar el matrimonio, pero parece que aquí les gusta hacer las cosas más deprisa.

Como Adam y Abigail no me habían hablado de sus intenciones antes de la asamblea, me sorprendió tanto como al resto de la comunidad cuando lo anunciaron. Después los felicitaron otros miembros, si bien me dio la impresión de que con palabras vacías. No había ese ambiente de alegría que suele acompañar el anuncio de un matrimonio. Estaban los dos muy callados, incluso un poco avergonzados. Supongo que pensarán que es una solución práctica a nuestra embarazosa situación familiar.

Grace murió hace sólo seis semanas, algo que me habría gustado recordarle a Adam. No ha sido capaz de mirarme a la cara durante todo el día; es más, Abigail y él me han evitado, y para ser sincera, también yo a ellos. A pesar de que hacía un calor sofocante, después de la asamblea he pasado gran parte de la tarde en la huerta, escardando, y si he vuelto a entrar ha sido por la tormenta.

Algunas mujeres han organizado lo que ellas llaman una «fiesta» de costura para ayudar a Abigail con sus colchas de boda. Mientras que madre y yo habríamos hecho un cubrecama durante varios días, aquí a veces lo hacen en un solo día, y entre muchas. Estoy deseando asistir a una de esas sesiones, pero ojalá ésta no tuviera nada que ver con el matrimonio de Abigail; el día no será tan agradable.

Como sé que te gustaría saber qué ocurre, voy a esperar para enviar esta carta, y así podré contártelo.

Más tarde

La fiesta se celebró en la granja de los Haymaker, donde compramos la leche. Me gusta su apellido, pero la madre es más dura que la piedra y la hija se parece un poco a Abigail en el carácter. Nos presentamos con una pieza de jamón y una tarta de cerezas, aunque resulta que ya había otros dos jamones y cuatro tartas de cerezas. Habían extendido el «cobertor» en el que íbamos a trabajar sobre un armazón cuadrado. Yo pensaba que haríamos una colcha nupcial de retazos, pero era una aplicación de jarrones con flores y cuencos de fruta, con predominio

del rojo y el verde sobre fondo blanco, un diseño muy corriente en Ohio. Abigail ha trabajado mucho estas últimas semanas para acabar de coser el cubrecama. Como no cose mucho, quizá yo debería haber imaginado la razón de tanta actividad. Aquí la aplicación es muy popular. Para mi gusto es demasiado simple, como si quien la hubiera hecho no se hubiese molestado mucho en pensar y se hubiera limitado a recortar a su antojo y a coser en un pedazo de tela. Ensamblar los retazos requiere más reflexión y precisión; por eso me gusta, aunque algunas personas piensan que es demasiado frío y geométrico.

Judith Haymaker había señalado con tiza y un cordel tensado dobles líneas paralelas para que las acolcháramos en forma de rombos, con costuras en las flores y las hojas, siguiendo sus contornos. Para la capa inferior Abigail había puesto la tela azul que conocerás de las colchas de los amigos de Inglaterra; algunas costumbres han cruzado el mar. Sin embargo, el relleno era de algodón, no de lana, como lo habríamos hecho tú y yo. Se habló sobre la procedencia del algodón, de si lo habían plantado y recogido los esclavos. Judith Haymaker nos aseguró que Adam Cox se lo había comprado a un comerciante de Cleveland que tenía tratos con plantaciones del Sur en las que no se emplean esclavos. He oído hablar de un establecimiento en Cincinnati, que lleva un amigo, donde todos los artículos tienen la garantía de no haber sido producidos con el trabajo de los esclavos, pero yo no sabía de ninguna tienda así en Cleveland. No obstante, me alegro de que a los amigos de Faithwell les preocupen tales cosas.

Estuvimos cosiendo ocho mujeres durante varias horas y, como ya había ocurrido antes, incluso en Inglaterra, dieron mucho que hablar la velocidad y la uniformidad de mis puntadas y del pespunte doble. La mayoría de las mujeres cosían con una sola mano, y se quedaron atónitas ante la rapidez con que yo puedo dar puntadas con las dos. Fui tan rápida que tuve que cambiarles el sitio a las más lentas. Algunas hasta se metieron debajo del armazón para ver las puntadas. Tú sabes que siempre he sido capaz de coser por los dos lados, y no lo digo por presumir, sino para demostrar lo desplazada que muchas veces me siento aquí, incluso con las tareas más cotidianas. En lugar de alabar mi costura, las demás me miraban como si fuera una especie de fruta rara expuesta en el mercado. En Estados Unidos los cumplidos pueden expresarse de una forma casi agresiva, como si quien los hace tuviera que defender sus propios defectos en lugar de alegrarse de las habilidades del otro. A pesar de todo, Judith Haymaker me pidió que acolchara las aplicaciones de frutas y flores, pues resaltarían más, y eso fue una especie de halago.

Charlaron mucho mientras cosíamos, si bien yo guardé silencio a menos que me preguntaran directamente, algo que no ocurrió con demasiada frecuencia. Las demás mujeres eran simpáticas, aunque tengo que reconocer que, aparte de la discusión sobre la procedencia del algodón, su conversación me pareció aburrida. No quiero que pienses que es por censurar. Quizá si alguna de ellas estuviera con nosotras en Bridport también encontraría tediosa nuestra conversación si hablásemos de personas que no conocen y de sitios en los que no han estado. Espero que con el tiempo llegue a conocer a estas personas y estos sitios y que las conversaciones me resulten más interesantes. Pero he descubierto que, en general, a las norteamericanas les interesan pocas cosas que no sean ellas mismas. Quizá la lucha por la supervivencia aquí suponga suficiente desafío y prefieran no pensar más allá de sus circunstancias inmediatas.

Nadie habló de la boda de Abigail, pero me da la sensación de que todos sienten alivio porque nuestra insólita situación familiar va a regularizarse. Nadie me preguntó qué pienso hacer, pero yo sí me lo pregunto. No deseo seguir viviendo con ellos, aunque en una comunidad tan pequeña existen pocas alternativas.

Al final del día, cuando estaba acabada la colcha, volvieron los hombres del trabajo y cenamos todos juntos. Además de jamón había carne asada, puré de patata, batatas asadas, que tienen la carne naranja y saben más bien a calabaza, judías verdes, que aquí llaman habichuelas, maíz fresco y pan de maíz, una gran variedad de conservas y muchas tartas, sobre todo de cerezas, ya que recientemente ha sido la temporada. Me gustó sobre todo un cuenco de grosellas, que no creía que se dieran en Estados Unidos. Su sabor sencillo y fragante me recordó a nuestro huerto con el sol del verano.

Me alegré de haber asistido a la fiesta porque coser colchas siempre es un placer para mí, aparte de las conversaciones. Ojalá hubiera habido alguien alrededor de la colcha de la que pudiera hacerme amiga. Había dos mujeres de mi edad, Dorcas Haymaker, la hija, y otra llamada Caroline, pero tenían una actitud poco amistosa, recelosa, y creo que las dos se sentían intimidadas por mi manera de coser. Así que te eché en falta aún más.

Lo siento, Biddy. En todas mis cartas me siento obligada a disculparme por mis críticas y quejas. A mí también me sorprende lo difícil que me resulta adaptarme a esta nueva vida. Creía que me acostumbraría fácilmente, pero es que nunca había estado lejos de casa y no tenía una idea clara de lo que me aguardaba ni de lo profundo que calaría en mi alma. Y por supuesto, pensaba que tendría a Grace a mi lado para apoyarme y animarme.

Te prometo que en mi próxima carta en lugar de quejarme te demostraré que de verdad puedo aceptar mi vida en América.

Tu fiel amiga,

Maíz



Honor notaba una especie de calambre cada vez que se movía en presencia de Jack Haymaker. Los días en que iba a comprar leche a la granja se daba cuenta de que estaba pendiente de él. En general no se encontraba cerca, y su ausencia la decepcionaba, pero su posible aparición la ilusionaba. Sin embargo, de vez en cuando Honor lo divisaba saliendo del establo, o detrás de las vacas en el prado, o enganchando los caballos a un carro lleno de leche que había sobrado. Cuando al fin lo veía era como si estuviera mirando al sol; no podía hacerlo de manera directa, sino entrecerrando los ojos, y tenía que disimular su reacción. Si lo miraba abiertamente, Jack ya sonreía, aunque no le devolviera la mirada, como si supiese que Honor se había fijado en él.

En la asamblea, cuando estaba sentado al otro lado, en la zona de los hombres, su presencia la afectaba de tal manera que Honor empezó a pensar que jamás sería capaz de concentrarse en la muda voz interior con él en la misma habitación. Después, mientras todos charlaban a las puertas de la casa de asambleas, confiaba en que no se acercara a ella, que estaba con Abigail y Adam. En una comunidad tan pequeña, se tenía en cuenta cada gesto. Él debía de comprenderlo, porque se quedaba riendo y peleando en broma con los demás jóvenes en el barro seco del camino, de modo que se le llenaba de polvo la camisa blanca. Aunque sus ojos no se clavaban en ella, Honor sentía que estaba allí y le extrañaba que nadie pareciera reparar en lo que ocurría.

No era un hombre especialmente apuesto; tenía unos rasgos insulsos y los ojos pequeños y muy juntos, pero iba afeitado, algo que Honor prefería a la barba que bordeaba la mandíbula de la mayoría de los cuáqueros. Lo que lo hacía más atractivo era que él se sentía atraído por ella. El interés de otro puede resultar un poderoso estímulo. Honor sentía su mirada clavada en ella casi como una presión física.

En la fiesta en casa de los Haymaker, Honor se alegró de poder entretenerse con una tarea conocida y tranquilizadora como la costura, si bien mientras trabajaba sabía que Jack Haymaker llegaría al final de la jornada para cenar con las mujeres. A pesar de que tenía suficiente destreza para que la creciente tensión no alterase sus puntadas, tras unas cuantas horas empezaron a dolerle las muñecas y la espalda y se le quedaron los hombros rígidos. Eso, unido al intenso calor, al que aún no se había acostumbrado, le causó dolor de cabeza. Al aparecer Jack con los demás hombres, apenas pudo verlo por los destellos palpitantes que tenía ante los ojos y el dolor en las sienes.

Cuando el porche y el salón empezaron a llenarse de gente Honor se dirigió discretamente a la cocina, salió por la puerta trasera y fue a trompicones hasta el pozo que había en el centro del corral. Subió el cubo, se apoyó sobre la pared curvada de piedra y bebió de un tazón de hojalata que estaba allí para tal propósito. Después respiró hondo y levantó la mirada hacia el cielo oscurecido, salpicado por unas cuantas estrellas. Hacía calor y reinaba el silencio; las luciérnagas parpadeaban en el corral. Honor observó su titilar, asombrada de que los insectos pudieran iluminarse

por dentro.

—¿Se encuentra bien, Honor?

Por supuesto, Jack la había seguido, aunque no era ésa la intención de Honor.

—Es que tenía un poco de calor.

—Esta noche hace mucho calor, incluso fuera. Me extraña que todo el mundo se quede ahí metido en el salón de buena gana.

Jack Haymaker hablaba de un modo un tanto cansino.

Una luciérnaga se posó en una manga del vestido de Honor y empezó a pasearse por su hombro, con la cola refulgente. Honor estiró el cuello para mirarla, y Jack se rió.

—No se asuste. Es un gusano de luz.

Jack puso un dedo junto al insecto. Honor trató de no pensar en el contacto con Jack. La luciérnaga trepó hasta el dedo, Jack lo levantó y el insecto echó a volar, señalando su ruta con destellos.

—En Inglaterra no hay luciérnagas —dijo Honor.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Allí muchas cosas son distintas.

—¿Como qué?

Honor miró a su alrededor.

—La tierra es más..., está más organizada. Los sembrados están separados por setos y son más verdes. No hace tanto calor y no hay tantos árboles.

Jack se cruzó de brazos.

—Parece que prefiere Inglaterra.

—No, yo... —Las palabras le habían jugado una mala pasada. Habría sido mejor guardar silencio—. No quería decir eso.

—¿Qué quería decir?

Al reflexionar Honor comprendió que había cometido el error de presentar Inglaterra a una luz más favorable. Tenía que hacer algo para elogiar Ohio. A los norteamericanos les gustaba.

—Me gustan las luciér..., los gusanos de luz —dijo—. Son alegres y amables.

—¿Más que las personas? —Honor suspiró. Jack le había dado la vuelta otra vez a sus pocas palabras. La agotaba. Por eso se quedaba callada tantas veces—. No puede ser fácil vivir con Abigail y Adam —añadió Jack.

Honor torció el gesto. Aunque le gustaba que ciertas personas mostraran su conmiseración, no conocía lo suficiente a Jack para aceptarla de buen grado. Su presencia física la atraía en la misma medida en que le repelían sus palabras.

—Será mejor que vuelva adentro —dijo.

—La acompaño.

Pasaron por la cocina y al entrar en el salón abarrotado Dorcas Haymaker y su amiga Caroline se volvieron hacia ellos, sus caras como platos de plata reflejando la luz. Caroline tenía las mejillas enrojecidas, y Honor pensó que se las había frotado

con candelaria, un truco que empleaba Grace para alegrarse la cara cuando le parecía que estaba demasiado pálida. Algunas personas ajenas a la comunidad llamaban a esa planta colorete cuáquero.

Jack no pareció fijarse en la amiga de su hermana.

—¿Va a comer? —preguntó—. Lleva toda la tarde cosiendo, y debe de tener apetito.

Honor no sabía si le tomaba el pelo. Con los norteamericanos resultaba complicado, porque se reían con cosas que a ella no le hacían gracia y guardaban silencio cuando ella quería sonreír. No respondió y se dirigió a las mesas atestadas de comida, esperando que él no la siguiera y que se calmara el zumbido de su cabeza. No sabía por qué Jack producía ese efecto físico en ella. Sus modales desenvueltos la desconcertaban, tanto como Norteamérica misma. Estaba acostumbrada a una vida de orden y seguridad, y la suya había sido cualquier cosa menos eso desde que se marchó de Dorset. Jack Haymaker formaba parte del caos norteamericano que la agobiaba y la empujaba a querer apartarse de todo.

Examinó el despliegue de comida que tenía ante sus ojos. Lo predecible: paletilla de jamón, carne asada, montículos de puré de patata, judías verdes, panes de maíz, empanadas para un regimiento. Tuvo que contener las náuseas. Suspiraba por un bollito con mantequilla, paté de caballa ahumada, una chuleta de cordero, fresas con nata..., comida de preparación sencilla y digestión fácil, no servida toda amontonada. Entonces avistó un cuenco de grosellas al fondo de la mesa y fue a cogerlo.

En ese momento el gentío que rodeaba la mesa se apartó y apareció Judith Haymaker con una gran fuente de humeantes mazorcas de maíz sin hojas ni penachos. «¡El maíz está listo!», gritó, con la cara resplandeciente por el calor y la emoción. Cosa rara, sonreía de oreja a oreja. Las mujeres retiraron los platos precipitadamente para hacer sitio a la fuente en el centro de la mesa.

—El primer maíz de la temporada —comentó Jack mientras la gente se abalanzaba sobre las mazorcas—. Las mazorcas serán más grandes el mes que viene, pero ahora están más tiernas. ¿Dónde está su plato? Se acabarán enseguida. —Cogió una mazorca entre el pulgar y el índice—. ¡Rápido, que quema!

A Honor no le quedó más remedio que coger un plato, en el que Jack sirvió dos mazorcas.

—Pero yo... —empezó a protestar Honor, aunque Jack no la dejó acabar.

—Puede comérsela con mantequilla, si le apetece. ¿Ve ese plato de ahí con el bloque de mantequilla? Puede envolver la mazorca con ella, pero creo que el primer maíz sabe mejor solo. Está tan dulce que no le hace falta la mantequilla. Venga.

Llevó a Honor hasta un banco apoyado contra la pared y esperó a que se sentara para darle el plato. Honor notó que había más ojos clavados en ellos además de los de Dorcas y Caroline: los de Adam y Abigail, Judith Haymaker y Caleb Wilson, el herrero. Los de Caroline relucían con una mirada dura.

Honor agachó la cabeza y examinó su mazorca, cada grano como un diente translúcido. Jack ya estaba atacando la suya, dándole vueltas mientras arrancaba los

granos con los dientes y los masticaba haciendo un ruido como un caballo o un ciervo ramoneando entre los matorrales. Honor no podía mirarlo. Ni sus hermanos, ni Samuel, ni siquiera Adam Cox harían semejante ruido. Jack Haymaker comía con deleite, brutalmente.

Dejó la panocha desgranada en el plato que compartían y al levantarse para ir a por más observó la de Honor, intacta.

—¿No le gusta el maíz?

Honor vaciló.

—Es que nunca lo he comido en la mazorca.

—Ah. —Jack sonrió—. Pues se va a llevar una sorpresa. Esto no me lo pierdo. —Avergonzada, Honor vio que se quedaba frente a ella, mirando, con su amplia sonrisa, su pelo revuelto y un grano de maíz pegado a la barbilla. Si antes no los habían observado, ahora todos estaban pendientes de ellos. Se puso roja como la grana, sofocada, pero comprendió que no le quedaba más remedio. Seguir vacilando supondría llamar más la atención. Cogió la mazorca y le dio la vuelta, como si buscara el mejor sitio para empezar a morderla—. Vamos, Honor. A por ella.

Honor cerró los ojos y mordió, troceando los granos con los dientes. Jamás había probado nada tan fresco y dulce. Era maíz en su forma más pura, un bocado de vida. Dio un mordisco y otro y otro, disfrutando el sabor, tan distinto de los demás platos a base de maíz que había comido durante las últimas semanas. Y ya no pudo parar hasta dejar la mazorca limpia.

Jack se echó a reír.

—Le ha sentado bien. Bienvenida a Ohio, Honor. ¿Le traigo otra?



Jack Haymaker fue a la tienda de Adam Cox al día siguiente de la fiesta, a última hora de la tarde, tras acabar el ajetreo; Honor doblaba telas mientras Adam registraba las ventas del día. Aunque intentó que no se le notara, cuando entró Jack se sobresaltó y se puso tensa. Después de saludarlo se concentró en enrollar una tela, la de color crema con rombos teja que había comprado la señora Reed para su hija el mes anterior. Antes le había pedido permiso a Adam para cortar un pedacito, que añadiría a los retazos que había salvado del vestido marrón de Grace y a los de seda amarilla de Belle.

Jack se volvió hacia Adam, que había dejado de escribir, con la pluma en el libro de contabilidad.

—He ido a repartir queso a la universidad —anunció—, y he pensado en ofrecerme a llevar a Honor, si ya no la necesita. Debe de estar cansada después de una larga jornada aquí.

Adam miró primero a Jack y después a Honor, y el alivio que reflejó su rostro fue más expresivo que cualquier palabra: Jack la estaba cortejando, con la aprobación

tácita de Adam. Sobre la vida de Honor, tan incierta durante los últimos meses, pendía la aguja de una brújula a punto de señalar su rumbo. A pesar de lo cual no se sentía segura, sino como cuando desembarcó del *Adventurer* en Nueva York y la tierra bajo sus pies seguía cabeceando.

—Por supuesto —contestó Adam—. Ya termino yo aquí.

Siguió escribiendo. Cuando Honor fue a recoger su chal —superfluo con el calor, pero las mujeres siempre lo llevaban—, colgado de un gancho detrás de Adam, echó un vistazo al libro de cuentas: «11 agujas afiladas, 1 centavo por aguja: 11 centavos; 5 pares de tijeras afiladas, 5 centavos por par: 25 centavos; 3 yardas de algodón grueso...», estaba escribiendo. Desde ese ángulo Honor distinguió la incipiente calva de Adam.

Esa tarde la lluvia no había aliviado el calor. Al pasar por Main Street en el carro de los Haymaker, en dirección sur, oyeron retumbar de truenos a lo lejos, y el cielo estaba oscuro por el oeste. Jack la miró de soslayo.

—No se preocupe. La llevaré a casa antes de que caiga la tormenta.

—No tengo miedo —replicó Honor, aunque sí que lo tenía, un poco. Las tormentas en Norteamérica eran mucho más aparatosas que en Inglaterra. El aire se iba haciendo más denso en el transcurso del día hasta que la tensión resultaba casi insoportable y los truenos y relámpagos lejanos preludiaban el desahogo. Entonces la aglomeración de nubes negras descargaba la lluvia y los relámpagos contenidos se desataban de repente al tiempo que los estruendosos truenos. Era algo violento, ensordecedor, implacable. A Honor nunca la había sorprendido una tormenta fuera de casa en Ohio, y no quería que fuera la primera vez. La calesa que le prestaban a Adam habría ido más rápida que el carro de los Haymaker, o podría haber esperado a que escampara a salvo en la tienda, pero no podía pedirle a Jack que diera la vuelta.

Al pasar por Mill Street Honor avistó a la señora Reed doblando la esquina. La señora negra vio a Honor y Jack juntos e hizo una inclinación de cabeza, pero no sonrió. En esa ocasión llevaba el sombrero de paja adornado con ramilletes de unas florecitas blancas que Honor había visto en las cunetas.

—¿La conoces?

Jack no parecía muy contento.

—Es una clienta. ¿Qué flores lleva en el sombrero?

—Gencianas. Se usan para la fiebre. ¿No hay en Inglaterra?

—Es posible. Aquí las flores parecen distintas, aunque se llamen igual.

Jack soltó una especie de gruñido. A lo lejos retumbó un trueno, más fuerte en esta ocasión.

Honor no tenía la misma sensación al ir sentada junto a Jack que junto a Adam, o al viejo Thomas en el viaje desde Wellington; tampoco como cuando paseaba con Samuel en Inglaterra. No era sólo que oliera a heno fresco a pesar del barro y el sudor de la jornada. Lo que la sorprendía eran la conexión entre ellos, pura y simple, muda, el zumbido de la tensión eléctrica en el aire que los rodeaba y el espacio que los

separaba. Notaba su presencia dolorosamente. Cada respiración de Jack, cada sacudida de cabeza, cada movimiento de hombros o giro de la muñeca guiando al caballo le llegaba a lo más hondo. Posó la mirada en su antebrazo desnudo, con las mangas de la camisa remangadas, y vio cada pelo rubio apuntando en la misma dirección, como trigo al viento.

Esto es el deseo, pensó, con las mejillas ardiéndole de vergüenza. No había sentido nada parecido con Samuel; lo conocía desde que eran niños, y era más como un hermano. Quizá lo que sentía Samuel por la mujer de Exeter se pareciera a lo que ella sentía con Jack, pensó. Por primera vez se permitió reflexionar con tranquilidad sobre los sentimientos de Samuel y por qué se había casado con otra mujer.

—El maíz está creciendo —comentó Jack al pasar junto a los maizales arrancados al bosque entre Oberlin y Faithwell. Durante la media hora de trayecto añadió poco más, salvo unas palabras para asegurarle a Honor que la tormenta aún estaba lejos. El resto del tiempo fue tarareando por lo bajo una canción que Honor no reconoció.

Al llegar a casa de Abigail —que estaba en el porche, boquiabierta—, Honor le dio las gracias a Jack cuando él la ayudó a bajar y dejó unos momentos la mano en su codo.

—Hemos llegado antes que la tormenta, ¿eh? —dijo Jack, señalando con la cabeza.

Al final de la jornada en la tienda de Adam, Honor tenía hambre y se sentía agotada, pero esa noche no comió nada y durmió poco. La tormenta no llegó a desencadenarse, y a la mañana siguiente hacía el mismo calor asfixiante.



—El maíz ya está muy alto —dijo Jack el sábado siguiente cuando volvió a llevar a Honor a Faithwell—. Pero todavía no está maduro del todo.

La tercera vez que Honor fue con él, Jack detuvo el carro junto a un maizal. Se quedaron allí mirando el maíz, ya más alto que un hombre, con las mazorcas hinchadas, los penachos largos y sedosos, los tallos susurrantes.

—Este maíz está maduro, Honor. ¿Está de acuerdo?

Honor tragó saliva. ¿Era así como se cortejaba en Norteamérica? ¿Una conversación en un día de fiesta, tres viajes en carro y a copular en un sembrado? Después leerían las amonestaciones y se casarían; el lecho nupcial en menos de dos meses. En Norteamérica el tiempo parecía deformarse: se estiraba y contraía ante ella, interrumpiendo el ritmo constante al que estaba acostumbrada. O se retardaba (a bordo del *Adventurer*, mientras esperaba cartas de su familia, durante las sofocantes tardes en el porche con Abigail), o se aceleraba (la boda de Abigail y Adam, las expectativas de Jack). Le impedía incluso respirar y pensar.

—¿Honor?

¿Tenía elección? Podía decir que no; Jack arrearía al caballo y seguirían hasta Faithwell, donde él la dejaría y no volvería a llevarla a ningún sitio ni a sonreírle

salvo como vecinos que eran. Entonces se quedaría encallada en casa de Adam y Abigail. Se habían casado la semana anterior, pero se sentía igualmente desplazada viviendo con ellos.

Siempre había dado por supuesto que tendría una familiaridad y una relación estrechas con su marido, fruto de una historia y una comunidad compartidas. Pero tampoco eso garantizaba el resultado; el abandono de Samuel había sido tan repentino como el cortejo de Jack. Y la familiaridad con que había contado era algo hueco cuando no iba acompañada por la atracción física. Al menos sentía deseo por Jack, y ya era algo.

—Sí —contestó al fin—. El maíz está maduro.

Jack saltó del carro y le ofreció una mano. Al adentrarse en el sembrado, agitando y sacudiendo ruidosamente los altos tallos que les llegaban más arriba de la cabeza, las hojas largas y fibrosas se le engancharon a Honor en las mangas del vestido y le arañaron leve y porfiadamente la cara. Aunque iban en línea recta por un surco se desorientó, con el crujiente verdor a su alrededor, el zumbido del cielo cálido y oscuro y el veloz vuelo de las golondrinas en busca de un sitio donde posarse para pasar la noche.

Jack la tendió sobre la tierra arenosa entre dos surcos. La miró unos momentos con una leve sonrisa, como para ver la certeza en su cara antes de continuar. No la besó enseguida; le quitó el pañuelo blanco del cuello y le recorrió el contorno de las clavículas con la boca, dándole delicados mordiscos. Honor sofocó un gemido. Ningún hombre la había tocado ahí; en realidad, en ninguna parte. En su interrumpido noviazgo con Samuel se habían cogido de la mano, se habían dado breves besos y de vez en cuando ella se había apoyado en su hombro cuando estaban sentados juntos. El contacto de la boca de Jack había removido una parte de su ser cuya existencia no conocía.

Los grillos entonaban incesantes su estruendoso canto. A Honor se le aceleró la respiración cuando Jack le desató el vestido de los hombros y lo bajó, de modo que la flecha blanca del escote se arrugó como una cinta en la cintura. Cerró los ojos y se abandonó al placer de la presión de los labios de Jack al descender hasta sus pechos. Pero cuando él le bajó las faldas y le acarició la cara interna de los muslos, se dio cuenta de que estaba imaginándose a Donovan, sus ojos marrones salpicados de motitas clavados en los suyos, las manos morenas y firmes sobre la piel blanca de ella. Abrió los ojos, aunque era demasiado tarde para interrumpir lo que habían empezado. Jack la acarició entre las piernas, se las separó y la penetró. Impactante, doloroso, animal, y sin embargo Honor respondió casi inconscientemente al ritmo que Jack impuso, que ella reconoció a pesar de no haberlo experimentado nunca. Cada vez más rápido, una acometida tras otra, no pudo resistirse a lo que sentía, tal mezcla de dolor y excitación que perdió la noción de sí misma en el palpitante ritmo. Entonces Jack dio un último empujón y se quedó rígido, jadeando. Cuando se derrumbó sobre ella, Honor lo abrazó con fuerza y enterró la nariz en su cuello

mientras se normalizaba la respiración de ambos. Al volver la cara para tomar aire, Honor oyó de nuevo los grillos y notó la dureza del suelo en la espalda. Se le clavó una piedra en la cintura. Miró las hileras de maíz, oscuras y borrosas, pensando si habría serpientes por allí; no se movía nada pero en cuestión de segundos apareció una, arrastrando su peso por entre los tallos, con el destello dorado y marrón de su dibujo.



Al día siguiente se leyeron las amonestaciones. Antes de ir a la asamblea, Honor se encontró a Abigail vomitando en el jardín trasero. Al enderezarse, tenía el labio superior perlado de sudor y la expresión exultante a pesar de las náuseas que Honor había visto en otras mujeres, y comprendió que Abigail estaba embarazada..., ella, que acababa de casarse. No dijo nada cuando Abigail anunció que se volvía a la cama. Qué deprisa va todo, pensó. Demasiado deprisa.

Mientras se dirigían a pie a la casa de asambleas, le contó a Adam su decisión de casarse con Jack Haymaker. Adam se limitó a asentir con la cabeza, sin pronunciar palabra, ni de aliento ni de satisfacción.

Jack también debía de habérselo contado a su madre antes de la asamblea, pues en su calidad de persona mayor, Judith Haymaker tendría que estar al tanto de las amonestaciones. Honor se alegraba de no haber estado con Jack y ver la primera reacción de la madre. A juzgar por sus breves contactos en el día de la fiesta, en las asambleas y cuando Honor iba a comprar leche y queso a la granja, era una mujer seria y recta, sin duda con una idea muy clara del rumbo que debía seguir la vida de su hijo, en la que seguramente no tenía cabida la hija de un comerciante de cuerdas callada y menuda, con nostalgia de su tierra y sin ningún conocimiento sobre una granja productora de leche.

Las Haymaker ya se habían sentado, Dorcas en la zona reservada a las mujeres y Judith en el banco de los mayores. Cuando Honor tomó asiento, Judith estaba mirando la pared encalada de enfrente, y sus cejas enarcadas daban a su rostro la expresión habitual de franqueza y dureza. Dorcas tenía la frente arrugada. Al menos Jack le sonrió desde la zona de los hombres. Por una vez Honor echó en falta que Abigail estuviera a su lado; se sentía desprotegida ante la comunidad, y le habría gustado más solidaridad de la que podía ofrecerle Adam desde el otro extremo de la sala.

Bajó los ojos y se quedó completamente inmóvil, como si al no moverse pudiera ausentarse de la habitación, pero no fue capaz de concentrarse. Cuando la asamblea se sumió en una búsqueda más profunda, no pudo aquietar sus atormentados pensamientos en el silencio reinante. Por el contrario, empezó a dolerle la espalda, a picarle la nariz, a gotearle el sudor entre los pechos por el calor. Al finalizar la reunión, dos horas más tarde, estaba más inquieta que al principio.

La lectura de las amonestaciones fue recibida entre murmullos de sorpresa. Honor se ruborizó y se estremeció al oír el sollozo ahogado de Caroline, la amiga de Dorcas que la miraba sin cesar el día de la fiesta. Sabía muy poco de ella, salvo que era hija de un granjero. En un sitio tan pequeño como Faithwell, a un buen partido como Jack Haymaker seguramente le tenían destinada una posible esposa, tanto la comunidad como su familia. Caroline tendría que casarse a toda prisa con otro hombre, quizá de una comunidad cuáquera cercana, como Greenwich, situada a veinte millas, o irse al oeste, a Wisconsin, Iowa o Missouri, con sus primos. Honor cerró los ojos, incapaz de mirar aquel rostro derrotado. Lo siento, pensó, con la esperanza de que las mudas palabras atravesaran la habitación y sirvieran de bálsamo a Caroline. Lo siento, pero el matrimonio es la única manera de hacerme un hueco en este lugar. Si no, seguiré a la deriva, sin saber cómo volver a tocar tierra.

Caroline salió de manera precipitada cuando todos se levantaron de los bancos, y Dorcas hizo ademán de ir tras ella, pero Judith la detuvo, sujetándola por un brazo. Honor notó todas las miradas clavadas en Judith y en ella cuando su futura suegra fue a su encuentro, con Dorcas detrás. Con las manos entrelazadas para no retorcérselas, Honor se enfrentó a su nueva familia, como tenía que hacer; no podía vivir con los ojos continuamente fijos en el suelo.

Judith llevaba un vestido gris oscuro y una capota plana y blanca firmemente atada a la barbilla con encaje blanco. No sudaba, a pesar del calor. Al igual que Dorcas, no tenía los hombros caídos, a la moda de la época, sino casi tan cuadrados como los de un hombre, y brazos de músculos abultados tras toda una vida ordeñando vacas. También su inalterable media sonrisa que, según había notado Honor, no era cálida.

—Adam y usted deben venir después de comer —dijo—. Tenemos mucho de que hablar.

Honor asintió, no sin advertir que Judith había evitado invitarlos a comer. Tanto mejor, porque no creía que pudiera probar bocado en presencia de esa mujer.



Al parecer lo que quería Judith Haymaker era sobre todo hablar de colchas.

Honor había ido varias veces a la granja con Abigail a comprar leche, y a la fiesta hacía dos semanas, pero en esas ocasiones no con vistas a vivir allí. A cada paso que daba junto a Adam por el sendero de Faithwell hacia el oeste se iba alejando de la aldea en el claro y adentrándose en la espesura. Cuando se aproximaron a la granja la vio con otros ojos. Era muy distinta de las granjas de Dorset, que, más antiguas, estaban en consonancia con su entorno natural, mientras que las de Ohio se habían levantado a golpe de hacha y se alzaban en mitad del paisaje. Los edificios se construían de cualquier manera, no con cuidado, y con madera, no con piedra; los linderos estaban señalados por vallas en lugar de con tapias de piedra, todo ello

rodeado de densos bosques, no de colinas y prados verdes y bosquecillos. La casa, de dos plantas y revestimiento de tablas solapadas, quedaba un poco apartada del camino; en el jardín delantero había un poco de césped, algo insólito en la zona, pues requería despejarlo hasta del último tocón, regarlo diligentemente y un buen perro para ahuyentar conejos y ciervos. De hecho, tenían uno, Digger, un inteligente pastor inglés que echó a correr hacia ellos, ladrando y gruñendo como no lo había hecho nunca cuando Honor iba allí a por leche. Parecía notar que esa visita tenía un propósito diferente, más ambivalente. Detrás de la casa se levantaban varios edificios, dominados por un enorme granero, mucho más grande que la casa, pintado de rojo ya desteñido, con tejado inclinado y un terraplén hasta la entrada. Las puertas se encontraban abiertas, y Honor vio balas de heno amontonadas casi hasta las vigas del techo.

Los Haymaker los esperaban en el porche delantero. Judith tenía una Biblia en el regazo, Dorcas remendaba una camisa y Jack estaba sentado con los ojos cerrados, pero se levantó de un salto para acallar al perro. Mientras Dorcas entraba en la casa, Judith los acompañó hasta unas sillas de respaldo recto y ella volvió a sentarse en una mecedora que, según sospechó Honor, debía de estar reservada para ella, la primera de las múltiples normas de los Haymaker que tendría que aprender. Digger se sentó a su lado, aunque separado de los arcos de la mecedora. Saltaba a la vista que era el perro de Judith; Honor sabía que nunca se acostaría a sus pies. Quizá tuviera más suerte con la gata calicó que se escabulló por el césped y desapareció entre los macizos de flores que bordeaban la escalera del porche. Parecía mucho más salvaje que su gata de Inglaterra.

Adam y Jack hablaron brevemente de la avena y la cosecha, el negocio en la tienda de Adam, una nueva ley sobre la esclavitud que se estaba debatiendo en el Congreso y de la que también había hablado en la asamblea Caleb Wilson, el herrero. Honor quería prestarles atención pero estaba demasiado nerviosa. Llevaba consigo su labor y sacó los hexágonos marrones y verdes con los que ya había trabajado. Empezó a tranquilizarse con la sencilla tarea de sobrehilarlos y formar una roseta. Dondequiera que estuviese, por ajenos que fueran el lugar y sus gentes, coser al menos le resultaba algo familiar.

Judith echó un vistazo a la labor suelta y uniforme de Honor.

—Unir tantos retales con un diseño tan complicado llevará su tiempo —dijo—. ¿No lo hace nunca con aplicaciones? Va mucho más rápido. Incluso la estrella de Ohio o los gansos voladores en bloques serían mucho más rápidos que lo que usted está haciendo.

—En Inglaterra siempre lo hemos hecho así.

—Ya no está en Inglaterra. —Honor agachó la cabeza. Cuando Dorcas apareció con una jarra de agua y vasos, Judith dejó de mecerse y los hombres interrumpieron su conversación—. Me gustaría saber qué va a aportar Honor a este matrimonio —anunció Judith cuando su hija se puso a servir el agua.

Aparte del tintineo de la jarra contra un vaso se hizo el más absoluto silencio.

—Aporta muy poco, Judith —replicó Adam—. Ya conoce sus circunstancias. Honor nunca ha pretendido ser más de lo que es.

—Ya lo sé, pero ¿no puede aportar nada? Colchas, por ejemplo. ¿Cuántos cobertores tiene? —preguntó Judith, dirigiéndose a Honor.

—Uno.

—¿Uno? —Judith se quedó horrorizada—. Yo tenía entendido que era usted una experta colchera. La he visto coser. Mire lo rápido que trabaja. —Se inclinó y recogió los hexágonos—. Tiene las mejores manos de todo Faithwell. ¿Qué hacía en Inglaterra?

Tras esa pregunta Honor oyó las preguntas implícitas: ¿a qué se dedicaba la hija de un comerciante de cuerdas? ¿Era una vaga? ¿Cómo podría serles útil a los Haymaker?

—Tenía más colchas, pero tuve que regalarlas, porque habrían sido demasiado engorrosas para el viaje —respondió Honor—. Grace y yo sólo trajimos dos, y hubo que quemar la colcha de bodas de Grace, por la preocupación de que estuviera infectada de fiebre amarilla.

Bajó los ojos, avergonzada de no tener colchas para casarse. El matrimonio no se contaba entre sus expectativas, al menos no tan pronto, y no estaba preparada. Así que podía considerarse afortunada por que Jack la quisiera.

—¿No trajo su hermana más colchas para su boda con Adam?

—No le preocupaban las colchas y pensaba que podría hacerlas cuando llegara aquí.

Judith le devolvió la costura de patchwork refunfuñando.

—Debe pedir que le devuelvan los cobertores de Inglaterra. Escriba explicando las circunstancias y pídale que se los envíen. Tardarán varios meses, pero al menos los tendrá. ¿Cuántos puede recuperar?

Honor vaciló. Le parecía una grosería pedir las colchas que había regalado. Trató de pensar en quién se ofendería menos.

—Quizá tres.

—No sé cómo son las tradiciones en Inglaterra, pero aquí las jóvenes deben tener una docena para casarse y hacer otra, de una sola pieza en blanco. Quizá Abigail y Adam no se lo han explicado, porque para ellos son segundas nupcias y la tradición es distinta. Si puede facilitarnos tejido blanco, celebraremos una sesión de costura esta semana para hacerla —añadió Judith, dirigiéndose a Adam—. Ahora tenemos mucha faena con la cosecha, pero tendremos que sacar tiempo. Y le daremos tres cobertores de Dorcas. Con los que le envíen de Inglaterra serán ocho.

Dorcas dejó la jarra sobre la mesa con estrépito, sofocando un grito. Unas manchas rojas le colorearon las mejillas.

—Por supuesto que proporcionaré la tela —concedió Adam—. Le agradezco que acepte a Honor en su familia. Si las colchas son un problema, quizá no haya

necesidad de precipitarse con la boda. Honor puede quedarse con nosotros mientras hace las colchas que necesita.

Sin embargo, no parecía muy convencido.

—Llevaría demasiado tiempo, si queremos buena calidad —replicó Judith Haymaker—. Para hacer cinco buenas...

—¡Ocho! —la interrumpió Dorcas—. Tres para sustituir a las mías.

—Ocho buenas colchas necesitaría dos años, con nuestra ayuda. —Adam parecía sorprendido; saltaba a la vista que no era consciente del trabajo que suponía confeccionar colchas. Aunque comerciaba con telas, no se había criado entre hermanas que cosieran—. Pero si hiciera aplicación en lugar de patchwork iría mucho más rápido. —Señaló los rombos—. Ya va siendo hora de dejar eso y empezar con los diseños de Ohio.

Honor dejó de coser y puso las manos en el regazo. No suponía un gran sacrificio renunciar a los hexágonos, y podía hacer colchas con aplicaciones en caso de necesidad, aunque siempre había dado por supuesto que cuando llegara el momento de hacer su colcha de bodas tendría suficiente tiempo para diseñarla y vigilar la confección, a pesar de que ella no interviniera por ser la novia. Habría elegido a un par de personas y se habría ocupado de que cosieran debidamente. No obstante, así sería Judith quien lo organizara todo, y habría muchas manos, no todas con la misma habilidad. Al menos en el patchwork se disimulaban las puntadas torpes, pero en una colcha de una sola pieza y un solo color la costura lo era todo, y se notaría la diferencia entre unas manos y otras. Jack y ella empezarían su vida matrimonial bajo una colcha de dudosa calidad, y no sería un comienzo muy prometedor.

No debo llorar y no voy a llorar, pensó. Para evitar que se le desbordaran las lágrimas trató de distraerse mirando el jardín y se fijó en una minúscula silueta que revoloteaba junto a la enredadera de las columnas del porche. Parpadeó para verla mejor. Era un pájaro diminuto, casi como una abeja pero con el pico muy largo, y movía las alas tan deprisa que no se distinguían. Introdujo el pico en una flor para extraer el néctar.

Jack siguió su mirada.

—Es un colibrí —dijo—. ¿Habías visto alguno o es otra de las cosas que no hay en Inglaterra, como los gusanos de luz? —le preguntó tuteándola por primera vez.

Honor meneó la cabeza, y el movimiento espantó al pájaro, pero volvió enseguida.

—No había visto ninguno.

—Ya hemos sacado dos cosechas de heno —prosiguió Judith, molesta por la interrupción—, y tendremos otra más este verano. La avena está a punto, y luego el maíz, y también está la huerta. No esperamos que Honor trabaje en el campo, pero sí puede cocinar, ocuparse de la huerta, ordeñar las vacas y vender queso. Esta época del año siempre es difícil, porque sólo somos tres. Siendo cuatro nos las arreglaremos mejor. Si Honor nos va a servir de ayuda, debe casarse con Jack lo antes posible. —

Meneó la cabeza—. Pero ocho colchas para una boda... Nunca había visto una cosa igual.

Honor observó que Jack no decía una palabra sobre las colchas, que dejaba el asunto en manos de su madre; seguramente pensaba que ya había desempeñado su papel en el maizal. Sin embargo, cuando su madre terminó de hablar los llevó a dar una vuelta por la granja para presumir de lo que habían conseguido los Haymaker. Fue entonces cuando Honor empezó a comprender de verdad lo mucho que cambiaría su vida. Desde la casa de Abigail y Adam al menos se veían otras viviendas, y la tienda, aunque sólo con lo esencial, quedaba cerca. Los Haymaker vivían a menos de media milla de Faithwell, si bien a esa altura el camino se reducía a un sendero lleno de baches y la granja daba una terrible sensación de aislamiento. A pesar de que habían despejado el terreno y había un jardín delantero y otro trasero, una huerta, huerto de frutales y pasto para las vacas, persistía la sensación de inmediatez de la espesura, asediando la granja por todos lados, sobre todo los bosques al oeste, ante los que se habían detenido un día Belle y ella. Honor siempre había creído que le gustaban los árboles, pero ahora los hayedos por los que correteaban sus hermanos, el pomar detrás de su casa, los castaños de indias cuyos frutos recogían en otoño, todo le parecía domesticado en comparación con los robles blancos, los fresnos negros, las hayas y los arces que formaban los bosques alrededor de la granja. Jack los llamaba los bosques de Wieland. «El nombre es por mi padre», le dijo. Como Honor lo miró sin comprender, añadió: «Murió en Carolina del Norte. En un incendio».

Honor no le pidió detalles; la expresión de Jack se había ensombrecido.

Casi tan preocupantes como el agobio de los árboles eran los animales. Los Bright tenían ocho gallinas, por los huevos, y todo lo demás lo compraban en la carnicería y la lechería del pueblo. Los Haymaker tenían ochenta, veinte ponedoras y sesenta pollos para comer. Además había dos caballos, dos bueyes que compartían con otra granja, ocho vacas («cada año llega una más», comentó Jack con orgullo) y cuatro cerdos, enormes y tan apestosos que a Honor se le revolvió el estómago. La verdad era que toda la granja apestaba a animal vivo; Honor no se imaginaba viviendo con un hedor tan penetrante. Pero junto con Jack y Adam examinó todos y cada uno de los animales. Adam parecía realmente interesado y fue muy educado, mientras que Honor sólo sentía un creciente temor. Jamás podría sentirse orgullosa de una vaca. En Bridport vivía lejos de los establos y cerca de las tiendas que vendían los productos. En la granja estaría en el centro mismo de la producción. Era una vida muy distinta, poblada de olores, sonidos, texturas y espacios desconocidos. Ver a Jack lo hacía aún más extraño; también tendría que acostumbrarse a él.

El único sitio de la granja donde se sintió un poco a gusto fue el henal. Allí el aroma a polvo del heno, dulce y seco, disimulaba el hedor a orina y estiércol, y estaba tranquilo, con los animales en los pesebres de abajo y la gente dedicada a sus tareas. Se imaginaba escapando allí del resto de la granja unos minutos. Habían amontonado hasta muy alto nuevas balas de heno de la reciente cosecha. Sólo llegaba a poca altura

la paja, en un rincón. «Cuando recojamos la avena volveremos a llenarlo de paja», les aseguró Jack a Honor y Adam. Honor cogió un tallo, apagado y muerto en comparación con el heno, su vida segada cuando se lo despojaba de las semillas.

La casa le resultó más familiar, ya que había estado en suficientes viviendas norteamericanas para no extrañarse de las habitaciones cuadradas con ventanas grandes, muebles sencillos de madera de fresno, pino y olmo y alfombrillas ovaladas en el suelo. Judith les enseñó todas las habitaciones, incluso la despensa y el cuarto donde elaboraban el queso, junto a la cocina. A Honor le sorprendió que a continuación los llevara al piso de arriba por todos y cada uno de los dormitorios, con mobiliario sencillo, salvo las colchas rojas, verdes y blancas. No se esperaba ver los dormitorios; en Inglaterra jamás se los habría enseñado a unos extraños, pues los consideraba algo privado. Miró de reojo a Adam, que no movió una ceja. Las familias con las que Honor se había alojado en Pensilvania también le habían enseñado los dormitorios, como para que se hiciera una clara idea de cómo vivían y de lo que poseían. En Inglaterra se habría considerado una muestra de vanidad, pero en Estados Unidos esas cosas eran algo natural e importante. Además, los dormitorios dejarían de ser una cuestión privada, recordó, ya que dentro de poco ella pasaría a formar parte de la familia y tendría que acostumbrarse a que esa casa fuera su hogar.

Faithwell, Ohio
4 del octavo mes de 1850

Querida familia:

Les escribo para contarles que esta mañana voy a casarme con Jack Haymaker. Vamos a vivir con su madre y su hermana en la granja que tienen a las afueras de Faithwell.

Ya sé que es todo muy repentino, pero espero que nos den su bendición y que piensen en nosotros con cariño.

Por favor, madre, si puede, pídale a Bidy que le devuelva la colcha con la estrella de Belén y envíemela, junto con las que les regalé a William y a la tía Rachel. Las necesito. Siento tener que pedir las, pero la familia de mi marido me exige tener en mi posesión una cantidad suficiente cuando me case. Espero que usted y los demás lo comprendan.

Su hija que les quiere,

HONOR BRIGHT

Fiebres



Honor no pasó la noche de bodas en la cama de Jack Haymaker. En la cama de los dos, como tendría que aprender a considerarla. Tras la ceremonia en la casa de asambleas y la fiesta ofrecida por los Haymaker a la comunidad, cuando se hubieron marchado los últimos invitados y el cielo se estaba poniendo negro como la tinta, Jack la llevó al piso de arriba, hasta el dormitorio.

—Será más cómodo que el maizal —dijo sonriendo mientras la acompañaba hasta la cama, cubierta con la colcha blanca de una sola pieza que habían hecho la semana anterior, deprisa y corriendo, con quienes pudieron ayudar. Honor se aferró al cabecero de hierro para no tambalearse.

Jack se quitó los tirantes («elásticos»; así había que llamarlos) y la camisa antes de darse cuenta de que Honor no se había movido del sitio.

—¿No vas a desvestirte? Venga, yo te ayudo. —Antes de empezar a desabrocharle los botones de la espalda del vestido posó la mano en su cuello y torció el gesto—. ¡Pero si estás ardiendo! —Le hizo dar la vuelta y le levantó la cara enrojecida; la sentó en la cama y le tocó las mejillas y la frente—. ¿Cuándo has empezado a sentirte mal?

—Es que hace mucho calor.

Y lo hacía; era tal el bochorno que a Honor le había parecido que el ardor de la frente era simplemente consecuencia del calor. Jack avisó a su madre y a su hermana, y tras haber mantenido el tipo toda la tarde, Honor se desplomó en la cama.

Judith y Dorcas se la llevaron abajo y la acostaron en la enfermería, una habitación cuadrada con una cama, una silla de madera, una palangana y una jarra en un armarito con un orinal dentro. Encima del armario, en la pared, había un botiquín lleno de tiras de lino, frascos de alcanfor, mostaza y otras medicinas que Honor desconocía. La cama estaba hecha, con sábanas viejas de lino y una manta de lana gris insoportablemente rasposa. Una ventana daba al jardín trasero. La dejaron abierta, y la puerta que daba a la cocina entornada para que corriera el aire, aunque poco podía correr con el bochorno.

Durante los primeros días de fiebre Honor pasaba del frío al calor, del delirio a la lucidez, del deseo de estar con los Haymaker a que la dejaran en paz. A veces se hacía la dormida cuando Dorcas entraba a ver cómo estaba o Jack se sentaba junto a la cama. La conversación, hablar o escuchar, la agotaba, sobre todo porque apenas los conocía. Todavía no se había endurecido con las largas horas de hablar del tiempo, las vacas, los quehaceres cotidianos, de si había dormido bien, de las idas y venidas de los vecinos, la leche que se agriaba por el calor, la preocupación por las cartas de familiares y amigos. Cuando Jack se sentaba con ella o Judith le daba caldo a cucharaditas o Dorcas se quedaba en la puerta, tampoco ellos sabían qué decir, y a veces recurrían a hablar entre sí, o a enjuagar el orinal aunque no hiciera falta, a alisar las sábanas, abrir o cerrar la ventana o barrer los suelos limpios.

A solas, Honor observaba los cambios de la luz en las paredes, demasiado débil y aturdida para incorporarse a leer o coser. A veces hacía tanto calor en la habitación que le daba la impresión de que entre el aire y ella no había ninguna barrera, que eran

uno solo. Incluso en medio del delirio sabía que era una estupidez, y entonces agradecía la irrupción de uno de los Haymaker, o de Adam, que apareció en un par de ocasiones, para recordarle quién era y dónde estaba.

Aparte de los mareos en el *Adventurer* jamás había estado tan enferma ni durante tanto tiempo. Pasó una semana hasta que pudo incorporarse, y otra hasta que pudo abandonar la cama durante un rato.

Aunque los Haymaker estaban muy pendientes de ella, no parecían especialmente preocupados por la gravedad ni la duración de su enfermedad. «Son las fiebres – replicó Judith cuando Honor se extrañó de no haber mejorado–. Cuando llegan, les gusta que la visita sea larga. Todo el mundo las coge».

La enfermedad coincidió con la cosecha de la avena, pero Honor había mejorado lo suficiente para que los Haymaker fueran al campo y la dejaran sola, pues se necesitaban todas las manos. Honor lamentó no poder participar, ya que esperaba que eso contribuyera a sentirse un poco más integrada en la comunidad de granjeros. Se lo contó a Jack cuando fue a verla al final del primer día de la cosecha. «Quedan muchos años», replicó él, y se quedó dormido en la silla.

La ventana de la enfermería daba al patio entre el establo, el cobertizo para el carro y el gallinero, y Honor se pasaba horas enteras mirándolo. Parecía que nada cambiaba, pero al cabo de un rato notaba pequeños movimientos, el aleteo de mariposas amarillas y negras, el revoloteo de las hojas agitadas por la brisa, el lento desplazamiento de las sombras sobre la tierra polvorienta.

Un día, mientras los Haymaker estaban en el campo, Honor observó dos ardillas listadas persiguiéndose alrededor del pozo en el centro del patio mientras la gata calicó se arrastraba hacia ellas con la tripa pegada al suelo. Pero no fue lo suficientemente rápida, y las ardillas salieron huyendo. Más tarde la gata volvió a cruzar el patio, seguida por tres gatitos que empezaron a pelearse mientras la madre los miraba con indiferencia. El pozo no proyectaba sombras, porque era mediodía. En el brocal curvo había una taza de hojalata. Honor parpadeó y después comprendió que debía de haberse quedado dormida, porque a un lado del pozo había una sombra. Volvió a parpadear. La taza había desaparecido.

Un pollo había conseguido escaparse del gallinero y estaba picoteando el suelo, desprotegido ante los zorros, porque Digger también había ido al campo. Honor pensó en qué haría si un zorro atacaba al pollo, aunque sospechaba que no era muy probable a plena luz del día. Ya era capaz de andar por la enfermería, si bien dudaba de poder salir al patio y salvar al pollo sin desmayarse.

Al contemplar la sombra del pozo, pensó que debía de estar delirando otra vez, porque la zona de oscuridad no coincidía con la forma del pozo, sino que más bien parecía un saco de patatas. Siguió observando, y del bulto oscuro salió un brazo que dejó la taza en el pozo. Si no hubiera estado mirando, Honor no habría oído el golpecito del metal al chocar con la piedra.

Se incorporó con cuidado para que no crujieran las sábanas. Se le encogió el

estómago de miedo ante la idea de estar sola en la granja rodeada de bosques con alguien agazapado junto al pozo; pensó que ojalá pudiera cerrar los ojos y descubrir luego, al abrirlos, que el hombre se había marchado. Respiró hondo y buscó firmeza en su interior, recordándose que todo el mundo lleva una parte de Dios dentro de sí, incluso un hombre escondido en el patio. Pero salió de la cama y se arrodilló ante la ventana temblando.

Esperaba que la luz del sol deslumbrara al hombre y no la viera, pero al mirar fijamente el bulto oscuro notó una mirada clavada en ella. El hombre se quedó muy quieto, tanto que el pollo siguió picoteando a su lado. Tampoco Honor se movió. Sintió el sudor goteándole por la espalda, bajo el camisón. Al ponerse de pie el bulto oscuro adquirió forma definida, la de una joven negra, descalza, con un vestido amarillo. Alrededor del pelo llevaba una tira de tela arrancada del bajo del vestido. El pollo salió corriendo; la mujer no intentó hacer lo mismo, sino que tendió una mano hacia Honor. Un gesto ambiguo, minúsculo, pero con el poder de aquietar el estómago de Honor, porque decía: estoy huyendo. Ayúdame. Ese gesto creó un vínculo entre las dos. Honor había crecido con la creencia de que la esclavitud era algo malo y que había que oponerse a ella, aunque siempre había sido una cuestión de ideas y palabras. En ese momento tenía que hacer algo de verdad, pero no sabía qué.

La mujer negra bajó la mano y se quedó junto al pozo. En el patio todo parecía inmóvil. El pollo seguía sin estar a la vista. No corría la brisa. Ni siquiera los grillos y los saltamontes emitían sus cricrís y chirridos. Honor no podía imaginarse un silencio tan absoluto en Ohio.

Se levantó, despacio para no marearse. Se dirigió a la cocina, apoyándose en la puerta y las paredes para no perder el equilibrio, y cogió un currusco de pan al pasar por delante del aparador. Al llegar al porche trasero vaciló, pero bajó la escalera, hasta el patio. Allí la detuvo el resplandor del sol. Se protegió los ojos con una mano, si bien estaba tan deslumbrada que se le saltaron las lágrimas. Hacía más de dos semanas que no salía al sol.

La mujer no se acercó a ella; se quedó junto al pozo, con la mano apoyada en el brocal. A Honor le recordó una oveja a la que había que aproximarse con cuidado para que no echara a correr, y aun así sabías que era casi imposible arrimarse a ella lo suficiente para tocarla. Una vez, cuando era más joven, había conseguido con mucha paciencia ponerle la mano en el cuello a un cordero. El animal no pegó un salto, como ella se esperaba, sino que se rindió a sus atenciones. La mujer no parecía dispuesta a rendirse; todo su cuerpo estaba en tensión para salir huyendo.

Honor trató de pensar en algo que decir, aunque sabía que los gestos eran más prácticos. Avanzó unos pasos y le tendió el pan. La mujer estiró el brazo, lo cogió con una inclinación de cabeza, pero no empezó a comérselo, sino que se lo guardó en el bolsillo del vestido. Era alta, mucho más que Honor, con las piernas largas y delgadas y los brazos como palos. El vestido era para una mujer más baja, porque le llegaba a las pantorrillas, y las huesudas muñecas le asomaban por los puños. Estaba

mugriento, arrugado y desgarrado, como si llevara semanas sin quitárselo ni de noche ni de día. Le brillaba la cara de sudor y tenía la nariz ancha y chata salpicada de espinillas, el blanco de los ojos amarillento y las comisuras de los párpados llenas de costras. Honor pensó si accedería a entrar en la casa para lavarse, pero lo dudaba. Necesitaba que la ayudaran de una forma efectiva e inmediata, no bañarse.

Sin darle tiempo a Honor a abrir la boca, la mujer meneó la cabeza como si la tuviera unida por una cuerda a un ruido que venía de lo lejos. Honor prestó atención y oyó algo que no oía desde hacía semanas, las pisadas irregulares de un caballo de gruesas herraduras.

Los ojos de la mujer relampaguearon, y Honor vio en ellos la desesperanza de haber llegado tan lejos y estar a punto de que la pillaran tan cerca de su meta. Respiró hondo e intentó pensar, a pesar de que el sol la desorientaba y los ojos le hacían chiribitas. Notó que iba a desmayarse. Cuando estaban a punto de cederle las rodillas dijo: «Entre en la fresquera».

Estaba tirada en el suelo cuando Donovan entró en el patio. Desmontó, corrió hacia ella, se arrodilló y la apoyó en sus piernas.

—¿Qué ha pasado, Honor? ¿Quién le...? —Donovan miró el patio vacío y después la cara consumida de Honor—. Tiene la fiebre del verano. ¿Está loca? ¿Qué hace aquí fuera?

Su olor a sudor era espantoso y embriagador. Honor no intentó soltarse de sus brazos, porque no quería ofenderlo.

—Es que... se han escapado los pollos. Tengo que cogerlos.

Al menos eso era verdad. Como si la hubiera oído apareció una gallina junto al granero, sacudiendo la cabeza marrón y cacareando indignada ante la presencia de Donovan.

—Ya los encierro yo, pero primero voy a llevarla dentro. No discuta. —Donovan la levantó en brazos como si fuera un saco de harina y la llevó a la casa—. ¿Dónde están los demás? —preguntó mirando la cocina vacía.

—Recogiendo la avena. —Honor señaló la enfermería—. Ahí, por favor.

Donovan la dejó en la cama con delicadeza para ser un hombre tan rudo.

—¿Qué demonios está haciendo aquí, Honor Bright? —preguntó, derrumbándose en la silla junto a la cama—. Hace semanas que no la veo. ¿Pensaba que estaba escondida en la otra casa de cuáqueros y resulta que está aquí!

Parecía molesto, como si Honor fuera una mala amiga por no habérselo dicho. Honor respiró hondo.

—Por favor, ¿puede ir a buscar a mi... mi marido, Jack Haymaker? Está en el sembrado al sur de aquí, siguiendo el camino un poco hacia el oeste. Por favor.

Una extraña expresión asomó a la cara de Donovan, pero la disimuló de inmediato con una sonrisa de superioridad.

—Conque su marido, ¿eh? O sea que ya ha habido alguien ahí, ¿no?

Honor se limitó a mirarlo. Debería haber tenido miedo por estar los dos solos,

pero no era así. Debería haberlo despreciado por cómo se ganaba la vida, pero no era así. Dentro de él hay un poco de luz; sólo hay que encontrarla, pensó.

—¿Necesita algo? —Donovan echó un vistazo a la jarra blanca que había en la mesilla, tapada con un pañito de encaje para evitar las moscas—. ¿Quiere agua fresca? Puedo traérsela del pozo, o de la fresquera, si es que hay.

—No —replicó Honor, tratando de no parecer grosera.

—No es ninguna molestia.

Para variar, Donovan se mostraba solícito cuando Honor no tenía el menor deseo de que lo fuera.

—Hay algo que sí me gustaría que hiciera —dijo Honor para distraerlo y que no se pusiera a buscar en la fresquera, donde encontraría a la mujer escondida entre las estanterías de los quesos—. ¿Se acuerda de la colcha con las firmas que llevaba en mi baúl el primer día que nos vimos?

—Sí.

—¿Podría traérmela? Está arriba, en el baúl. Esta manta es muy áspera.

—Claro.

Donovan salió disparado; saltaba a la vista que le encantaba tener algo concreto que hacer. Honor oyó sus pisadas por las escaleras y después arriba, haciendo temblar el pasillo y el dormitorio. Rogó que la mujer que estaba en la fresquera no sintiera pánico y se quedara quieta.

Donovan volvió con la colcha en brazos. La extendió encima de Honor, se detuvo, y a continuación se agachó y la estiró pasando la mano lentamente por el contorno de su cuerpo. Los ojos le refulgían en el rostro moreno. Honor pensó en cuando estaba acostada en el maizal con Jack imaginándose a Donovan, y se ruborizó. Debe de ser el aturdimiento de la fiebre, pensó, pero sabía que no era eso.

Donovan vio el rubor de Honor y reaccionó sonrojándose él también.

—Maldita sea, Honor, si no le ha dado a nadie otra oportunidad, ¿no?

Honor tragó saliva. Jamás se habría imaginado que mantendría semejante conversación con Donovan.

—Los amigos se casan entre ellos, o tienen que abandonar la comunidad —dijo—. Además, yo no podría... relacionarme con un cazador de esclavos.

—Pero ahora se está relacionando conmigo.

Honor empezó a tiritar y lo miró, impotente.

—Vaya a buscar a Jack, por favor —susurró.

El nombre del marido pareció provocar a Donovan.

—Voy a por las gallinas, antes de que lo hagan los zorros.

—No se preocupes por las gallinas. Ya se encargará de eso Jack.

—No. Ya que estoy en ello, quiero echar un vistazo. Para eso había venido. Estoy buscando algo, pero no sabía que iba a encontrarla a usted. —Donovan guardó silencio unos momentos—. ¿Cómo cree que se han escapado las gallinas?

Honor meneó la cabeza.

Donovan la miró.

—Pues muy bien, Honor Bright. Ya nos veremos.

Volvió a salir. Honor lo observó cruzar el patio y pasar junto al pozo con la taza destellando sobre el brocal como un faro. Y al recordar el agua sintió una sed espantosa. Cerró los ojos. Lo oyó silbar; después Donovan abrió la puerta del granero y el silbido se apagó, pero volvió a oírlo minutos más tarde, y las gallinas se pusieron a chillar cuando Donovan las acorraló.

Poco después oyó su caballo a medio trote dirigiéndose al sembrado de avena. Debía de haberse quedado dormida unos momentos. Meneó la cabeza, segura de que había alguien cerca. La habitación estaba vacía, aunque en la mesilla había una taza con agua, al alcance de la mano. Estaba fresca, como recién sacada del pozo, y le supo mejor que ninguna otra agua que hubiera probado.



Honor no esperaba que Donovan acompañase a Jack a la casa, pero su marido debía de estar tan preocupado que aceptó que el cazador de esclavos lo llevara. Oyó otra vez el caballo, y Jack entró precipitadamente en la enfermería, se arrodilló y le tocó la frente. Donovan se quedó en la puerta, con el sombrero en la mano. Su mirada se clavó de inmediato en la taza de agua, el único cambio en la habitación durante la última media hora. Honor se quedó mirándolo, pero en lugar de la furia que se esperaba, el rostro de Donovan se distendió lentamente con una sonrisa y una expresión de admiración, como si Honor hubiera jugado una mano de cartas con especial habilidad. Donovan la apuntó con un dedo.

—Haymaker, más le vale contarle a tu mujer lo de la Ley del Esclavo Fugitivo. Según tengo entendido, el presidente la aprobará en breve. Y en cuanto entre en vigor, no les pondré las cosas fáciles, ni ella ni a usted. A lo mejor me tiene que ayudar a pillar algún negro.

Jack se quedó mirándolo. Honor no podía soportar la tensión de tener a los dos en la misma habitación.

—Márchese, por favor, Donovan.

Donovan sonrió burlón.

—Tiene una mujercita muy guerrera, Haymaker. Debería vigilarla. Yo, desde luego, lo haré.

Le guiñó un ojo a Honor, se puso el sombrero y salió de la habitación.

Honor cerró los ojos, rogando por que la mujer negra hubiera tenido suficiente tiempo para buscar un escondite mejor. Jack empezó a interrogarla cuando aún se oía el caballo de Donovan traqueteando por el patio.

—Ese... ese hombre, Donovan, dice que te conocía. ¿De qué?

Jack intentaba mantener una expresión de indiferencia, que sólo contribuía a exagerar su actitud recelosa.

—De Wellington.

Honor alcanzó la taza de agua. Jack la miró fijamente.

—¿Te ha traído él el agua? —Para no tener que mentir Honor no contestó, y dejó que Jack pensara lo que quisiera. Tomó un sorbo y volvió a dejar la taza en la mesilla—. Pero... ¿cómo es posible que conozcas a un hombre así? Un cazador de esclavos...

Honor cerró los ojos para evitar su penetrante mirada.

—Es el hermano de la sombrerera de Wellington.

—¿Y qué hacía aquí? ¿Había venido a visitarte?

—No.

—¿Te ha dicho algo sobre un fugitivo? ¿Ha...? —Jack guardó silencio y entrecerró los ojos—. ¿Ha venido un hombre de color a pedirte ayuda y tú lo has ayudado?

—No —acertó a articular Honor—. Aquí no ha entrado otro hombre más que Donovan. ¿Por qué iba a venir aquí un fugitivo?

—En Ohio hay muchos fugitivos, y rutas fijas, con casas en las que refugiarse y gente que los ayuda. Creo que cambian con frecuencia, para despistar a los cazadores de esclavos. Lo llaman el ferrocarril subterráneo. —Honor no lo había oído jamás—. La mayoría de los fugitivos pasan por Oberlin, pero de vez en cuando se desvía alguno por aquí. Por eso ha debido de venir Donovan. Si aparece algún fugitivo en la granja, no dejes que se quede. Indícale el camino de Oberlin.

—¿Y si tiene hambre... o sed?

Honor no se atrevía a mirar la taza.

Jack se encogió de hombros.

—Dale agua si la necesita, por supuesto, pero no te comprometas. Podría traerte problemas, a ti y a todos.

Honor se quedó dormida. Más tarde, al volver del campo, Jack se sentó a su lado.

—Donovan ha capturado a una mujer de color en los bosques de Wieland —dijo—. Ha pasado por aquí, pero tú seguramente estabas dormida. —Observaba a Honor con cautela, y ella se esforzó por no mostrar ninguna reacción—. Me alegro de que la haya cogido.

Honor se puso en tensión.

—¿Por qué?

Jack cambió de postura en el borde de la cama.

—Es mejor que gente como Donovan no vaya por ahí persiguiendo a otros, molestando a las personas honradas y asustando a las mujeres.

—¿Tú crees que los esclavos no deberían intentar escapar?

—Sabes muy bien que no apoyamos la esclavitud, Honor. Es algo que va contra nuestra creencia en la igualdad de todos a ojos de Dios, pero...

Jack se calló.

—Pero ¿qué?

Jack suspiró.

—Es difícil de explicar a alguien como tú, que eres de un país en el que la esclavitud no forma parte de sus bases fundacionales. Es muy fácil condenar la esclavitud de manera categórica sin pensar en las consecuencias.

—¿Qué consecuencias?

—Económicas. Si se aboliera la esclavitud mañana mismo, Estados Unidos se hundiría.

—¿Por qué?

—Uno de los principales productos de este país es el algodón y los tejidos derivados de él. Se cultiva en los estados del Sur, con esclavos. En los estados libres del Norte se transforma el algodón en telas. Sin los esclavos para cosechar la cantidad de algodón necesaria al precio adecuado, las fábricas del Norte tendrían que cerrar. —Honor reflexionó, deseando no tener tal confusión mental y poder responder con coherencia—. Honor, sé que los amigos de Inglaterra tienen arraigados principios sobre la esclavitud, y también los de Estados Unidos. Pero nosotros quizá seamos un poco más prácticos. Llevar las creencias a la práctica es más difícil que predicarlas. Piensa en todo el algodón que has empleado en tus colchas. Gran parte, incluso el que compraste en Inglaterra, está hecho gracias al trabajo de los esclavos. Cuando podemos comprar tejidos que no tengan nada que ver con la esclavitud, aunque es difícil, porque hay poco género. —Acarició un rectángulo de cretona verde de la colcha firmada de Honor—. Este pedazo de tela tal vez se fabricó en Massachusetts con algodón de una plantación sureña. ¿Tirarías la colcha por eso?

Honor aferró inconscientemente el borde de la colcha y la estrechó contra su cuerpo, como si pensara que Jack iba a arrebatársela.

—¿Y crees que no deberíamos ayudar a los esclavos que se escapan?

—Violan la ley, algo que yo no apruebo. No los detendría, pero tampoco los ayudaría. Hay multas, y cárcel... y cosas peores.

Jack apretó la mandíbula.

Existe algo que no me cuenta, pensó Honor. ¿No debería una mujer saberlo todo sobre su marido?

—Jack...

—Tengo que ayudar a ordeñar.

Jack salió a toda prisa de la habitación antes de que Honor pudiera continuar.

Más tarde, a solas en la enfermería, Honor lloró por la mujer negra que le había llevado agua y estaba en manos de Donovan.



Cuando se despertó al día siguiente por la tarde, Belle Mills estaba sentada a su lado. Honor parpadeó para asegurarse de que no estaba soñando, y allí estaba; el sombrero de Belle no podía ser un sueño, con el ala ovalada más grande que había visto en su vida, espirales de encaje en cascada a ambos lados y una cinta naranja

resplandeciente atada a la barbilla. No obstante, acentuaba el tono amarillento de su piel, y si bien la capota era muy femenina, le hacía la cara, de fuerte mandíbula y ojos penetrantes, más masculina.

—¡Te has casado y no me has dicho nada, Honor Bright! —exclamó Belle tuteándola por primera vez—. He tenido que enterarme por mi hermano, y detesto que sea él quien me dé las noticias. Había decidido no venir, pero me dijo que estabas enferma y tenía que comprobar que tu nueva familia te cuida bien. Aunque no parece que hagan gran cosa. Ni siquiera se encuentran aquí.

—Están recogiendo la avena —dijo Honor en un susurro—. Tienen que acabar antes de las tormentas que se esperan para mañana.

—Francamente, cielo, cualquiera que te oiga hablando de la cosecha... —Belle se rió—. Dentro de nada me contarás cuántos tarros de melocotones has preparado. —Le puso una mano fría en la frente, y a Honor le extrañó que pudiera tenerla así con semejante calor. El gesto le recordó a su madre y cerró los ojos unos momentos para disfrutar su ternura—. Pues todavía tienes fiebre —anunció Belle—, pero no demasiada. Vivirás. En fin, me alegro de que siguieras mi consejo de casarte. Y no me extraña que eligieras a Jack Haymaker, con una granja como ésta. Claro que tu suegra va incluida. Todavía me acuerdo de sus miraditas. Pero ¿qué te pasa, cielo? Ya estamos otra vez.

Honor estaba llorando; le corrían las ardientes lágrimas por la cara y se le depositaban en los oídos. Ver a Belle Mills era como descubrir una ciruela dulce en un cuenco de fruta verde.

—Vamos, vamos. —Belle le rodeó los hombros con un brazo y la estrechó con fuerza hasta que dejó de llorar, sin preguntar el porqué del llanto—. ¿A que no sabes qué ha llegado a Wellington? —añadió cuando Honor se hubo calmado—. ¡El tren! El viaje inaugural fue hace un par de semanas. El pueblo entero fue a verlo entrar en la estación, y por supuesto, la mayoría de las señoras querían un sombrero nuevo. Ya te decía yo que el tren traería negocio.

—Me gustaría verlo.

—Es como el caballo más grande y más negro que te puedas imaginar, y da unos resoplidos tremendos. ¿Sabías que va a quince millas por hora? ¡Quince millas! Sólo dos horas y media hasta Cleveland. Yo pienso subirme pronto. Deberías venir conmigo. —Honor sonrió—. Ah, te he traído el regalo de boda. No pensarías que iba a presentarme con las manos vacías, ¿verdad?

—Nosotros..., no tenías que molestarte... Jack y yo te lo agradecemos —dijo Honor tuteándola también.

Honor tuvo que hacer una serie de correcciones para dar con las palabras adecuadas. Los cuáqueros no solían hacer regalos, pues no se debía exagerar el valor de las posesiones materiales. Sin embargo, no quería criticar el generoso gesto de Belle y aceptó el paquete plano, envuelto en papel y atado con una cinta azul.

—Vamos, ábrelo. No tienes por qué esperar a tu marido. Después de venir hasta

aquí no voy a marcharme sin ver si te gusta.

Al quitar la cinta y el papel, Honor encontró dos fundas de almohada de lino orilladas de fino encaje. No debería haberle dado mayor importancia, pero le encantaron.

—Yo pienso lo siguiente: te pase lo que te pase durante el día, si tienes una buena funda de almohada donde apoyar la cabeza por la noche, todo irá bien —dijo Belle—. Y tú tienes un sitio donde poner la cabeza, Honor Bright. Se van arreglando las cosas.

Faithwell, Ohio
27 del octavo mes de 1850

Querida Belle:

Te escribo para darte las gracias por tu visita cuando estaba enferma. Me encuentro mejor, aunque todavía débil.

También te agradezco las preciosas fundas de almohada que nos regalaste a Jack y a mí. Nadie me había hecho un regalo así. Las guardaré como un tesoro, igual que la amistad que tú me brindas.

Tu fiel amiga,

HONOR HAYMAKER

Moras



Unos días más tarde, con la cabeza más despejada y suficientes fuerzas para ponerse en pie, Honor encontró la réplica al argumento de Jack sobre la esclavitud y el algodón. Se le ocurrió de una forma tan sencilla que sintió deseos de expresarla antes de que perdiera claridad. Durante la cena habló sin que nadie le hubiera preguntado nada, lo que dejó atónitos a los tres Haymaker. Estaba tan ansiosa por decir lo que pensaba y tan poco acostumbrada a iniciar una conversación que no prologó sus palabras con ninguna explicación. En medio del silencio (los Haymaker no hablaban mucho mientras comían) sugirió:

—Tal vez deberíamos pagar un poco más por las telas para que los cultivadores de algodón emplearan ese dinero en pagar a los esclavos, que serían trabajadores en lugar de esclavos. —Los Haymaker se quedaron mirándola—. Yo pagaría un centavo más la yarda si supiera que así contribuía a dismantelar la esclavitud —añadió.

—No sabía yo que te sobrara el dinero para ser tan generosa —replicó Dorcas.

Judith Haymaker le pasó un plato de jamón a su hijo.

—Adam Cox tendría que cerrar su tienda si subiera los precios de las telas que vende —dijo—. Hoy en día no sobran los centavos. Además, los sureños preferirían dejar de cultivar antes que pagarles un salario a los esclavos. No está en su carácter semejante cambio.

—«El forastero que contigo more, como uno nacido entre los tuyos será, y lo amarás como a ti mismo».

Aunque Honor había oído esas palabras muchas veces las pronunció sin la contundencia que le habría gustado.

Judith torció el gesto.

—Honor, no hace falta que me cites el Levítico. Conozco muy bien la Biblia.

Honor bajó los ojos, avergonzada de haber intentado iniciar una auténtica discusión del asunto.

—Nosotros somos de un estado esclavista —continuó Judith—. Nos mudamos de Carolina del Norte a Ohio hace diez años, como muchos amigos en esa época, porque no podíamos seguir viviendo en medio de la esclavitud. Así que conocemos la manera de pensar de los del Sur.

—Lo siento. No era mi intención criticar.

—Unos cuantos granjeros del Sur han dado la libertad a sus esclavos, o les han permitido que la compraran —concedió Jack—, pero muy pocos. Y es difícil para los negros libres ganarse la vida. Muchos vienen al Norte, dejando a sus familias, para establecerse en sitios como Oberlin, que es más tolerante que la mayoría. Pero incluso en Oberlin son una comunidad aparte, y los que han huido no están del todo a salvo. Por eso apoyamos la colonización. Nos parece una alternativa mejor.

—¿Qué es la colonización?

—Los negros proceden de África y serían más felices viviendo allí, en un país nuevo que fuera suyo.

Honor guardó silencio. Pensó en cómo sabía Jack qué haría más felices a los

negros. ¿Se lo había preguntado a ellos?



Ella tuvo ocasión de hacerlo a la semana siguiente. Jack fue en el carro a Oberlin a que le arreglaran un pelador de maíz, y Honor lo acompañó. Diez días antes ni siquiera habría imaginado que tendría fuerzas para atravesar una habitación y mucho menos ir al pueblo, pero cuando remitió la fiebre se recuperó rápidamente, como le habían dicho que ocurriría, y estaba deseando volver a Oberlin. Adam le había prometido que en cuanto acabara la temporada de la cosecha le preguntaría a Jack si podía ayudarlo de vez en cuando en la tienda los sextos días. Honor no sabía qué diría su marido; quizá que debía aprender cosas sobre las vacas y no sobre telas. Judith le había dicho que pronto la pondría a ordeñar, algo que la horrorizaba, porque las vacas le parecían grandes y extrañas. Debido a su enfermedad, hasta entonces se había quedado en la casa y el jardín y había conseguido evitar los animales, y su hambre y su mugre constantes. Sin embargo, no podía librarse del hedor.

Cada vez que su vida cambiaba, Honor descubría que echaba de menos lo que tenía antes: al principio Bridport, después la sombrerería de Belle Mills, a continuación la tienda de confecciones Cox. No obstante, de nada servía atormentarse con cómo podría haber sido su vida; pensar en eso era inútil. Había observado que los estadounidenses no reflexionaban sobre el pasado ni sobre maneras alternativas de vivir. Estaban acostumbrados a los movimientos y los cambios; la mayoría de ellos había emigrado de Inglaterra, Irlanda y Alemania. Los habitantes de Ohio se habían trasladado desde el sur, de Nueva Inglaterra y Pensilvania; muchos continuaban hacia el oeste. Desde su llegada a Faithwell, hacía tres meses, dos familias ya habían decidido irse al oeste después de la cosecha. Otros vendrían del este o el sur a ocupar su lugar. Las casas no se quedaban vacías durante mucho tiempo. Ohio era un estado inquieto, con movimiento hacia el norte y el oeste. También Oberlin y Faithwell daban esa sensación de inquietud. Honor no se había dado cuenta cuando llegó, pero poco a poco descubría que todo estaba en continua transformación y que sólo a ella parecía molestarle.

Al llegar al centro de la ciudad se separaron, Jack para ir a la herrería y Honor a la tienda de Adam a saludar y buscar telas para una colcha que le estaba confeccionando a Dorcas. El chico se encontraba a la entrada, afilando unas tijeras; apenas levantó la vista cuando entró Honor. Sólo había una cliente, la señora Reed, y Adam Cox la estaba ayudando. Ese día llevaba rudbeckias en el sombrero. Honor los saludó a ambos con la cabeza y por la fuerza de la costumbre fue hasta una de las mesas a doblar y colocar las telas. Al contemplar el mar de colores recordó la discusión durante la cena unos días antes. Siempre le habían encantado las telas y se imaginaba qué podía hacer con ellas y sus diferentes dibujos y texturas. Un corte de tela nueva ofrecía un sinfín de posibilidades, pero ahora comprendía que en gran parte no era

una materia inocente, sin tacha, sino el resultado de un mundo con retos y compromisos. Encontrar un tejido sin la mancha de la esclavitud era difícil, como decía Jack; sin embargo, si Honor renunciaba a todo el algodón, en el intenso calor de Ohio sólo podría llevar lana o ir desnuda.

—Voy aquí al lado a por cambio —le estaba diciendo Adam a la señora Reed—. Honor, ¿te puedes ocupar de la tienda un momento?

—Por supuesto.

Mientras esperaban a que Adam volviera, Honor siguió doblando y la señora Reed se puso a dar vueltas alrededor de las mesas, tocando delicadamente algún rollo de tela.

—¿Puedo preguntarle una cosa? —se atrevió a decir Honor.

La señora Reed frunció el ceño.

—¿Qué..., señora?

Honor no llevaba alianza, pues los amigos no necesitaban recordar así su compromiso, pero por alguna razón la señora Reed sabía que estaba casada.

—Llámeme Honor, por favor. Nosotros no decimos «señora», ni «señorita».

—Muy bien, Honor. ¿Qué quiere saber?

—¿Qué piensa de la colonización?

La señora Reed se quedó boquiabierta.

—¿Que qué pienso de la colonización? —repitió.

Honor no dijo nada. Ya se había arrepentido de haber formulado la pregunta.

—¿Qué, abolicionista? —replicó la señora Reed resoplando—. Como muchos cuáqueros. —Miró la tienda vacía y pareció tomar una decisión—. Los abolicionistas tienen muchas teorías, pero yo vivo con realidades. ¿Por qué querría ir yo a África? Nací en Virginia, como mis padres, mis abuelos y los padres de mis abuelos. Soy norteamericana. No soy partidaria de que nos manden a un sitio que la mayoría de nosotros ni ha visto. Si los blancos quieren librarse de nosotros y meternos en barcos para no tener que vernos más, pues yo estoy aquí. Ésta es mi casa y de aquí no me muevo.

De repente Adam se puso al lado de Honor.

—¿Hay algún problema, señora Reed?

—No, señor. Problema, ninguno. —La señora Reed tendió la mano para recoger el cambio y le dirigió una inclinación de cabeza—. Que pase un buen día. —Y se marchó sin mirar a Honor.

—Honor, no debes hablar de política con los clientes —dijo Adam en voz baja—. Lo sacarán a relucir; los estadounidenses lo hacen mucho, pero tú debes ser neutral.

Honor asintió con la cabeza, conteniendo las lágrimas. Se sentía como si le hubieran dado dos bofetadas.



Días más tarde Honor y Dorcas fueron a recoger las últimas moras de la temporada a los zarzales en las lindes de los bosques de Wieland. Aunque seguía haciendo calor cuando apretaba el sol, lo peor había pasado y por las tardes refrescaba.

Llevarse bien con su cuñada le resultaba a Honor casi tan complicado como con Abigail. Dorcas imitaba su acento, se ofendía cuando Honor le ofrecía ayuda y no trataba de que participara en las conversaciones. Honor intentaba comprenderla. Debía de ser difícil tener en su casa a una extraña que había provocado cambios y trastornos, sobre todo cuando esperaba que fuera su amiga quien ocupara ese lugar. Como Honor pensaba, Caroline había anunciado hacía poco que se iba al oeste. Y una semana antes Honor se había trasladado de la enfermería al dormitorio que compartía con Jack. Estaba al lado del de Dorcas, que debía de enterarse de lo que allí ocurría. Aunque procuraban ser silenciosos, los movimientos rítmicos de sus cópulas sacudían la cama y la pared, y a veces Jack gemía levemente. Honor empezaba a superar la extrañeza de lo que se le reclamaba a su cuerpo y a disfrutar con lo que hacían juntos.

Sin embargo, cuando no tenía que actuar ante su madre ni había nadie ante quien se sintiera obligada, Dorcas era más amable. Inclinas sobre las zarzas, dijo que había que recoger suficientes moras con el fin de hacer tartas para una fiesta inminente, la última que celebrarían antes de las prisas por cosechar el maíz y recolectar la producción de la huerta y el huerto de árboles frutales. Recoger moras para una fiesta era una frivolidad para la que muy pronto no tendrían tiempo.

Las moras de Ohio eran sutilmente distintas de las que conocía Honor, más grandes y dulces que las inglesas, pero no tan sabrosas, porque el dulzor disfrazaba su singular sabor afrutado. Quería sorprender a los Haymaker con cuajada de moras, que consistía en tamizarlas para formar una pasta que concentraba el sabor de la fruta. No obstante, había empezado a pensar que esa variedad sería mejor para jalea o refresco.

Honor no le había prestado plena atención a Dorcas mientras trabajaban, pero su cuñada se paró de repente y eso le hizo levantar la vista. Dorcas estaba inmóvil, con los brazos separados del cuerpo, rígidos, y los dedos extendidos. Un enjambre de avispas revoloteaba a su alrededor. Honor se quedó petrificada, y de repente los insectos parecieron tomar una decisión colectiva y se lanzaron en picado.

—¡Ay! —gritó Dorcas, y a continuación se puso a chillar, mientras se le hinchaba la cara—. ¡Quítamelas de encima! ¡Ayúdame, Honor! —gritó, dándose manotazos en la falda.

En Dorset, amansado por siglos de poblamiento, lo peor que le había pasado a Honor cuando iba de paseo había sido pincharse con unas ortigas. El paisaje norteamericano era mucho más salvaje, con más peligros y situaciones críticas y repentinas. La gente reaccionaba con método: construían refugios subterráneos para los tornados, mataban osos, encendían fogatas para ahuyentar las orugas con el humo. Belle había matado de un tiro la serpiente en su patio como si fuera algo cotidiano, como espantar una mosca o echar los conejos del huerto. Honor comprendió que tenía que hacer algo igualmente efectivo pero, si bien había recibido un par de

picotazos cuando era pequeña, jamás se había enfrentado a tal cantidad de avispa y no tenía ni idea de lo que podía hacer. Cuando los insectos pararon unos momentos el ataque, tuvo la suficiente presencia de ánimo para coger a Dorcas por el brazo y arrancarla del nido que había pisado. Las siguió brevemente unas cuantas avispas, y una le dio un picotazo a Honor en un brazo.

Honor vaciló, y alguien detrás de ella dijo en voz baja:

—Llévela al regato, desnúdela y métala en el agua. Después póngale barro en las picaduras.

Honor se volvió. Había un joven negro agazapado junto a las zarzas; su mirada saltaba de Honor a Dorcas, que tenía la cara tan hinchada que no veía nada. El hombre sudaba, al parecer tanto por el nerviosismo como por el calor, y estaba listo para echar a correr.

—¿El regato? —susurró Honor.

—El regato, allá. —El hombre señaló con la mano hacia las profundidades del bosque—. El agua fría y el barro harán que baje la hinchazón de las picaduras. —Sus ojos se clavaron en los de Honor unos momentos, brillantes, serios y asustados a la vez—. ¿Me puede decir por dónde tengo que ir? Me he perdido por el día, sin poder seguir la estrella del norte.

Honor vaciló, pensando en lo que le había aconsejado Jack que hiciera, pero dijo, señalando:

—Oberlin, a tres millas. Pregúntele a cualquier negro por la señora Reed. Ella le ayudará.

Se lo había inventado, pero suponía que la señora Reed no le daría la espalda al joven.

El chico asintió con la cabeza y sonrió, un repentino destello de dientes, como si en el bosque estuvieran jugando al escondite. A Honor le sorprendió tanto que le devolvió la sonrisa. Lo vio corriendo hacia el norte por entre los árboles, hacia Oberlin y la libertad, y pensó que ojalá hubiera podido darle algo de comida para el camino.

Respiró hondo y se internó en el bosque, empujando a Dorcas hacia donde le había indicado el hombre. No había entrado en ningún bosque desde el viaje con Thomas de Hudson a Wellington. Avanzó entre las matas y los arbustos, pisando la tierra blanda y húmeda, arañándose con zarzas y ortigas. El bosque resultaba menos aterrador (y menos tupido) una vez dentro, si además se seguía un rumbo.

Pasaron por un hayedo, con los árboles de corteza lisa y el suelo sin vegetación, y llegaron a un riachuelo.

—Tienes que quitarte la ropa. Vamos, yo te ayudo.

Honor le desabotonó el vestido y la ayudó a despojarse de las enaguas; cayeron avispa aplastadas, otras reanudaron el ataque, y Honor las espantó a manotazos. Sin ropa, Dorcas parecía flaca y vulnerable, con los huesos de las caderas protuberantes, los omóplatos como alas de pollo, la cabeza desmedidamente grande. A Honor le

recordó una vaca en un prado, apartada del rebaño y escuálida tras un invierno en el establo sin hierba fresca. Tenía los brazos, las piernas y el torso cubiertos de ronchas de las picaduras.

—Venga, tienes que meterte en el agua –le ordenó Honor.

—¡Está fría! –chilló Dorcas, moviéndose en el remanso. Honor se arrodilló, recogió un poco de barro y se lo puso en la espalda y los brazos. Dorcas se puso a gritar otra vez, en esta ocasión más de vergüenza que de dolor—. Quiero irme a casa –dijo, gimoteando.

—Enseguida, pero ahora quédate quieta.

Honor le embadurnó la cara de barro y tuvo que disimular una sonrisa. Dorcas se parecía a unos dibujos de aborígenes de Australia que había visto.

El agua y el barro contribuyeron a bajar la hinchazón, como había dicho el hombre negro. Dorcas salió del agua pasados unos minutos, y Honor la ayudó a vestirse, aunque ambas tenían sus dudas sobre la conveniencia de poner ropa encima del barro. Pero no quedaba más remedio; Dorcas no podía andar por ahí desnuda.

No hablaron mientras atravesaban fatigosamente el bosque. Honor recogió los cubos de moras que habían abandonado en la linde. No había ni rastro del hombre negro. Dorcas no había dicho nada al respecto, y Honor confiaba en que hubiera estado demasiado angustiada para fijarse en él.

Al llegar a la granja, en cuanto Judith las vio y salió corriendo hacia ellas, Dorcas se puso a gritar otra vez. Judith obligó a su hija a bañarse con agua fría y después aplicó una pasta de bicarbonato con agua a las picaduras, diecinueve, le dijo Dorcas a Jack cuando su hermano volvió esa tarde, y a cuantos fueron a por leche durante los siguientes días. Atrás quedaban las lágrimas, el dolor y la vergüenza cuando contaba una y otra vez su batalla con las avispas. También excluyó a Honor del relato, y pareció abandonar su actitud amistosa hacia ella. A Honor no le importaba, siempre y cuando no mencionara al hombre negro.



La siguiente vez que Honor vio a la señora Reed le dio la impresión de que la estaba esperando. Honor había ido a la ciudad con los Haymaker, que querían comprar más tarros para guardar las últimas hortalizas de su huerta. Honor fue primero a la tienda de Adam Cox y después a dar un paseo por la plaza de la universidad antes de volver a reunirse con su familia política. A la sombra de los olmos del parque, sus hojas bordeadas de amarillo a esas alturas, oyó a alguien que hablaba en voz baja a su lado.

—Vaya estupidez, mandármelo a mí así. ¡Y mira que usar mi nombre! Una muchacha estúpida, eso es lo que es usted. Por lo visto me preparan la faena sin que yo lo pida.

Honor se volvió. Lo primero en lo que se fijó fue en los luminosos botones amarillos y las hojas como helechos alrededor del ala de un sombrero de paja.

Reconoció las flores: atanasias, con las que su madre preparaba una infusión cuando tenían dolor de garganta. La envolvió su inconfundible aroma; la señora Reed debía de haberlas recogido hacía unos minutos.

La mujer frunció los arrugados labios.

—Siga andando —le ordenó—. No quiero que vayan diciendo por ahí que se porta como una burra. Vamos.

Recorrió rápidamente el pasadizo peatonal de madera, saludando con la cabeza a los transeúntes negros y algún que otro blanco. Honor la siguió, sujetándose la falda para que no se le enganchara en los clavos sueltos. Esperaba que los Haymaker siguieran con sus tarros, porque no sabía qué pensarían si la vieran con la señora Reed.

—Podría haberle preguntado por mí a quien no debía, y me habría metido en un buen lío —añadió la señora Reed—. Claro que aquí la mayoría son simpatizantes, pero no siempre se pueden distinguir. Hay que tener cuidado. La próxima vez díales que busquen una vela en la ventana de atrás de la casa roja en Mill Street. Así sabrán que pueden entrar sin peligro. Si cambia la señal, ya se lo diré. —Apretó el paso, y Honor tuvo que darse prisa para alcanzarla—. En primavera es cuando suelen llegar más fugitivos. En invierno hace demasiado frío y en verano tienen que trabajar en el campo, y sus amos no les quitan ojo. Pero este otoño habrá una avalancha, ahora que parece que van a aprobar la Ley del Esclavo Fugitivo. Los que creían que estaban seguros aquí se lo están pensando mejor y se van a Canadá. Incluso en Oberlin la gente de color mira con desconfianza a todo el mundo. Yo no, desde luego. Yo me quedo donde estoy. Ya no tengo edad para andar huyendo.

Donovan había mencionado la ley delante de Jack, pero en ese momento Honor tenía demasiada fiebre para preguntar por ella. Le habría gustado preguntárselo a la señora Reed, y también por qué iba a haber más fugitivos y quién más ayudaba, pero la señora Reed no era la clase de personas a las que se hace muchas preguntas.

—¿Qué más puedo hacer? —se limitó a decir.

La señora Reed le dirigió una mirada de soslayo y se pasó la lengua por los dientes.

—Ponga un cajón detrás de su gallinero, boca abajo y con una piedra encima para que no puedan levantarlo los animales. Deje comida dentro, lo que tenga. Lo mejor es el pan, y la carne seca. Y manzanas, cuando es la temporada. ¿Van a hacer orejones? —Honor asintió con la cabeza y recordó la pulpa de la fruta que le escaldaba los brazos al removerla y se secaba en tiras duras que se ablandaban en la boca con un sabor agrisado—. Pues esas cosas. Comida que aguante el viaje. Incluso el maíz seco es mejor que nada. Se lo diré a la gente que mande fugitivos por donde usted vive para que sepan qué tienen que buscar. Pero a mí no me lo cuente.

Las miraban con curiosidad, no con hostilidad, como sospechaba Honor que ocurriría en otras ciudades, pero sí como confirmando la rareza de que una mujer blanca y una negra hablaran en público. Llegaron a la primera iglesia, un edificio

grande de ladrillo en la esquina nordeste de la plaza. La señora Reed meneó la cabeza como diciendo «no tengo nada más que contarle» y subió deprisa la escalera. Honor se quedó atrás, porque los cuáqueros no entraban en lo que ellos llamaban casas de campanario. Seguramente la señora Reed lo sabía.

—¿Le gustó a su hija el vestido de boda? —preguntó en voz muy alta cuando la señora Reed estaba a punto de desaparecer en el interior del templo.

Una amplia sonrisa partió en dos el sobrio rostro de la señora Reed.

—Estaba guapa, sí, sí. Todo un éxito.



La siguiente vez que llegó un fugitivo a la granja, Honor estaba más preparada. Una tarde, mientras se encontraba en el porche delantero con los Haymaker aprovechando los últimos momentos de luz, Donovan pasó por allí a caballo. Jack bajó el periódico que estaba leyendo, Dorcas dejó de zurcir un desgarrón de su falda y Honor se quedó con la aguja a media puntada en la aplicación que estaba haciendo para una colcha nueva. Únicamente Judith siguió meciéndose en el balancín como si no se hubiera producido una interrupción. Donovan levantó el sombrero y sonrió a Honor, pero no se detuvo; continuó por el camino hasta desaparecer en el bosque de Wieland.

—Debe de andar un fugitivo por aquí cerca —dijo Jack—. Si no, no tendría motivo para venir por este camino. —Miró a Honor como para confirmarlo.

—En la tienda han dicho que una familia de Greenwich que ayudaba a los fugitivos ha dejado de hacerlo por la Ley del Esclavo Fugitivo —comentó Dorcas—. Ahora que se ha cortado una parte del ferrocarril subterráneo, algunos acaban viniendo por aquí en lugar de pasar por Norwalk.

—Esa familia de Greenwich tiene sentido común, aunque qué duda cabe de que otra ocupará su lugar —declaró Judith.

—¿Qué... qué ley es ésa? —preguntó Honor.

—Pues consiste en que un hombre como ése —Judith señaló con la cabeza el camino que había seguido Donovan— puede exigirnos que lo ayudemos a capturar a un fugado o nos pondrán una multa de mil dólares y nos llevarán a la cárcel. Perderíamos la granja.

—El Congreso está a punto de aprobarla —añadió Jack—. Caleb Wilson dirigió un debate sobre la ley en una asamblea mientras tú estabas enferma, Honor, y por eso no te enteraste. Se decidió que cada individuo debe actuar según su conciencia cuando se trata de ayudar a los fugitivos o acatar la ley.

Honor hizo un nudo en el hilo, lo apretó y cortó el extremo con los dientes.



Cuando a la mañana siguiente fue a recoger los huevos había dos menos que de costumbre, y las gallinas, que normalmente ponían como un reloj, parecían alteradas.

Le dijo a Judith que había pisado los huevos y se habían roto, aunque detestaba mentir y sospechaba que su suegra no la creería.

No obstante, más tarde cogió un poco de pan de maíz que había sobrado, lo untó con mantequilla, lo guardó en un pañuelo y lo escondió debajo de un cajón que había encontrado en el cobertizo del carro, donde Jack guardaba las herramientas de la granja, y le puso una piedra encima para indicar que había algo dentro. Corría el riesgo de que lo descubriera uno de los Haymaker, o Donovan si le daba por ir a fisgar. A la mañana siguiente, cuando fue a recoger los huevos, había desaparecido el pan, y el pañuelo estaba cuidadosamente doblado. Dejó unos pedazos de panceta por la tarde, si bien por la mañana seguían allí, cubiertos de hormigas. Los fugitivos no deben entretenerse, porque la gente se daría cuenta, razonó.

Empezó a estar más pendiente de las señales de vida de fugitivos: susurros en el bosque, ladridos de Digger por la noche, inquietud de las vacas en el establo. Pero más que estos indicios, comenzó a percibir cuando alguien merodeaba por los alrededores de la granja. Era como si llevara un barómetro interno que midiera las alteraciones de la atmósfera, como se nota que el aire se inflama antes de una tormenta. El cambio era tan evidente que le extrañaba que los demás no lo percibieran. Para ella, las personas irradiaban una especie de calor frío, y quizá fuera eso a lo que se referían los amigos con la luz interior. Muchas veces no veía a los fugitivos y sólo confirmaba su presencia cuando desaparecía la comida que había escondido. En cada ocasión esperaba que alguno de los Haymaker descubriera el cajón y la acusara. No obstante, nadie iba hasta detrás del gallinero a menos que se escapara una gallina o que Jack removiera la tierra con el azadón para buscar las serpientes que anidaban en agujeros y robaban los huevos. En general anunciaba que iba a hacerlo, y Honor ocultaba el cajón hasta que terminaba. Se dio cuenta, con sorpresa y a veces con vergüenza, de que se estaba acostumbrando a robar y a ocultar lo que hacía. No le gustaba, e iba contra los principios de honradez y franqueza de los cuáqueros, pero desde su llegada a Estados Unidos cada día le resultaba más difícil no mentir y disimular. En su país llevaba una vida sencilla y sin tapujos, e incluso el dolor de perder a Samuel lo vivió ante la familia y la comunidad. Entre los Haymaker tenía la sensación de que se esforzaba una y otra vez por no hablar con claridad y no expresar ninguna emoción para que sus pensamientos y su conducta no chocaran abiertamente con los de su nueva familia.

Sin embargo, aunque no decía una palabra y aceptaba que era ella quien tenía que adaptarse a los Haymaker, no podía aprobar la actitud de ellos ante la esclavitud y los fugitivos. Por eso se mantenía alerta, notaba la presencia de los huidos y buscaba una manera de ayudarlos que no llamara la atención. No debía parecer que desobedecía a la familia de su marido, pero lo hacía.

No resultaba fácil ocultar sus movimientos. Una granja se lleva en común; todos trabajan juntos. Honor rara vez se quedaba sola. Si trabajaba en la huerta —algo bastante frecuente, pues la conocía mejor que el resto de la granja—, Judith o Dorcas

estaban junto a la ventana de la cocina, o sacudiendo alfombras fuera, elaborando mantequilla en el porche trasero o tendiendo ropa en el patio. Una vez ordeñadas las vacas, Jack las sacaba para que pastaran todo el día y después arreglaba cercas, cortaba leña, llevaba queso a los pueblos vecinos, limpiaba el estiércol de la pocilga, cepillaba los caballos o trabajaba en el campo. Siempre estaba ocupado en algo, y sus idas y venidas eran impredecibles.

Honor encontró poco a poco espacios en los que quedarse a solas. No le entusiasmaba ayudar con las vacas, pero se encargaba de las gallinas de buena gana, porque era más difícil cometer errores. Todas las mañanas les daba de comer y recogía los huevos, y una vez a la semana limpiaba el gallinero. En esos momentos Jack y Dorcas ordeñaban y Judith preparaba el desayuno; entonces Honor tenía libertad para ir a ver el cajón. Cuando iba a la letrina, para usarla o vaciar los orinales, podía llenar de agua una taza vieja y dejarla debajo del cajón o en la linde del bosque. Siempre contaba con que al final acabarían por descubrirla, y no sabía qué haría entonces.

Mientras duró el buen tiempo los fugitivos que pasaban por allí se quedaban en el bosque de Wieland y sólo se arriesgaban a salir para buscar comida debajo del cajón. Honor nunca llegaba a verlos, ni a oírlos, a menos que los capturase Donovan u otro cazador de esclavos. A Donovan le gustaba especialmente anunciar sus victorias a Honor y no dejaba de pasar por la granja de los Haymaker, aunque no le pillara de camino. Muchas veces obligaba al prisionero a ir a la grupa del caballo, encadenado y maniatado, de modo que el hombre tenía que hacer esfuerzos para no caerse.

Una tarde, cuando los Haymaker estaban sentados en el porche, Donovan se aproximó, se llevó una mano al sombrero y le dio un codazo a su prisionero, que se cayó al suelo. Honor se levantó de un salto, y Jack la sujetó.

—No te metas, Honor. Eso es lo que él quiere.

—Pero ese hombre necesita ayuda. Puede que esté herido.

El fugitivo estaba boca abajo, pataleando para intentar ponerse de costado.

—Si vas en su ayuda, será una victoria para un hombre como Donovan.

Honor frunció el ceño.

—Haz lo que te dice tu marido —le ordenó Judith Haymaker—. Y no me mires así.

A Honor le dolió el tono cortante y miró a Jack para que suavizara la orden de su madre. Pero Jack estaba observando a Donovan con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¡Venga a ayudarme, Haymaker! —gritó Donovan—. Aquí tengo uno vivo intentando escapar. —Como Jack no se movía, Donovan sonrió burlonamente—. ¿Quiere que cite la ley? Pues con mucho gusto. «Se ordena por la presente a todos los ciudadanos de bien que ayuden a la pronta y eficaz ejecución de esta ley cuando sean requeridos sus servicios». De hecho, aprendí a leer sólo para poder citar palabras así. Bueno, ¿será rápido y eficiente o quiere que le detenga por violar la ley? A lo mejor le gustaría pasar una temporadita en la cárcel, lejos de su guapa esposa.

Jack apretó las mandíbulas. Está atrapado, como yo, pensó Honor. ¿Qué es peor, no tener principios o tenerlos y no poder mantenerlos?

Observó desde el porche a su marido ayudando a Donovan a recoger al hombre negro y subirlo a la silla. El esclavo tenía la cara magullada y la ropa rota, pero mientras Donovan se alejaba sus ojos se encontraron unos momentos con los de Honor. Donovan no lo vio, pero Jack, sí. Miró a su esposa, que bajó la mirada. Incluso mirar era peligroso.

Faithwell, Ohio
30 del décimo mes de 1850

Queridísima Biddy:

Llevo varias semanas pensando en escribirte, pero cada vez que cojo la pluma me quedo dormida encima del papel. Hemos tenido tanto trabajo con la cosecha que estoy demasiado cansada para hacer otra cosa que cenar y lavarme antes de caer rendida en la cama. Me levanto al amanecer para ordeñar. ¡Sí, sé ordeñar vacas! Judith se ha empeñado, y comprendo que si quiero ser una verdadera Haymaker tengo que ayudar a ordeñar.

He de reconocer que al principio las vacas me aterrorizaban. Son enormes, fuertes y huesudas, y se empeñan en hacer lo que ellas quieren, no lo que yo quiero que hagan; se mueven, patalean y me empujan. Me daba miedo que me pisaran un pie y me lo rompieran, y procuraba quitarme de en medio. Incluso cuando Judith me dejaba las vacas más tranquilas me costaba trabajo dominar la técnica. Tengo las manos pequeñas y no mucha fuerza en los brazos. (¡Judith y Dorcas poseen unos antebrazos como postes!). Durante una temporada tardaba el doble que los demás en ordeñar una vaca. Creo que llegaron a darme por perdida, sobre todo porque desperdiciaba mucha leche cuando las vacas le pegaban una patada a mi cubo.

Tocar las ubres de una vaca es una sensación extraña. Al principio no me parecía bien, y pensaba que las molestaría, pero Dorcas me enseñó a escupirme en las manos para no irritarlas, y a las vacas no parece importarles. Poco a poco he ido cobrando confianza, y durante la última semana no se me ha derramado ningún cubo. Quizá tenga los brazos más fuertes, porque ahora puedo ordeñar una vaca en quince minutos, si bien todavía con más lentitud que los demás, que sólo tardan diez. De todos modos, sigo insistiendo. Incluso he empezado a disfrutar ordeñando; apoyarse en el costado de una vaca y sacarle leche tiene algo de tranquilizador. A veces incluso tengo esa sensación de hundirme en el vacío como en las asambleas.

Me alegro de poder ayudar. Tengo que ayudar, si quiero que la granja crezca. Cada año los Haymaker tratan de añadir una vaca al rebaño, si han sacado suficiente heno para una más. Jack está muy contento de que tuviéramos tres buenas cosechas de heno este verano, lo que significa que podemos permitirnos mantener el ternero que nació el mes pasado.

Te imagino sonriendo con mis asuntos sobre vacas, heno y cosechas. Tampoco yo pensé jamás que llevaría una vida así. Si vieras la despensa de aquí, te sorprenderían las hileras de tarros llenos de comida de la huerta: judías, guisantes, pepinos, tomates y calabacines. El sótano está a rebosar de patatas, nabos, remolachas, zanahorias, manzanas y peras. Las cerezas y las ciruelas están en almíbar o secas. Ahora estamos haciendo compota de manzana y mermelada de manzana, y secando aros también de manzana.

Claro que en casa hacíamos asimismo conservas con hortalizas, aunque no a la misma escala que aquí. Debemos de tener cinco veces más producción que la de madre. Ha sido un trabajo tremendo. Yoapestaba a vinagre y salmuera, y tengo quemaduras en los brazos y las manos del almíbar caliente y la cera para sellar los tarros. A veces pensaba en la facilidad de ir a las tiendas de Bridport a comprar sin más lo que necesitábamos, pero aquí no tenemos dinero. Además, los Haymaker (bueno, todo el mundo) se enorgullecen de ser autosuficientes. Da gusto ver la despensa bien surtida. Y el henal se encuentra hasta los topes; el granero está lleno de maíz seco. Los cerdos engordan rápidamente y los sacrificarán dentro de un par de meses, embotellarán los pollos (¡sí, los guardan en frascos!) y Jack saldrá a cazar venados. En resumen, la granja está lista para el invierno, que según dicen es largo y muy frío. No creo que me importe; prefiero la nieve al calor sofocante. La verdad es que estoy disfrutando el otoño, con la caída de las hojas. El tiempo ha sido bastante templado, pero las noches son desapacibles y hace dos semanas heló. Las hojas de los árboles tienen unos colores espléndidos, mucho más vivos que en Inglaterra: los arces, que aquí abundan, de un rojo y un naranja intensos, abedules dorados, robles morados. El espectáculo me alegra el corazón.

Empiezo a llevarme un poco mejor con Judith y Dorcas, desde que ven que puedo serles útil. He aprendido a remitirme a las decisiones de Judith, a dejar que ella me diga qué tengo que hacer, porque si actúo según mi criterio, a sus ojos siempre me equivoco. A veces resulta fatigoso, pero más fácil que tratar de justificar mis métodos. Ceder ante ella me concede mayor libertad, pues no me somete a un examen tan riguroso y además

alivia la tensión que a veces siento con Jack, que tiene que debatirse entre nosotras dos. No es nada fácil pasar a formar parte de otra familia.

Me temo que he fracasado con mis guisos. No les gustan; dicen que son demasiado delicados. Desde luego, los ingredientes de aquí no responden como a mí me gustaría. Cuando intento hacer natillas la leche se me quema en lugar de cuajarse. La harina es tan arenosa que el hojaldre se me deshace. La carne de vaca es dura, y no sé cómo dejarla tan tierna y sabrosa como el cordero inglés. Aquí no hay corderos; las vacas se crían mejor que las ovejas. El jamón y la panceta están tan salados que apenas puedo probarlos. La olla de hierro se calienta demasiado y se quema todo. Y cualquier cosa que cocino sabe a maíz, tanto si lo uso como si no. Ahora me limito a hacer lo que me pide Judith: cortar, barrer y fregar.

Lo único por lo que realmente se me valora aquí es por mi costura y mis colchas. Judith ha dejado toda la costura en mis manos, y me alegro de encargarme de eso. En varias ocasiones me han pedido que cosiera el cuadro central, que es el que más destaca en una cama.

Ahora estoy trabajando en una colcha para Dorcas, con el fin de reponer una de las que me dio para mi boda, la primera de las tres que le debo. La llevo muy adelantada. Dorcas se ha decidido por una aplicación con un motivo que llaman guirnalda presidencial, a base de bloques repetidos que forman círculos de flores rojas y hojas verdes sobre tejido blanco. Llevan una cenefa en rojo y por fuera otra de hojas de parra en verde con más flores rojas. Como son colores complementarios y destacan sobre el fondo blanco, quedan muy llamativos. El resultado es sorprendente, aunque mucho menos delicado que a lo que estamos acostumbradas tú y yo. Le hice el boceto, si bien cambió de idea varias veces respecto a los detalles, las hojas de parra en verde o rojo, el tamaño de las guirnaldas, alternar o no margaritas y tulipanes... ¡Y volvió a cambiar de idea cuando yo ya había cortado las piezas! Pensé que tendría que tirar mucha tela, y que me considerarían una manirrota, pero por una vez Judith acudió en mi ayuda y le dijo a Dorcas que me dejara a mí elegir lo que me pareciera mejor. De modo que en ese terreno soy mi propia jefa.

Convencí a Dorcas de que me dejara utilizar telas estampadas en lugar de lisas, así que la roja lleva pequeños topos azules, y la verde, amarillos. De esa manera la aplicación quedará menos insulsa. Fue una pequeña victoria que me impulsa a trabajar con la colcha. Además, la aplicación va mucho más rápida que el patchwork, así que al menos no tardaré mucho en acabarla. Cuando empiece con la otra, quizá la haya convencido de que me deje hacerle una colcha a la inglesa, aunque tarde mucho más.

A veces pienso si no debería hacer las colchas para mí y devolverle las suyas cuando las tenga terminadas. Todavía no las hemos utilizado; de momento Jack y yo dormimos con mi colcha firmada y la blanca que nos hicieron la semana antes de la boda. Sin embargo, no se lo he sugerido a Judith, porque tengo la impresión de que no les gustaría ni a ella ni a Dorcas. La mía sería la mejor hecha, y Dorcas la preferiría a las demás, siempre y cuando tuviera el diseño a su gusto. Estoy deseando empezar con el acolchado, porque ella no tiene mucho que opinar sobre esa parte de la tarea, y yo puedo elegir el diseño. Creo que le pondré una cenefa de plumas, a pesar de que es más difícil que otros motivos, pero así, después de las guirnaldas y las flores verdes y rojas, se verá algo realmente mío.

Supongo que madre ya te habrá pedido la colcha con la estrella de Belén que te regalé antes de venir a América. Me daba vergüenza pedirte que me la devolvieras, pero sé que mi mejor amiga lo comprenderá. Las circunstancias me han obligado a casarme mucho antes de lo previsto y no estaba preparada, ni en lo que a colchas ni a otros asuntos se refiere. Espero hacer otra algún día y que emprenda el largo viaje que la llevará a tus manos.

Tu fiel amiga,

HONOR HAYMAKER

La Estrella Polar



Con el frío Honor empezó a preocuparse por que los fugitivos durmieran fuera. Los que había alcanzado a ver llevaban poca ropa y de poco abrigo. La mayoría de ellos pasaban por allí de noche y se limitaban a recoger la comida que ella había dejado, aunque de vez en cuando a alguno lo sorprendía la luz del día y tenía que esconderse en el bosque de Wieland. Cuando llegaron las heladas y empezó a cuajar la nieve buscó un sitio más abrigado para esconderlos durante el día en caso de necesidad. El henal era el sitio más a mano, y había paja para taparse, pero precisamente por eso, era también el que primero registrarían los cazadores de esclavos. Además, Judith, Dorcas y ella ordeñaban en el establo dos veces al día, y Jack no paraba de entrar y salir, para retirar la paja sucia y poner la nueva y dar heno a los animales. Había demasiado ajeteo para esconder a nadie. Sin embargo, no se le ocurría un escondite mejor; las gallinas harían demasiado ruido con alguien en el gallinero, y los cerdos, las vacas y los caballos se inquietarían si había alguien cerca de sus pesebres. El cobertizo del carro se usaba menos pero estaba más desprotegido y era más frío e incómodo. La leñera quedaba demasiado cerca de la casa. De todos modos pensó que el heno era lo mejor de la granja; era donde ella se sentía más segura.

El primer fugitivo que escondió fue un chico de unos doce años. Lo encontró acurrucado detrás del gallinero al ir a recoger los huevos un primer día por la mañana, con tanto frío que apenas podía moverse. Mientras le daba un pedazo de pan de maíz que llevaba en el delantal pensó a toda prisa.

—Espera aquí hasta que nos veas salir para la asamblea..., la iglesia —se corrigió para que el chico la entendiera—. Después escóndete en un rincón del establo, entre la paja. Si entra alguien, no te muevas. Cuando vuelva te avisaré.

Como era primer día, de descanso, sabía que Jack no cambiaría la paja de los animales, que sólo les daría de comer.

Esa tarde lloviznó, aguanieve. Honor se disculpó para ir a la letrina, donde dejó el farol y corrió a ciegas hasta el establo.

—Soy yo —dijo en voz baja. Oyó salir al chico pero no lo vio; sólo pudo oler el sudor del miedo cuando él se acercó—. Toma.

Tendió un poco de carne y unas patatas frías hacia la oscuridad. Al recoger la comida las manos del chico tocaron las suyas.

—Gracias.

—Tienes que marcharte esta noche, a Oberlin, a tres millas al norte. Ve detrás del establo y sigue por allí. En Oberlin busca la casa roja en Mill Street. En la ventana de atrás habrá una vela.

Honor se dio la vuelta para marcharse sin darle tiempo al chico a decir nada, temiendo que en la casa la echaran en falta. Mientras cerraba la puerta oyó cómo devoraba la comida.

Al día siguiente Honor fue con discreción al establo mientras Jack estaba fuera repartiendo queso y las otras dos mujeres cocinando manzanas, con un cubo lleno de mondaduras para dárselas a los cerdos. Quería comprobar que el chico no había

dejado ningún rastro, y se quedó atónita al descubrirlo allí, dormido en un lecho de paja. Al despertarlo, el muchacho se puso en pie de un salto, dispuesto para echar a correr.

—¿Por qué sigues aquí? ¡Es peligroso! —exclamó Honor.

El chico se encogió de hombros y volvió a tumbarse en la paja.

—Fuera hace demasiado frío. Hacía mucho tiempo que no estaba tan calentito. Esta mañana ha venido alguien a dar de comer a los animales, pero me quedé muy quieto y no me vio. ¿Tiene algo de comer?

En lugar de reñirle Honor le dio unas peladuras de manzana y le prometió llevar algo más después. A diferencia de otros fugitivos que había conocido, el chico era hablador y mientras comía le contó su viaje desde Virginia. Había viajado con un hombre mayor que él, pero tuvieron que separarse en el este de Ohio cuando empezaron a perseguirlos por densos bosques. El chico no sabía qué le había pasado a su compañero.

—Yo no quería ir al norte y quedarme en Pensilvania o Nueva York —comentó con la convicción de un chico de doce años—. La tierra de los yanquis todavía es muy peligrosa. Canadá es más seguro. Me ayudaron durante casi todo el viaje, sobre todo los cuáqueros. ¿Usted es cuáquera?

Honor asintió con la cabeza.

—Ya casi estás allí —dijo—. Sólo tardarás unos días en llegar al lago, y allí alguien te ayudará a encontrar un barco para Canadá.

—Sí, claro.

Pero el chico parecía indiferente. Se ha acostumbrado tanto a viajar que ha olvidado su destino, pensó Honor. Antes de marcharse lo tapó de manera que pareciera un auténtico montón de paja. Funcionaría siempre y cuando el chico se quedara quieto y no hiciera ruido. Pero no podía; por su juventud era inquieto y no paraba de agitar los pies y sacudir las piernas, cambiar de postura y meterse más adentro entre la paja. Honor confiaba en que si aparecía Donovan u otro cazador de esclavos, el miedo cubriría al chico como un manto de silencio.

Sin embargo, Donovan no fue por allí, y el chico desapareció esa noche. Honor rezó por que llegara a Canadá.



Escondió a otro unas semanas más tarde. Una mañana, cuando iba al establo a ordeñar, tuvo la sensación, ya familiar, de que había alguien en los bosques de Wieland, aunque no miró hacia allí. Los charcos y los surcos en el barro estaban helados; pasar una noche al raso debía de haber sido penoso. Fue a recoger los huevos con la misma sensación, pero a pesar de su desazón no pudo hacer nada.

Poco después les llegó aviso de que una amiga se había puesto de parto y necesitaba la ayuda de Judith. Dorcas la acompañó, pero Honor se quedó para ayudar

a Jack a ordeñar. Jack se ponía menos serio y más juguetón cuando no estaba su madre. Ordeñaron la misma vaca, cada uno a un lado, y él le lanzó el chorro de leche hasta que Honor le dijo que lo dejara, riendo.

Siguieron trabajando unos minutos en silencio, Honor con la cabeza apoyada en el costado de la vaca, pensando en el fugitivo en medio del bosque.

—Un parto —dijo de pronto Jack—. Dentro de poco nosotros estaremos así. —Agarró la mano de Honor y le hizo apretar la ubre húmeda de la vaca—. Podemos empezar ahora mismo. El heno es una buena cama.

—Después de ordeñar —replicó Honor, ocultando su sonrisa tras el flanco de la vaca.

No obstante, antes de que hubieran acabado avisaron a Jack para que fuera a buscar al médico a Oberlin, porque la parturienta estaba sangrando. Jack propuso dejar a Honor en casa de Adam y Abigail para que tuviera compañía, pero Honor se empeñó en que estaría bien ella sola. «Digger se queda conmigo. Hay que acabar de ordeñar y todavía hay muchas cosas que hacer», le recordó. Aunque el perro mantenía las distancias, la defendería en caso de necesidad.

Cuando Jack se marchó, Honor encerró a Digger en la casa y corrió hasta la linde del bosque con un farol. Lo puso en alto, apuntando hacia la espesura. «¡Sal de ahí! —gritó, con el corazón desbocado—. ¡Yo te esconderé!». Aunque con la sensación de apremio no le tenía el miedo de costumbre al bosque, no reunió ánimos suficientes para adentrarse en él.

Por suerte no hizo falta; una mujer salió de entre los arcos y se situó en el círculo de luz. Aunque llevaba capota y chal, temblaba de frío. Mientras Honor la llevaba hacia el establo por la huerta se oían los furiosos ladridos de Digger atenuados por la distancia. Y de pronto oyó el caballo de Donovan, retumbando estrepitosamente por el camino de Faithwell.

Honor apagó el farol y echó a correr, dando por hecho que la mujer la seguiría. No fue hasta la pesada puerta del granero que habían cerrado Jack y ella para la noche; se dirigió a una puerta pequeña en un lateral, construida por si un incendio bloqueaba las demás salidas. Si utilizaban la puerta principal Donovan podría oírlo y sin duda se daría cuenta de que el cerrojo no estaba echado.

Dentro estaba tan oscuro que Honor no podía ver su propia mano delante de la cara. No había tiempo para pensar; agarró a la mujer por el brazo y tiró de ella, golpeándose con las balas de heno, hasta la paja amontonada en un rincón. Ahuecaron el montón, se cubrieron con puñados de paja y esperaron. Oyeron a Donovan al llegar y saltar del caballo; después los ruidos de sus pisadas por los diversos edificios, el cacareo de las gallinas, el chirrido de la puerta del cobertizo, el portazo de la letrina. Por último se apagaron los ruidos. Debían quedarse muy quietas.

Parecía que al fin Honor había conocido a alguien capaz de mantenerse tan inmóvil como ella. En el fondo siempre se había sentido orgullosa de lo quieta que

podía quedarse en la asamblea. Cuando se sentaba en un banco, con los pies apoyados con firmeza en el suelo, las piernas apretadas y las manos en el regazo, era capaz de mantener esa postura dos horas sin moverse. Los demás se removían en sus asientos para aliviar el dolor de piernas y nalgas. Encogían los hombros, se rascaban la cabeza, tosían, entrelazaban los dedos y los separaban. Jack era en especial censurable. En las raras ocasiones en que se levantaba para hablar, Honor sospechaba que no era porque se sintiera movido por el Espíritu Santo, sino porque necesitaba estirarse. Ser cuáquero no significaba necesariamente ser silencioso.

La mujer acurrucada a su lado bajo la paja no podía tener tantos años de experiencia de inmovilidad como ella. Sin embargo, no se movía, hasta el extremo de que Honor no percibió ni el mínimo susurro. Lo único que oyó fueron unos ratones revolviéndose y chillando en su madriguera, muy cerca, y una vez el chasquido húmedo de los ojos de la mujer al parpadear, un ruido tremendo en medio del silencio. Casi se pusieron a competir entre ellas para ver quién podía quedarse más quieta.

Después Honor oyó el romperse de una ramita, el chirriar de una bota de cuero, y se puso en tensión. También Donovan estaba jugando a la inmovilidad, pero con menos habilidad que las dos mujeres. El único movimiento que hizo la esclava fue despegar la lengua del paladar, con un toc apenas audible.

El ruido fue casi una señal. Con un ominoso raspar de metal contra metal, Donovan descorrió el cerrojo de las puertas del establo y abrió una hoja. Tras la densa oscuridad su farol destelló como la luz del sol. Cuando entró, Honor apenas pudo resistir la tentación de echar a correr, aunque sabía que ninguna de las dos podría ganarle la carrera. Tenían que quedarse donde estaban y no sólo guardar silencio, sino negarse a sí mismas de tal modo que él no notara su presencia, una tarea más difícil que la de quedarse quieta; significaba controlar y aquietar la luz interior.

A pesar de que su instinto le pedía lo contrario, cerró los ojos. Quería observar a Donovan, cuya silueta vacilaba a la luz del farol que movía para iluminar los rincones. Sin embargo, si desconectaba su visión y sólo dejaba la imagen mental del establo, quizá lograra reducir su propio ser. Pero trató de imaginarse al otro lado del mar, contemplándolo con su madre y su hermana desde las colinas de Colmer, a las afueras de Bridport.

—Honor Bright.

Donovan pronunció su nombre como si supiera que estaba allí, y su voz la devolvió de inmediato al establo. Sin abrir los ojos, notó la mirada de Donovan clavada en ella, a pesar de que estaba cubierta de paja. Su espíritu quería llegar hasta él, si bien Donovan representaba todo lo que ella rechazaba.

El aire del establo se había vuelto sofocante y tenso. La fugitiva no reaccionó ante el cambio, salvo con el clic de otro parpadeo. Los tres guardaron absoluto silencio durante largo rato. Al final Donovan carraspeó.

—Por esta vez voy a dejarla en paz, Honor. No sé por qué. Pero no volverá a

ocurrir, se lo garantizo.

Honor esperó un cuarto de hora después de dejar de oír los cascos del caballo de Donovan; entonces se estiró y dobló las piernas entumecidas.

—Bueno, ya se ha marchado dijo. —La mujer negra siguió sin moverse—. Nunca había conocido a nadie tan silencioso —reconoció—. Sería usted una buena cuáquera. — Al fin oyó algo: el sonido de una sonrisa. Una vez fuera, Honor añadió en un susurro—: ¿Sabes adónde ir?

Sin pronunciar palabra, la mujer señaló una estrella en el cielo, hacia el norte, la Estrella Polar. En una ocasión Samuel le había explicado a Honor que en el cielo nocturno todo gira alrededor de esa humilde estrella y que, como no se mueve, puedes seguirla. A Honor siempre le había parecido increíble que en un cielo en perpetuo movimiento hubiera un punto fijo.

Faithwell, Ohio
20 del primer mes de 1851

Queridísima Bidy:

Me llenó de alegría recibir tu carta junto con la colcha de la estrella de Belén, así como las de William y mi tía. Ha sido un auténtico regalo recibir el paquete, con tu carta y las de madre y la tía Rachel al mismo tiempo, con tantas noticias y tanto cariño. Han roto de verdad la monotonía de estos días de invierno.

Cuando desenvolví las colchas y las extendí en nuestra cama, lloré al ver las telas y la costura, tan familiares. Te agradezco muchísimo que hayas renunciado a la colcha con tanta generosidad y comprensión, sobre todo teniendo en cuenta que empiezo a notar, por las frecuentes referencias en tus últimas cartas a cierta familia de Sherborne, que podrías necesitar colchas dentro de poco. Te lo agradezco, Bidy. Mi suegra está contenta de que hayan llegado, aunque Dorcas y ella las examinaron con un desconcierto que no intentaron disimular. Salta a la vista que el patchwork inglés no es de su agrado.

Pensaba que con la llegada del invierno tendría más tiempo para escribir cartas. Y sí, más tiempo tengo, porque no hay nada sembrado, la nieve llega hasta las ventanas y aparte de ordeñar, dar de comer a los animales e ir a la asamblea raramente salimos de casa. Sin embargo, no me siento con ánimos de escribir, quizá por tener menos cosas que contarte. Cada día es idéntico al anterior. Llevamos un mes entero encerrados juntos, como las vacas y las gallinas, y resulta que me encuentro agotada y aburrida. No recuerdo semejante sensación durante los inviernos en Dorset; eran más suaves, con menos nieve, y al estar en la ciudad, Grace, tú y yo siempre andábamos de aquí para allá; circulaban las personas, las ideas, las cosas y el aire del mar, que nos renovaban. Aquí me paso el día con Dorcas y Judith en la cocina, que es donde se está más a gusto, y el aire está tan viciado como trasnochadas nuestras conversaciones. Y como no sé qué contarte en una carta, lo voy dejando. Lo siento mucho. Pero la llegada de tu carta y las colchas me ha dado un buen motivo para coger la pluma.

Ahora sonrío al recordar que en mi última carta te decía que estaba deseando que llegara el frío. ¡Cuánto echo en falta el verano! Desde hace semanas hay un gruesa capa de nieve, que aumenta cada día sin derretirse. Jack ha abierto senderos hasta el gallinero, el pozo, la letrina y el establo, y cada poco tiempo saca los caballos para abrir un camino hasta Faithwell y poder repartir la leche. No obstante, resulta difícil abrirse paso entre la nieve endurecida, y entre eso y el frío nos quedamos en casa. Cuando salgo por la mañana a ordeñar se me agarrotan los dedos de tal manera que apenas puedo tirar de las ubres y tengo que calentármelos en los costados de las vacas. Al menos los animales están calientes y su aliento impide que se congele el establo. Las gallinas no salen del gallinero y ponen poco; de vez en cuando alguna se muere de frío y tenemos que comérsola, algo que me entristece, porque no están destinadas a eso.

Ahora producimos menos. Da una sensación extraña estar comiéndose lo que hemos ido almacenando con tanto trabajo durante el verano y el otoño, aunque para eso lo almacenamos, naturalmente. Cada día desaparecen un par de tarros de la colección. Todas las semanas matamos un pollo. Estamos acabando con el jamón y la panceta del cerdo que sacrificaron el mes pasado. Los cubos de patatas y zanahorias del sótano están mermando. En el establo, lo que me parecía una montaña de heno se ha reducido a una colina. Y el granero todavía está lleno de maíz, pero los caballos han empezado a devorarlo, y también la avena. Cuando me fijo en la merma, en la nieve que nos tiene aquí atrapados y en el frío que impide que nada crezca, tengo una extraña sensación, como de pánico, de que se acabará la comida y nos moriremos de hambre. Por supuesto, los Haymaker han pasado muchos más inviernos así y se sienten más seguros. Están acostumbrados a hacer todo lo que necesitamos en lugar de comprarlo. Veo a Jack y Judith haciendo cálculos a diario, contando y pensando en cómo estirar lo que tenemos. Ayer Judith sacó varias lonchas de jamón para la comida y volvió a guardar una sin cocinarla. Ese detalle me preocupó, aunque al final tuvimos más que suficiente. He de confiar en que gracias a ellos pasemos el invierno, y supongo que llegará el día en que esté tan tranquila y despreocupada como Dorcas, que sigue con un apetito estupendo. Sin embargo, me ha reconocido que cuando se mudaron de Carolina del Norte, al principio los inviernos de Ohio fueron un martirio para ella.

Echo de menos la comida fresca; todas las hortalizas y frutas que comemos aquí están encurtidas o secas,

salvo unas cuantas manzanas, patatas y zanahorias. Pero hay algo que ha sido todo un descubrimiento: Jack puso al fuego una pala llena de mazorcas de maíz, que estallaron como flores blancas. Las palomitas de maíz son lo más delicioso que te puedas imaginar. Jack estaba tan contento de que me gustaran que me las hizo tres noches seguidas, hasta que Judith le riñó.

Como ya he dicho antes, ayudo a ordeñar todas las mañanas y todas las tardes, una tarea mucho más fácil desde que las vacas me aceptan, y yo a ellas. Siempre me habían parecido todas iguales, bestias estúpidas que no hacen otra cosa que comer hierba, pero ahora sé que cada una tiene su carácter, como las personas. Tardaron varias semanas en aceptar que las tocaran otras manos. Como los caballos y los perros, notan enseguida la indecisión y se aprovechan en cuanto pueden. He aprendido a mostrarme firme con ellas, y ahora son dóciles. Si vieras mis brazos, sonreirías, porque se me han desarrollado unos músculos que jamás había utilizado, y tengo los antebrazos casi tan grandes como el resto, y los hombros no tan caídos como antes. No debería preocuparme por cosas así, si bien mi cuerpo me resulta extraño, aunque a Jack no le importa, al estar acostumbrado a los brazos de las mujeres que ordeñan.

Después de ordeñar desayunamos, y mientras yo me ocupo de los platos, Judith y Dorcas hacen queso y mantequilla con la leche recogida por la mañana. Cuando acabo con la cocina desgrano media fanega de maíz para los caballos. Es el trabajo que más detesto, porque me hago daño en los pulgares al sacar los granos secos de las mazorcas. También se me ha puesto más grande la base de los pulgares, y tengo la yema llena de cicatrices. ¡Si me vieras, no me reconocerías! A veces parece una tarea tan absurda desgranar maíz para que se lo coman, y hacer otro tanto la mañana siguiente y la siguiente... Encerrados todo el invierno en el establo, haciendo poco más que comer y ensuciar, los animales te llegan a parecer máquinas. Seguro que me alegraré tanto como los caballos y las vacas cuando llegue la primavera y puedan salir a pastar.

Tras finalizar las tareas de la mañana, Judith se pone a preparar la comida y Dorcas y yo nos sentamos junto al fogón a coser o tejer. Ahora estoy trabajando en la segunda colcha de aplicaciones blancas y rojas para Dorcas. No la convencí para que me dejara hacerla de patchwork, aunque ya no me importa tanto, porque he empezado a encariñarme con la alegre sencillez del diseño, sobre todo en estos meses tan grises. Pero voy muy lenta; el frío, el aire viciado y lo repetitivo de la vida cotidiana me atontan y me dejan sin ganas de conseguir grandes cosas. No paro de cometer errores y descoser. Cuando en otoño teníamos tanto trabajo, aun así cosía más que ahora. Y estar recluida con los demás resulta muy duro; a veces casi me vuelvo loca de pura frustración. Me siento prisionera, atrapada en una casa con una familia de la que todavía no siento que formo parte.

Echo de menos los prados de Dorset, que estaban verdes durante todo el invierno. Hasta que se me presentó la perspectiva de largos meses de marrón, gris y blanco no supe valorarlos. Ahora pienso que el impresionante espectáculo del rojo, el amarillo y el naranja de las hojas otoñales fue el último regalo de Dios para mantenernos vivos durante estos meses incoloros del invierno.

Rara vez vemos a alguien, porque todo el mundo está encerrado en su casa, esperando el final del invierno. Muy de vez en cuando alguna persona se atreve a desafiar el frío y la nieve para venir a por leche y queso. Belle Mills, la sombrerera, vino una vez de visita... ¡en trineo! Aquí van tirados por caballos. Estoy aprendiendo muchas cosas nuevas. ¿Te acuerdas del loro que tenía un marinero de Bridport? La llegada de Belle a Faithwell fue como la de ese loro, todo plumas brillantes entre la nieve. Judith y Dorcas no dijeron ni media palabra. Yo me puse tan contenta de verla que hasta lloré, y Belle se burló de mí, porque cada vez que estoy con ella lloro. Ella es la única persona en Ohio cuya amistad se parece un poco a la que existe entre tú y yo, y sin embargo, Belle es tan distinta de ti como lo son los petirrojos norteamericanos de los ingleses. Aquí son grandes y vistosos, con el pecho de un color muy vivo, no como los pájaros más delicados y frágiles que tú conoces.

Belle me trajo una pieza de seda preciosa, de color tostado, que espero utilizar para una colcha cuando acabe las de Dorcas. Entonces podré hacer lo que me gusta, en primavera, cuando todo vuelva a la vida.

Tu fiel amiga,

HONOR HAYMAKER

Jarabe de arce



El deshielo fue como cuando se abre un puño, con el mundo, y Honor en él, extendiéndose en la palma de la mano. Resultaba sorprendente lo poco que tardaba el frío en dejar de ejercer su poder. Un día Honor se levantó y el aire era distinto, aún helado pero menos cortante y pertinaz.

Estaba terminando la colcha de Dorcas, pero ella sola, en lugar de con muchas manos en una fiesta, porque las reservas de alimentos eran escasas y no estaban para celebraciones. Sentada ante el pequeño armazón ovalado que mantenía la tela tirante para facilitar el perforarla con una aguja, se dio cuenta de que no estaba tensa para combatir el frío. Dorcas se rió de algo que dijo Judith –una risa, un sonido que Honor no había oído durante todo el invierno–, y comprendió que los demás también habían notado el cambio.

Esa noche, acostada contra la cálida espalda de Jack, atenta a otra transformación que se había producido en lo más profundo de su cuerpo durante las últimas semanas, oyó un prometedor goteo fuera. En el transcurso del día el camino de Faithwell se convirtió en un barrizal casi tan intransitable como la nieve. Al ir a la asamblea Honor se hundió hasta las rodillas, y Jack, Dorcas y Judith tuvieron que tirar de ella para sacarla. Pero se dejó una bota dentro, y Jack tuvo que desenterrarla con una pala.

Al día siguiente Jack puso espitas en varios arcos de los bosques de Wieland con el fin de extraer savia para hacer jarabe. Después del maíz fresco, el jarabe de arce era lo que más le gustaba tomar a Honor en Estados Unidos. No se podía imaginar nada con un sabor más dulce, resinoso y áspero a la vez, un sabor que no podía describir fácilmente en las cartas a su familia, y le hubiera gustado enviarles un poco.

Tras ordeñar por la mañana Jack la condujo a los bosques de Wieland a recoger savia. Cocerla para reducirla a jarabe llevaba un día entero, así que tuvieron que empezar temprano y llevar la savia que había goteado durante la noche. Honor se alegró de pasar unos momentos a solas con su marido, algo insólito salvo cuando estaban en la cama. El invierno había convertido a los Haymaker en una especie de piña, y a veces a Honor sentía deseos de gritar. Quizá pudiera disfrutar de la compañía de Jack sin sentir la presión de Judith y Dorcas. Al menos no había habido visitas imprevistas de Donovan que aumentaran las tensiones. Como había predicho la señora Reed, en invierno los fugitivos eran escasos; eso, junto con la nieve, lo había mantenido a raya.

Honor y Jack trabajaron juntos en el bosque, yendo de un árbol a otro y pasando la savia acumulada en los cubos colgados de las espitas a baldes más grandes. Con los árboles despojados de hojas y la maraña de matorrales seca, los bosques de Wieland habían perdido parte de su ferocidad y Honor se sentía más cómoda y menos amenazada. En el silencioso ambiente de compañerismo decidió darle a su marido una noticia que sin duda le alegraría. Se había contenido durante los días de frío, pero el deshielo también había desatado cambios en su interior.

—Jack... –dijo.

En ese momento un hombre negro salió de detrás de un roble blanco, y Jack y

Honor se sobresaltaron.

—No quería asustarlos, señor, señora –dijo el hombre, quitándose el sombrero y frotándose la rala barba—. Tengo entendido que por aquí hay cuáqueros que ayudan a la gente si se lo piden.

—Nosotros no somos...

—Oberlin no queda lejos –interrumpió Honor a su marido—. Sólo a unas tres millas, por ahí. –Señaló hacia el norte—. Cuando llegue allí, vaya a Mill Street, la segunda a la derecha de Main Street. Hay una casa roja cerca de donde la calle cruza el arroyo Plum. Mire a ver si hay una vela en la ventana de atrás, y ellos le ayudarán.

Jack se quedó mirándola, atónito.

El hombre asintió.

—Gracias. –Se caló el sombrero, se arropó con el abrigo sin botones y echó a correr hacia donde Honor le había indicado.

Jack le dirigió una mirada furibunda a su esposa.

—¿Cómo sabes tú todo eso? –Honor no pudo mirarlo a la cara; se puso a observar el líquido transparente del balde, que no se pondría marrón hasta después de muchas horas de cocción—. Sabíamos que dejabas alimentos fuera, pero no que hablabas con ellos y les dabas instrucciones tan detalladas... y que al, parecer, también hablas con otros que trabajan en el ferrocarril subterráneo.

Honor levantó la vista.

—¿Sabías que escondía comida?

—Claro que sí. Es difícil ocultarle nada a un granjero. Y supongo que también esconderías fugitivos, ¿no?

—Algunas veces.

—Ya me lo imaginaba.

En cierto modo fue un alivio que sus actividades hubieran salido a la luz.

—¿Por qué no dijiste nada?

—Madre sí quería, por supuesto. Estaba furiosa por que nos desobedecieras y nos hicieras correr el riesgo de una multa. Y de que llamaras la atención del cazador de esclavos. –Jack recogió el cubo más grande y se acercó al siguiente árbol—. Pero yo le pedí que te dejara continuar.

Honor fue detrás de él.

—¿Por qué?

Jack quitó el cubo más pequeño de la espita y vertió la savia en el balde. Después le dirigió a Honor una mirada triste, seria.

—Quería hacerte feliz, Honor, porque sabía que no lo eras. Pensaba que si te dejaba actuar según tus principios, te alegrarías más de ser mi esposa.

Honor lo miró fijamente. No tenía ni idea de que Jack hubiera hecho tantos esfuerzos por complacerla. Respiró hondo y le tendió una mano, pero Jack ya se dirigía al siguiente árbol. Honor debería haber hablado, contarle lo que tenía pensado decirle, aunque se le atragantaron las palabras. Una vez pasado el momento, fue

imposible volver a sacar el asunto, sobre todo porque Jack se había puesto de espaldas a ella, a propósito.

Cuando acabaron de llenar los cubos los llevaron a la granja. Jack había construido una choza provisional, porque la cocción de la savia producía tanto vapor que era mejor no hacerlo dentro de la casa. Judith y Dorcas habían encendido fuego y colgado encima un caldero de hierro fundido. Se pasarían el día entero removiendo la savia por turnos, hasta reducirla a un jarabe espeso y oscuro.

Honor pensaba que Jack quizá guardaría silencio, pero su marido anunció inmediatamente que habían visto a un fugitivo en los bosques de Wieland y repitió lo que Honor le había dicho a aquel hombre.

Judith Haymaker miró a su hijo mientras él le daba uno de los cubos, y después a Honor.

—No debes empezar otra vez con esas tonterías —declaró, vertiendo la savia en el caldero—. Ya me he sometido suficiente tiempo a los deseos de Jack en ese asunto, y estoy segura de que estará de acuerdo conmigo en que no sólo no debes poner en peligro esta granja, sino que debes pensar en vuestro hijo, de Jack y tuyo. No sería justo que viniera al mundo con la granja arruinada.

Honor se puso colorada.

—¿Qué? —gritó Jack.

A Judith se le ensanchó su media sonrisa, aunque poco contribuyó a animar su rostro.

—Pero, Honor, no pensarías que podías ocultarme semejante cosa, ¿no? Se te nota en la cara y en la forma de andar. —Se volvió hacia Jack—. Tú eres hombre y no te fijas en esas cosas. Pensaba esperar a que te lo contara Honor. Siento que haya surgido así, pero tienes que saberlo, para ayudar a tu esposa a comprender lo mucho que hay en juego si continúa con esas locuras.

Jack se encaró con Honor.

—¿Es verdad? ¿Esperas un hijo?

Honor asintió.

La furia de Jack se derritió como nieve al sol. La rodeó con un brazo.

—Me alegro.

—Debes prometer no volver a ayudar a los fugitivos —añadió Judith—. Es ilegal y peligroso, y los Haymaker no podemos consentirlo más tiempo. Ya hemos sufrido bastante.

—¿Qué... qué quiere decir?

Los Haymaker se miraron. Judith suspiró.

—En Carolina del Norte perdimos nuestra granja al tener que pagar una cuantiosa multa por esconder a un fugitivo. Ya multaban incluso antes de que promulgaran la reciente Ley del Esclavo Fugitivo. La nueva ley es simplemente más exigente, y más dura.

—¿Por eso se trasladaron los Haymaker a Ohio?

—Sí —contestó Jack—. No soportábamos vivir allí después de lo que pasó.

—Yo pensaba...

Honor se calló. No era el momento de recordarle que en una ocasión le había dicho que habían venido al Norte por una cuestión de principios, como la mayoría de las familias cuáqueras del Sur que habían fundado Faithwell. Quizá los principios no fueran una motivación tan fuerte como la realidad de perder dinero y tierras.

Dorcas removía la savia cada vez con más celeridad, con la frente arrugada.

—Lo que no ha dicho madre... —empezó a decir, pero un movimiento de cabeza de Judith la silenció—. ¿Soy yo la única que tiene que remover esto? Supongo que Honor no podrá, en su estado.

—Qué tontería. Ni que fuera un jarrón de porcelana —replicó Judith—. Lo haremos por turnos. Así que, Honor, tienes que prometer no ayudar a los esclavos que pasen por aquí.

—De acuerdo —prometió Honor, y se le cayó el alma a los pies.

—Bien. Ahora, a remover la savia. Dorcas, dale la cuchara.

Faithwell, Ohio
27 del segundo mes de 1851

Queridos padre y madre:

Tengo noticias para ustedes y el resto de la familia: estoy esperando un hijo. Llevaba tiempo pensando en contárselo, pero he esperado hasta que todos los indicios lo confirmaran. No estoy segura de cuándo llegará la criatura, aunque creo que podría ser en el noveno o décimo mes. Los Haymaker están contentos, por supuesto, si bien Judith parece empeñarse en que no seré útil durante la cosecha, cuando esté en avanzado estado de gestación o amamantando.

Con el niño me siento un poco cansada, pero por lo demás me encuentro bien y no padezco las náuseas que sufren otras mujeres al principio del embarazo, o algunas, como Abigail, incluso después. Ella sigue sufriendolas, a pesar de que el niño nacerá dentro de un mes. (Abigail dice que dentro de dos, pero nosotros sabemos que llegará antes). La he visto muy poco durante el invierno, y también a Adam Cox. Es una lástima. Yo esperaba trabajar en la tienda de vez en cuando, pero los Haymaker dicen que quieren que me quede en la granja con ellos. Aunque me alegro de tener a alguien de casa tan cerca, no somos tan amigos como yo me esperaba. Supongo que tardará en desaparecer la tirantez entre nosotros.

Me alegro de poder contarles que ya no hay nieve y que es un alivio no sentirme prisionera dentro de la casa. Los días son más cálidos, a pesar de que las noches todavía son muy frías, y ya han salido campanillas e incluso algunos narcisos tempranos. Los sauces están echando brotes, con un verdor muy de agradecer entre tanto gris y marrón. Dentro de unas semanas empezaremos a preparar la huerta.

Quizá sea una tontería pensar que algún día conozcan a su nieto. Es algo que está en manos de Dios.

Su hija que les quiere,

HONOR HAYMAKER

Leche



La decisión de Honor de no ayudar a los fugitivos no impidió que siguieran llegando. A medida que mejoraba el tiempo empezó a pasar por allí una auténtica multitud procedente del Sur. Y tampoco resultaba fácil volverles la espalda, como querían que ella hiciera.

La primera vez no fue tan difícil. Apareció un hombre detrás de la letrina cuando Honor salía de allí. La miró expectante pero no dijo nada. Honor vio a Judith en la huerta, removiéndola tierra y preparándola para plantar. Se detuvo y se puso a observarlos apoyada en la horca. Honor repitió las palabras que había ensayado mentalmente para la situación: «Lo siento, pero no puedo ayudarle». Y añadió en voz baja: «Vaya a Oberlin, a tres millas al norte, a la casa roja de Mill Street, y pida ayuda. Que Dios le acompañe». Decirle eso no podía considerarse ayudarlo, aunque estaba segura de que a Judith no le parecería bien.

El hombre asintió con la cabeza, dio media vuelta y se internó en el bosque.

No ha estado tan mal, pensó Honor, sintiéndose fatal, si bien sólo un poco. Esperaba que Judith dijera algo, pero su suegra siguió removiéndola tierra de la huerta.

El siguiente fue una mujer mayor, algo que sorprendió a Honor; la mayoría de los esclavos que se escapaban eran más jóvenes, porque eran más fuertes y más capaces de soportar las penalidades del viaje. La descubrió cuando Digger se puso a ladrar y gruñir detrás del gallinero. Estaba sentada, rodeándose las rodillas con los brazos, observando al perro, que se había puesto frenético. Tenía el rostro surcado de profundas arrugas, aunque unos ojos aún limpios, de un marrón amarillento como los de un gato.

—Señora cuáquera, ¿tiene algo de comer? —preguntó cuando Honor apartó a Digger—. Es que tengo hambre.

—Lo siento, pero no puedo...

Honor no acabó la útil frase que se había aprendido.

—Un pedazo de pan y un poco de leche de las vacas esas que tiene, y me marchó.

—Espere aquí.

Honor corrió hasta la cocina, arrastrando a Digger, al que encerró en la casa. Por suerte Judith y Dorcas habían ido de compras y Jack a repartir leche. Mientras cortaba una rebanada de pan y una cuña de queso y llenaba de leche la taza de latón, preparó mentalmente el argumento que defendería ante Judith: no la estoy escondiendo, sólo dándole comida, como a cualquiera que pasara por aquí.

Observó a la mujer mientras comía, mirando de vez en cuando el camino por si volvía alguno de los Haymaker. La mujer masticó el pan y el queso con lentitud, ya que le quedaban pocos dientes. Vació la taza y chasqueó los labios.

—Muy rica la leche. Tiene buenas vacas. —Se levantó, se arregló los harapos en que llevaba envueltos los pies a modo de zapatos y se sacudió unas migas del pecho—. Gracias.

—¿Sabe adónde ir?

—Sí, sí. Al norte —respondió la mujer señalando con un dedo, y echó a andar.

Durante la comida Honor esperó hasta que hubo una pausa, apaciguando su estómago con sorbitos de agua.

—Ha llegado una fugitiva a la granja mientras estabais todos fuera —anunció—. Una anciana —añadió, con la esperanza de suavizar la noticia al presentar a la esclava como alguien especialmente necesitado—. Le... le di un poco de queso, pan y leche, y se marchó.

Se hizo un silencio.

—Ya lo hemos hablado —dijo Judith—. Habías prometido no ayudar a los fugitivos. Honor tragó saliva.

—Sí, lo sé, pero es muy difícil decirle que no a alguien que pide comida como lo hizo ella. Lo habría hecho por cualquier viajero. Sólo fui cortés, no ayudé a un fugitivo.

El argumento que había ensayado parecía endeble.

Judith frunció los labios.

—Donovan, tu cazador de esclavos, pondría en tela de juicio esa lógica. Si vuelves a tener problemas para echar a la gente de color, avísame a mí.

La siguiente vez que un fugitivo pasó por allí, Honor no pudo seguir el consejo de Judith. Se sentía extrañamente protectora y no quería someter a ninguno de ellos a la sonriente boca y la mirada fija de su suegra. La negativa parecería más delicada si la daba ella. «Lo siento, pero no puedo esconderle», le dijo días más tarde a un hombre de piel clara. Decir «esconder» en lugar de «ayudar» sonaba menos rígido, como si encerrara la esperanza de que aún podía prestar una pequeña ayuda. Adoptó la costumbre de llevar un pedazo de cecina en el bolsillo del delantal, y la siguiente vez que tuvo que decir «No puedo ayudaros», a dos adolescentes, se lo dio, más para sentirse menos culpable que por el alimento.

No obstante, las palabras que tantas veces se había preparado acabaron por fallarle. Una mañana a principios de primavera, mientras Dorcas y ella cruzaban el patio después de ordeñar, oyó un llanto en el bosque de Wieland que parecía de un bebé. Las dos se pararon y aguzaron el oído. El bebé volvió a llorar, aunque ahogadamente, como si alguien tratara de acallarlo. Honor se dirigió hacia los árboles, borrosos con el verdor de los brotes de las hojas a punto de abrirse.

—No pensarás ir a ver qué pasa —le recriminó Dorcas, quedándose detrás—. ¿Es que no has aprendido nada de madre?

—A lo mejor no es un fugitivo. Puede ser alguien que se ha perdido.

Una mujer baja, poco más que una niña, con la piel del color del té y mejillas redondas como tortas estaba agazapada entre las zarzas, apretando una criatura contra el pecho.

—¿Me van a entregar? —preguntó.

—No —contestó Honor.

—No me queda leche para la niña. Por eso llora.

—Dorcas, ve a por un poco de leche y algo de comer —ordenó Honor.

Dorcas la miró pero dio media vuelta y entró en la casa.

Mientras esperaban, Honor intentó sonreír al bebé para tranquilizarla, pero con una sonrisa forzada.

—¿Qué edad tiene?

—Cuatro meses. No sé por qué me escapé con una niña tan pequeña. No es justo, pero ya no aguantaba más.

—¿Desde dónde venís?

—De Kentucky. No desde tan lejos como otros, pero lo bastante cerca para que mi amo venga detrás de mí, él y un cazador de esclavos de por aquí.

Honor se quedó helada.

—¿Se llama Donovan?

La chica se encogió de hombros.

—¿Andan cerca?

—Por Wellington, que yo sepa.

—Pues no está lejos. No podemos esconderos a las dos aquí, pero si os quedáis en el bosque, lejos del camino, podríais estar a salvo.

Le explicó dónde estaba la señora Reed, pero la chica no le prestaba atención, con la mirada clavada en algo que había detrás de Honor. Era Dorcas, acompañada por su madre.

Judith Haymaker le tendió una taza de leche a la chica, que la cogió y la inclinó sobre la boca de la niña, pero la criatura no podía tragar, y la madre recurrió a meter un dedo en la leche y dárselo a chupar.

—¿Quién te ha dicho que vinieras aquí? —preguntó Judith.

—Una mujer de Wellington, señora —masculló la chica, pendiente de su hija.

—¿Cómo se llama?

La chica negó con la cabeza.

—¿Cómo es?

—Blanca, pero un poco amarilla. Como enferma.

—¿Dónde la viste?

—Detrás de una tienda.

—¿Qué clase de tienda? —insistió Judith. Honor intentó avisar a la chica con la mirada.

—No sé, señora. —Tras unos segundos de silencio, el rostro de la chica se iluminó y añadió un detalle—: Llevaba plumas en los bolsillos.

Honor estuvo a punto de gritar.

—¿Y eso? ¿Cría aves?

—No, señora. Eran teñidas, azules y rojas.

—La sombrerera. —Judith miró a Honor antes de volverse hacia la chica—. ¿Se ha terminado la leche la niña?

Se la había terminado y se había quedado dormida. Daba la impresión de que a la

chica no le habría venido mal dormir también; estaba dando cabezadas encima de su hija.

—Entonces tenéis que marcharos.

La actitud de Judith era tan firme como sus palabras. La chica abrió los ojos de golpe. Le devolvió la taza a Dorcas y se puso en pie; saltaba a la vista que estaba acostumbrada a hacerlo sin despertar a la niña. La metió en un pedazo de tela de rayas, se la puso a la espalda y se ató unos nudos en el pecho para que la niña fuera apretada contra ella como un capullo.

—Gracias –dijo, bajando la mirada; a continuación se internó penosamente en el bosque y desapareció entre los arces y las hayas.

Judith se dirigió a la casa.

—Voy a ir a Wellington a hablar con Belle Mills. Tiene que dejar de enviar gente de color aquí.

Honor y Dorcas la siguieron.

—Preferiría ser yo quien hablara con ella –dijo Honor.

—No quiero que la veas. Evidentemente, no es una buena influencia.

A Honor se le saltaron las lágrimas.

—Entonces le escribiré. Por favor.

—Pero dile que tampoco venga de visita, porque no la queremos por aquí. Y enséñame la carta cuando la hayas escrito. Lamento decirte que no me fío de que hagas lo que te pido –replicó Judith refunfuñando.

Faithwell, Ohio
3 del cuarto mes de 1851

Querida Belle:

Te escribo para pedirte que no envíes fugitivos a Faithwell. He llegado a la conclusión, con mi marido y su familia, de que la granja corre demasiado peligro. Hace poco el jefe de policía de Greenwich detuvo a un amigo por ayudar a un fugitivo, y va a estar en prisión seis meses, aparte de que tiene que pagar una sustanciosa multa. Con la entrada en vigor de la Ley del Esclavo Fugitivo tales incidentes son más corrientes.

Te estoy muy agradecida por tu generosidad, sobre todo cuando estaba sola y necesitaba ayuda. Sin embargo, pensamos que es mejor que no vengas a visitarnos a Faithwell. Nuestras costumbres son muy diferentes de las tuyas. No obstante, te deseo la mayor de las felicidades, y rezaré para que siempre camines con la luz.

Se despide afectuosamente,

HONOR HAYMAKER

Cebollas



Honor fue a Oberlin con Jack a enviar la carta a Belle Mills. Llevaba varios meses sin ir a la ciudad, primero por el frío y la nieve, y después porque cuando llegó el deshielo el camino se llenó tanto de barro que no podían utilizar el carro y Jack no le permitió ir a caballo por miedo a que se cayera y le pasara algo a la criatura. Pero al final el tiempo mejoró, y Honor acompañó a su marido cuando fue a la universidad a llevar queso.

Jack la dejó junto a la tienda de Cox, aunque en lugar de entrar, Honor esperó a que su marido se hubiera marchado y echó a andar apresuradamente por Main Street. Había alguien más a quien creía que debía dar cuenta de su decisión.

A pesar de que había descrito su lugar de destino en sobradas ocasiones a los fugitivos, nunca había estado allí. Al llegar al cruce y ver Mill Street y el puente que atravesaba el arroyo Plum hasta la casa roja, se amilanó y decidió seguir andando un poco para recobrar la calma. Era una tarde apacible, impregnada del sol y la brisa que tanto había echado en falta durante el invierno.

Pensó en continuar hacia el sur, hasta las afueras de la ciudad, donde estaban tendiendo las vías del ferrocarril. Habían empezado a talar miles de árboles, pero pasaría un año hasta que circularan los trenes que acabarían conectando Cleveland con Toledo, a más de cien millas al oeste. No se imaginaba pasando de Faithwell. Ni siquiera había ido a pie al oeste por los bosques de Wieland, ni por ninguno de los caminos de Oberlin. Los caminos y los trenes hacia el este la tentaban más, aunque sabía que por muy lejos que llegara en dirección este siempre se toparía con la barrera del Atlántico.

Los tablones para los peatones en Main Street acababan al sur de Mill Street, y Honor tuvo que abrirse paso entre el espeso barro que se le pegaba a las botas y le teñía de gris el borde del vestido verde. Al aproximarse al cruce con Mechanics Street oyó unas risotadas y se detuvo, intentando fingir que se había atascado en el barro. Se había olvidado por completo del hotel Wack.

Por los principios de fervor religioso, vida sencilla y trabajo que habían inspirado su fundación, Oberlin era una ciudad «seca», pero el hotel Wack quedaba justo fuera de la demarcación municipal, y allí no se aplicaban las leyes. Dirigido por Chauncey Wack, demócrata pro esclavista, era el único sitio de Oberlin donde se podía adquirir tabaco y alcohol, y si bien la mayoría de sus habitantes eran abstemios, siempre había un grupo de bebedores de otros pueblos que mantenían el negocio de Wack. Había varios haciendo el vago en el porche, aprovechando el buen tiempo. Entre ellos se encontraba Donovan, repantigado en una silla. A Honor se le cortó la respiración cuando lo vio. Él le sonrió y levantó una botella de whisky a modo de brindis. Honor supuso que la había observado mientras caminaba por Main Street.

Aunque no lo había visto durante el invierno, al reanudarse el tráfico de fugitivos Donovan había pasado a caballo ante la granja varias veces y se había quitado el sombrero si ella estaba en el porche o el patio. En cada ocasión Honor había intentado permanecer imperturbable, sin conseguirlo, con el corazón en la boca.

Pensó que si ya no iba a ayudar a los fugitivos, dejarían de ir a Faithwell y Donovan no tendría que hacerle visitas. Su reaparición ya había provocado los murmullos de Judith y la ira de Jack. Tengo que hacer lo que es respetable, pensó. Por el niño; por la familia.

Metió el vientre, aunque sabía que, embarazada de pocos meses, aún no se notaba gran cosa. Echó a andar hacia Donovan, apretando con fuerza el chal. Al aproximarse al hotel, los compañeros de Donovan la recibieron con silbidos y burlas. Se quedó inmóvil hasta que se callaron.

—Me gustaría hablar con usted, Donovan —dijo, y sus palabras reavivaron los gritos.

—¿Ah, sí, Honor Bright? Eso es nuevo. Creía que no podía verme ni en pintura. — Donovan dejó caer la silla y se levantó—. ¿Y de qué quiere hablar?

Honor señaló el camino.

—Vamos a dar un paseo.

Donovan parecía un poco avergonzado; Honor no sabía si porque una mujer le prestaba atención o por la sensación de que por una vez no dominaba él la situación. Fuera por lo que fuese, bajó las escaleras, desoyendo los comentarios groseros sobre lo que podía hacerle Honor y él a Honor, que trató de hacer oídos sordos y caminar resueltamente delante de él y sólo se detuvo ante un carro para que no la salpicara.

Cuando se alejaron lo suficiente del hotel para que los hombres perdieran interés, se puso a andar más despacio para que la alcanzara Donovan, que ya había recuperado la calma y parecía divertido.

—¿A qué viene todo esto? —le preguntó Donovan—. Antes no quería estar conmigo. ¿Es que Haymaker ha empezado a aburrirla? No ha tardado mucho. ¿Qué...?

—Quiero hablarle sobre mi ayuda a los esclavos fugitivos —le interrumpió Honor para no tener que oír sus comentarios, que sin duda se rebajarían a la vulgaridad que lo caracterizaba.

—¡Vaya! Así que lo reconoce, ¿eh? Ya sabía yo que escondía negros, pero me gusta oírsele decir.

—La familia de mi marido..., a mi familia no le parece bien, y yo no quiero oponerme a sus deseos. De modo que no tiene por qué volver a nuestra granja. No habrá nadie escondido allí.

Donovan enarcó las cejas.

—¿Lo va a dejar así como así?

—No han aparecido fugitivos durante todo el invierno, y desde entonces sólo unos cuantos. No pienso volver a empezar.

—¿Y sus principios? Creía que detestaba la esclavitud y quería que quedaran libres todos los negros.

—Sí, pero a mi familia le preocupa la ley, y yo quiero respetar sus deseos.

—Le voy a decir qué le preocupa a su familia, Honor Bright: mantenerla en su

sitio. No quieren una mujer que piense por sí misma.

—Eso no es verdad —replicó Honor, si bien no defendió a los Haymaker. Pensaba que no decía la verdad, pero tampoco mentía del todo.

Habían llegado al terreno que estaban despejando para las vías del ferrocarril, en el que habían talado una estrecha franja de árboles, sobre todo olmos y fresnos. Honor se fijó en los tocones que aún no habían retirado, que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Alrededor de cada uno de ellos había un hoyo lleno de agua.

—¿Por qué han hecho eso?

—El agua ablanda la madera y es más fácil arrancarla —le respondió Donovan—. Lo van a dejar así una temporada y siguen trabajando hacia Norwalk. —Hizo un gesto indicando el oeste.

Se quedaron uno junto al otro, contemplando las hileras de tocones, Honor reflexionando sobre el hecho de que se sintiera más a gusto con Donovan que con los Haymaker, a pesar de que no era cuáquero y de que sus creencias eran totalmente contrarias a las suyas. Él me acepta tal y como soy, pensó. Es por eso.

Donovan recogió un puñado de piedrecitas.

—Escuche, Honor —dijo y se puso a tirarlas una tras otra para que rebotaran sobre los tocones—. Si quiere largarse y venirse conmigo, dejaré lo que estoy haciendo. Podría hacer otra cosa. Trabajar en el ferrocarril, por ejemplo. —Hablaba de manera entrecortada, como si le diera vergüenza—. Podríamos ir al Oeste. Seguro que la hago más feliz que Haymaker.

Lo que sorprendió a Honor fue que podía imaginárselo, incluso con un hombre como Donovan. En el fondo es un buen hombre, pensó.

—No dudo de que pueda cambiar —dijo, ya en voz alta—, pero llevo en mi seno al hijo de Jack.

Donovan escupió en el suelo con un gruñido.

—Me preguntaba cuándo se pondrían a ello Haymaker y usted.

No se le alteró la expresión, aunque a Honor le dio la impresión de que se había cerrado una puerta. Le habría gustado quedarse allí más tiempo con él, mirando los tocones, pero Donovan dio media vuelta y se encaminó hacia el pueblo, y ella tuvo que seguirlo. Sintió lástima por él unos momentos. Donovan quería cambiar, pero evidentemente necesitaba a alguien por quien cambiar. Ya no ocurriría. Miró sus anchas espaldas y contuvo un sollozo.

Al llegar al hotel de Wack, insistió en que no siguiera acompañándola.

—Tengo que hacer unos recados —dijo. No quería que Donovan la viera ir a casa de la señora Reed.

Donovan se quitó el sombrero, se lo llevó al pecho e hizo una exagerada reverencia.

—Que le vaya bien, Honor Bright. A lo mejor me paso de vez en cuando por la granja, por los viejos tiempos, para ver si sigue siendo honrada. Pero no me detendré, se lo prometo.

Volvió a ponerse el sombrero y subió al porche de un brinco, agarrando una botella al mismo tiempo. Cuando Honor dio media vuelta para seguir su camino, ya estaba apoltronado en la silla, bebiendo whisky.



Delante de la casa de la señora Reed había un cornejo, sus delicadas flores blancas de cuatro pétalos teñidas de rosa. Honor las contempló admirada; era el único árbol de América con el que le gustaría haber crecido. El pequeño jardín delantero estaba desbordante de flores: la izquierda del sendero era púrpura, con hierba doncella, espuela de caballero y violetas, mientras que a la derecha crecían primulas y narcisos amarillos. Las violetas eran especialmente abundantes, unas de un azul vivo, otras más pálidas y con pétalos de diente de perro. Honor se imaginó a la señora Reed recogiendo un ramillete para el sombrero. En la mayoría de los demás jardines crecían flores que parecían artificiales. Judith Haymaker, por ejemplo, había plantado bulbos de narciso y jacinto de tal manera que crecían en hileras, algo ante lo que cualquier inglesa habría sonreído. A pesar de la profusión, en las flores de la señora Reed imperaba un desorden que a Honor le recordó las primulas y anémonas en medio de un bosque. Simplemente estaban allí, como si hubieran crecido siempre. Había que ser muy hábil para que en un jardín no se notara la mano del jardinero.

Se quedó contemplando las flores hasta que comprendió que no podía retrasarlo más. Subió al porche y llamó a la puerta, con la pintura blanca desconchada. No hubo respuesta a pesar de que olía a cebollas y se oía el entrecuchar de cacerolas.

Al bajar del porche para dar la vuelta vio algo que se movía y se fijó en la casa de al lado, parecida a la de la señora Reed pero marrón, con tierra sin flores. En el porche había un anciano negro en el que no había reparado, sentado en una mecedora. Le sonreía, mostrando unas encías desdentadas, y señaló la parte trasera. Entonces Honor se percató de que el sendero de tierra serpenteaba entre la maleza. Lo siguió, y por la puerta de atrás, que estaba abierta, vio a una mujer trajinando dentro. Cuando Honor alzó la voz la mujer se detuvo y tras unos momentos apareció la señora Reed. No llevaba su sombrero de paja, sino un pañuelo rojo atado a la cabeza. Con el destello de las gafas a la luz del sol Honor no pudo interpretar la expresión de sus ojos.

—¿Qué ha venido a hacer aquí, Honor Bright? —dijo la señora Reed, mirando a su alrededor—. Venga, adentro, no vaya a ser que la vea alguien.

Empujó a Honor y cerró la puerta.

Honor comprendió enseguida por qué estaba la puerta abierta. Se le llenaron los ojos de lágrimas por el picor de una sartenada de cebollas. Sacó un pañuelo para enjugarse el llanto.

—Perdone..., es que la cebolla...

En lugar de ir a remover las cebollas, la señora Reed cruzó los brazos sobre el

pecho.

—¿Qué ha venido a hacer aquí? —repitió, frunciendo el ceño y sacando el labio inferior.

Honor se secó los ojos, pero enseguida volvió a lagrimear. Respiró hondo.

—He venido a decirle que ya no voy a poder... ayudar. Estoy avisando a todos los que me envían fugitivos de que ya no puedo esconderlos ni darles comida. He pensado que usted también debería saberlo.

La única reacción de la señora Reed fue volver a centrarse en las cebollas, lo que permitió a Honor echar un vistazo a la cocina. Nunca había estado en una casa de negros y no sabía qué se encontraría.

La cocina de la señora Reed era mucho más pequeña que la de los Haymaker, como el resto de la casa, que parecía consistir en dos habitaciones abajo y otras dos arriba. Era de esperar; las casas de las granjas solían ser más grandes que las de las ciudades. A diferencia de la cocina de los Haymaker, luminosa y ordenada, con superficies despejadas y una despensa con hileras de tarros bien colocados, ésta era oscura y estaba abarrotada, impregnada del olor a aceite caliente y especias, y daba la sensación de que algo estaba a punto de pegarse en la cacerola. El fogón, viejo y humeante, tenía salpicaduras de aceite y restos de guisos anteriores. Las estanterías a ambos lados estaban llenas de tarros abiertos con sal, pimienta y cayena, con hojas de laurel y ramitas de romero desperdigados y cuencos de hojas y ramitas secas que Honor no reconoció, bolsas de harina de trigo y maíz y frascos de salsas oscuras que desbordaban por los lados. Encima había una ristra de guindillas secas que no podían ser de Ohio. Aunque la distribución parecía caótica, no pasaba lo mismo con la señora Reed. El delantal blanco que llevaba encima del vestido aún estaba impoluto, algo curioso si se tenía en cuenta el chisporroteo de las cebollas y el burbujeo de una gran olla en el fuego de atrás.

La señora Reed levantó la pesada sartén de cebollas.

—Coja esa cuchara de madera —le ordenó a Honor, señalando con la cabeza la mesa, asimismo revuelta. Sujetó la sartén sobre la olla, con los brazos tensos por el peso. Honor empujó las cebollas con la cuchara para que cayeran en la cacerola, en la que había un guiso de pollo de carne fibrosa y tomates—. Gracias.

Se limpió las manos en el delantal, se quitó las gafas empañadas y también se las limpió, con un gesto espontáneo, casi mecánico. Debe de limpiarse las gafas diez veces al día, pensó Honor. Se hizo un incómodo silencio.

—¿Quiere contarme algo más o ya está? —le preguntó la señora Reed, cogiendo la bolsa de harina de maíz y dos huevos de una cesta que estaba a sus pies—. Traiga ese cuenco de ahí. —Señaló con la cabeza un cacharro de loza que había en el aparador—. Tire las nueces. Están demasiado viejas y amargas para comérselas. No sé por qué las he guardado.

Honor hizo lo que le pedía, pensando si la señora Reed le preguntaría por qué había tomado esa decisión, pero no parecía sentir especial curiosidad.

—Estoy embarazada —dijo a modo de explicación.

La señora Reed metió dos puñados de harina de maíz en el cuenco, alcanzó la bolsa de harina de trigo y se la añadió a la de maíz.

—Ah, vaya. —Miró de reojo a Honor—. Sí, igual está un poco más gorda. Pero muy poca cosa todavía. —Casó dos huevos sobre la harina, cogió una cacerola pequeña del fogón, vertió el contenido en el cuenco y se puso a batir—. Tráigame esa jarra. No, la leche no, el suero. Eche un poco aquí, que yo remuevo. ¡Ya, ya! No lo quiero tan líquido. Tráigame otro poco de harina de maíz y otro huevo. —La señora Reed mangoneaba a Honor con soltura, como si estuviera acostumbrada a llevar una cocina—. Y tres pellizcos de ese frasco. No, cuatro. Es el bicarbonato.

Mientras Honor echaba los cuatro pellizcos de bicarbonato en la mezcla, un bebé se puso a llorar en la otra habitación.

—Maldita sea, la niña se ha despertado temprano —masculló la señora Reed—. Es mi nieta. Vaya a buscarla, ¿quiere? Como no meta esto en el horno ahora mismo no se hará a tiempo. Está ahí. —Señaló la sala de estar.

Honor vaciló. Debía volver a la tienda de Adam para reunirse con Jack, y todavía tenía que entregar la carta de Belle a la diligencia que iba a Wellington todos los días. No obstante, el llanto lastimero de la criatura interrumpió esos pensamientos, y además era imposible decirle no a la señora Reed, tan imposible que Honor sabía que si se lo pedía tendría que seguir ayudando a los fugitivos. Pero la señora Reed no le estaba pidiendo eso.

Por la ventana sólo se filtraba un haz de luz al entrar Honor de puntillas, y antes de acercarse a la niña recorrió las cortinas. Cuando la luz del sol inundó la habitación, la niña volvió la cabeza entre el montón de ropa en la que estaba acostada, encajonada entre varias sillas de madera. Al ver a Honor se le agrandaron los resplandecientes ojos y añadió un agudo chillido al llanto. Era rolliza, con apretados rizos negros, anchos mofletes y la boca en forma de corazón. Cuando Honor se acercó a ella se dio la vuelta aterrorizada y se puso a agitar piernas y brazos como una tortuga atrapada contra una piedra. Tendrá cinco o seis meses, pensó Honor. Edad suficiente para darse la vuelta pero no para sentarse ni gatear. Hizo sus cálculos. Eso significaba que la hija de la señora Reed estaba embarazada cuando le hicieron el vestido de boda. Ojalá tuviera suficiente tela, pensó.

Retiró una silla, se agachó junto a la niña y le puso una mano en la espalda. «Vamos, vamos, bonita. ¿Qué te pasa?». Intentó imaginarse el bulto alojado en su vientre transformándose en esa criatura que chillaba y se retorció. No pudo.

Entonces se fijó en la colcha. Ya se había acostumbrado a la mayoría de los estilos de las colchas en Estados Unidos. Quizá no le gustaran los colores o los diseños, pero estaban realizadas con cuidado, con las mejores telas que se podían obtener, incluso viejos retales. Los diseños eran esmerados y, sencillos o complicados, estaban bien pensados.

La colcha de la señora Reed estaba hecha de tiras de tela cosidas que formaban

cuadrados en azul, gris, crema y marrón, con algún toque de amarillo, de lana o tiritaña, cortadas de chaquetas, mantas, camisas y enaguas, gastadas y desteñidas. No estaba acolchada, sino que habían hecho nudos de hilo marrón en el centro de cada cuadrado, un sistema rápido de mantener unidas la guata y la capa inferior. Honor levantó un pico de la colcha. Estaba revestida de tiritaña marrón entreverada de delgadas rayas naranjas. Pasó la mano por los cuadrados y juntó dos para inspeccionar las puntadas: uniformes pero no meticulosamente iguales.

Lo que más la sorprendió fue lo mismo que había observado en el jardín, que la colocación de los colores no parecía deliberada y sin embargo resultaba agradable. El gris resaltaba la nítida belleza del azul; el azul daba profundidad al marrón y viveza y luminosidad al crema. El gris y el crema no debían ir juntos, y sin embargo parecían tan naturales como dos piedras una al lado de la otra. Y de repente destacaba un toque de amarillo que parecía dar uniformidad a los demás colores. Honor tuvo la impresión de que la colcha seguía una especie de plan general, pero al intentar seguirlo, el diseño se deshacía en piezas sin ton ni son. En comparación con la colcha de la señora Reed, llamativa, alegre y espontánea, los edredones de aplicaciones rojas y verdes de los que tan partidarias eran las mujeres de Ohio parecían infantiles, y el meticuloso patchwork de Honor, artificioso y demasiado complicado.

—Buena señal, que una criatura se calle sin cogerla en brazos. Se le dará bien la suya.

La señora Reed estaba apoyada en una jamba de la puerta.

Honor se sobresaltó. En efecto, la niña estaba callada, tumbada boca abajo, como inmovilizada por la mano de Honor sobre su espalda. Honor miró a la señora Reed.

—Esta colcha es... —Trató de encontrar la palabra adecuada— extraordinaria.

—Esta colcha me da calorcito y ya está —gruñó la señora Reed, si bien a pesar de su brusquedad, parecía contenta. Acarició una tira marrón—. Esto es del abrigo viejo de mi marido. Lo llevé yo cuando nos escapamos mi hija y yo. Él no quería que nos fuéramos sin abrigo y me dio el suyo porque era más grueso.

—¿Dónde está su marido? —le preguntó Honor, y enseguida se arrepintió, porque el rostro de la señora Reed se ensombreció.

—En Virginia, si es que sigue vivo. Iba a venir más adelante... Pensó que las dos solas tendríamos más posibilidades. Pero no llegó a escaparse. —La señora Reed cogió en brazos a su nieta—. Venga, Sukey, a ver si te damos algo de comer. Papilla de maíz con un poquito de sirope, que eso te gusta.

La niña soltó un chillido, ya sin llorar, y trató de agarrarle las gafas.

—Deja de hacer el tonto, que como me ponga tonta yo...

Llevó la niña a la cocina.

Honor rozó la tira marrón antes de seguir a la señora Reed, que tenía a su nieta enganchada al hombro y le daba golpecitos en la espalda con una mano mientras con la otra removía la papilla en un cazo ante el fogón. Ya en un sitio seguro, la niña no parecía asustada, pero no dejaba de mirar a la mujer blanca con los ojos muy abiertos.

Honor pensó si lo que la sorprendía era el color de su piel o simplemente que no la conocía. Quizá las dos cosas. Se aclaró la garganta.

—Tengo que irme. —Hizo una pausa—. Lo siento.

La señora Reed se volvió un poco hacia ella, sin apartar la vista de la papilla. Se le habían empañado las gafas otra vez.

—A mí no tiene que pedirme perdón —replicó, dando golpecitos rítmicamente en la espalda de la niña—. Es a los fugitivos que piden ayuda a los que tiene que pedir perdón. Buena suerte, Honor Bright.

Sombrería de Belle Mills
Main Street
Wellington, Ohio
6 de abril de 1851

Querida Honor:

No voy a hacer caso a la carta que me enviaste hasta que me escribas otra en que se note que no tienes a tu suegra detrás.

Además, no deberías poner ciertas cosas por escrito. Si caen en malas manos, pueden ser un peligro para las personas. Díselo a la señora Haymaker.

Siempre tendrás una amiga en Wellington, tanto si lo quieres como si no.

Afectuosamente,

BELLE MILLS

Paja



Durante un mes se secó el torrente de fugitivos. En realidad, Honor apenas mantenía contacto con nadie fuera de Faithwell. A pesar de que había amenazado con hacerlo, Donovan no pasó por la granja. Honor no recibió cartas ni de su familia ni de Bidy. No fue a Oberlin, ni siquiera cuando Abigail dio a luz y a Adam le habría venido bien tener ayuda en la tienda, y Jack no se ofreció a llevarla al ir a repartir queso. Honor no se quejaba; trabajaba en la huerta, terminó la colcha de Dorcas y empezó otra, sin dejar de engordar.

Cuando releía la carta de Belle Mills sonreía.

Una tarde estaba plantando calabazas en la huerta y vio algo moviéndose con el rabillo del ojo. Miró hacia los bosques de Wieland y distinguió una figura agachándose de un árbol a otro. Fue hasta la linde del bosque y habló en voz baja; apareció un hombre joven, cojeando, que se quedó junto a las zarzas donde Honor y Dorcas habían recogido moras. Estaba tiritando, de miedo o de algo que Honor aún no sabía. Cuando se disponía a explicarle que no podía quedarse allí miró los pies del hombre y se le cortó la respiración.

—Señora, por favor, ¿puede ayudarme? —El hombre se apoyó en el tronco de un arce—. No estoy muy bien.

—¿Qué le ha pasado?

—He metido el pie en una trampa.

Alguien había intentado ayudarlo cubriéndole la herida con resina de pino, pero el pie estaba hinchado y le salían sangre y pus. Desprendía un olor dulzón a podrido que, ahora que Honor sabía qué era, le dio ganas de vomitar. No podía imaginarse a Belle dejándolo marchar en ese estado.

—¿De dónde viene?

—De Greenwich. Me han dicho que vaya a Norwalk. ¿Esto es Norwalk?

Norwalk estaba a más de veinte millas al oeste.

—No. Yo..., nosotros no podemos esconderle aquí.

El hombre la miró con ojos febriles.

Honor suspiró.

—Espere aquí. Voy a traerle agua.

Fue rápidamente hasta el pozo. Mientras subía el cubo para llenar la taza de hojalata, Judith salió al porche de atrás.

—Has prometido no ayudar a los fugitivos.

Honor se sonrojó.

—Sólo voy a darle agua, no a esconderlo. —El gesto desabrido de la boca de Judith la obligó a añadir—: Está herido, ha metido un pie en una trampa y lo tiene infectado. ¿Puede ir a verlo? Estoy segura de que podemos hacer algo.

—No vamos a meternos en los problemas de ese hombre de color.

—Pero...

—Ya lo hemos hablado, Honor, y aceptaste que esta familia no ayudaría a los fugitivos. Aparte de nuestros sentimientos de cuáqueros, va contra las leyes de

nuestro gobierno, y no podemos permitirnos violarlas. ¿Quieres que tu marido acabe en la cárcel? ¿O tú, si a eso vamos?

—Si viera a ese hombre, su conciencia le diría que lo ayudara.

—No pienso ir a verlo.

Honor se quedó inmóvil, tratando de contener la rabia que la invadía.

—He prometido llevarle agua.

—Pues dale el agua y vuelve a tu trabajo en la huerta.

Judith dio media vuelta y entró en la casa.

A Honor le resultó tan dolorosa la esperanza reflejada en la cara del hombre cuando le tendió la taza de agua que bajó los ojos y retrocedió.

—Deje la taza ahí cuando termine. Oberlin está a tres millas al norte. Vaya a la casa roja de Mill Street. Allí irá a verle un médico, que es lo que necesita.

Se volvió y se dirigió a toda prisa a la huerta, donde siguió cavando un surco con la azada, de espaldas al hombre, con lágrimas ardientes cayéndole por las mejillas. Hasta que acabó el surco no se atrevió a volverse. El hombre había desaparecido, y también la taza.

Esa noche no durmió. Era a finales de primavera y hacía calor, pero no demasiado, tal vez el mejor tiempo que podía ofrecer Ohio. Estaba acostada junto a Jack, tapada con la colcha de bodas, salvo los pies, que tenía al aire para refrescarse. Su marido dormía profundamente, como siempre después de haber copulado. Su vientre cada día más abultado no parecía desanimarlo, y Jack nunca le preguntaba si prefería no hacerlo. Honor se sometía a su intenso deseo porque le resultaba más fácil. Durante una breve temporada disfrutó con lo que hacían en la cama, la sorpresa, la novedad, las sensaciones impactantes, cuando sus sentimientos mutuos eran como el heno. Pero desde que prepararon el jarabe de arce y ella accedió a no ayudar a los fugitivos, las relaciones entre ellos eran más como la paja, insípidas y grises, sin vida. Cuando se tendía debajo de Jack, dejándole que empujara, ya no se acoplaba al ritmo de sus movimientos. Si Jack lo notaba no decía nada; se quedaba dormido inmediatamente después.

Honor se pasó toda la noche pensando en aquel hombre y su pie. No podía dormir porque sentía su presencia cercana, sufriendo en los bosques de Wieland. Tenía que hacer algo para ayudarlo, pero no sabía qué, ella sola. Los Haymaker no prestarían ayuda; tampoco Adam Cox, pues no querría enfrentarse a la familia de su esposo. Pensó en el herrero, Caleb Wilson, que había citado a Whittier y con frecuencia sacaba el tema de la esclavitud en la asamblea. Era sin duda un hombre de principios, y podría ayudarla, salvo si su respeto por Judith Haymaker era también demasiado fuerte. Desde luego, resultaría difícil encontrar a alguien en Faithwell dispuesto a desafiar a su suegra, aunque fuera por una causa justa.

La solución quedó en suspenso como un fantasma acechante hasta que Honor se decidió a pensar, y entonces ya no pudo pensar en otra cosa. Por último se levantó y se vistió sin hacer ruido. Jack ni se movió. Honor bajó de puntillas y tuvo que pasar

por encima de Digger, que gruñó pero no la detuvo.

Se quedó un rato sentada en el porche, esperando. Si Judith o Dorcas la habían oído y bajaban a indagar, siempre podía decir que se sentía mal y necesitaba tomar el aire. Y lo cierto es que al aspirar la suave brisa nocturna se sintió más lúcida, más despejada y resuelta. He sido obediente y no ha servido de nada, pensó.

Ya segura de que no se había despertado nadie, bajó del porche y atravesó la pradera salpicada de rocío e iluminada por la media luna hasta el camino que pasaba ante la granja. Siguió hacia Faithwell por entre los árboles que desembocaban en un grupo de casas. Pasó por delante de la tienda, la herrería y la casa de Adam y Abigail; después se dirigió hacia el camino principal entre Oberlin y Wellington. Nunca había salido ella sola de noche en Ohio. La rodeaban el chirriar y el croar de miles de grillos y ranas, acompañamiento idóneo para la multitud de estrellas que poblaban el cielo. Sin embargo, resultaba difícil distinguirlos, porque también había otros sonidos, susurros entre los matorrales que la asustaban. El acre olor de una mofeta que andaba por allí cerca le hizo tragar saliva varias veces, pero siguió andando, pensando que ojalá se hubiera llevado a Digger. A pesar de los nueve meses que Honor llevaba en la granja, ni el perro ni ella se sentían cómodos juntos, aunque Digger la habría tranquilizado con su severa presencia. La única manera de encarar los ruidos y la oscuridad era atravesarlos a toda prisa, pensando únicamente en la relativa seguridad que ofrecía la mayor amplitud del camino.

Durante el día ese camino se llenaba de gente a caballo, a pie y en carros, que iba hacia el norte o el sur, si bien a esa hora de la noche descubrió que estaba tan vacío, oscuro y silencioso como el de Faithwell. Se detuvo unos momentos, pendiente de la vida nocturna a su alrededor. Lo que quería oír era el ruido de un caballo de gruesa herradura en una u otra dirección, no sabía muy bien cuál. Seguro que él no dormía; si había un fugitivo por la zona, estaría buscándolo, puesto que la mayoría viajaba de noche y se escondía durante el día. Honor miró el camino en la dirección de Oberlin, hacia el norte, y después en la de Wellington, hacia el sur. Podía quedarse allí esperándolo, pero no creía que pudiera aguantarlo, porque la inmovilidad parecía acercar aún más los susurros y crujidos y acrecentar su miedo. Tomó el camino de Wellington. Si no veía a Donovan iría a casa de Belle Mills. No se atrevía a recurrir a la señora Reed. No era seguro para una mujer negra, y encima antigua esclava, salir por la noche, alejarse de su gente. Y además, no se sentía capaz de enfrentarse a sus centelleantes gafas y su prominente labio inferior.

Se dirigió con paso inseguro a Wellington, tratando de combatir el creciente terror a la oscuridad y la soledad. Se había sentido sola en muchas ocasiones incluso entre los Haymaker o la comunidad de Faithwell en la asamblea, si bien desde su llegada a Estados Unidos era la primera vez que estaba realmente sola, obligada a enfrentarse a la inmensa indiferencia del mundo natural que la rodeaba y a las estrellas y la luna en el cielo. La sensación aumentó hasta tal punto que acabó por aplastarla, la dura crueldad del mundo como un pesado y frío metal cuyo sabor se le pegaba a la boca.

Tuvo que detenerse y tragar saliva una y otra vez, como si estuviera ahogándose. Trató de sobreponerse a la sensación volviéndose hacia su interior como en la asamblea para encontrar la cálida luz interior, pero no podía refrenar el deseo de que Donovan acudiera a librarla de ese sabor metálico.

Donovan llegó media hora más tarde. De tanto luchar contra el miedo, Honor se había quedado muy débil. Oyó el caballo de gruesa herradura detrás de ella, muy lejos, y esperó al borde del camino, su sombrero y la uve del escote levemente iluminados por la luna. Sin embargo, Donovan no la vio hasta que su caballo se asustó y la esquivó. Soltó una palabrota y agarró la crin del animal. Cuando lo hubo tranquilizado se quedó mirando a Honor, estupefacto al encontrarla allí.

—¡Honor Bright! —exclamó.

Honor apenas podía pronunciar palabra.

—Donovan, yo..., hay alguien que necesita su ayuda.

—¿Quién?

—Se lo enseñaré.

Donovan le tendió una mano.

—Suba.

Honor vaciló, por la criatura, por tener que confiar en Donovan cuando no confiaba, porque tendría que rodearle la cintura con los brazos y sabía lo que sentiría. No obstante, pensó en el hombre al que le había fallado, escondido en el bosque, y puso el pie en el estribo, tomó la mano de Donovan y se aupó.

—¿Adónde vamos?

—A los bosques de Wieland, cerca de la granja, pero... —Honor no quería decirle que estaba haciendo aquello en secreto, aunque debía de saltar a la vista, porque si no, no habría salido sola—. Por favor, no pase por Faithwell ni por la granja. No quiero que nos oigan. Podemos dejar el caballo cerca del pueblo y seguir a pie.

Donovan se volvió para mirarla.

—¿Hay un negro en el bosque?

—Sí.

—Hace un mes me dijo que ya no se haría cargo de los fugados.

—Se perdió viniendo de Greenwich. Yo no tenía intención de meterme en nada, pero está herido y tiene que verlo un médico.

—¿Y cree que yo voy a ayudarlo? —replicó Donovan con desprecio. Honor no dijo nada. Donovan dejó que el caballo diera unos delicados pasos de costado esperando a la señal del jinete—. Honor, sabe que lo voy a entregar. Me dedico a eso.

Honor suspiró.

—Ya lo sé, pero si no, se morirá. Es mejor que siga viviendo, aunque sea en la esclavitud.

—¿Por qué me lo pide a mí? —Honor no replicó—. Vive usted en un pueblo lleno de cuáqueros, ¿y viene a mí para que la ayude? Tiene un problema con eso, preciosa.

—Los amigos de aquí no actúan mal. Muchos harían lo que pudieran por ayudar.

Es sólo que... las circunstancias han obligado a los Haymaker a renunciar a algunos de sus principios. Y ellos tienen mucha influencia en la comunidad.

Honor se había apoyado sobre Donovan sin querer, el pequeño bulto de su vientre apretado contra la espalda de él.

—Bien —dijo Donovan al fin—. Agárrese. —Tiró de las riendas, chasqueó la lengua y volvió al camino.



El hombre no se movía cuando lo encontraron. Estaba tumbado, apoyado contra un roble, con las piernas estiradas y la taza de latón a su lado. Donovan le ordenó a Honor que esperase unos árboles más atrás mientras él enfocaba brevemente el farol hacia aquel rostro distorsionado por un rictus. Honor cerró los ojos pero de todos modos vio el halo de luz del farol y el destello de los dientes del hombre en la oscuridad.

Donovan volvió con Honor y observó su rostro angustiada. Cuando ella se precipitó en sus brazos no dijo nada; la estrechó contra su pecho y la dejó sollozar. En esa ocasión no retrocedió al notar el niño apretado contra él. Honor siguió aferrándolo largo rato después de haber dejado de llorar. Con la mejilla contra su pecho, aspiró el intenso aroma a leña que desprendía. Había algo duro: la llave de su baúl. Donovan seguía llevándola alrededor del cuello.

Si me lo pidiera ahora mismo, me iría con él al Oeste, porque su espíritu está conmigo. Pero no se lo pidió.

—Se está haciendo de día, Honor —dijo Donovan al fin—. Debería volver a casa antes de que se den cuenta de que no está. —Honor asintió. Aunque le dolió, se separó de él y se limpió la cara con una manga para no tener que mirarlo—. ¿Quiere que lo entierre?

—No. Déjelo ahí para que vean lo que han hecho. Lo que hemos hecho.

—Sabe muy bien que seguramente habría muerto aunque lo hubiera visto un médico. Huele a gangrena.

Honor echaba chispas por los ojos.

—Deberíamos haberle ayudado. Al menos que no hubiera muerto solo en medio del bosque.

Donovan no dijo una palabra más; la acompañó hasta la huerta, donde empezaba el pomar. Le rozó el brazo levemente y desapareció entre los árboles para volver al pueblo, donde estaba su caballo.

Cuando Honor salió de la huerta, Jack y Dorcas atravesaban el patio, camino del establo, con cubos para ordeñar. Parecían perplejos.

—¿Dónde te habías metido? —dijo Jack al fijarse en la cara de Honor, tiznada de lágrimas y suciedad, el sombrero descolocado, el barro de las botas y el olor caballuno que aún desprendía—. Creíamos que estabas en la letrina.

Honor no le hizo caso.

—¡Digger! —gritó. El perro salió corriendo del establo, atraído por la novedad de que Honor le diera órdenes—. Ve a buscarlo.

Digger siguió la dirección que le indicaba Honor con un dedo, olfateó el aire y salió disparado como un pez soltándose del anzuelo.

—¿Qué pasa, Honor?

Ella no respondió. No encontraba las palabras. Dio media vuelta y se dirigió al heno. Poco era el heno que quedaba del año anterior; dentro de unas semanas la primera cosecha repondría las menguadas existencias. Pero sí había paja. Aunque tenía un olor insulso, se subió al montón, se acurrucó y se quedó dormida.



Cuando se despertó, su cuñada estaba sentada junto a ella, trenzando hebras de paja. Honor la miró, sin incorporarse. Se alegró de que fuera Dorcas quien hubiera ido a buscarla; la presencia de Jack la habría molestado, y la de Judith la habría irritado. Tras los meses que había vivido en la granja, Dorcas era un mal menor.

Dorcas parecía comprenderlo. Dejó la trenza y se abrazó las rodillas.

—Lo han encontrado. Han ido unos hombres a enterrarlo. —Tras una pausa añadió—: Honor, yo no te odio, aunque creas lo contrario. El verano pasado, cuando me ayudaste con las avispas, te oí hablar con el hombre de color y no se lo dije ni a madre ni a Jack, aunque debería haberlo hecho.

Guardó silencio otra vez, pero Honor no pronunció una palabra.

—Quiero ayudarte a comprender a los Haymaker. Hay algo de lo que pasó en Carolina del Norte que no te hemos contado. Creo que deberíamos hacerlo —añadió, recobrando momentáneamente su acostumbrada actitud defensiva—. Jack piensa lo mismo que yo, aunque madre cree que es un viejo asunto de familia que no te atañe. Pero es importante, porque podría explicar ciertas cosas. —Se puso a jugar con la paja trenzada—. No le he dicho a madre que voy a contártelo.

Honor se incorporó, sacudiéndose la paja de la capota, y guardó silencio. Tenía la sensación de que algo se le había atragantado.

—Te habrás fijado en la puerta que hay a un lado del establo, por si hay un incendio. —Honor asintió con la cabeza—. Jack puso mucho empeño en que la colocaran ahí. —Hizo una pausa—. Madre te contó que nos pusieron una multa por ayudar a un esclavo fugitivo en Carolina del Norte, pero no te habló de un castigo mucho mayor. Cuando padre..., cuando... —Apretó los labios—. Yo tenía diez años; Jack, quince. Padre ya había ayudado a varios fugitivos. Una mañana apareció un esclavo, y padre lo escondió en el establo. Cuando fueron a buscarlo el amo y sus hombres, padre dijo que no había nadie en el establo. Sí, mintió, por hacer el bien. Y entonces... el amo agarró a padre, y sus hombres prendieron fuego al establo para ver qué hacía padre. Reconoció que el esclavo estaba allí. Le dijeron que entrara a

buscarlo mientras ellos apagaban el fuego, pero cuando entró... echaron el cerrojo de la puerta para que no pudieran salir por allí ni padre ni el esclavo.

A Dorcas le desbordaban las lágrimas de los ojos. Honor la tomó de la mano, que estaba muy fría.

—No dejaron que nos acercáramos al establo. Jack incluso se peleó con ellos, aunque sabes que nosotros no hacemos eso. Pensamos que padre y el esclavo podrían salir por la trampilla por la que se mete la paja y el heno para los animales, pero el humo debía de ser demasiado denso. Entonces... entonces oímos... —Honor le apretó la mano para que no continuara—. Al amo del esclavo ni siquiera lo acusaron de asesinato, puesto que padre había entrado voluntariamente en el establo —añadió Dorcas tras enjugarse las lágrimas—. Y encima nos obligaron a pagar una multa por «destrucción de propiedad», la muerte del esclavo. Perder a padre, el establo y el dinero fue demasiado para nosotros y nos vinimos al Norte. Ahora comprenderás por qué no queremos saber nada de los fugitivos.

Guardaron silencio un rato. Por primera vez desde que se casara con Jack, Honor sintió cierto aprecio por su cuñada; sólo lamentaba que el sentimiento hubiera surgido de aquella confesión.

Dorcas la dejó allí, sentada en la paja, hasta que estuviera lista para volver. Honor no estaba muy segura de si lo estaría alguna vez.

Ella partía de un principio muy claro, nacido de toda una vida de silencio expectante: que todos somos iguales ante los ojos de Dios y que, por consiguiente, no se puede esclavizar a nadie, y hay que abolir todo sistema esclavista. En Inglaterra parecía muy sencillo; en Ohio ese principio estaba lastrado por motivos económicos, circunstancias personales y arraigados prejuicios que percibía incluso entre los cuáqueros. Podía imaginarse sin dificultad la indignación en el banco de los negros de la casa de asambleas de Filadelfia, pero ¿se sentiría ella completamente a gusto sentada junto a una persona negra? Las ayudaba, pero no las conocía como personas. Sólo a la señora Reed, un poco: las flores que llevaba en el sombrero, el guiso con abundantes cebollas y guindillas; la colcha improvisada que había hecho, esos detalles que daban corporeidad a una persona.

Cuando un principio abstracto se mezcla con la vida cotidiana pierde claridad y se debilita. Honor no entendía cómo podía llegar a ocurrir, aunque así era; los Haymaker habían demostrado lo fácil que resultaba echarse atrás y no hacer nada. Y como ella había pasado a formar parte de la familia, se daba por sentado que asumiría su historia y también se echaría atrás.

Salió del establo al atardecer y atravesó el patio, camino de la casa, con los ojos secos y muy abiertos y una sensación en la garganta como si se hubiera tragado una pelota y se le hubiera quedado atascada. Se sentía tan confundida por la diferencia entre lo que pensaba y lo que le exigían que no podía hablar. Quizá fuera lo mejor, no hablar, hasta que supiera mejor qué quería decir. Así no podrían darles la vuelta a sus palabras y echárselas en cara. El silencio era un instrumento poderoso en la asamblea,

que allanaba el camino hacia Dios. Quizá le permitiera hacerse oír.



Los Haymaker no sabían cómo interpretar su silencio. Cuando volvió del establo, Judith y Jack la interrogaron sobre su ausencia de toda la noche y el olor a caballo que ponía de manifiesto la intervención de Donovan. Como ni confirmó ni negó este extremo, se tomaron su silencio como reconocimiento de culpa. Jack se puso hecho una furia; Judith amenazó con el repudio de la comunidad, aun sabiendo que no había motivo para ello. Además, la ira de los Haymaker se mezclaba con su sentimiento de culpa por la muerte del fugitivo.

Al final, la vergüenza defensiva sustituyó a esa ira y se tomaron el silencio de Honor como censura. Jack y Judith siguieron defendiendo su forma de actuar o de no actuar, con creciente frustración al no saber si sus palabras influían en Honor. Ella prestaba oídos cuando hablaban, los miraba a la cara, pero no respondía, y volvía a sus quehaceres, ordeñar, lavar, cavar o coser.

Sin embargo, la relación con su cuñada mejoró. Quizá Dorcas se hubiera dado cuenta de que ya no tenía que competir con ella. Podía hablar cuanto quisiera, y lo hacía, con frecuencia respondiendo en nombre de Honor, y la llamaba «hermana»: «Estoy segura de que Honor está dispuesta a coser el centro de la colcha en la fiesta, ¿verdad, hermana?». Honor la dejaba hablar por ella; era más fácil.

Los Haymaker empezaron a tratarla como si no pudiera hablar. Dejaron de hacerle preguntas y de esperar que interviniera en las conversaciones. Cuando llegó una nueva familia a Faithwell, Jack la presentó diciendo: «Mi esposa ha trasladado el silencio en la asamblea a toda su vida». Pasó a ser la muda de la comunidad; sonreía y agachaba la cabeza cuando alguien decía algo que requería respuesta. Jack seguía recurriendo a ella por las noches, pero no intentaba procurarle placer y se ocupaba únicamente del suyo. A medida que fue interponiéndose entre ellos el vientre de Honor, con la dura redondez de una calabaza, Jack intentaba acercarse cada vez menos.

En cierto sentido Honor se había quedado muda. Tenía la garganta tan cerrada que le costaba trabajo tragar, pero se obligaba a comer, por el niño. Siempre había sido muy callada, si bien nunca había guardado silencio absoluto. Ahora no hablar suponía un alivio. Ya no podían malinterpretar sus palabras, aunque sí su silencio. Y como no tenía que ponerles palabras a sus pensamientos para los demás, al cabo de un tiempo pudo dejar de pensar y simplemente ser. Por primera vez desde que era pequeña se sentaba en la asamblea sin tratar de trasladar sus impresiones a pensamientos que pudiera expresar en voz alta. Se limitaba a observar el sol en la silenciosa sala recogiendo las motas de polvo que levantaban los asistentes al moverse. Escuchaba los insectos de fuera, y aprendió a distinguir entre el chasquido del saltamontes, el chirrido del grillo, el crujido del escarabajo, el zumbido de la cigarra. Se abandonaba

a la brisa que corría entre una ventana y otra. Cerraba los ojos y aspiraba el aroma del trébol de las praderas cercanas a la casa de asambleas, de la primera cosecha de heno secándose, de la madreselva que crecía alrededor de la puerta. Mantener la boca cerrada parecía aguzar sus sentidos. No tenía mucho que ver con la sensación de hundirse en el vacío que había experimentado en otras asambleas, pero empezó a pensar que era igualmente significativo. Dios hace sentir su presencia de maneras muy distintas, se decía.

Con el tiempo el silencio le resultaba menos incómodo y durante las comidas o cuando se sentaba en el porche o en la asamblea se sentía más a gusto que antes, cuando hablaba. En el fondo sabía que aunque no conscientemente, ella misma había decidido dejar de hablar. No se planteaba el porqué, pero lo aceptaba como un regalo.



El silencio de Honor no contrariaba sólo a los Haymaker; también al resto de la comunidad. Al parecer, ni siquiera a los cuáqueros, con sus asambleas silenciosas y su tolerancia de la diferencia, les gustaba que los sometieran al juicio del silencio.

Adam Cox se la llevó aparte después de una asamblea del primer día.

—Voy a acompañarte hasta la granja —anunció, separándola de los Haymaker mientras Abigail los observaba por encima de la cabeza de su hijo, al que habían puesto el nombre de Elias—. Quiero preguntarte por qué has tomado la decisión de guardar silencio, pero sé que no vas a contestarme —dijo mientras echaban a andar por el sendero. El barro se había secado, formando surcos duros y profundos por los que caminar resultaba casi tan difícil como cuando el barro estaba húmedo—. Jack dice que te entristeció la muerte del negro. A todos los demás también. —Caleb Wilson había organizado una asamblea en memoria del fugitivo, aunque no habló nadie, porque nadie lo conocía, ni siquiera su nombre—. Pero no por eso debes rehuir a tu familia y tu comunidad.

Honor no dijo una palabra, por supuesto

—Judith me ha pedido que hable contigo —añadió Adam—, porque piensa que quizá hagas caso a alguien de tu vida pasada. Los mayores consideran tu silencio un acto de agresión. Me han pedido que te diga que únicamente porque estás embarazada no te han pedido que abandones la comunidad, si bien cuando el niño nazca deberás volver a hablar o dejarlo con los Haymaker y marcharte de Faithwell.

Honor contuvo el aliento. Aunque había sido testigo de la severidad de los amigos de Bridport con Samuel, esperaba que a ella no le dieran el mismo trato.

—Les he recordado que has pasado un mal año, que has perdido a tu hermana y a Samuel, has abandonado Inglaterra, donde quizá deberías haberte quedado. No todo el mundo puede adaptarse a semejante cambio, a pesar de que a veces no se descubre hasta que ya ha ocurrido. Honor, debes comprender que Estados Unidos es un país joven, que miramos hacia adelante, no hacia atrás. En lugar de obsesionarnos con la

desgracia, continuamos, como he hecho yo con Abigail y esperaba que tú hicieras con Jack. Se considera de mala educación aferrarse a las cosas malas que han pasado. Harías bien en aceptar lo que tienes con los Haymaker. Son buenas personas.

Adam no dijo nada de la esclavitud, ni de defender los principios o renunciar a ellos. La miró, claramente con la esperanza de que Honor respondiera. Pero ella se limitó a observar las flores silvestres del sendero: achicoria, agrimonia, reina de los prados. Ya llevaba un año en Ohio y conocía los nombres.

Al siguiente sexto día, con el consentimiento de los Haymaker, Adam le pidió que lo ayudara en la tienda de Oberlin. Quizá pensaran que servir a los clientes la obligaría a hablar. Pero Honor demostró lo poco que se necesitaban las palabras para una transacción comercial. Se hizo entender con sonrisas y movimientos de la cabeza y de las manos. Pocos clientes pusieron reparos a su mutismo. Muchas personas estaban afectadas de una u otra forma.

Por la tarde entró la señora Reed a que le afilaran unas tijeras. Observó a Honor, que hacía gestos y asentía con la cabeza a otras clientas, y también ella asintió.

—Las palabras no lo son todo —dijo, dirigiéndose a las clientas que estaban en la tienda mientras se quitaba las gafas y se las limpiaba con una manga—. Lo más seguro es que te metas en líos por su culpa. A lo mejor yo también me quedo callada un día de éstos. —La idea pareció hacerle gracia.

Cuando Adam le devolvió las tijeras, le dijo en voz baja a Honor:

—Me he enterado de lo de ese hombre. Es triste, pero esas cosas pasan. Pero eso no es motivo para que deje de hablar. Que quiere estar callada, muy bien, pero los fugitivos no tienen nada que ver con eso. —Envolvió las tijeras en un trapo y se las guardó en el bolsillo de la falda. Después se arregló el sombrero, adornado con varas de oro—. Que pase un buen día —dijo, inclinando la cabeza ante Adam—. Y usted también, Honor Bright.

Al salir se puso a tararear, y las flores del sombrero se balancearon.

East Street
Bridport
Dorset
15 del octavo mes de 1851

Querida Honor:

Esperamos carta tuya todos los días, porque hace tres meses que no recibimos ninguna. Tú siempre nos has escrito con regularidad, salvo cuando estuviste enferma, y estamos preocupados por si ha ocurrido algo. Cuando recibas la presente quizá ya hayas tenido el niño, por la gracia de Dios, pero esperamos tener noticias tuyas antes y que nos digas que todo va bien.

Tus padres que te quieren,

HANNAH y ABRAHAM BRIGHT

Agua



Siempre habría un último fugitivo.

Era el último día del octavo mes, caluroso y tranquilo, aunque la amenaza del otoño empezaba a asustar al calor. El sol caía sesgado, y las hojas tenían un color apagado, no verde brillante, con un leve tinte amarillo. Honor llegaba tarde, y corría por un paisaje que parecía a la espera de que ocurriera algo, una tormenta, la destrucción de un sembrado o un incendio devastador.

Los Haymaker estaban recogiendo el heno. Habían tenido un verano húmedo, y era sólo la segunda cosecha, una decepción, pues significaba que difícilmente podrían añadir otra vaca al rebaño como tenían pensado. Jack, Judith, Dorcas y otros vecinos de Faithwell estaban en los sembrados al norte de los bosques de Wieland, pero no dejaban que Honor los ayudara, algo de lo que ella se alegraba. Esa mañana se había despertado con molestias en el vientre. Aunque no esperaba al bebé hasta el mes siguiente, lo notaba muy grande y bajo, y le oprimía la vejiga, de modo que había tenido que levantarse varias veces durante la noche para utilizar el orinal. Notaba los deseos de la criatura de escapar del confinamiento de su útero y sabía que llegaría pronto y no se retrasaría, como les ocurre a tantas madres primerizas.

Judith comentó algo entre dientes sobre que Honor no fuera a participar en la siega de ese año, como tampoco lo había hecho el año anterior, dando a entender que había planeado a propósito el embarazo. A Honor no le molestaron las palabras de Judith. Como no tenía que responder, nada que dijera su suegra la molestaba.

Terminó de ordeñar ella sola para que Jack, Dorcas y Judith desayunaran y se fueran al henar con los demás. Después recogió las cosas del desayuno y preparó las empanadas de carne que le había encargado Judith para llevárselas de almuerzo al campo. Trabajar sola era un alivio y tenía poco en que pensar, salvo cuando el bebé se ponía pesado y tenía que sentarse. Jack, Dorcas y un vecino volvieron dos veces a la granja con el carro desbordante de heno y lo metieron en el establo. Honor no salió a saludarlos, y ellos no entraron en la casa; bebieron agua del pozo y llenaron una jarra para los demás.

Incluso le sobró un poco de tiempo y se sentó en el porche con un montón de hexágonos en el regazo con los que había empezado a confeccionar rosetas para una colcha de las llamadas jardín de la abuela. Había comenzado con figuras en verde y marrón que había encontrado a medio hacer en su cesta y después había añadido otros colores, amarillo y rojo. Llevaba un mes cosiéndolas, desde que había terminado la última colcha de Dorcas. Eran las piezas especiales que había guardado: el vestido de Grace, la seda amarilla y tostada, los rombos teja del vestido de boda de la hija de la señora Reed, pero no le sugerían nada, y pensó que a lo mejor nunca llegaban a sugerírselo. Pero como no le gustaba estar mano sobre mano había trabajado con los hexágonos. Tenía ya más de cien rosetas preparadas, aunque ninguna idea de qué hacer con ellas.

Como no tenía en mente una colcha concreta, se centraba menos en el trabajo; el calor la agotaba, y al poco rato cerró los ojos. La despertó Digger. Obligado a

quedarse en la casa con ella, a mediodía se puso en pie y gruñó. Honor dio un respingo; iba a llegar tarde a llevarles el almuerzo a los demás. Metió en una cesta las empanadas, un pedazo de pan, un cuenco de tomates y una jarra de leche y se precipitó por un sendero que bordeaba la linde del bosque, con la pesada cesta golpeándole las piernas.

Cuando llegó aún estaban trabajando; debían de haber esperado a que llegara para parar. Habían cortado la alfalfa unos días antes y la habían puesto a secar; el día anterior la habían rastrillado y ya estaba lista para llevarla al establo. El carro estaba junto a uno de los almiarés que salpicaban el prado. Honor dejó la cesta en el suelo y Jack y Judith empezaron a clavar las horquillas en el almiar.

De repente se oyó un alarido que a Honor le revolvió el estómago. Se quedó paralizada al ver a una mujer salir disparada del montón de heno, protegiéndose los ojos del sol. Antes de que nadie pudiera reaccionar echó a correr. Dando tumbos como un ciervo aterrorizado, se dirigió hacia Honor pero retrocedió en el último momento. Honor alcanzó a ver unos ojos enloquecidos y unos labios apretados. A continuación la mujer se precipitó hacia los bosques de Wieland.

Honor se quedó mirándola, entreviendo unos brazos relucientes, una falda revoloteante, un pañuelo rojo. Finalmente la mujer desapareció, aunque siguieron oyéndose los crujidos y chasquidos de los matorrales durante un rato, hasta que también eso dejó de oírse. Cuando Honor se volvió, todos los cuáqueros estaban mirándola.

No, pensó. Yo no tengo nada que ver.

Pero, aparte de Caleb Wilson, que le dirigió una mirada de apoyo, vio en las caras de todos que estaban relacionando la aparición de la fugitiva con su llegada. Aunque rompiera el silencio para asegurarles que era una coincidencia, no la creerían. Judith ya tenía en los labios la fría media sonrisa de costumbre. Sin decir nada, recogió la cesta de comida que les había llevado Honor.

No lo soporto más, pensó Honor. Diga lo que diga, la gente seguirá pensando lo mismo. Mis palabras no significan nada para ellos. Sintió como si algo le estallara en la cabeza. No pudo esperar, ni siquiera a que Judith sacara la comida. Dio media vuelta y se dirigió a la granja por el sendero, sin hacer caso a Jack, que la llamaba. A un lado tenía los bosques de Wieland; todo estaba en silencio. Dondequiera que estuviera la fugitiva, no hacía el menor ruido.

Una vez en la granja, Honor recogió los hexágonos que había dejado en la mesa de la cocina y los guardó en su cesta de labor. Después subió las escaleras, arrastrando su peso y el del niño apoyándose en la barandilla. Desde la puerta del dormitorio miró la colcha que antes había alisado sobre la cama. Era la de la estrella de Belén, la colcha de Biddy, como la consideraba ella. La colcha de las firmas de Bridport estaba doblada a los pies de la cama. No podía llevarse ninguna de las dos.

Cogió un chal, una navajita y un poco de dinero que le había sobrado del viaje a Ohio y que Jack nunca le había reclamado. Se cambió la capota de diario por la gris y

amarilla; si se la dejaba, Judith era capaz de dársela a alguien por puro rencor. Volvió a la cocina y cogió un queso curado, una hogaza de pan, un pedazo de carne de ternera seca y una bolsa de ciruelas. Nunca había hecho el equipaje para un viaje así y no sabía si se llevaba lo más adecuado. Intentó pensar en lo que llevaban los fugitivos que había conocido. Nada. Algunos incluso iban descalzos. Se cambió los endeble zapatos de verano por unas botas más fuertes, recogió dos velas y unas cerillas y lo metió todo en un paño de cocina.

No podía llevarse las rosetas, ni el costurero de su abuela, y eso estuvo a punto de detenerla. Abrió el costurero y sacó el dedal de porcelana, el alfiletero y las tijeras esmaltadas y también los pedazos de tela especial que había guardado, recuerdos insustituibles.

Digger estaba tendido ante la puerta, aprovechando la escasa brisa. No gruñó cuando Honor pasó por encima de él como hacía normalmente. Lo sabe, pensó Honor. Lo sabe y se alegra.

Atravesó la huerta –las manzanas enrojecían en los árboles; las ciruelas, ya algo pasadas, amarilleaban–, entró en los bosques de Wieland y fue abriéndose camino poco a poco entre arces, hayas y zarzas repletas de moras que no podía pararse a recoger. Los árboles estaban cargados de hojas a medio camino entre la plenitud del verano y la decadencia del otoño. Mientras que las de los robles seguían verdes, las de los arces tenían vetas de un rojo ya casi encendido.

Ni se veía ni se oía a la mujer negra. Al llegar a cierto punto Honor se desvió hacia la linde del sembrado en el que estaban trabajando los Haymaker y oyó sus voces, pero no lo que decían. Después se adentró en el bosque, donde debía de haberse escondido la mujer. La seguía el canto de la codorniz con su característico reclamo. Jack se había burlado de ella en una ocasión cuando le preguntó qué era, negándose a creer que no existiera en Inglaterra un ave tan común. Cuando iba por el camino con Thomas, hacía más de un año, Honor ni siquiera había reconocido los cardenales y los arrendajos azules. Había mucho que aprender sobre Norteamérica, y no todo era bueno.

Además del canto de la codorniz, empezó a distinguir la cháchara de una ardilla, como si riñera a un niño o un intruso. Siguiendo el ruido, no trató de ocultar su presencia, sino que dejó que sus faldas rozaran los matorrales y rompió ramas muertas al andar, con la esperanza de que la fugitiva se asomara y al ver quién era confiara en ella.

La mujer se había encaramado a una rama de una haya, a unos tres pies del suelo, y una ardilla protestaba en otra rama más alta. Honor se subió a una raíz del árbol y miró hacia arriba con una ciruela en la mano. La mujer la miró. Sin recoger la fruta, bajó al cabo de un instante. Más alta que Honor, era de piernas y brazos largos, y su piel tenía un tono amarillento. A Honor le resultaba conocida su cara, pero tardó unos momentos en situarla. Era la primera fugitiva, la que se había escondido junto al pozo y le había dejado una taza de agua junto a la cama (la taza había sido enterrada con el

otro fugitivo por allí cerca). Honor recordó que Donovan la había capturado; debían de habérsela entregado a su amo y había vuelto a escaparse. Parecía más sana; estaba más rellenita, no tenía granos en la cara, el blanco de los ojos era más blanco y el vestido parecía más nuevo, aunque más sucio. Llevaba zapatos de hombre y un hato como el de Honor.

La primera vez que Honor vio a la mujer le dio un pedazo de pan. En esta ocasión se guardó la ciruela y desató el hato para ofrecerle pan y queso. La mujer negó con la cabeza.

—Me han dado bien de comer en el último sitio, y de momento no tengo hambre. Ella me dijo que la saludara a usted si la veía, pero también que fuera hasta la siguiente casa si podía, para no molestarla a usted, que ya tiene bastante con lo suyo. —Señaló el vientre de Honor—. No me habría metido en el heno ese, pero es que el cazador de esclavos me hizo desviarme, igual que la última vez. Me pilló en este bosque. Es un pesado, ¿no? Para mí que no sabe ni quién soy, aunque no deja de perseguirme.

La mujer se calló. La ardilla había redoblado sus quejas con dos mujeres allí cerca, pero de repente guardó silencio, y se oyó un caballo a lo lejos, avanzando por el sendero del sur, con pisadas irregulares. Era la primera vez que Donovan iba por ese camino desde la muerte del esclavo fugado. No sabía nada del silencio de Honor.

Y Honor iba a romper ese silencio, a ponerle fin sensatamente, sin alharacas.

—Voy con usted.

Sus primeras palabras desde hacía más de dos meses le brotaron como un susurro ronco.

—Gracias, pero sé adónde tengo que ir.

Honor se aclaró la garganta para que las palabras le salieran con soltura.

—Tenemos que marcharnos de estos bosques. Él vendrá a buscar aquí.

Como Jack; unas horas más tarde Judith y Dorcas volverían a la granja para ordeñar, y al ver que Honor no estaba allí darían la voz de alarma.

Aguzaron el oído. No podían ir hacia el norte, al prado, donde Honor oía las distantes voces de su familia, el tintineo de las bridas de los caballos, el chirrido del carro. Donovan les impedía huir hacia el este por el sendero que pasaba junto a la granja y Faithwell. Honor no quería ir hacia el oeste; el camino que atravesaba los bosques de Wieland se estrechaba al llegar a la mitad y además las llevaría a terreno desconocido, lejos del camino principal y de Oberlin. Si podían acercarse al camino principal entre Oberlin y Wellington la seguirían por los sembrados.

—Si cruzamos el sendero por ahí —Honor señaló hacia el sur— hay un maizal que todavía no han segado. Podemos escondernos allí hasta que oscurezca y después seguir hasta el camino principal.

La otra mujer movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Primero tengo que beber.

Echó a andar hacia el riachuelo que partía en dos el bosque, en el que Honor

había embadurnado de barro a Dorcas para aliviarle las picaduras de avispa. No había más agua que dos charcos cubiertos de porquería con un enjambre de insectos revoloteando. Continuaron hasta que encontraron un hilillo de agua que caía por una roca. La fugitiva puso la boca allí. Después de beber, se levantó y le hizo una seña a Honor, que intentó agacharse pero acabó apoyándose en las manos y las rodillas, en una posición incómoda por el peso del bebé. Vaciló un momento al caer en la cuenta de que iba a poner la boca en el mismo sitio en el que había estado la de la negra, pero fue apenas un instante, y bajó la boca hasta la roca. El agua le supo maravillosamente.

Después la fugitiva la ayudó a ponerse en pie y emprendió la marcha hacia el sur, tomando el mando. A Honor no le importó. Bastante tenía con ir por los bosques una tarde de finales de verano con una negra hacia..., no sabía adónde iba. Estaba huyendo.

La fugitiva se movía por el bosque en silencio, con paso seguro, tan pendiente de su cuerpo que no rozaba las ramas ni hacía crujir las hojas. Honor no podía seguir su ejemplo; se enredaba en las zarzas y hacía ruido al rozar los arbustos. Además, la entorpecían el peso que llevaba y el dolor en las ingles y los muslos. Sin embargo, la mujer negra no aflojó el paso, y al cabo de poco tiempo era poco más que un rápido movimiento entre los árboles. En un momento dado Honor se detuvo y se enjugó la frente, aguzando el oído. No oyó el caballo de Donovan. Probablemente estaría registrando el establo y otros edificios de la granja. A su espalda oyó el carro cargado de heno traqueteando por el sendero que iba desde el sembrado hasta la granja bordeando la linde del bosque de Wieland. Si Jack se topaba con Donovan en el establo, ¿qué se dirían? ¿Le preguntaría Donovan si había visto a la fugitiva? ¿Se lo diría Jack, o mentiría? Honor se estremeció y se apresuró para alcanzar a su compañera.

La mujer estaba apoyada contra un arce en la linde del bosque; el sendero era poco más que un reguero de barro endurecido de este a oeste. Al otro lado, en diagonal, centelleaba el verde del extenso maizal de los Haymaker. Alto, sano y maduro, lo dejarían hasta el otoño, cuando se hubieran secado las mazorcas. Al verlo, Honor recordó la primera vez que se había acostado allí con Jack y se sonrojó; hacía poco más de un año, pero parecía más lejano que Inglaterra.

—Ya puede volver —dijo la fugitiva—. A partir de ahora estaré bien. Esperaré en el maizal hasta el anochecer y seguiré cuando no pueda verme nadie.

Honor negó con la cabeza.

—Voy con usted.

La fugitiva miró el vientre de Honor.

—¿Seguro que quiere irse en su estado?

—No espero al bebé hasta el mes que viene. No me pasará nada.

La mujer se encogió de hombros y se volvió para mirar a uno y otro lado del sendero, aguzando el oído.

—Entonces venga. —Salió del bosque. Honor la siguió, pero el sol la deslumbró de tal manera que echó a correr sin ver por dónde iba e irrumpió estrepitosamente en el maizal—. ¡Chis! —Honor se detuvo, y las mazorcas entrechocaron a su alrededor—. Despacio, que si no, hace ruido —susurró la fugitiva—. Y no debemos separar las cañas, para que no se den cuenta de que hemos estado aquí. Vaya hacia el medio y espere. Sígame.

Recorrieron con cautela un surco, tratando de no romper ni sacudir las cañas. Honor no apartaba la vista de la espalda de la mujer negra, en la que se iba ensanchando una mancha de sudor que asomaba a su vestido marrón. Tras adentrarse varios pies, la fugitiva se puso a atravesar los surcos, zigzagueando y empujando con cuidado el tupido maíz. Por último llegó a un surco y lo siguió, durante un trecho mucho más largo que el que habría seguido Honor de haber estado sola. «Para, por favor. Por favor», estuvo a punto de decir. Iba a tocarla con una mano cuando la fugitiva se paró, y Honor casi se cayó encima de ella. Estaba mareada y el niño le oprimía la vejiga. La otra mujer se sentó.

—Vamos a esperar aquí.

Honor dio unos pasos más y se acuclilló. Hacía tanto calor que la orina se secó momentos después de caer al suelo. Al volver se sentó junto a la fugitiva y abrió su hato. En esta ocasión la mujer aceptó una ciruela. Honor saboreó la pulpa carnosa y chupó el hueso largo rato. La mujer la miraba de reojo.

—Me gusta su capota —dijo—. Parece gris y de pronto tiene ese toque amarillo que le da la gracia.

—Me la hizo una amiga.

Honor sintió remordimientos al pensar en Belle Mills. No había contestado a su carta y no volvería a verla.

Era incómodo estar sentada en el maizal. El sol caía a plomo, porque las cañas no proporcionaban mucha sombra. Se le enganchaban las hojas, de superficie suave y rugosa. Las panochas sobresalían de la farfolla, aunque era maíz para el ganado, de granos demasiado duros para los dientes humanos y sabor menos delicado que el maíz dulce que a Honor había llegado a encantarle. No había nada sólido contra lo que apoyarse, como un árbol, y las cañas crecían tan juntas que era difícil encontrar espacio para tumbarse. Estaba agotada por el sol y el esfuerzo y dio unas cabezadas pero se despertó de golpe.

—Duerma un poco —dijo la fugitiva—. Yo vigilo. Nos turnaremos.

Honor no discutió. Apoyó la cabeza en el hato, se hizo un ovillo y, a pesar del sol ardiente, las moscas y el dolor sordo del vientre, se quedó dormida enseguida.



Se despertó con la boca seca y el hueso de la ciruela pegado a un lado. El sol seguía su trayectoria curva hacia la línea del horizonte. Había dormido mucho rato. Oyó los

cascos de un caballo resonando rítmicamente a lo lejos, y se incorporó sobresaltada. La mujer negra estaba acucillada.

—Debería haberme despertado —dijo Honor.

La mujer se encogió de hombros.

—Necesitaba dormir. —Paseó la mirada por el vientre de Honor—. Me acuerdo de que al final yo quería pasarme el día durmiendo.

—¿Tiene hijos? —Honor miró a su alrededor, como si pudiera hacer aparecer niños en el maizal por arte de magia.

—Pues claro. Por eso estoy aquí.

Honor meneó la cabeza para aclararse las ideas. Y de pronto se quedó paralizada; era el caballo de Donovan. Cabalgaba rápidamente; aflojó el paso, se detuvo, siguió cabalgando con lentitud y por último dio media vuelta y se alejó.

Honor tragó saliva, pero la fugitiva no parecía preocupada. Incluso se rió.

—Lleva ya un rato haciendo lo mismo —dijo—. Sabe que andamos por aquí, pero no sabe dónde.

—¿Entrará en el maizal?

—Para mí que no. Hay montones de bosques y sembrados que registrar. Esperará hasta que nosotras nos movamos. —Honor no sabía cuándo ocurriría eso—. Tenga en cuenta que no sabe dónde estamos, pero nosotras sí sabemos dónde está él. Tenemos esa ventaja.

Honor pensó que ojalá ella fuera tan optimista. Por desgracia, Donovan contaba con más ventajas: la ley de su parte, un caballo y un arma.

Al anoecer oyeron otro caballo por el sendero. Honor reconoció la voz de Jack llamándola a gritos. Debía de haber interrumpido la siega para ir a buscarla; hacía buen tiempo, y Honor sabía que los Haymaker tenían pensado trabajar hasta lo más tarde que pudieran para recoger el heno antes de que llegaran las lluvias. Percibió ira e impaciencia en su voz, y le dio lástima.

La mujer negra se quedó mirándola.

—¿Es su marido? —susurró cuando Jack se dio la vuelta—. ¿Por qué la está buscando? ¿No sabe que está aquí conmigo?

Honor no contestó.

Y entonces la fugitiva lo comprendió.

—¿Se está escapando? —dijo, elevando el tono de voz por encima del susurro por primera vez ese día—. ¿Y por qué demonios? ¿Y encima con un crío en camino? ¿De qué tiene que escapar? —A cada pregunta Honor se sumergía más en sí misma, refugiándose en el silencio. Cuando quedó claro que no quería (o no podía) contestar, la mujer chasqueó la lengua—. Si será tonta...

Al hacerse más de noche volvieron a oír caballos y a Jack y Adam Cox gritando. La mujer recogió su hato y se puso en pie de un salto. Honor la agarró por una manga.

—¿Qué va a hacer?

—Decirles que está usted aquí.

—¡No, por favor!

Pero lo que detuvo a la fugitiva fue la voz de Donovan, su tono sarcástico, divertido.

—¡Honor Bright, me extraña que ande por ahí escondida, después de todas sus promesas de no ayudar a los negros! Supongo que hoy en día no te puedes fiar ni de los cuáqueros. Venga, cielo, ya es hora de que salga. Está haciendo sufrir a su marido.

Las dos mujeres se quedaron inmóviles, prestando oídos a los hombres que se removían en los caballos y hablaban en voz baja. Honor se estremeció y respiró hondo.

—Dios mío, tienen un perro —musitó la mujer negra—. Dios mío.

—Es Digger.

—¿La conoce? Bueno, por lo menos si nos encuentra no la hará pedazos. Venga, a correr.

—Me odia.

—¿Que su propio perro la odia? Dios mío.

Honor oyó ruidos en el maizal y distinguió la silueta borrosa de Digger recorriendo despacio el surco. Pero no ladró; se quedó a los pies de Honor, la miró, sin hacer caso a la fugitiva, y gruñó muy bajo. Después dio media vuelta y salió corriendo por donde había venido. Las mujeres se quedaron mirándolo.

—Eso es que la deja marchar —murmuró la fugitiva—. Menos mal que la odia. Gracias, Digger.

—Ahí viene —dijo Jack—. ¿Qué has encontrado, Digger? ¿Nada?

—Pues yo creía que andaba detrás de algo —dijo Donovan—. Maldito perro. Por eso no me gustan. Encima de meter ruido, no te puedes fiar de ellos. Confío más en mis sentidos que en los de un perro.

Los hombres se marcharon otra vez, y las mujeres se dirigieron hacia el sur entre los surcos de maíz. A Honor le dolían las piernas de haber estado tanto tiempo quieta; las estiró y las movió. Vio dos estrellas en el cielo. Muy pronto aparecerían más.

Al llegar al final del maizal atravesaron un bosque al sur de Faithwell. Con la creciente oscuridad Honor volvió a fijar la mirada en la espalda de la otra mujer y acabó apoyando una mano para que la guiara. Por fin llegaron al camino entre Oberlin y Wellington, que Honor conocía. Reinaba el silencio, pero Honor sospechaba que Donovan y tal vez Jack andaban por allí, esperándolas.

—Vamos a meternos en ese maizal —dijo la fugitiva, señalando el otro lado del camino—. Nos quedaremos cerca del camino para saber dónde estamos y dónde está el cazador. Más vale saberlo, para no llevarse sorpresas.

Hablaba con la confianza de una persona que había hecho lo mismo con frecuencia. Cruzó a toda la prisa el camino, que era como un río lívido incluso sin luna. Honor la siguió, pensando en que había estado en ese mismo sitio unos meses antes, buscando a Donovan en plena noche. Y ahora se escondía de él. La oscuridad

le trajo el mismo sabor metálico. Tragó saliva aunque el sabor siguió allí, si bien atenuado, porque en esta ocasión no estaba sola.

Al llegar al maizal la mujer negra se encaminó hacia el sur. Como Honor no la siguió, se detuvo.

—¿Viene o qué?

—Deberíamos ir por ahí. —Honor señaló hacia la Estrella Polar—. Hacia Oberlin.

La otra mujer meneó la cabeza.

—Acabo de venir de Oberlin. De la casa roja, la de la mujer que hace el estofado ese que abrasa. Me dijo que no me acercara a usted. Ahora empiezo a entender por qué. ¿Es que no lo entiende? Yo voy al Sur, no al Norte. Ya he estado en el Norte. —Se acercó a Honor—. No se acuerda de mí, ¿verdad? Supongo que todos nosotros le parecemos iguales. —Chasqueó la lengua—. Pues mire lo que le digo, que los blancos a nosotros también nos parecen todos iguales.

—Sí me acuerdo de usted —susurró Honor—. Me dejó agua al lado de la cama cuando estaba enferma.

La expresión de la fugitiva se suavizó.

—Sí.

—Pero no entiendo... ¿Por qué va al Sur?

—Por mis hijas. Es que cuando me cogieron volví a escaparme a la primera oportunidad. Incluso me paré en su granja un día y recogí la comida que había dejado debajo del cajón. Esa vez fui a Canadá, pero cuando estaba allí no dejaba de pensar en mis niñas y de preocuparme por ellas. Se estaba bien allí arriba, la libertad y eso. Nadie te dice lo que tienes que hacer. Tomas tus decisiones, dónde vives, qué haces, cómo gastas el dinero que ganas. ¡Ganas dinero! Y vivir con más negros es como..., bueno, como para usted vivir con los cuáqueros. Se está bien. Quiero que mis hijas vivan así, y por eso vuelvo a buscarlas.

—¿Dónde están?

—En Virginia.

—¡Pero eso está muy lejos!

—Si me pillan esperaré hasta que me pueda escapar otra vez. Es lo que tiene la esclavitud. Te necesitan para trabajar y no te pueden tener encerrada todo el tiempo. Si esperas lo suficiente, siempre encuentras el momento de escapar. Por eso no me preocupa que me pillen. Si me llevan otra vez a Virginia, me volveré a escapar, esta vez con mis hijas. He probado el sabor de la libertad y quiero volver a probarlo.

Honor tuvo la misma sensación que cuando jugaba con sus hermanos y su hermana a la gallina ciega, cuando le ponían una venda y le daban vueltas y cuando se quitaba la venda se daba cuenta de que estaba en una posición completamente distinta de la que creía. Era como si el maizal hubiera dado un giro de ciento ochenta grados, de modo que el norte fuera el sur, y el sur, el norte. Ella tenía pensado ir a la casa de la señora Reed en Oberlin y después dirigirse al noroeste, a Sandusky, una ciudad a orillas del lago Erie desde donde podría cruzar en barco hasta Canadá. Eso

era lo que hacían los esclavos fugados. Pero ahora tendría que ir en dirección contraria, o hacia el norte, sin nadie que la guiara.

—Entonces, ¿adónde va? —le preguntó la mujer negra.

—Pues... —Honor no tenía ni idea de adónde ir. Solamente había tenido en cuenta de dónde escapaba, no adónde escapaba. Y por lo general, esas dos cosas seguían diferentes direcciones. En realidad no se trataba de ir al Norte o al Sur; ella no era una esclava negra que huía de leyes injustas. Su decisión estaba más bien entre el este o el oeste, entre territorio conocido o desconocido.

—Iré con usted hasta Wellington. Allí ya decidiré.

Prefería ir hacia el sur en compañía a pasar una noche a solas en los bosques, con el sabor a metal.

—Pues si de verdad va a venir, vamos.

La mujer empezó a atravesar el maizal, serpenteando entre las cañas. Se había levantado la brisa, y las mazorcas entrechocaban, de modo que las fugitivas no tenían que preocuparse tanto por si hacían ruido. Sin embargo, avanzaban despacio, Honor dando traspies en la oscuridad.

Al final del maizal se toparon con una zanja y se quedaron allí un rato. Como Honor no sabía por qué, preguntó.

—Esperando a que la cosa pinte bien —se limitó a contestar la mujer negra. Al final Donovan pasó a caballo, él solo en esta ocasión, y pareció burlarse de ellas aflojando el paso al acercarse a su escondite y a continuación apretándolo—. Sabe que andamos por aquí, se lo huele —añadió—. Pero está hecho un lío, porque no sabe que voy..., que vamos hacia el sur. Cree que tendría que ser hacia el norte, pero su instinto le dice que no. Sólo tenemos que esperar.

Donovan volvió minutos más tarde. Detuvo el caballo y gritó:

—¡Escúcheme bien, Honor Bright! Sé que está ahí con la negra esa. Voy a decirle una cosa. Le propongo un trato. Se entrega y dejo que se vaya a donde tenía pensado ir. Su marido me ha pedido que la busque, hasta me ha dicho que me daría una recompensa, pero a mí no me importan ni él ni su dinero. Si quiere escaparse de él, no voy a ser yo quien se lo impida. Siempre he sabido que no se llevaría bien con los Haymaker. Dice que no ha vuelto usted a hablar desde que murió ese negro. Bueno, conmigo no tiene que hablar si no quiere. Tire una piedra para que sepa que está ahí y ya la encontraré.

La fugitiva miró a Honor con el blanco de los ojos refulgente en la oscuridad. Honor movió la cabeza para tranquilizarla.

Pasados unos minutos Donovan se echó a reír.

—Quien me vea, aquí en mi caballo y hablando solo... Supongo que me tiene loco, Honor Bright.

Dio media vuelta y se dirigió al norte. Honor se preguntó ante cuántos sembrados se detendría para hacer la misma oferta.

La mujer negra le lanzó una mirada asesina.

—¿Qué pasa con ese cazador de esclavos? ¿Es amigo suyo? ¿Va a dejar a su marido por él?

—¡No, no! Me marché porque... porque no comparto las ideas de la familia de mi marido.

—¡Menuda estupidez! No tiene por qué estar de acuerdo en todo con la gente con la que vive.

—Me han prohibido ayudar a los fugitivos.

—¡Ah! —exclamó la mujer chasqueando la lengua. Siguió en la zanja largo rato. El cielo estaba cuajándose de estrellas—. Venga, vámonos. Nos está buscando por el camino de Oberlin, soltándole el discursito de vez en cuando.

Se rió entre dientes y se internó en el bosque, delante de Honor. A cada paso Honor esperaba notar una mano sobre su hombro u oír un grito detrás. Pero Donovan no apareció.

Hacía más fresco; no frío, pero estaba cayendo el rocío, y Honor se arropó con el chal. Por el bosque dio algún traspie, mientras que la otra mujer iba con paso firme y seguro.

La otra linde del bosque daba a un sembrado que ya habían segado. No podían atravesarlo porque las verían fácilmente, aun sin luna. Por eso se dirigieron más al este, apartándose del camino, hasta otro bosque, donde volvieron a encaminarse hacia el sur. Ya lejos del camino y de Donovan, Honor pensó que podían relajarse un poco, pero la mujer negra continuó a toda prisa, recelando de los sembrados por los que un caballo pasaría con facilidad.

—Cruzaré todos los sembrados hacia el norte hasta que se dé cuenta de que no andamos por allí —dijo—. Después vendrá por aquí.

—También podría ir hacia el oeste —argumentó Honor—. Los fugitivos van hacia el norte y el oeste, no al sur y el este.

—Esos cazadores de esclavos tienen un sexto sentido para adivinar dónde está un fugitivo. Si no, se quedan sin trabajo. Volverá esta noche, seguro. Pero yo también tengo un sexto sentido.

—¿Cómo puede hacer esto todas las noches, y encima usted sola? —Honor se estremeció, pensando en la fría opresión metálica de la noche.

—Te acostumbras. Y mejor ir sola. Esto —la mujer hizo un gesto con la mano—, esto es la seguridad. La naturaleza no va a hacerme esclava. A lo mejor me mata, con el frío, la enfermedad o los osos, pero sería una cosa rara. No, el peligro es ése —señaló el camino—. El peligro es la gente.

—¿Osos? —Honor miró a su alrededor.

La mujer se echó a reír.

—A la mayoría de los osos les asusta la gente. No te molestan, a no ser que te metas con sus crías. Además, por aquí no hay osos. En las montañas, que es adonde yo voy, sí que hay. Pero a mí no hay oso que me asuste cuando se trata de mis crías. Bueno, vámonos.

Parecía obedecer a una señal muda que sólo ella comprendía.

Recorrían un trecho y se paraban, una y otra vez. Al cabo de un rato llegaron a una corriente de agua, el río Black, pensó Honor. La fugitiva se metió sin dudarle, sujetando el hato por encima de la cabeza. A Honor no le quedó más remedio que seguirla, y al salir en la otra orilla estaba empapada y helada.

—Se secará enseguida —dijo la otra mujer.

Llegaron a la linde de Wellington antes del amanecer, cuando aún estaba oscuro. Esto va ser lo más difícil, pensó Honor; ir a casa de Belle Mills, en mitad del pueblo, sin que nos vean. Ya oía ladridos de perros en las granjas de los alrededores.

La fugitiva no parecía tan preocupada.

—¿Sabe dónde está la tienda de esa señora? —preguntó.

—Ella me hizo esto —contestó Honor dando un golpecito en la capota.

La fugitiva asintió.

—Ya decía yo. Bueno, pues lo único que tiene que hacer es llamar a su puerta. Usted es libre. Nadie puede llevársela a la fuerza. Ni siquiera ese cazador de esclavos.

—Pero ¿y usted?

—Yo no voy con usted. —Ante la expresión de terror de Honor, la mujer la miró fijamente—. Es demasiado peligroso andar por el pueblo, ahora que han dado la voz de alarma. Aquí me pillaría; lo noto. Pero usted no se preocupe; ya la he traído hasta aquí y no tiene por qué tener miedo. Puede seguir por el camino, sin esconderse en el bosque con los osos. ¿Lo ve? Ya no está tan oscuro.

Honor miró a su alrededor. La débil luz que apuntaba por el este atenuaba la oscuridad, y pronto podría ver para andar con más facilidad.

—¿Y adónde va?

—Me esconderé en alguna parte, pero no voy a decírselo. Mejor que no lo sepa; así el cazador de esclavos no podrá sonsacarle nada. Venga, váyase antes de que nos encuentre algún perro. Tengo que llegar a un sitio con agua para que no puedan seguir mi rastro.

Honor sabía que tenía razón.

—Espere.

Abrió el hato y le dio toda la comida, la navajita y la mayor parte del dinero. Después se quitó la capota gris y amarilla y también se la ofreció.

—Ah. —La fugitiva tocó el forro amarillo—. Esto es demasiado bonito para mí.

—Por favor. Me gustaría que se la quedara.

—De acuerdo. —Empezó a ponérsela encima del pañuelo rojo.

—Espere... También debería ponerse la cofia. Deme su pañuelo.

Lo usaré para una colcha, pensó Honor.

Con la cofia y la capota firmemente atada a la barbilla, de lado la mujer negra parecía blanca.

—Gracias. Venga, será mejor que se vaya. —Honor vaciló, con los ojos llenos de lágrimas—. Adelante.

—Que Dios la acompañe.

—Y a usted. —La mujer sonrió—. Hay que verme, con capota y hablando como una cuáquera.

Dio media vuelta y la oscuridad del bosque se la llevó.



Donovan estaba esperándola en la esquina del edificio de la tienda de Belle Mills, tan inmóvil que Honor no se fijó en él hasta que levantó la mano para llamar a la puerta.

—¿Qué anda haciendo con la cabeza descubierta, Honor Bright? ¿Y dónde está esa negra?

—No lo sé —respondió Honor sin faltar a la verdad cuando se recuperó del susto.

—¿Por qué está empapada? ¿Se ha metido en el río? Conque la negra esa le ha enseñado todos sus trucos, ¿eh?

Honor se miró la falda a la luz del amanecer. Creía que se había secado, pero vio que estaba chorreando.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó.

Sombrería de Belle Mills
Main Street
Wellington, Ohio
4 de septiembre de 1851

Queridos padres:

No se asusten por la letra de una desconocida. Es Belle Mills quien les escribe, porque yo me siento demasiado débil para estar sentada demasiado tiempo. Quería que supieran lo antes posible que ya son abuelos, de Comfort Grace Haymaker. Nació hace tres días, y me asistieron Belle y un eficiente médico de Wellington. La niña es preciosa. Yo estoy cansada pero muy contenta.

De momento es mejor que me escriban a Wellington.

Su hija que les quiere,

HONOR

Esto lo escribo yo, y Honor no lo sabe porque la niña y ella están durmiendo. No sé si les habrá escrito para decirles que ha roto con su familia. Primero los sometió al método del silencio, que supongo es la clase de castigo que podría ocurrírsele a una cuáquera. Después se escapó y está viviendo en mi casa.

Es capaz de guardar silencio un día entero, algo que yo no había visto en mi vida. Pero voy a decirles una cosa: cuando estaba dando a luz chilló tanto como cualquier mujer, con tal fuerza que se ha quedado ronca. Hasta al doctor John le sorprendió, y eso que ha oído chillar toda su vida. No obstante, me alegré de oír la voz de Honor bien fuerte, aunque fuera por el dolor.

Ustedes son su familia y a lo mejor consiguen hacerla entrar en razón. Tiene que pensar qué va a hacer. Puede quedarse conmigo una temporada, si bien yo me estoy muriendo. El hígado, una cosa lenta pero que me está matando. Ella no lo sabe, ni falta que le hace. Bastante tiene con lo suyo. Al final yo me iré, la tienda pasará a manos de mi hermano y más vale que Honor no siga aquí. Sería un desastre.

Y voy a añadir una cosa de mi cosecha: que Honor no encontrará a nadie mejor que Jack Haymaker, por lo menos en Ohio. Si quiere el hombre ideal tendrá que volver a Inglaterra a buscarlo, y quizá ni siquiera allí lo encuentre.

La niña está llorando, así que tengo que despedirme.

Afectuosamente,

BELLE MILLS

Comfort



Honor empezó a agradecer las mecedoras. En Estados Unidos estaban por todas partes: en el porche delantero de casi todas las casas, en los rincones de las cocinas, en el salón de las posadas, a las puertas de las tabernas, junto a la estufa de las tiendas. Solo no las había en las casas de asambleas de los amigos y –lo suponía, pero no lo sabía, porque no había estado en ninguna– en las iglesias.

Antes de la llegada de Comfort no le inspiraban confianza; tanto mecerse le parecía una provocativa señal de holgazanería. El ritmo constante impuesto por otra persona la molestaba cuando ella estaba cerca. Los norteamericanos mostraban su propio ritmo mucho más abiertamente que los ingleses, y no se les ocurría que a los demás quizá no les apeteciera conocerlo. En ocasiones iban tan a lo suyo que no tenían en cuenta los sentimientos ajenos; orgullosos de su individualidad, alardeaban de ella.

Cuando Honor iba de visita a casa de otras familias de Faithwell siempre se sentaba en una silla de respaldo recto, asegurando que era mejor para coser, pero en realidad no quería mecerse delante de otros e imponerles su ritmo interno.

Sin embargo, cuando nació Comfort descubrió lo mucho que podía tranquilizar el movimiento de la mecedora a madre e hija. Muchas veces se sentaba con su hija junto a la estufa en la tienda de Belle, mientras la niña mamaba o dormía en sus brazos. Las clientas sonreían y la saludaban con la cabeza; no parecía molestarles.

Quizá no sea que los norteamericanos estén tan apegados a la expresión individual, sino que los británicos somos demasiado críticos, pensó un día.

Dada la violencia con la que había venido al mundo –el prolongado dolor, la sangre, los empujones y los gritos que convirtieron brevemente a Honor en un animal–, quizá no pudiera extrañar que Comfort Haymaker fuera una niña muy elocuente. Tenía el pelo del color del maíz y los ojos azules de su padre, pero era menuda como su madre, y su minúsculo estómago se llenaba y vaciaba con rapidez. Lloraba, Honor le daba de comer, dormía una hora y volvía a llorar pidiendo alimento, siguiendo este ritmo infantil durante todo el día y toda la noche. A Honor nunca le habían exigido tanto, ni siquiera cuando estuvo cuidando a Grace a lo largo de su enfermedad. Durante una temporada se sintió tan agotada que apenas podía hacer otra cosa que dar unas cabezadas entre las tomas de Comfort.

Si hubiera estado en casa de los Haymaker no se habría sentido en absoluto culpable, porque se suponía que las mujeres que habían dado a luz recientemente debían guardar reposo varias semanas. Pero en casa de Belle le daba la impresión de que su gandulería saltaba a la vista, sobre todo cuando bajaba a sentarse en la tienda en lugar de quedarse acostada en la habitación que le habían cedido. A Belle no parecían importarle ni el llanto ni la inactividad, pero Honor se empeñó en coser lo que pudiera mientras Comfort dormía, aunque con el cansancio se le desenhabraba continuamente la aguja y le salían las costuras torcidas.

Comfort se acostumbró enseguida al movimiento de su madre en la mecedora y se despertaba y lloraba cuando Honor intentaba ponerla en la cesta acolchada que le

había prestado Belle. A ella también se le saltaban las lágrimas, por el agotamiento y la frustración. Madre sabría qué hacer para dormir la, pensaba. O Judith Haymaker.

Un día Belle vio los esfuerzos que hacía con la niña llorando.

—Lo que necesita es una cuna —dijo no sin cierta mordacidad.

Honor apretó los labios y no replicó. El día después de que naciera Comfort, Belle avisó a los Haymaker, y Jack fue a hacerle una visita.

A Honor le sorprendió alegrarse tanto de verlo. Cuando Jack tomó a su hija en brazos y miró orgulloso la cara de la niña dormida, Honor tuvo la misma sensación que cuando cosía retazos de tela y veía que encajaban.

—Tiene tu pelo, y tus ojos —dijo, las primeras palabras que le dirigía a su marido desde hacía meses.

Jack sonrió. Parecía aliviado.

—Qué bien oír tu voz.

Honor le devolvió la sonrisa.

—Y la tuya. Te he echado de menos.

Y en ese momento lo decía de verdad.

—Le he hecho una cuna a la niña. Madre dice que... —Jack se calló—. Puede dormir en ella cuando vuelvas a la granja.

Honor notó que los hombros se le ponían tensos, y a modo de reacción Comfort se echó a llorar. Jack tuvo que devolvérsela, y la sensación de ser una familia se desvaneció.

—¿Por qué te escapaste, Honor? Estaba tan preocupado... Yo y todos. —Honor estaba colocando a la niña para que se prendiera de su pecho. La primera chupada fue tan dolorosa que le cortó la respiración—. Fue una irresponsabilidad —añadió Jack—. ¿Y si la niña hubiera llegado en el bosque, estando tú sola y lejos de todos? Podríais haber muerto las dos.

—No estaba sola.

Jack torció el gesto ante el recuerdo de la fugitiva.

Honor resistió la tentación de volver a refugiarse en el silencio de los últimos meses.

—Me gustaría ponerle Comfort —dijo—. Comfort Grace Haymaker.

—¿Por qué no le has dicho a Jack que traiga la cuna aquí? —preguntó Belle cuando Jack se marchó. Debía de haber estado escuchándolos.

—Es el trato de su madre. La cuna está preparada para la niña, aunque sólo si vuelvo con ellos.

Le dio la impresión de que Belle quería decir algo, pero no dijo nada.

Varias clientas mencionaron la palabra «cuna» al ver los esfuerzos de Honor para dormir a su hija. «Esta niña tan guapa... ¿Dónde está su cuna?» «¿No tiene la niña cuna donde dormir?» «Tiene que conseguir una cuna, joven».

Una mañana el hijo de una clienta llevó una vieja cuna de madera de nogal, con cerezas descoloridas pintadas en el diminuto cabecero.

—Yo dormía aquí cuando era pequeño —dijo—. Madre la guardaba para sus nietos, pero yo me voy al Oeste y todavía no necesito cuna. Ya la haré allí. Así que puede quedársela.

Se marchó antes de que Honor pudiera darle siquiera las gracias.

La cuna era vieja y estaba desvencijada, pero se mecía, y Comfort se quedó dormida enseguida. Honor podía moverla con el pie y coser al mismo tiempo.

Cuando fueron de visita Dorcas y Judith Haymaker, cada una con una cesta de queso y manzanas, Judith miró la cuna con mala cara, pero su gesto se suavizó y sonrió abiertamente al tomar en brazos a su primera nieta. Venciendo el deseo de arrebatársela, Honor se quedó sentada muy erguida, con las manos sobre el regazo. La niña agitó los bracitos y movió la cabeza a un lado y otro, buscando el pecho de su madre, los ojos azules nublados, aún incapaces de fijar la mirada.

Honor se sintió más tranquila cuando Dorcas cogió a su hija. Meciéndola en sus brazos, su cuñada parecía más feliz de lo que Honor la había visto nunca.

—Se ha mudado una familia a Faithwell —dijo—. Son de Pensilvania. También se dedican a producir leche.

—En la asamblea no paran. El padre habla como si estuviera predicando —refunfuñó Judith.

Estaban sentadas en la minúscula cocina, y Honor sorprendió a las clientas mirando divertidas a las tres cuáqueras con su sobria vestimenta, que contrastaba con las brillantes plumas y flores de la tienda.

Comfort se puso a llorar, y Honor la tomó en brazos.

Esa tarde, cuando las Haymaker se marcharon y la niña dormía, las dos mujeres se pusieron a trabajar, Honor cosiendo pelo de conejo blanco alrededor de una capota verde de invierno y Belle forrando una gris con seda azul claro.

—¿Qué edad tiene Dorcas? —preguntó Belle, levantando el sombrero y mirando ceñuda el borde—. ¿Está torcido?

—No. La misma edad que yo.

—Sí está torcido. Maldita sea. —Belle se puso a descoser la costura—. ¿Por qué crees que habrá mencionado lo de la nueva familia de Faithwell?

Honor no interrumpió el ritmo de las puntadas.

—A veces la gente llena el silencio con palabras.

—No, cielo, ésas tenían su porqué. Tú no te has fijado porque estabas pendiente de la niña, pero Dorcas sonreía como para sus adentros después de hablar de ellos. Y tu suegra puso una cara que parecía que se había comido un limón. —Honor dejó de coser, miró a Belle y esperó a que explicara lo que evidentemente tenía bien meditado—. Seguro que encontrará marido en esa familia —añadió muy convencida.

Honor siguió cosiendo. No quería abandonarse a las especulaciones. Pero se alegraba de haber terminado las colchas que le debía a Dorcas. Todavía le quedaban por hacer cinco para su boda, pero pensó que antes cosería con celeridad una para la cuna de Comfort, no sabía con qué diseño. Primero tenía que conocer más a su hija.



En cuanto se sintió más fuerte empezó a dar cortos paseos con Comfort por Wellington. Como la mayoría de las vecinas del pueblo compraban las capotas y los sombreros en la tienda de Belle e iban allí con frecuencia, si no a comprar sí a curiosear, conocía a muchas de ellas y la saludaban al pasar. Sospechaba que después hablaban de ella, porque una cuáquera peleada con la familia de su marido era un cotilleo al que pocas podían resistirse. Sin embargo, no caía en la tentación de volverse para ver las cabezas juntas, las miradas de regocijo y horror, oír las voces apagadas. Delante de ella las mujeres de Wellington seguían siendo amables, y era lo mejor que podía esperar.

Muchas veces llevaba a Comfort a ver pasar el tren por Wellington en su trayecto hacia Columbus o Cleveland. Al principio no soportaba el tamaño y el ruido del monstruo de metal resoplando y resollando al entrar en la estación, y a Comfort la hacía chillar. Pero no podía negar que era emocionante ver a la gente subir y bajar, la descarga de mercancías, la simple posibilidad de moverse y cambiar, de marcharse y volver. Madre e hija acabaron por acostumbrarse al alboroto e incluso a esperarlo ilusionadas.

De vez en cuando Honor se topaba con Donovan, que venía de los establos del pueblo o estaba hablando con otros hombres en la calle. Él inclinaba el ala del sombrero pero no le dirigía la palabra. Saltaba a la vista que Comfort hacía que se sintiera incómodo.

—A tu hermano no le gustan los niños —le comentó a Belle un día que pasaron ante él, que estaba sentado a la puerta del hotel Wadsworth.

Belle se rió entre dientes.

—Como a la mayoría de los hombres. Los niños los asustan, y la madre les dedica toda la atención que no les presta a ellos. Con Donovan es algo más que eso; esa niña le recuerda que estás casada. El año pasado le divertía pensar que no tenías compromisos, pero ahora tiene el recordatorio viviente de que un hombre ya ha estado donde él quería estar. —Honor se sonrojó—. Cielo, ahora tienes una familia, y no sólo por haberte casado. Donovan sabe que no puede competir, y no le hace ninguna gracia. ¿No te has dado cuenta de que no se ha acercado desde que estás aquí?

Era cierto que, después de que Honor rompió aguas y Donovan despertó a Belle y entre los dos la ayudaron a entrar en casa, había cedido y la dejaba en paz. Ya no pasaba a caballo continuamente por delante de la sombrerería como la última vez que Honor estuvo allí, si bien una noche, borracho en el hotel Wadsworth, al otro lado de la calle, se quedó largo rato mirándola mientras ella acunaba a Comfort ante la ventana. Después escupió el tabaco de mascar, algo que sabía que no le gustaba a Honor. Ella cerró los ojos, y cuando volvió a abrirlos Donovan había desaparecido.

Pero también Honor había cambiado. Estaba centrada en su hija, y con esa

responsabilidad hacia otra persona, cuanto no fuera fundamental para la supervivencia de Comfort pasaba a un segundo plano. Cuando veía a Donovan se sentía como si mirara un lugar lejano que antes amaba pero al que ya no sentía gran necesidad de volver. Donovan era ya como Inglaterra.

Sin embargo, aún le importaba. Más tarde, con Belle, volvió a sacar el tema a colación.

—¿Crees que tu hermano podría cambiar?

Belle estiró un sombrero de fieltro de color chocolate, lo humedeció, lo colocó sobre una horma de madera cortada por la mitad y atravesada por un tornillo metálico con un mango en un extremo. Al darle la vuelta al mango la horma se ensanchaba y el fieltro se estiraba.

—Mi hermano es un mal hombre —dijo al fin—. No tiene tus ideas y nunca las tendrá. Piensa que los negros son poco más que animales. Así nos criaron en Kentucky, y digas lo que digas y hagas lo que hagas, eso no cambiará, por mucho que te empeñes con tu compasión de cuáquera.

—Pero tú cambiaste de manera de pensar. ¿Por qué no iba a hacerlo él?

—Hay personas que nacen malas. —Belle giró el mango hasta que el fieltro no pudo estirarse más—. Yo creo que muy en el fondo, la mayoría de los sureños saben desde siempre que la esclavitud no está bien, pero justificaban lo que hacían poniéndole encima capas y más capas de ideas. Con el paso de los años esas capas se solidificaron, y es muy difícil romper con esa forma de pensar, tener agallas para decir «esto no está bien». Yo tuve que venirme a Ohio. Aquí sí se puede... Es un sitio en el que sí puedes. Y le he tomado cariño. —Dio una afectuosa palmadita al fieltro, como si fuera el estado de Ohio—. Pero Donovan..., no hay quien lo mueva. Yo en parte ayudo a los fugitivos para compensar todo lo malo que lleva dentro y para castigarlo por espantar a mi marido. Pero mira, cariño, tú no deberías perder el tiempo con causas perdidas. Lo que tienes que hacer es lo que es mejor para ella. — Señaló con la cabeza la cuna en la que dormía Comfort, con los brazos por encima de la cabeza como la ganadora de una carrera.

Sombrerería de Belle Mills
Main Street
Wellington, Ohio
1 del décimo mes de 1851

Queridísima Biddy:

Hace tanto tiempo que no te escribo que estarás pensando qué le ha pasado a tu amiga para que se haya vuelto tan dejada. Lo siento. Durante meses me entregué por completo al silencio y no pude hablar con nadie, ni escribir. Espero que me perdones. Ya vuelvo a hablar, pero con moderación.

En primer lugar deberías fijarte en el domicilio desde el que te escribo, donde vivo desde hace un mes. Ya te había hablado de Belle Mills, la sombrerera, que fue tan bondadosa conmigo cuando llegué a Ohio. Fue la bondad de Belle lo que me trajo de nuevo a ella, cuando podría haber ido a otro sitio.

Mis padres ya te habrán dado la noticia de que tengo una hija, Comfort, que nació cuando llegué a casa de Belle. Es una niña preciosa, con una mata de pelo rubio, grandes ojos azules y una expresión alerta, como si supiera lo que quiere y estuviera dispuesta a hacerse oír. Lloro bastante, porque aún es pequeña (llegó antes de lo previsto), y siempre tiene hambre, aunque está creciendo con rapidez. Ya no puedo imaginarme la vida sin ella.

Naturalmente, te extrañará que no esté en Faithwell con mi marido y su familia. Es difícil de explicar, pero no podía seguir viviendo allí. No es que se portaran mal conmigo, pero no vemos el mundo de la misma manera. Me marché de la granja con la ayuda de una esclava fugitiva que iba hacia el Sur, para recuperar a sus hijas y llevarlas al Norte. Sé que yo tenía pocos motivos, pero la envidiaba por su seguridad y confianza en lo que hacía. No he sentido esa seguridad desde que Samuel me liberó de nuestro compromiso. Es muy duro vivir sin ataduras tanto tiempo.

Jack ha venido varias veces a vernos a Comfort y a mí, y siempre me pregunta cuándo voy a volver. Yo no sé qué contestarle.

Judith Haymaker ha venido dos veces, y eso ha resultado más difícil, porque es mucho más rígida que Jack y menos cariñosa e indulgente. Me considera una vergüenza para la familia Haymaker, y me dijo cosas muy desagradables que no te esperas de un cuáquero, por pura frustración, supongo. «No debería haber consentido que Jack se casara contigo», me dijo el otro día. «Lo único que aportas a esta familia son las costumbres inglesas, que no son las nuestras». Después me dijo que en la asamblea los mayores han decidido que o vuelvo a Faithwell el 1 del undécimo mes como muy tarde o me repudiarán y se llevarán a Comfort. Me dio reparo que Judith cogiera a la niña en brazos, por miedo a que no me la devolviera. A Comfort no le cayó bien su abuela. No lloró, pero estuvo muy quieta en sus brazos, con el ceño fruncido todo el rato. Fue una visita muy molesta, si bien, al igual que mi hija, yo tampoco lloré.

La visita más provechosa ha sido la de Dorcas Haymaker, que una vez consiguió venir sola, con la ayuda de un granjero de Faithwell que la trajo de buena gana. Me extrañó, porque no siempre nos hemos llevado bien. Al menos tiene sentido práctico y me trajo ropa, mi costurero y mi cesta y la colcha firmada que me hicisteis tú y las demás. También trajo ropa para la niña que le había hecho yo, y me pidió que no se lo contara ni a Jack ni a Judith, pues el darme esa ropa supone que no voy a volver. Me lo pidió con muchos reparos, porque ninguna de las dos somos honradas al ocultar el objeto de su visita.

No obstante, lo mejor que me trajo fue tu carta, que me encantó recibir, sobre todo por la noticia de que vas a casarte a principios del año próximo. Ojalá estuviera allí para compartir tu felicidad y conocer al amigo de Sherborne que se ha adueñado de tu corazón. Me siento culpable por haberme quedado con la colcha de la estrella de Belén que me enviaste por mi boda. Te prometo que te la devolveré en cuanto la tenga en mis manos, aunque quizá la familia de Sherborne no sea tan estricta como los Haymaker con la cantidad de colchas que debes tener cuando te cases.

Belle ha sido muy buena conmigo. No hace muchas preguntas, y me deja hablar cuando me apetece. No critica, ni me pregunta cuánto tiempo pienso quedarme aquí. Se limita a darme trabajo. Está muy contenta con mi costura, como muchas señoras de Wellington. Normalmente Belle no cose vestidos, pero yo he empezado a hacer

arreglos y cambios en los que me traen las clientas. También me ha enseñado mucho de sombrería este mes, aunque por supuesto yo no voy a llevar esos sombreros, demasiado caprichosos para una cuáquera. De todos modos me entusiasman, a pesar de que sé que no debería ser así, porque las flores y las plumas son una frivolidad.

Intento ayudar con las tareas de la casa, cuando Comfort me deja. Belle apenas cocina, porque come poco. Dice que le gusta el olor de lo que yo cocino, si bien sólo se toma un par de bocados. La ropa le cuelga del cuerpo. Tiene un tono amarillento en la piel y los ojos; sospecho que es ictericia, pero ella no me ha dicho nada.

Me siento muy confundida, Bidy. Estoy en una zona del país donde hay mucho movimiento, y sin embargo no sé hacia dónde ir. Y Estados Unidos es un país tan extraño..., joven e inestable, con unos cimientos inseguros. A veces pienso en la casa de asambleas de Bridport, que fue construida hace al menos doscientos años. Cuando estaba allí en silencio notaba la fuerza de esa historia, los miles de personas que han estado allí en el transcurso de los años, sirviéndome de apoyo y haciéndome sentir parte de un todo más amplio. Era la naturalidad, que algunos llamarían autocomplacencia, supongo, con que sabes de dónde eres.

La asamblea de Faithwell no da esa sensación de estabilidad, no sólo porque el edificio sea nuevo y de madera, no de piedra. Es también la sensación de una comunidad endeble, de que nadie lleva mucho tiempo allí ni nadie seguirá mucho tiempo allí. Muchos hablan de trasladarse al oeste. Siempre existe esa posibilidad en Estados Unidos. Si la cosecha es mala, o si hay una disputa entre vecinos, o te sientes acorralado, siempre puedes recoger tus bártulos e irte a otro sitio. Eso significa que la familia es incluso más importante, pero mi familia de aquí no es fuerte; yo no me siento unida a ella. Así que tengo que elegir adónde ir, pero no sé qué camino tomar.

De momento es mejor que me escribas a casa de Belle. No sé dónde estaré dentro de cuatro meses, cuando recibas esta carta y tú me contestes, pero Belle sabrá dónde estoy.

Ten paciencia conmigo, Bidy. Si es la voluntad de Dios, volveremos a vernos.

Tu fiel amiga,

HONOR

La estrella de Ohio



Una mañana entró en la tienda una mujer mayor que Honor no había visto nunca.

—Thomas viene a hacer el reparto mañana por la tarde —le dijo a Belle—. Es grande. Ten sitio preparado.

Belle asintió.

—Gracias, Mary —dijo con alfileres en la boca, porque estaba colocando volantes en una capota de color burdeos.

—Te trae leños y astillas. ¿Te parece bien?

—Claro. ¿Cómo está su nietecita? Ande, llévele una cinta de ésas. A las niñas siempre les gusta una cinta nueva.

—Gracias. ¿Te importa si me llevo dos? —La mujer eligió dos cintas rojas de una cesta que había en el mostrador. Al llegar a la puerta vaciló—. ¿Te encuentras bien, Belle? Estás delgadísima últimamente.

—Es la solitaria. Ya se me pasará.

Honor, sentada como de costumbre en la mecedora amamantando a Comfort, levantó la vista. Los huesos de la cara triangular de Belle estaban aún más marcados, de modo que sus ojos avellana refulgían por encima de los pómulos.

—Belle... —dijo cuando la mujer se marchó.

—Nada de preguntas —la interrumpió Belle—. Normalmente puedo contar con que te estés callada. Sigue así. ¿Has acabado con eso? —Honor asintió con la cabeza—. Muy bien. Atiende aquí un rato. Yo tengo que... ir a hacer sitio para la leña.

Salió antes de que Honor comprobara que Comfort no se despertaba al pasarla de sus brazos a la cuna. Quizá la niña hubiera notado la actitud seria de Belle, porque siguió durmiendo, y Honor pudo atender a la serie de clientas que aparecieron durante la hora siguiente mientras Belle colocaba la leña que aún quedaba en la leñera. También subió varias veces al piso de arriba, algo que a Honor le extrañó, si bien se guardó muy mucho de preguntar por qué.

Al día siguiente, cuando empezaba a oscurecer y Belle estaba encendiendo las lámparas, apareció un hombre con un carro lleno de madera. Entró en la tienda, saludó a Belle e inclinó la cabeza ante Honor, que reconoció al viejo que la había recogido en Hudson hacía más de un año.

—Me he enterado de que tiene una pequeñina —dijo Thomas—. Eso está bien.

Honor sonrió.

—Pues sí.

Belle se llevó a Thomas a la parte de atrás mientras Honor se quedaba con dos clientas en la tienda, una joven y su madre que dudaban ante varios forros de lana para las capotas de invierno. Finalmente lo eligieron y pagaron. En el momento en que se marcharon Thomas salió y fue a por su carro.

—Voy a ayudar con la leña —dijo Belle—. Si vienen clientas, ocúpate tú de ellas. Entretenlas. —Le sostuvo la mirada a Honor unos segundos, dio media vuelta, entró en la cocina y salió por la puerta trasera.

Apenas acababa de marcharse cuando se oyó el caballo de Donovan trotando por

la calle. Entonces Honor lo comprendió. Cerró los ojos y rezó para que no se parase.

Pero se detuvo. Honor lo vio desde la ventana enganchando las riendas a un poste.

—¿Dónde está Belle? —preguntó al entrar. Miró brevemente a Comfort y clavó la mirada en Honor.

—Está atrás. Han traído leña.

Pasó una mujer por los tablones de fuera y se detuvo a contemplar los sombreros del escaparate. Entra, por favor, pensó Honor. Por favor. Pero siguió andando; estaba demasiado oscuro para que una mujer estuviera en la calle.

—¿Ah, sí? Pues con su permiso, guapa, voy a echar un vistazo para comprobar que no le dan la leña verde.

Pasó junto a Honor y se dirigió resueltamente hacia la cocina.

—Donovan...

—¿Qué? —Donovan se detuvo.

Honor tenía que conseguir que se quedara con ella, que no fuera a la leñera.

—Siempre he querido..., quería darle las gracias por ayudarme aquella noche. En el bosque, con el hombre negro.

—Yo no ayudé a nadie —replicó Donovan con desdén—. El negro estaba muerto, ¿no? No nos servía de mucho, ni a usted ni a mí.

—Pero usted me encontró cuando estaba en el camino, en la oscuridad. No sé qué habría hecho si no hubiera llegado usted. —Aunque no lo dijo, estaba obligándose a recordar lo que había sentido con él esa noche, el momento de intimidad entre los dos. Al recordarlo esperaba que él también lo hiciera y se desentendiera de lo que estaba pasando en la otra parte de la casa—. Ojalá cambiara de costumbres.

—¿Y eso cambiaría las cosas? —Antes de que Honor pudiera contestar, Comfort soltó el gritito que anunciaba que enseguida se despertaría. Donovan hizo una mueca—. ¿A que no? Ya no.

Se volvió y se dirigió hacia donde estaba Belle.

Honor meció la cuna, con la esperanza de que el movimiento adormeciera a Comfort. Pero no fue así, y tuvo que coger a la niña, ponérsela al hombro y andar un poco por la habitación dándole palmaditas en la espalda, al tiempo que prestaba atención a lo que ocurría en la parte de atrás.

Minutos más tarde volvió a aparecer Belle con una brazada de leña, que dejó en el cajón al lado de la estufa. Donovan iba detrás de ella.

—Donovan, un hermano no debería dejar que su hermana cargara con la leña sin llevar él un poco. ¿Qué demonios te pasa? Las personas como Honor ya tienen suficiente mal concepto de ti, así que no empeores las cosas siendo tan poco caballeroso. —Se acuclilló y se puso a colocar la leña—. ¿Vas a traer una brazada o tengo que hacerlo yo todo?

Donovan frunció el ceño y volvió por donde había venido. Debe de ser más joven que Belle, pensó Honor, recordando la autoridad natural que sus hermanos mayores

ejercían sobre Grace y ella.

Belle abrió la estufa y metió otro leño, aunque no hacía falta; ya no llegarían más clientas y se irían a la cocina. Fue ese acto innecesario lo que le indicó a Honor que Belle estaba nerviosa.

Donovan volvió con un montón de leña, y Thomas detrás de él.

—Con esto se arreglará hasta la Navidad, Belle —dijo Thomas—. Pero si quiere vengo con más cuando ande por el pueblo.

—Gracias, Thomas. ¿Qué le debo?

Mientras Belle y Thomas iban al mostrador a hacer cuentas, Donovan se puso a amontonar la leña encima de la que había colocado su hermana. Comfort había empezado a fijar la mirada y siguió sus movimientos por encima del hombro de Honor, lo que pareció molestar a Donovan, que se dio prisa en acabar. Cuando Thomas entró en la cocina para volver al carro, Donovan se puso en pie y se dirigió a la puerta delantera.

—¿No quieres un café antes de irte, Donovan? —le preguntó Belle. Parecía divertida.

—Espantaría a tus clientas. Cuidadito con lo que hacéis, Belle y Honor. Todavía no he terminado aquí.

Salió dando un portazo.

Belle se rió entre dientes.

—Esa niña lo asusta más que nada en el mundo. Tendría que estar aquí todo el rato. Sería como un talismán, para que Donovan no viniera por aquí.

Le dio un beso a Comfort en la coronilla de pelo rubio blanquecino. Era raro que se mostrara cariñosa con la niña.

Prestaron atención cuando el caballo de Donovan empezó a alejarse.

—Honor, ve a la ventana a ver si Donovan va montado en el caballo —dijo Belle—. No sería la primera vez que me la juega.

Honor miró y reconoció la alta silueta de Donovan, medio desplomado en la silla. Se quedó observando hasta que lo perdió de vista.

—Se ha marchado.

—Bien. Quédate ahí por si vuelve.

Belle volvió corriendo a la parte trasera de la casa. Momentos más tarde Honor vio pasar el carro de Thomas, traqueteando sin la carga de leña.

Honor y Comfort siguieron ante la ventana, la niña tranquila, apoyada en el hombro de su madre, con un brazo tendido hacia la oscuridad. En los últimos días no estaba tan agitada y controlaba mejor sus movimientos.

Belle regresó enseguida.

—Bueno, voy a preparar la cena. —Honor abrió la boca para decir algo, pero Belle no la dejó hablar—. No preguntes. Si no sabes nada, no tendrás nada que contarle a Donovan cuando vuelva. Porque va a volver, esta noche. Vendrá a echar otro vistazo.

Hablaba como si Honor supiera qué pasaba. Y lo sabía, sólo que no quería pensar

en ello claramente. Algunas cosas debían permanecer ocultas.



Sin embargo, no permanecieron ocultas mucho tiempo. Honor y Belle estaban cenando en la cocina, con la niña dormida en la cuna, a los pies de su madre, cuando se oyó un quejido. No era Comfort. Honor sintonizaba de tal modo con los ruidos de su hija que ni siquiera miró la cuna. Se quedó paralizada, con el cuchillo clavado en el corte que estaba practicando en una chuleta de cerdo, y prestó oídos.

Pero Belle entrechocó los cubiertos en su plato y al levantarse empujó la silla de modo que las patas rasparon el suelo de madera.

—¿A que no sabes lo que me apetece después de cenar? —dijo—. Pues té. Los ingleses lo toman a todas horas, ¿no? Voy a poner agua a calentar. —Llenó el hervidor con una jarra de agua—. Por no tomar siempre café o whisky. —Plantó el hervidor en el fogón con un golpe—. Claro, que tú no has probado nunca el alcohol, ¿no? Ni whisky ni cerveza ni nada. Pobre cuáquera.

A pesar de los denodados esfuerzos de Belle por hacer ruido, Honor oyó otro quejido y a continuación el murmullo de una voz femenina. Pero no era una voz cualquiera, sino la de una mujer haciendo callar a su hijo. Desde que era madre, Honor era mucho más sensible a los tonos de voz de otras madres.

—¿Dónde están? —preguntó cuando Belle dejó de armar jaleo.

Belle dio la impresión de sentirse casi aliviada y sonrió, como disculpándose por haber pensado que podía engañar a Honor con sus torpes esfuerzos.

—Si te lo enseño, tendrás que pensar qué le vas a decir a Donovan si te pregunta por ellas. Sé que los cuáqueros no debéis mentir, pero ¿no está bien una mentira pequeña si contribuye a una verdad más grande? Dios no te va a juzgar por mentirle a mi hermano, ¿no? Y si los Haymaker te juzgan por ello, pues mira...

No se molestó en concretar lo que pensaba de la familia política de Honor.

Honor reflexionó unos momentos.

—Me han contado que algunos cuáqueros se ponen una venda para no ver a los que ayudan. Así, si les preguntan que si los han visto pueden decir que no sin faltar a la verdad.

—Eso es un juego absurdo que Dios cala enseguida —replicó Belle burlonamente—. ¿No es jugar así con la verdad peor que mentir con descaro por un bien mayor?

—Quizá. —La criatura había dejado de quejarse y estaba llorando sin disimulos. El ruido procedía de un hueco junto al fogón que llegaba hasta la leñera, por el que Belle podía ir a por leña sin necesidad de salir. Aunque tapado con una gruesa tela para evitar las corrientes de aire, dentro se oían ruidos amortiguados. Honor no pudo soportar el llanto. Soltó una profunda bocanada de aire, sin darse cuenta de que había estado conteniendo el aliento—. Por favor, trae a la niña. No voy a consentir que se

congele por mi culpa. Le mentiré a Donovan si no me queda más remedio.

Belle asintió con la cabeza. Apartó la tela y dijo:

—Venga, Virginie. Tráelas aquí un rato.

Tras unos momentos dos manos morenas empujaron por el agujero primero a una niña y después a otra hasta los brazos de Belle, que las puso de pie una junto a otra. Eran gemelas idénticas, de unos cinco años, con enormes ojos oscuros y el pelo trenzado y atado con las cintas rojas que se había llevado la esposa de Thomas el día anterior. Se quedaron delante de Belle y Honor, solemnes y mudas; la única diferencia entre ellas eran los mocos, la tos y el jadeo de la que había llorado.

Belle las apartó cuando apareció por el hueco una capota gris. Honor se sobresaltó al ver el brillo del forro amarillo. Belle sonrió.

—Así que ahí ha ido a parar la capota. Antes no la había reconocido, con la oscuridad. Pensaba que te la habías dejado en casa de los Haymaker, y Dios sabe qué habrían hecho con ella... a lo mejor un cubo para la leche.

Le dio una mano a la fugitiva para que pudiera ponerse en pie. Honor recordó su esbeltez, la piel cetrina, la mirada fija. La mujer miró a Honor e inclinó la cabeza.

—Veo que sigue aquí, con la niña. Pues yo también tengo a mis niñas.

Rodeó a sus hijas con los brazos. Ahora que estaba fuera y con su madre al lado, la niña resfriada se sintió lo bastante segura para llorar libremente.

—Honor, ponle jalea de frambuesa con agua caliente —ordenó Belle—. El agua está hirviendo. Y añade unas gotas de whisky. No me mires así; le sentará bien. Yo voy a prepararle una cataplasma para el pecho. —Miró la ventana, con la pesada cortina echada, y cerró la puerta entre la cocina y la tienda—. No podéis quedaros aquí mucho rato. Donovan volverá. Le hemos engañado una vez... Cree que todavía no habéis venido, pero volverá dentro de poco.

—¿Cuándo han entrado? —le preguntó Honor.

—Justo al final, cuando salía Donovan. Siempre es el mejor momento, cuando todavía están aquí pero ya no sospechan. Las trajo Thomas, escondidas en su carro, en un compartimento debajo del fondo. Te tumbas allí y te ponen el doble fondo encima. No es muy cómodo, ¿eh, Virginie?

—¿Es así como trajo Thomas al fugitivo desde Hudson cuando me acompañó hasta aquí? —Honor pensó en las patadas que daba Thomas de vez en cuando y en que habló mientras ella estaba en el bosque, y también en la sensación que ella tuvo de que había alguien más con ellos.

—Sí. Y Donovan todavía no lo sabe. Siempre mira debajo del asiento.

Ahora que sabía que Honor no iba a desvelar sus secretos, Belle se puso habladora, orgullosa de las tretas que habían ideado Thomas, ella y otras personas que trabajaban en el ferrocarril subterráneo para esconder a los fugitivos. Después de administrarle a la niña enferma la jalea y el whisky le extendió una pasta de mostaza por el pecho, y le dijo a Honor que entrara a gatas por el agujero hasta la leñera, que era más profunda de lo que Honor había pensado al verla desde fuera. Belle y

Thomas habían amontonado la leña de manera que parecía apoyada contra la pared, pero en realidad había un hueco entre medias, un espacio apenas más grande que un armario, al que se entraba arrastrándose por detrás del montón. Dentro había tres leños que los fugitivos debían de usar para sentarse, aunque puestos de lado seguramente parecerían inocentes. Y si se empujaba la leña, el hueco se reducía a un montón de troncos desordenados y listos para quemar. Honor se preguntó cuántos fugitivos se habrían ocultado allí. ¿Docenas? ¿Centenares? Belle llevaba quince años viviendo en Wellington, y tal vez había fugitivos desde que existía la esclavitud.

Oyó el llanto de Comfort y en sus prisas por ir con ella salió con tanta torpeza del agujero que Belle se rió. Cuando logró ponerse de pie, Comfort estaba tranquila en brazos de la mujer negra. Honor tendió los brazos, pero la mujer no le dio a la niña.

—He cuidado a un montón de niños blancos del ama —dijo, meciendo sin esfuerzo a Comfort con un brazo—. Me gusta tener otra vez un niño pequeño en brazos. Miradla, niñas —les dijo a sus hijas, que estaban sentadas a la mesa—. Todavía no sonrío. Sólo tiene un mes. Es demasiado pequeña para sonreírnos. Tenemos que ganarnos su sonrisa.

Honor hizo esfuerzos para no arrebatarse a su hija, a pesar de que racionalmente sabía que no podía pasarle nada.

La fugitiva se llamaba Virginie. A Honor no se le ocurrió preguntarle su nombre durante toda la noche que había pasado con ella en los bosques y los sembrados. Tampoco se lo había preguntado a ninguno de los fugitivos. Pensó en el porqué. Quizá porque no quería personalizarlos en ese sentido. Sin saber los nombres desaparecían más fácilmente de su vida. Y todos desaparecían, salvo el hombre anónimo enterrado en los bosques de Wieland.

Busca su parte de luz, se dijo, porque está ahí, como en todas las personas. No lo olvides.

Comfort era demasiado pequeña para juzgar nada, excepto si se sentía segura en los brazos que la sujetaban. Y se sentía segura. Miró a la mujer negra, que se puso a cantar.

*Voy cruzando aguas profundas
para volver a casa.*

*Voy cruzando aguas profundas
para volver a casa, Señor.*

*Sí, cruzando aguas profundas,
cruzando aguas profundas.*

*Sí, cruzando aguas profundas
para volver a casa.*

—¡Está sonriendo! —exclamó Honor.
Virginie se rió.

—Son gases. Pero da gusto verla. Vamos, vuelve con tu mamá, pequeña, y dedícale una sonrisa.

Belle les dio a las fugitivas lonchas de carne y pan de maíz untado con la crema de manzana que había hecho Honor el día anterior. Una de las gemelas se lo zampó todo, pero la otra picoteó un poco y después apoyó la cabeza en los brazos. Belle la observó cuando bajó de los dormitorios cargada de colchas.

—Más vale que volváis ahí dentro. —Metió las colchas por el agujero, pero salió a echar un vistazo antes de entrar en la leñera.

Honor y Virginie se dieron las buenas noches con una inclinación de cabeza, y las fugitivas se colaron por el agujero hasta su escondite. Pasados unos minutos Belle volvió por la puerta trasera.

—Espero que esa pequeña se mejore. —Meneó la cabeza—. Ahí está calentito, pero no puede ponerse peor. Están tan cerca de Canadá... Incluso al paso de una niña pequeña no pueden tardar más de una semana hasta el lago Erie. Y si llegan a Oberlin pueden esconderse con la comunidad negra unos días hasta que se ponga mejor.

—Belle, ¿tú eres... jefa de estación?

—Mira, yo nunca utilizo esas palabras tan absurdas, que si jefe de estación, que si estación, revisor —contestó Belle con desprecio—. Hasta lo del ferrocarril subterráneo me saca de quicio. Como si fuera un juego de niños, y te aseguro que no es ningún juego.

La niña empezó a toser otra vez. Honor aguzó el oído mientras fregaba los platos.

—El aire frío se le está agarrando al pecho —dijo.

Belle suspiró.

—Donovan la oírás cuando venga aquí a meter las narices en mitad de la noche. Tiene que dormir dentro, en una cama calentita. Eso la tranquilizará, eso y un opiáceo. Pero no las puedo traer a todas..., no podríamos esconderlas de Donovan. —Apartó la tela y susurró algo en el agujero. Minutos más tarde le pasaban a la enferma. Le dio una cucharada de un líquido marrón y espeso de un frasco y dijo—: Vamos, cielo, te voy a acostar en mi cama. Quédate muy calladita.

Honor se acostó poco después, agotada por las noches de sueño interrumpido y la tensión del día. Dejó la puerta entreabierta para oír y ver un poco con la luz de abajo y se metió en la cama, con la niña al lado para darle de mamar fácilmente durante la noche sin tener que levantarse. Belle seguía en la cocina, esperando mientras hacía flores de paja para los sombreros.

Honor aún no se había dormido cuando notó una menuda presencia junto a su cama. Al leve resplandor de abajo logró distinguir la silueta de la niña, que sin pronunciar palabra se metió en la cama, con cuidado de no rozar a Comfort, se deslizó bajo la colcha y se apretó contra su espalda, como un animalito en busca de calor. Tosió un poco y se durmió.

Honor se quedó inmóvil, escuchando la ruidosa respiración de la niña y los suspiros apenas perceptibles de su hija, sorprendida de que una niña negra se

acurrucase contra ella, como Grace cuando eran pequeñas y hacía frío. La barrera que las separaba fue deshaciéndose en la calidez de la cama; allí no había un banco aparte. Por mucha incertidumbre que reinara abajo, fuera, en el mundo entero, en esa cama, con las niñas a su lado, dependientes de ella, Honor se sintió serena, parte de una familia. Y con esa tranquilidad también ella se quedó dormida.



Donovan no era capaz de entrar en silencio. Honor dio un respingo al oír el portazo, y su brusco movimiento, o el ruido, despertaron a la niña, que empezó a quejarse.

—Chist —susurró Honor—. Quédate lo más callada que puedas y no te muevas.

Por suerte estaba de costado mirando hacia la puerta, y con la niña acurrucada contra su espalda bajo la colcha, así que Donovan quizá no la vería. Honor le tapó la cabeza con la colcha para esconder las coletas con cintas rojas.

Oyó voces, tranquilas, no fuertes, y a continuación los ruidos de un registro metódico, primero en la tienda, después en la cocina. Donovan no era intencionadamente destructivo. No rompía vitrinas, ni destrozaba telas ni pisoteaba sombreros. No tiraba al suelo la vajilla ni derribaba muebles. Honor incluso oyó reír a Belle, como si le hubieran contado un chiste. No cabía duda de que Donovan ya había registrado su casa muchas veces, y quizá se tratara sólo de una cuestión de rutina, o de que sospechara que Belle era más lista que él, y tarde o temprano averiguaría cómo escondía a los fugitivos.

De repente la niña tosió y se estremeció. No fue una tos fuerte, pero sí inconfundible. Honor notó una punzada helada en el estómago. Oyó la voz de Donovan y después la de Belle contestándole. Creyó oír su nombre.

La niña volvió a toser y cuando paró, Honor también se puso a toser, tratando de imitar el jadeo de una niña pequeña. Oyó pisadas en las escaleras y sintió a la niña tiritando de miedo, como ella misma.

A continuación le llegó la voz de Belle, diciéndole lo que tenía que hacer: «Donovan, está dando de mamar a la niña. ¿De verdad quieres interrumpirla?».

Honor sacudió con delicadeza a Comfort al tiempo que apretaba su cálido cuerpo contra ella. Se desabotonó el cuello del camisón y sacó un pecho henchido del que empezó a salir leche incluso antes de que Comfort, adormilada, abriera la boca y se enganchara al pezón. Se puso a chupar con fuerza, y Honor respiró hondo, dolorida y aliviada.

Donovan registró primero la pequeña habitación en la que dormía Belle; después la luz del farol se balanceó sobre Comfort y Honor en la habitación más grande. Honor rezó para que la niña negra no tosiera ni se moviera. Donovan se quedó mirándola, tratando de que sus ojos no se deslizaran hasta la niña ni el pecho de Honor, pero no lo consiguió. Aunque trató de resistirse, por su rostro cruzó una expresión de deseo. Tuvo el efecto que esperaba Honor, porque no siguió avanzando

para rebuscar entre los montones de tela que Belle guardaba allí ni para mirar debajo de la cama.

—Perdón —dijo, pero no se marchó de inmediato. Su mirada recayó sobre la colcha—. Es la colcha de mamá. ¿Cómo se llama ese dibujo? Me lo dijo una vez, cuando nos conocimos.

—La estrella de Belén.

—Eso es.

Donovan miró a Honor unos segundos, inclinó la cabeza y salió.

Honor y la niña negra se quedaron inmóviles, en silencio, mientras Comfort se revolvió y mamaba, aferrando el camisón de Honor con las manitas. Oyeron a Donovan saliendo por la puerta trasera. Encontraría a las otras dos, o quizá no. ¿Qué harían con la niña si Donovan se las llevaba? Quizá la niña estuviera pensando lo mismo, porque de repente se puso a sollozar.

—No, eso no. —Honor separó a Comfort con dificultad y se incorporó. Apoyada contra el cabecero, volvió a acercarla a su pecho y con el brazo libre rodeó a la niña negra—. Vamos, no llores. Recemos para que Dios las proteja.

Cerró los ojos y aguzó el oído.

Donovan no las encontró. Media hora más tarde Belle subió y se sentó en el borde de la cama, con cuidado de no molestar a Comfort, que dormía.

—Se ha ido. Ya te puedes dormir. Y tú también, pequeña —añadió, dirigiéndose a la niña acurrucada contra Honor.

—Belle, ¿cómo vamos a sacarlas de la casa?

—Tú no te preocupes por eso, cielo. Siempre me guardo ases en la manga.



Comfort se despertó dos veces más esa noche para mamar, pero la niña negra siguió durmiendo. Cuando el sol naciente despertó a Honor, había desaparecido.

Belle estaba en la cocina, friendo tortitas y panceta, mucho más de lo que podían comerse Honor y ella. Señaló el agujero con la cabeza.

—La pequeña está mejor. Casi me ha sonreído.

Puso las tortitas y la panceta en un plato y lo metió en el agujero.

Después de desayunar salió sin decir adónde iba y dejó a Honor a cargo de la tienda. Al volver le dio un vestido de color vino.

—La clienta quiere que le saques el bajo y las mangas.

Durante todo el día, mientras cosía, primero el vestido, después una falda de niña, Honor no dejó de pensar en las tres fugitivas apretujadas en el minúsculo espacio detrás del montón de leña. Debía de ser oscuro e incómodo, y la madera les ofrecería poco más que astillas y ratones, aunque quizá fuera mejor que esconderse en los fríos bosques.

Belle estaba de un humor excelente y ayudaba a las clientas a probarse

sombreros, quitaba flores demasiado veraniegas para el frío, añadía plumas o cintas de tela escocesa, tomaba medidas para los forros de invierno con gran despliegue de energía nerviosa. En los momentos de tranquilidad trabajaba en la mesa del rincón, cosiendo una malla amarilla en el sombrero de fieltro marrón que ya había estirado. De vez en cuando iba hasta la ventana a echar un vistazo.

Cuando le dio a Belle la ropa que había arreglado, Honor observó que tenía en las manos una capota que conocía; había sustituido las raídas cintas amarillas por una gris mucho más ancha que rodeaba toda la copa y al atarse ceñía más el borde a la cara. También le había puesto una tira de encaje blanco que ocultaba el forro amarillo. Era demasiado elegante para Honor, y también para Virginie. Ninguna mujer negra llevaría algo con tantos adornos.

Honor abrió mucho los ojos. Belle se encogió de hombros y se puso a tararear; Honor reconoció la canción que Virginie le había cantado a Comfort la noche anterior.

—¿Es un himno?

—No, una canción que se oye en el Sur, en el campo. Lo cantan los negros para animarse.

Más tarde, cuando Belle estaba encendiendo las lámparas, entraron en la tienda tres mujeres con varias chicas jóvenes.

—Honor, ocúpate de ellas —dijo Belle, dirigiéndose a la cocina—. Ahora vuelvo.

Honor se quedó mirándola, extrañada de que se marchara así cuando había tanta gente. Las mujeres y las chicas eran muy bulliciosas y se probaron tantos sombreros y capotas que Honor no daba abasto. De repente Comfort se puso a llorar en la cuna. Antes de que Honor pudiera llegar allí una de las chicas mayores la cogió y empezó a dar brincos por la tienda. La niña dejó de llorar, quizá por la novedad, y las demás chicas se apiñaron a su alrededor. Daba la impresión de que habían entrado más, y todas reían y jugaban estrepitosamente.

Se oyó a lo lejos el silbato del tren, que cortó como un cuchillo el ruido de la tienda.

—Vamos, chicas, es hora de marcharse —dijo una de las mujeres.

La chica que tenía a Comfort en brazos se la pasó inmediatamente a Honor y agarró de la mano a una de las más pequeñas. Las demás se tomaron del brazo por parejas, y al traspasar la puerta una que llevaba una capota de ala ancha y un pañuelo alrededor del cuello y la barbilla se volvió para mirar a Honor. Era una de las gemelas de Virginie, aunque sólo se veía una franja de su piel oscura. Del brazo de otra niña, a la escasa luz del anochecer apenas se la distinguiría. Honor le sonrió, pero la niña parecía demasiado aterrorizada para hablar.

La otra gemela salió con el resto del grupo, y de repente se hizo un silencio. Sólo se quedó una mujer. Belle volvió a la tienda, con Virginie detrás de ella. La fugitiva se había transformado gracias al vestido de color burdeos, un chal y la capota gris y amarilla anudada con firmeza bajo la barbilla, de modo que de lado su cara quedaba

oculta. Sólo se veía si la mirabas de frente.

—No puedes esperar más —dijo Belle—. El pueblo entero ha salido a esperar la llegada del tren. Sal y grita: «¡Espérenme, señoras!», y ve tras ellas. Actúa como si fueras a ver el tren. Él está enfrente, observando, así que tienes que ser descarada.

Virginie le apretó el brazo a Belle.

—Gracias.

Belle se rió.

—Es el pan nuestro de cada día, cielo. Venga, vete ya. ¡Con un poco de suerte no volveremos a vernos!

—Que Dios la acompañe, Virginie. Y a las niñas —dijo Honor.

Virginie saludó con la cabeza y desapareció por la puerta.

—No te acerques a la ventana —le ordenó Belle a Honor—. Si Donovan se da cuenta de que estamos pendientes de ellas sospechará algo.

En ese momento se abrió la puerta y entró otra mujer de Wellington.

—No es demasiado tarde, ¿verdad? —preguntó—. Es que necesito una cinta nueva para mi sombrero.

—Para usted tendremos abierto un rato más —contestó Belle—. Honor, pon esos sombreros en su sitio, ¿quieres? Esas chicas lo han dejado todo manga por hombro.

Honor amontonó los sombreros con una sola mano, mientras con la otra acunaba a Comfort. Tenía el corazón desbocado. Se moría de ganas de ir a la ventana a ver si Donovan había seguido a las mujeres, pero sabía que no debía hacerlo.

Diez minutos más tarde Belle acompañaba a la clienta hasta la puerta; echó la llave y se puso a cerrar los postigos de las ventanas.

—Se ha marchado —anunció—, aunque no sé si detrás de esas mujeres. A lo mejor ha entrado en el bar a tomarse un whisky. Dios, qué bien me vendría a mí uno. La verdad es que...

Belle fue a la cocina, donde se sirvió un dedo de whisky que se tomó de un trago. Honor la observaba desde la puerta.

—¿Es siempre así de difícil?

—Qué va. —Belle dejó el vaso en la mesa con un golpe—. Muchas veces ni se entera de que pasan por aquí. Y además, prefiere pillarlos en campo abierto. Se siente más a gusto en el bosque o en los caminos que en una tienda de sombreros. Pero como tú estás aquí viene a fisgar con más frecuencia, aunque no pase a caballo delante de la tienda como hacía antes. No puedo esconder a la gente tan fácilmente con todo eso.

—Los fugitivos corren más peligro por mi culpa.

Honor expresó en palabras algo tan evidente que debería de haberse dado cuenta hacía semanas.

Belle se encogió de hombros.

—Yo ya avisé de que no deberían pasar por aquí durante una temporada, y en el tiempo que tú llevas aquí no ha venido nadie, excepto Virginie, y ya había estado aquí

antes.

Honor se estremeció. Podrían haber pillado a Virginie y sus hijas porque ella estaba en casa de Belle, incapaz de tomar una decisión. Y podían apresar más fugitivos al seguir otras rutas para evitar Wellington. Belle no se había quejado de que Honor se quedara en su casa, pero saltaba a la vista que tenía consecuencias.

Al día siguiente fue un chico a decir que las fugitivas habían salido del pueblo sanas y salvas e iban camino de Oberlin. Belle lo celebró con otro whisky.



Era el último primer día antes de que Honor volviera con los Haymaker o los amigos de Faithwell la repudiaran. La tienda se encontraba cerrada, y Belle estaba durmiendo allí, ya que se había quedado hasta altas horas de la noche en compañía de una botella de whisky. En ese sentido se parecía a su hermano. Como el primer día que Honor pasó en su casa, no pensaba ir a la iglesia. «Cuando nos veamos, Dios y yo vamos a tener una larga conversación. Para arreglar cuentas», dijo entonces. Y dio la sensación de que el encuentro no tardaría mucho en producirse. A Honor se le encogió el estómago al pensarlo.

Miró a su amiga, dormida boca arriba, el cuerpo huesudo marcado bajo una colcha raída con la estrella de Ohio, con cuadrados y triángulos que formaban estrellas de ocho puntas en rojo y marrón. Honor se había ofrecido a arreglar las costuras desgarradas, pero Belle se negó. «Sería un pérdida de tiempo», dijo, sin dar más explicaciones. Dormida, su cara estaba aún más consumida, los pómulos más prominentes, la piel tan estirada sobre los huesos que casi podían verse. La piel amarillenta se había vuelto gris. Belle podría haber estado en un ataúd. Honor reprimió un sollozo y salió de la habitación.

Fue a la cocina y se quedó ante el fogón, mirando las gachas de maíz que había preparado para el desayuno. La había despertado Comfort y ya llevaba tres horas en pie, y esperaba a Belle para empezar a desayunar. Aunque Belle comía incluso menos últimamente, a Honor le gustaba tener compañía. Pero tras haber visto el estado en que se encontraba su amiga se le había quitado el apetito. Empujó la cacerola al fondo del fogón y le puso un plato encima para mantener el calor.

Comfort dormía en su cuna. Por una vez Honor deseó que estuviera despierta para tomarla en sus brazos, pero se sentó en una de las sillas de respaldo recto en medio de la silenciosa cocina y cerró los ojos. Desde que vivía con Belle no había tenido muchas oportunidades de sentarse en silencio. Siempre resultaba más difícil sin el apoyo y la concentración que ofrecía una comunidad. El silencio colectivo albergaba unas expectativas, un propósito. A solas, el silencio le parecía vacío, como si no estuviera buscando con suficiente ahínco ni en el sitio adecuado.

Se quedó sentada largo rato, distraída de la sensación de hundirse en el vacío que buscaba por ruidos en los que normalmente no reparaba: el crepitar de las ascuas en

la cocina; el crujido de la madera secándose en algún lugar de la casa; los cascos de un caballo y el girar de las ruedas de un carro en la calle, frente a la tienda. Sin darse cuenta se puso a pensar en la colcha para la cuna que iba a empezar, en si las rosetas que había confeccionado durante el verano le irían bien a Comfort. Parecían muy inglesas, y Comfort no lo era.

De repente oyó unos roces en la puerta trasera y abrió los ojos. Por la ventanita de la parte superior de la puerta vio la corona de un sombrero de fieltro marrón adornado con hojas de arce rojas y naranja. Fue enseguida a abrir.

—Deprisa, déjeme entrar —dijo la señora Reed—. No quiero que me vean. —Entró en la cocina precipitadamente, porque Honor se había quedado tan sorprendida que no se movía, con la mano en el picaporte—. Cierre la puerta.

Llevaba un abrigo de hombre con un chal marrón por encima, con la boca caída en su gesto habitual y el labio inferior protuberante. Se limpió las gafas con la orilla del chal y echó un vistazo a la cocina. Al ver la cuna se le iluminó la cara, igual que con su nieta cuando Honor fue a su casa. Le gustaban los niños pequeños. Podía ser seca y desconfiada con las demás personas, pero los niños siempre le arrancaban una sonrisa. Se inclinó y pegó la cara a la de Comfort.

—Hola, pequeña. Dormidita como un angelito. Pero seguro que no estás siempre así, que lo tengo yo oído. Y supongo que dentro de poco oiré esos pulmones tuyos. Un consuelo para tu madre, eso es lo que eres.

—¿Quiere sentarse?

Honor le ofreció la mecedora, con la esperanza de que la señora Reed no despertara a su hija. Cuando estaba despierta siempre resultaba más difícil hablar.

La señora Reed se sentó en una silla de respaldo recto. Saltaba a la vista que no se trataba de una visita de placer, sino para un asunto concreto, y sentarse en una mecedora sólo contribuiría a liar las cosas. Sin embargo, aceptó un café, endulzado con azúcar moreno.

—En el nombre de Dios, ¿se puede saber qué está haciendo aquí, Honor Bright? —preguntó tras probar el café, torcer el gesto y ponerse más azúcar—. O sea, aparte de quemar el café. Yo ni siquiera sabía que estaba aquí hasta que me lo dijo Virginie. Le pregunté a Adam Cox por la niña y me dijo que la había tenido, pero no me dijo que estuviera en Wellington.

—¿Qué tal está la pequeña de Virginie? —preguntó Honor para cambiar de tema.

—¿La que estaba mala? Ya se ha puesto bien. Con un poco de guindilla se le pasó el catarro. Se quedaron conmigo unos días y después se fueron para Sandusky. Allí deberían estar, con un poco de suerte, esperando un barco. Pero no cambie de tema. No he venido por ellas, sino por usted. ¿Por qué está aquí y no con su marido?

La señora Reed se quedó mirando fijamente a Honor, los ojos bien visibles tras los cristales limpios. Era una mirada franca, ni de enfado, ni de tristeza, ni de frustración ni de nada de lo que había visto Honor en los ojos de otras personas en casa de Belle. Esa franqueza la animó a ser sincera.

—No estoy de acuerdo con los Haymaker, que no quieren ayudar a los fugitivos —contestó—. No me siento parte de la familia y nunca me sentiré.

La señora Reed asintió con la cabeza.

—Eso ya me lo ha contado Virginie. Pero ¿es ésa la única razón? Porque entonces no es suficiente. —Honor se quedó mirándola—. ¿Cree que va a salvar a todos los fugitivos usted sola? ¿Se cree que porque les dé de comer o les deje dormir en su establo cambiarán las cosas? Cuando llegan a su casa ya han recorrido cientos de millas y han pasado por cosas terribles. Usted es sólo un pequeño eslabón de una gran cadena. Claro que le agradecemos lo que ha hecho, pero ya nos las arreglábamos antes de que viniera el año pasado y nos las seguiremos arreglando sin usted. Alguien ocupará su sitio, o cambiará de sitio el ferrocarril subterráneo, pero nada más. Llevamos haciendo esto mucho tiempo, y seguiremos haciéndolo mucho más tiempo. ¿Sabe cuántos esclavos hay en el Sur?

Honor negó con la cabeza y bajó los ojos, que clavó en las manos sobre el regazo para que la señora Reed no viera las lágrimas que empezaban a brotar.

—¡Millones! ¡Millones! ¿Y a cuántos ayudó el año pasado? ¿Veinte? Nos queda mucho que recorrer, y desde luego, no es algo por lo que tenga que destrozarse su matrimonio. Eso son majaderías, y cualquier fugitivo le dirá lo mismo. Lo único que quieren es la libertad para llevar la vida que usted lleva. Y si lo tira todo por la borda por ellos, lo que está haciendo es burlarse de sus sueños. —Honor desistió de intentar ocultar las lágrimas y las dejó deslizarse libremente por las mejillas—. No sé qué le habrá dicho Belle, pero alguien tiene que decirle algo, porque no está pensando como es debido.

—No es fácil decirles esas cosas cuando están viviendo contigo, porque tienes que seguir viviendo con ellos. —Belle habló apoyada en la puerta, y las otras dos mujeres se sobresaltaron. Despierta, su cara había recuperado un poco de color, pero el tono grisáceo no había desaparecido del todo—. Me alegro de que la haga entrar en razón.

Miró a la señora Reed, que le devolvió la mirada, y las dos hicieron una inclinación de cabeza al mismo tiempo, momento que aprovechó Honor para enjugarse las lágrimas.

—Me alegro de conocerla al fin, Belle —dijo la señora Reed.

—Lo mismo digo, Elsie.

—¿No os conocíais?

Honor estaba perpleja.

—Mejor que no... No quiero llamar la atención —contestó Belle—. Pero sabemos mucho la una de la otra. Dirigiéndose a la señora Reed, añadió:

—¿La han visto entrar?

—No, que yo sepa. Hay un hombre esperándome en el bosque a las afueras del pueblo. Me ha llevado hasta allí, y después he venido andando. No debería estar aquí, la verdad... Últimamente no es seguro para mí andar por ahí. Desde que impusieron

la nueva ley el año pasado no me alejo mucho de casa, pero he hecho una excepción por ella. —Señaló a Honor con la cabeza—. Todavía no sé muy bien por qué.

Belle se rió entre dientes.

—Sí, a mucha gente le pasa lo mismo con ella, ¿no?

Honor miró a una mujer y a otra, con los ojos muy abiertos.

—Supongo que tengo que ayudar a un fugitivo cuando me lo encuentro, sea del color que sea. Es cosa de carácter. —La señora Reed clavó la mirada en Honor—. Vamos a ver. No quiero que utilice a los fugitivos como excusa para escaparse. Que tiene un problema con la familia de su marido, pues se queda y lo resuelve. ¿O es que tiene un problema con él?

Honor reflexionó.

—¿Te mantiene? ¿Te pega? ¿Se porta bien en la cama? —terció Belle.

Honor asintió o negó con la cabeza a las preguntas cuyas respuestas ya conocían las otras dos mujeres.

—Y además es cuáquero, o sea que ni fuma, ni bebe ni escupe —añadió Belle—. Bueno, no es poco. Entonces, ¿qué demonios le pasa? Aparte de su madre.

La señora Reed y ella esperaban una respuesta.

Por una vez Honor deseó que Comfort se despertara y las distrajera.

—A Jack no le pasa nada —contestó al fin—. Soy yo. No tengo nada que ver con este país. —Ante la sonrisa escéptica de Belle y de la señora Reed, Honor comprendió que debía de parecerles algo ridículo a una mujer que se enfrentaba a la muerte y otra cuya libertad era precaria—. Por supuesto que agradezco a los Haymaker que me acogieran, pero no me siento a gusto. Es como si... como si flotara por encima del suelo, sin tocarlo con los pies. En Inglaterra sabía dónde estaba, y me sentía atada a mi casa.

Honor no esperaba que la comprendieran, pero sorprendentemente las dos mujeres asintieron con la cabeza.

—Es lo que tiene Ohio —dijo la señora Reed—. Hay mucha gente que dice lo mismo.

—Todo el mundo pasa por Ohio para ir a otro sitio —añadió Belle—. Los fugitivos van al Norte, los colonos, al Oeste. Conoces a alguien y no sabes si volverás a verlo al día siguiente. Se puede marchar al día siguiente, o al mes siguiente o dentro de un año. Elsie y yo ya somos veteranas aquí. ¿Cuánto lleva en Oberlin? —le preguntó a la señora Reed.

—Doce años.

—Yo, quince. Eso es una eternidad para la mayoría. Wellington no fue colonizado hasta mil ochocientos dieciocho, y ni siquiera se ha integrado oficialmente. Y Oberlin es todavía más nuevo.

—La ciudad en la que yo nací tiene mil años de antigüedad —dijo Honor.

La señora Reed y Belle se rieron bajito.

—Pues te pareceremos unos niños, cielo —dijo Belle.

—¿Eso es lo que quiere, Honor Bright? —dijo la señora Reed—. ¿Una ciudad con una historia de mil años con gente que vive allí toda su vida? Pues entonces se ha equivocado de estado.

—Si quieres esa sensación de arraigo, vete a Boston o Filadelfia —intervino Belle—. Aunque sólo tienen unos doscientos años. La verdad, te has equivocado de país. A lo mejor deberías volver a Inglaterra. ¿Qué te lo impide?

Honor pensó en las agudas náuseas a bordo del *Adventurer*, en las semanas sin pisar suelo firme. Pero ¿había llegado a poner los pies en la tierra en América? Puede que se le hubiera asentado el estómago, pero las piernas aún le temblaban.

—¿Y por qué se fue de Inglaterra, si puede saberse? —preguntó la señora Reed.

Si cerraba los ojos, Honor no siempre distinguía quién hacía las preguntas.

—Mi hermana vino aquí a casarse, pero murió en el camino.

—No le he preguntado por tu hermana, sino por usted. ¿Tiene todavía familia en Inglaterra? —Honor asintió con la cabeza—. ¿Y por qué no se quedó con ella? No debería haber venido con su hermana.

A Honor se le puso un gusto amargo en la boca, pero sabía que tenía que responder.

—Yo también iba a casarme, pero él encontró a otra. Dejó la sociedad de los amigos para estar con ella.

Pensar en Samuel le recordó que muy pronto ella también abandonaría la comunidad.

—¿Y qué? Eso no quiere decir que no pudiera quedarse allí.

Honor respiró hondo y se obligó a expresar lo que nunca había dicho en voz alta, lo que nunca se había permitido ni siquiera pensar detenidamente.

—En mi país había un lugar en el que debía encajar mi vida. Cuando me lo quitaron, tuve la sensación de que ya no había sitio para mí. Pensé que lo mejor sería marcharse y empezar desde cero. Eso pensé.

—Esa idea es muy americana, dejar atrás los problemas y seguir adelante —dijo Belle—. Si pensabas así, a lo mejor resulta que no eres tan inglesa. A lo mejor va con tu carácter empezar de nuevo. Pero dime algo que te guste de Ohio. —Como Honor no respondió inmediatamente, Belle añadió—: Las hojas de arce. Siempre estás hablando del rojo que tienen en otoño, de que en Inglaterra no les pasa lo mismo a los árboles.

—Sí, son preciosos. Y los cardenales, y los pájaros carpintero de vientre rojo. No pensaba que los pájaros pudieran ser tan rojos. Y también me gustan los colibríes. —Se calló unos momentos—. El maíz fresco. Las palomitas de maíz. El jarabe de arce. Los melocotones. Las luciérnagas. Las ardillas listadas. Los cornejos. Algunas colchas.

Miró a la señora Reed, pensando en la colcha que había visto en su cuarto de estar.

—Bueno, no está tan mal, ¿no? Si sigues buscando, con buena voluntad encontrarás más cosas.

De la cuna salió un ruido. Comfort no estaba llorando; sólo anunciando, a su manera infantil: «¡Eh! Que estoy aquí».

—Ay, la pequeña. —Sin darle tiempo a Honor a moverse, la señora Reed sacó de la cuna a Comfort, la estrechó contra su pecho y le dio unas palmaditas en la espalda. Comfort no lloró; se quedó en brazos de la desconocida, aceptando dónde estaba—. Me encanta la sensación del peso de los críos —dijo la señora Reed—. Son como una bolsa de harina de maíz, bien sólida y esperando a que te la comas. —Chasqueó los labios junto al oído de Comfort—. Me gustan los críos.

Honor miró a su hija y durante unos momentos tuvo esa sensación de estar en su sitio, de encajar, como en una colcha. En esta ocasión no era con Jack, sino con las dos mujeres, tan parecidas en algunos sentidos que el color de su piel carecía de importancia. Pero sabía que no podía durar; la señora Reed tenía su propia comunidad, y Belle (sentada, agotadas ya las fuerzas que hubiera podido reunir durante la noche), tampoco duraría mucho. Honor no podía quedarse allí; lo veía con toda claridad. La cuestión era si encontraría esa sensación de encajar en algún otro sitio.



El ruido fue tan fuerte que Belle y la señora Reed soltaron un grito. Sin embargo, Honor se quedó en silencio, como Comfort, que enseguida se puso a chillar.

Donovan había derribado la puerta trasera, dándole tal patada que los goznes se torcieron y el cristal se rompió. Las mujeres se levantaron de un salto y se precipitaron a enfrentarse con él, la señora Reed sujetando firmemente a Comfort.

—Por Dios bendito, Donovan, ¿qué estás haciendo? —gritó Belle—. ¡Maldita sea tu estampa! ¡Me has destrozado la puerta! Te va a costar un dinero arreglarla, y me la vas a arreglar tú, qué demonios.

—¿Qué, señoras? ¿Merendando? —dijo Donovan—. Perdonen que las interrumpa, pero es que estoy buscando a alguien.

—No está aquí. Has llegado una semana tarde.

—No he llegado tarde. La tengo aquí delante.

Sonrió burlonamente a la señora Reed.

—¿Qué quiere de mí?

La señora Reed tenía una expresión sombría. Comfort había dejado de gritar y emitía un gemido continuo.

—¡Haga callar a esa condenada niña! —gruñó Donovan.

La señora Reed se la dio a Honor, que la arropó con su chal para protegerla del aire frío que entraba por el hueco que había dejado la puerta.

—¿Qué quiere de mí? —repitió la señora Reed.

—Tengo que resolver un asuntillo. A su antiguo amo de Virginia le va a encantar volver a verla después de todos estos años. Aunque es vieja, podrá ponerla a trabajar.

—¿De qué demonios estás hablando? —terció Belle—. Es una mujer libre y vive en Oberlin.

—Sí, querida hermana, sé dónde vive la señora Reed —replicó Donovan—. En esa casita roja de Mill Street donde pasan unas cosas muy interesantes. Lo sé todo de ella, que se escapó hace doce años, ella y su hija. No te preocupes, también la buscaré a ella, y a su nieta. Las devolveré a todas juntas. Merecerá la pena por la niña, que será una buena esclava cuando crezca, si es que no la ha echado a perder la libertad.

Pronunció la última palabra como si se tratara de una enfermedad.

—No puedes hacer eso —objetó Belle—. La protege la ley. Y la niña nació libre.

—Sabes perfectamente que la Ley del Esclavo Fugitivo me autoriza para devolverla a su amo aunque se escapara hace años. —Se volvió hacia la señora Reed—. Dígame una cosa: ¿qué hace aquí tomando café con mi hermana y Honor Bright? Ha corrido un gran riesgo alejándose tanto de su casa. ¿Por qué? ¿Por ella?

Señaló a Honor con la cabeza.

Por toda respuesta la señora Reed apretó aún más los labios.

Comfort había dejado de llorar y tenía hipo.

—Por favor, Donovan, deje en paz a la señora Reed —dijo Honor en voz baja. Sabía por qué estaba actuando así Donovan: para castigarla por haber tenido una hija con Jack—. Comfort y yo nos iremos de Wellington mañana y no tendrá que volver a vernos. Por favor.

—Ya es demasiado tarde.

Donovan miró a Honor y a Comfort como desde lejos, con ojos inexpresivos, y Honor comprendió que algo había vuelto a su sitio, una manera de pensar que a él le resultaba más fácil. Los momentos que habían pasado juntos mirando los tocones a las afueras de Oberlin, cuando él se ofreció a cambiar por ella, parecían haber quedado muy atrás.

Donovan sacó del bolsillo un pedazo de cuerda. Agarró a la señora Reed por las muñecas, se las retorció a la espalda y se las ató, con un movimiento rápido, como si esperase que ella fuera a rebelarse. Pero la señora Reed no se rebeló; se limitó a mirarlo por encima del hombro. Sus ojos desaparecieron tras las gafas.

Belle se abalanzó sobre la espalda de Donovan como una gata, y se puso a golpearlo y a intentar ahogarlo. Aunque a Donovan le pilló por sorpresa, su hermana estaba tan débil que sus puñetazos apenas le hicieron mella y se la quitó de encima con facilidad. Honor dio un traspié y se arrodilló junto a Belle, que estaba en el suelo.

—No te preocupes por mí. Ayuda a Elsie.

Honor tardó unos momentos en comprender a quién se refería, hasta que recordó que así se llamaba la señora Reed. Nunca se lo había preguntado.

Donovan ya estaba sacando a su presa por el hueco de la puerta trasera y las escaleras del porche. La señora Reed no se resistía; se dejaba llevar como un peso muerto, como para mantener su dignidad. Donovan la arrastró hasta la plaza por el ranúnculo cubierto de escarcha a un lado de la casa. Era una mañana fría y gris, y

muy tranquila. Honor los siguió, con Comfort, que boqueó un poco con el aire gélido pero guardó silencio. «¡Déjalo ya, Donovan, por favor!», suplicó, sabiendo que no serviría de nada. Miró por la plaza, con la esperanza de que hubiera algún vecino dispuesto a ayudar. Pero estaba desierta; no había nadie ni en el bar del hotel. Todos estaban en la iglesia. Todos menos su marido. Jack Haymaker venía del norte por Main Street, con su sombrero negro de ala ancha y su abrigo también negro, los tirantes como relámpagos contra el banco de la camisa a cada movimiento. Llevaba un ramo de asteres tardíos del jardín de su madre. Sonrió al distinguir a Honor y Comfort. Honor no pensaba que sentiría tanto alivio al verlo. «¡Jack!», exclamó y corrió hacia él.

Sin embargo, a Jack se le borró la sonrisa cuando reconoció a Donovan, que intentaba subir a la señora Reed a su caballo con dificultades.

—¡Tienes que ayudarnos! —le imploró Honor a su marido al llegar a su lado.

Jack se quedó mirando a Donovan y se aclaró la garganta.

—¿Qué hace, amigo?

Donovan se volvió. Sonrió al ver el triángulo familiar.

—Jack Haymaker —dijo en tono cansino—. Precisamente el hombre que necesitaba. Tenía intención de ir a verle para que me ayudara con otro fugitivo, pero por respeto a su mujer no se lo había dicho. Ayúdeme a subir esta negra al caballo. Nos vamos de excursión.

—No necesito ayuda para subirme al caballo —terció la señora Reed—. Sujéteme una pierna y ya me subo yo. No hace ninguna falta meter en esto a los cuáqueros.

—A mí sí me hace falta meterlos en esto. Así que, Haymaker, lo que prefiera: ayudarme y disgustar a su mujer o violar la ley y acabar con su granja y su familia. La última vez que se lo pedí se decidió por la ley. ¿Piensa hacer lo mismo ahora? Espero que sí. Ahora tiene una hija.

Jack se puso pálido. Miró a Honor, que notó que se le revolvía el estómago, una sensación que ya conocía muy bien.

—Jack... —dijo.

—No lo haga, Jack Haymaker —la interrumpió la señora Reed—. Lo único que quiere este hombre es poner a su mujer en su contra. Ni se le ocurra ayudarlo.

Jack miró desesperadamente a su alrededor.

—Honor, yo... —Dio un paso hacia Donovan.

Honor oyó primero el chasquido, que por alguna razón pareció más fuerte que el estallido que vino a continuación. Se puso a chillar, con chillidos más altos y más prolongados que en toda su vida; gritó cuando el pecho de Donovan se abrió como una flor de pétalos rojos; cuando su caballo se encabritó gañendo y echó a correr calle abajo; cuando la señora Reed exclamó «¡ay!» como si le hubieran pegado un puñetazo en el estómago y retrocedió tambaleándose hasta los tablones enfrente de la tienda; cuando Comfort se puso rígida y soltó un chillido como el de su madre. Jack las estrechó a las dos entre sus brazos, con tal fuerza que Honor no podía ni respirar.

Apartó la cara para tomar aire y por encima del hombro de Jack vio a Belle Mills, aún de pie delante de la casa, con la escopeta con la que una vez había matado una serpiente. La pólvora le había saltado a la cara y su piel amarillenta estaba salpicada de negro. De repente cayó de rodillas, con el vestido hinchándose a su alrededor, y dejó el arma en el suelo.

El estampido había sido tan grande que Honor pensó que la gente iría hacia allí corriendo, y le sorprendió lo mucho que tardaron en aparecer. El dueño del hotel Wadsworth se asomó a la puerta, secándose las manos con una toalla, pero no se acercó. El grupo de hombres que salieron de la iglesia metodista se aproximaron muy lentamente hacia el centro de la calle, como en un sueño.

Honor estaba junto a Belle, con Comfort en brazos.

—No te preocupes por mí, cielo —dijo Belle—. Sabes que me estoy muriendo. Salta a la vista, desde que nos conocimos. La horca acelerará las cosas, nada más.

Jack había cortado la cuerda de las manos de la señora Reed, que se puso al lado de Belle.

—Siento que tuviera que hacerlo, pero se lo agradezco —dijo.

Belle asintió con la cabeza.

—No es tan difícil elegir entre el bien y el mal.

—Tengo que desaparecer. —La señora Reed miró hacia el grupo de hombres, cada vez más cerca—. Un negro no debe andar por la calle cuando hay disparos de por medio.

—Vaya por detrás, y siga la vía del tren hasta que salga del pueblo —le aconsejó Belle—. Es más difícil que vayan por ahí. Me alegro de verdad de haberla conocido, Elsie.

—También yo. —La señora Reed se quitó las gafas y se frotó los ojos. Su expresión no había cambiado, pero Honor se dio cuenta de que estaba llorando. Volvió a ponerse las gafas y se arropó con el chal—. Voy a rezar por usted. —Miró a Honor y a Jack—. Por todos ustedes. Si me doy prisa, a lo mejor llego a la iglesia antes de que acabe el oficio. —Se dirigió al jardín trasero de la casa y de pronto se volvió—. Adiós, pequeña. Que te cuiden bien esos padres que tienes —dijo, mirando a Comfort.

Como obedeciendo una señal, Comfort se puso a llorar. La señora Reed sonrió; dio media vuelta y desapareció detrás de la tienda.

—Honor —susurró Belle—. ¿Ves esa capota del escaparate? ¿La gris que he estado haciendo últimamente?

Honor miró la capota gris con forro azul celeste.

—Es para ti. Ya va siendo hora de que cambies de color. Pero ya lo sabías.

Sí lo sabía.

—Honor —repitió Belle—. ¿Ha muerto?

Nadie se había acercado a Donovan, que estaba tumbado boca arriba en la calle con un charco de sangre debajo del cuerpo. El chaleco marrón estaba hecho jirones y se estaba poniendo rojo oscuro. A su lado estaban su sombrero y el ramo de flores

que se le había caído a Jack.

—Todavía no.

Honor notaba su presencia, como la de un fugitivo en los bosques.

—Nadie debería morir solo, ni un cabrón como Donovan –musitó Belle—. Alguien debería acompañarlo. Es mi hermano.

El grupo de vecinos había llegado a la plaza, aunque se mantuvieron a distancia. Habían visto a Belle y la escopeta, y esperaban a que la tragedia siguiera su curso.

Honor se mordió los labios, se puso en pie y se dirigió hacia su marido. Se miraron.

—No podemos seguir como hasta ahora –dijo—. Tenemos que encontrar otro camino, distinto del de tu familia. –Jack asintió con la cabeza—. Ahora tengo que hacer eso. –Jack volvió a asentir.

Honor le entregó a su hija y fue hacia Donovan. Al arrodillarse a su lado, vio, entre la carne y el metal sanguinolentos y la tela desgarrada del pecho, la llave refulgente de su baúl. El chaleco marrón estaba atravesado por finísimas rayas amarillas. Pondré unos pedazos en la próxima colcha que haga, pensó Honor, porque Donovan debía formar parte de ella.

Honor lo miró a la cara. Donovan tenía los ojos cerrados y una mueca en la boca que indicaba la proximidad de la muerte. Abrió los ojos, y Honor distinguió las motitas negras flotando en el marrón.

—Cójame de la mano, Honor Bright.

Honor así lo hizo, y se la apretó hasta que notó que la luz se apagaba.

Faithwell, Ohio
10 del tercer mes de 1852

Queridísima Bidy:

Ésta es la última carta que te escribo desde Faithwell. Cuando la termine tengo que recoger las cosas de escribir y llevarlas al carro con nuestros otros enseres. Mañana Jack, Comfort y yo nos vamos al oeste. Llevamos todo el invierno decidiendo adónde ir. De momento nos dirigimos a Wisconsin, del que hablan bien amigos de Faithwell que han escrito desde allí, y hay perspectivas de una granja lechera. También me han contado que en muchas zonas del oeste hay pradales, así los llaman, grandes espacios abiertos con pocos árboles, y la idea me apetece.

Hemos esperado a que pasara el invierno y a que Dorcas se casara. Se casó la semana pasada, con un granjero que se ha instalado aquí y va a hacerse cargo de la granja (también de Judith Haymaker). A la madre de Jack le dimos a elegir entre venir con nosotros o quedarse en Faithwell, y para mí es un gran alivio poder decirte que ha decidido quedarse. Dice que ya se ha movido bastante, y yo estoy más que dispuesta a aceptar que ése sea su verdadero motivo.

Vamos a dejar la mayor parte de las cosas en Faithwell, porque podremos comprarlas o hacerlas a donde vayamos, aunque nos llevamos cuatro colchas. (¡Cuánto me alegro de haberte devuelto la tuya!). Naturalmente, nos llevamos la de las firmas de Bridport, con los nombres a los que seguiré teniendo cariño vaya a donde vaya. También la colcha de boda, que hicieron a toda prisa las mujeres de Faithwell. No está muy bien cosida, pero abriga, y a veces es lo máximo que se le puede pedir a una colcha. Asimismo he hecho una para la cuna de Comfort, con retazos de tela de Dorset y de Ohio. Es un diseño que se llama estrella de Ohio, a base de triángulos y cuadrados en marrón, amarillo, rojo, crema y teja. Comfort duerme muy bien con ella. Y además una mujer negra, la señora Reed, me ha regalado una colcha que a mí me gustó mucho cuando la vi, de tiras en azul, crema, gris, marrón y amarillo. No se parece en nada a ninguna que tú hayas visto, porque está hecha como al azar y resulta imposible describirla, pero es muy bonita. Me gustaría aprender la técnica, y a lo mejor me la enseñan en el oeste.

Te gustará saber que por fin he hablado en la asamblea, en la última a la que asistí en Faithwell. Siempre me ha dado la sensación de que las palabras no pueden captar realmente lo que siento por dentro, pero noté el empuje del espíritu que me animaba a abrir la boca para explicar, aunque de una manera imperfecta, lo que pienso sobre ayudar a los fugitivos hasta que llegue el día en que se acabe con la esclavitud en este país, porque estoy convencida de que acabará. Así tiene que ser. Cuando volví a sentarme, el aire parecía cargado de pensamientos, y después el herrero me felicitó por haber encontrado mi voz.

Siento dejar Ohio y marcharme al oeste, si no fuera porque me aleja aún más de ti, Bidy. Volveré a escribirte cuando encontremos un sitio en el que establecernos. Como tú seguirás allí, para mí será más fácil ir, ya que tú seguirás siendo la costa a la que yo puedo volver, la estrella que sigue fija. Tras la travesía por el mar, pensaba que no tendría valor para volver a mudarme, si bien ahora que he decidido marcharme, me alegro.

Estoy preocupada, por supuesto. Supongo que esta noche no dormiré pensando en lo que me espera, pero será una sensación distinta a cuando me marché de Bridport con Grace. Entonces estaba huyendo, y era como si hubiera cerrado los ojos y no tuviera nada a lo que agarrarme. Ahora tengo los ojos abiertos y puedo seguir adelante, apoyándome en Jack y Comfort. Es lo que hacen los norteamericanos. A lo mejor es que al fin me estoy haciendo norteamericana y estoy aprendiendo la diferencia entre escapar de un sitio y saber hacia dónde escapar.

Siempre estaré contigo en espíritu.

Tu fiel amiga,

HONOR HAYMAKER

Bibliografía

He recurrido a muchas fuentes para escribir este libro, y a continuación cito algunas, para quienes deseen profundizar en algunos temas.

Para el ferrocarril subterráneo y la abolición de la esclavitud: *The Underground Railroad from Slavery to Freedom*, de Wilbur H. Siebert (1898) es el clásico del que se deriva el material de todo lo demás; *Let My People Go: The Story of the Underground Railroad and the Growth of the Abolition Movement*, de Henrietta Buckmaster, (1941); *Freedom's Struggle: A response to Slavery from de Ohio Borderlands*, de Gary L. Knepp (2008).

Para los cuáqueros: *The Quaker Reader*, editado por Jessamyn West (1962); *An Introduction to Quakerism*, de Pink Dandelion (2007); *Reminiscences of Levi Coffin, the Reputed Presidente of the Underground Railroad*, editado por Ben Richmond (1991); *Slavery and the Meeting House: The Quakers and the Abolitionist Dilemma, 1820-1865*, de Ryan P. Jordan (2007) y *A Fine Meeting There Is There: 300 Years of Bridport's Quaker History*, de Suzanne Finch (2000). Gracias, Marian Vincent, por haberme encontrado este libro.

Sobre Oberlin y su entorno: *Oberlin: The Colony and the College*, de James H. Fairchild (1883); *The Town that Started the Civil War*, de Nat Brandt (1990) y *A Place on the Glacial Till: Time, Land and Nature Within an American Town*, de Thomas Fairchild Sherman (1997).

Colchas: hay muchos libros sobre las colchas y su fascinante historia, pero los más útiles para las que confecciona Honor son *Quilts in Community: Ohio's Traditions*, editado por Ricky Clark (1991); *Classic Quilts from the American Museum in Britain*, de Laura Beresford y Katherine Hebert (2009) y *Philena's Friendship Quilt: A Quaker Farewell to Ohio*, de Lynda Salter Chenoweth (2009).

Bibliografía sobre la época: *Buckeye Cookery and Practical Housekeeping* (1877). Gracias a Carole de Santi por prestarme esta joya. *Our Cousins in Ohio*, de Mary Botham Howitt (1849), más que una novela el relato de un año en la vida de una granja de Ohio, y por supuesto, *La cabaña del tío Tom*, de Harriet Beecher Stowe. Para la visión inglesa sobre los norteamericanos, nada mejor que *Costumbres familiares de los americanos del Norte*, de Frances Trollope y *Notas de América*, de Charles Dickens. Aunque ambos son sumamente críticos con Estados Unidos, muchas de sus observaciones aún están vigentes.

Agradecimientos

Estoy muy agradecida a muchas personas por su ayuda para escribir este libro.

En Ohio: a Gwen Mayer, entusiasta archivera de Hudson, y a Sue Flechner por su generosa hospitalidad. Siento no haber dado mayor relieve a Hudson, pero me proporcionó un nombre y una profesión, Belle Mills, la sombrerera, por lo que me encuentro en deuda con esa ciudad. A Tim Simonson por la historia de Wellington; a Bob Gordon por las cuestiones agrícolas, y mi especial agradecimiento a Maddie Shetler por haberme invitado en dos ocasiones a la granja de su familia. A varias personas anónimas del Centro del Patrimonio de Oberlin y los Archivos del Oberlin College. Por último, muchísimas gracias a Kathie Linehan y Glenn Loafmann por diversas ayudas sobre el terreno (¡y en el caso de Glenn, en el aire!), desde enviarme mapas hasta encontrar respuestas a pequeñas y grandes preguntas, ponerme en contacto con expertos, sobrevolar conmigo el paisaje de la novela, subiendo cada vez más alto, y tomarse tanto interés por mis investigaciones sobre Ohio que llegaron a formar parte de ellas. Oberlin es un sitio especial, y Kathie y Glenn los mejores de sus mejores vecinos.

Para los sombreros: a Rose Cory y sus clases de sombrerería en Woolwich y a Shelley Zetuni por presentarme; a Oriole Cullen del Museo Victoria and Albert de Londres.

Para las colchas: por supuesto, tuve que aprender a hacerlas. Gracias a Fiona Fletcher por enseñarme los rudimentos, y al grupo de patchwork del Ganso Volador del norte de Londres, que me ayudaron y apoyaron en cada paso de mi primera colcha. Que sigáis cosiendo con tan buena mano.

Para los cuáqueros: a Christopher Densmore del Swarthmore College por responder a diversas preguntas y a la Asamblea de Hampstead por haber compartido conmigo tantas horas de espera expectante.

También me gustaría darle las gracias a John Wieland por el privilegio de haber adquirido un bosque que lleva su nombre en una subasta destinada a recaudar fondos para el Consorcio de los Bosques, organización británica sin ánimo de lucro dedicada a la conservación de los bosques.

Gracias a Richenda Todd por la forja de mi escritura.

Por último, mi agradecimiento a quienes siempre me han ayudado: Clare Ferraro y Denise Roy, de Dutton, Katie Espiner, de HarperCollins, Jonny Geller, de Curtis Brown, y Deborah Schneider, de Gelfman Schneider.



TRACY CHEVALIER (Washington, Estados Unidos, 1962). Tracy Chevalier se graduó en lengua y literatura inglesa en el Oberlin College de Ohio. Poco después abandonó los Estados Unidos para ir a vivir a Londres en el año 1984, ciudad donde fija su residencia.

En Londres estudió escritura creativa y trabajó como editora antes de debutar como novelista con la publicación del libro *El azul de la Virgen* (1997), en el cual vinculaba a dos mujeres de distintas épocas históricas.

Alcanzó el éxito literario con *La joven de la perla* (1999), novela convertida en un bestseller internacional siendo traducida a 38 idiomas y vendiendo más de cinco millones de copias. La obra recrea las relaciones del pintor holandés Johannes Vermeer con la protagonista del cuadro homónimo.

Posteriormente aparecieron *Ángeles fugaces* (2001), ambientada en la Inglaterra de comienzos del siglo xx tras la muerte de la reina Victoria; *La dama y el unicornio* (2004), novela con el protagonismo principal centrado en los tapices medievales a los que hace referencia el título; *El maestro de la inocencia* (2007), libro ambientado en el Londres de finales del siglo xviii y *Las huellas de la vida* (2009) en que centra su ficción histórica en las paleontólogas Mary Anning y Elizabeth Philpot, siendo su último título traducido al español *El último refugio* (2013) obra en la que refleja su interés por los problemas generados por la esclavitud.

Actualmente Chevalier reside en Londres con su esposo y su hijo.